

Quinientos años de soledad: estudios sobre las desigualdades raciales en Brasil

COLECCIÓN GENERAL
biblioteca abierta

Marcelo Paixão

Claudia Mosquera Rosero-Labbé

Editora académica

Traducción de Paula Ximena Sánchez
y Antonio Lobato Jr.

 UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE BOGOTÁ
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

Trabajo Social



biblioteca abierta

colección general **trabajo social**

**Quinientos años de soledad:
estudios sobre las desigualdades
raciales en Brasil**

Quinientos años de soledad: estudios sobre las desigualdades raciales en Brasil

Marcelo Paixão

Claudia Mosquera Rosero-Labbé

Editora académica

Paula Ximena Sánchez Landazábal

y Antonio Lobato Jr.

Traductores



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

2016

Paixão, Marcelo, 1966-

Quinientos años de soledad : estudios sobre las desigualdades raciales en Brasil / Marcelo Paixão ; Claudia Mosquera Rosero-Labbé, editora académica ; traducción de Paula Ximena Sánchez Landazábal y Antonio Lobato Jr. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá). Facultad de Ciencias Humanas, 2016
406 páginas -- (Biblioteca abierta. Trabajo social ; 438)

Incluye referencias bibliográficas e índice temático

ISBN: 978-958-775-693-7 (rústico)

1. Discriminación racial 2. Desigualdad social 3. Conflictos étnicos 4. Demografía – Estadísticas
5. Pensamiento político y social 6. Acción afirmativa 6. Brasil – Relaciones raciales 7. América Latina
– Relaciones raciales I. Sánchez Landazábal, Paula Ximena, traductora II. Lobato, Antonio, traductor
III. Título IV. Serie

CDD-21 305.89608 / 2016

Título original:

500 Anos De Solidão: Ensaios Sobre

As Desigualdades Raciais No Brasil

Appris Editora (Curitiba), 2013

ISBN: 978-85-8192-248-5

© Biblioteca Abierta

Colección General, serie Trabajo Social

Título de traducción: *Quinientos años de soledad:*

estudios sobre las desigualdades raciales en Brasil

© Universidad Nacional de Colombia,

Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,

Departamento de Trabajo Social

Primera edición de la traducción al español: 2016

ISBN: 978-958-775-693-7

© Autor

Marcelo Paixão, 2015

© Editora académica

Claudia Mosquera Rosero-Labbé

© Traductores, 2015

Paula Ximena Sánchez Landazábal y Antonio Lobato Jr.

Facultad de Ciencias Humanas

Comité editorial

Ricardo Sánchez Ángel, Decano

Melba Libia Cárdenas, Vicedecana Académica

Marta Zambrano, Vicedecana de Investigación y Extensión

Jorge Aurelio Díaz, Director revista Ideas y Valores

Doris Santos, Directora del Instituto de Investigación en Educación

Carlo Tognato, Director del Centro de Estudios Sociales - CES

Diseño original de la Colección Biblioteca Abierta

Camilo Umaña

Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Camilo Baquero Castellanos, director y coordinador editorial

Endir Nazry Roa, Desarrollo gráfico

editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2016

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Para Juliano y Sofía
Para Edward Telles

Contenido

Prólogo	13
Perla negra	23
Prefacio del autor a la edición brasileña	37
Capítulo 1.	
La variable color o raza en los censos demográficos brasileños: historia y estimación reciente de asimetrías	47
Capítulo 2.	
Realidades de la diáspora: presencia afrodescendiente en América según la ronda de censos del año 2000	97
Capítulo 3.	
Los Indicadores de Desarrollo Humano (IDH) como instrumento de medición de desigualdades étnicas: el caso Brasil	139
Capítulo 4.	
Evolución de las asimetrías de color o raza en el mercado de trabajo metropolitano brasileño durante el periodo Lula (2003-2010)	185
Capítulo 5.	
Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil: evidencias empíricas recientes	229
Capítulo 6.	
La Santa alianza: estudio sobre el consenso crítico a las políticas de promoción de la equidad racial en Brasil	297

Capítulo 7.

**Antropofagia y racismo: una crítica
al modelo brasileño de relaciones raciales.....335**

Referencias **383**

Índice temático..... **401**

*Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento,
el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella
tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
(primeras líneas de Cien años de soledad).

*Minha pele, meu legado;
Meu pecado original...*

JORGE DE PAULA

Prólogo

EL LIBRO 500 AÑOS DE SOLEDAD: *estudios sobre las desigualdades raciales en Brasil*, del profesor e investigador Marcelo Paixão, aparece el mismo año en que se inicia a nivel mundial el Decenio de los pueblos afrodescendientes, declarado por las Naciones Unidas; así, por su oportuno contenido y su pertinencia intelectual para el tema de las desigualdades sociorraciales este texto es bienvenido en Colombia.

Desde hace algunos años Brasil se ha convertido un país que me estimula académica y políticamente, porque solo allí se unen sin temor la razón y la *paixão* (pasión) en el debate intelectual. En concordancia con lo anterior, una parte de mi trabajo universitario, algo de activismo político con un sector del movimiento afrobrasileño en torno a temas como las desigualdades raciales y el racismo institucional, así como también un fluido diálogo institucional con Capes, el Ministerio de Relaciones Exteriores, la Secretaría de Políticas de Promoción e Igualdad Racial (Seppir) y con universidades federales de Bahía, Río de Janeiro, Brasília y Cáceres, me ha permitido conocer a muchos colegas, es el caso del profesor Marcelo Paixão, con quien he compartido múltiples espacios de encuentro intelectual y político desde el espacio de trabajo denominado Grupo de Trabajo

sobre Afrodescendientes en la Ronda de Censos 2010, grupo liderado por la economista Epsy Campbell Barr.

Entender el fenómeno de las relaciones raciales en Brasil también me permite entender las relaciones raciales en Colombia, en clave comparativa profundicé acerca de ellas cuando tuve el honor de coordinar la Cátedra Brasil, en la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, durante el segundo semestre del año 2014, que estuvo dedicada al tema de las relaciones raciales en el Brasil contemporáneo. La Cátedra, financiada por Capes, fue ofrecida por la Maestría de Familia y Redes Sociales del Departamento de Trabajo Social, en ese momento coordinada por la profesora Yolanda López, quien la apoyó sin ambages, y que fue desarrollada por el profesor Evandro Piza, de la Universidad Federal de Brasilia, quien nos acompañó a lo largo del semestre en calidad de profesor visitante.

Con Marcelo Paixão nos une una amistad intelectual que se ha desarrollado, en parte, dentro del contexto de un grupo de académicos afrodiaspóricos interesados en temas de justicia racial, racismos y estadísticas raciales en las Américas Negras. Marcelo es un gran académico y su obra es una referencia en el campo de las relaciones raciales en Brasil, por esto me interesó traducir un texto que permitiera conocer su trabajo a una audiencia nacional, conformada por profesores; estudiantes; activistas de los movimientos de derechos humanos y de reivindicaciones étnico-raciales; así como a funcionarios de todos los niveles del Estado y a funcionarios dedicados a la cooperación internacional. Son, entonces, muchas las razones que confluyen para que este libro se presente en el escenario colombiano.

**Dos temas pendientes en una parte
del mundo occidental y extremo
occidental que cree en la posibilidad
de la humanidad compartida**

Los persistentes racismos, las antiguas y nuevas prácticas de discriminación racial junto a las desigualdades sociorraciales vuelven a la escena de los problemas globales porque aún causan estragos, brechas, fisuras, grietas, heridas en las relaciones sociales.

Admiro al movimiento social afrobrasileño porque, como lo afirma el profesor Paixão, finalmente logró conquistar importantes espacios en las trincheras de la ideología de la democracia racial, por medio del reconocimiento por parte del Estado y de la sociedad civil de que el racismo, tal como operaba en ese país, no solo existía, sino que generaba profundas y trágicas secuelas en nuestro tejido social, reconocimiento que aún estamos muy lejos de obtener en Colombia.

Por este motivo, los ámbitos académicos, políticos, económicos, culturales y ambientales; la burocracia experta, tanto nacional como internacional; los institutos de estadística y las universidades del siglo XXI están convocados a realizar aportes, impulsar o emprender todo tipo de iniciativas que propulsen cambios sociales y culturales que permitan transformar, de manera radical, las relaciones sociorraciales en las sociedades donde los racismos y las discriminaciones raciales causan sufrimiento social en la vida de las personas de ascendencia africana, sobre todo a las personas con tonos de piel más oscuros y rasgos que no responden al patrón eurocéntrico de belleza y *distinción*.

Considero que el libro del profesor Marcelo Paixão es un buen ejemplo de la importancia de las estadísticas raciales para eliminar los impactos de los racismos y la discriminación racial; el terreno de los datos estadísticos con enfoque étnico-racial es la evidencia que, por una parte, contradice las ideologías negacionistas del racismo en las sociedades donde este se presenta y, por otra, recalca la necesidad del respaldo académico para adelantar las aplazadas agendas políticas en pos de la inclusión social.

El libro por dentro

El fascinante libro del profesor Paixão consta de siete capítulos, el primero se titula La variable color o raza en los censos demográficos brasileños: historia y estimación reciente de asimetrías. En este interesante aparte conocemos la historia de la incorporación de la variable étnico-racial en los censos demográficos de Brasil; encontramos una madura reflexión sobre la complejidad que rodea la variable étnica o racial dentro de los sistemas estadísticos; hallamos agudos apuntes sobre los conceptos de etnia,

nacionalidad y raza; asimismo, el autor nos demuestra cómo los datos censales dan una mejor imagen de las realidades sociales cuando se utiliza un lente étnico-racial para observarlas. Además, este capítulo nos invita a reflexionar sobre cómo la experiencia brasileña de recolección de datos poblacionales segmentados por la variable étnico-racial puede servir de ejemplo para un país como Colombia. A este respecto, creo que uno de los aprendizajes más concretos que brinda Brasil a Colombia es el que comprende la inclusión en las categorías auto-identificadorias del módulo de pertenencia étnico-racial a los grupos de población que se autorreconocen como blancos o mestizos. Por último, considero que por medio de este capítulo puede entenderse que cuando los pueblos históricamente discriminados se presentan en términos identitarios en el espacio público-político este hecho significa más que un mero ejercicio ontológico; estos pueblos buscan la intervención de los poderes públicos para revertir desigualdades acumuladas durante siglos y para mostrar desigualdades intergrupales, es así como los sistemas de recolección estadística solo tienen sentido si sirven como herramientas para el estudio y la comprensión de las secuelas de las discriminaciones étnico-raciales que, como afirma el profesor Paixão, en combinación con muchos otros factores objetivos influyen en las diferencias en términos de calidad de vida de las personas, según sus orígenes étnicos o apariencia física, dentro de nuestras sociedades.

El segundo capítulo es un brillante trabajo de análisis sobre lo que significó para muchos países del hemisferio americano la incorporación de la variable étnico-racial en los censos de población de la llamada ronda censal 2000 y en algunas encuestas especializadas. Allí se muestra cómo las discusiones que tienen lugar dentro de los institutos nacionales de estadística, en el momento de incorporar la variable étnica o racial, son una vía para entender cómo se construyeron sus naciones, la naturaleza del proyecto Estado-nación y, especialmente, para comprender los posibles motivos de la reveladora molestia de los funcionarios de los institutos estadísticos para incorporar preguntas que aludan más a la ‘raza’ o a aspectos culturales para elaborar datos segmentados. Queda claro en

este capítulo que tanto las denominaciones utilizadas en el módulo de autorreconocimiento étnico-racial como las preguntas no son un mero ejercicio técnico, como muchas instituciones estadísticas lo afirman, por el contrario, unas y otras tienen profundas implicaciones en el reconocimiento de la presencia de grupos históricamente excluidos y, especialmente, en la descripción del estado de los principales indicadores sociales que garantizan la vida de millones de personas.

El tercer capítulo, llamado Los Indicadores de Desarrollo Humano (IDH) como instrumento de medición de desigualdades étnicas: el caso Brasil, es una honesta reflexión sobre una primera iniciativa de investigación estadística que emprendieron Wanda Sant'anna y Paixão en el año 1997 con miras a relacionar el IDH con el tema de las desigualdades raciales en Brasil; en esta sección se da cuenta de las vicisitudes y aciertos que se experimentaron realizando este importante ejercicio intelectual.

Como es sabido, los IDH aparecen en los Informes sobre Desarrollo Humano del Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas (PNUD) y constituyen una oportunidad para discutir otra manera de analizar la calidad de vida de naciones, comunidades y pueblos y las implicaciones que se desprenden, en términos de intervención, para los organismos internacionales, los Gobiernos nacionales y la sociedad civil con respecto a la transformación de patrones de vida que atentan contra los derechos humanos y la superación de la pobreza. El profesor Paixão nos recuerda que aunque en Brasil el PNUD y el Gobierno brasileño viabilizaron la publicación de dos grandes obras dedicadas al tema del desarrollo humano hasta el comienzo de este siglo, en ninguna de ellas se abordó la cuestión de las desigualdades entre los grupos étnico-raciales de la población.

El capítulo 4 analiza la evolución de las asimetrías de color o raza en el mercado de trabajo metropolitano brasileño durante la era Lula (2003-2010). En este aparte, el autor se detiene a mirar en detalle el mercado laboral brasileiro para plantear la hipótesis de que Brasil estaría encaminándose hacia un modelo de crecimiento económico que podría ser denominado como *pro-afrodescendant*

growth, es decir, como de crecimiento pro-afrodescendiente, pues el modo de inserción de los grupos de color o raza por ramas de actividad económica a lo largo de este periodo permite suponer que esto ocurrió en dicha época.

El capítulo 5 aborda el tema de las desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil. Aquí, Marcelo Paixão intenta demostrar que a las diferentes condiciones socioeconómicas de las madres, tales como recursos económicos, educativos y familiares, se añaden factores referidos al prestigio social que lleva a cada una de ellas a tener capacidades asimétricas de apropiación de los recursos públicos existentes, así como diferentes probabilidades de un tratamiento adecuado dentro del sistema de salud.

El capítulo 6, titulado La Santa Alianza: estudio sobre el consenso crítico a las políticas de promoción de la equidad racial en Brasil, es un portentoso texto que describe el debate ideológico y político que se generó en Brasil a raíz de la implementación de Acciones Afirmativas para gente negra y parda. El autor identifica siete matrices discursivas existentes que se oponen con vehemencia a las políticas de Acción Afirmativa y de promoción de la equidad racial, estas serían: liberal, democrático-racial, nacionalista, culturalista contemporánea, funcionalista marxista y geneticista. Después de identificarlas realiza la tarea de comparar tanto la convergencia como la divergencia teórica existentes entre ellas. De este modo, Marcelo Paixão concluye que un proyecto de nación democrático debe ocuparse de la promoción de la equidad racial como parte integral del actuar público-político, articulándola con otros aspectos álgidos en la vida nacional como los derechos humanos, el tema agrario, el trabajo infantil, la pobreza o la indigencia. Es por esto que un país democrático no puede confinar a la gente negra a desarrollar sus capacidades humanas únicamente en los ámbitos del deporte, las artes y el folclor, también debe garantizar la inclusión de la gente negra en el mundo académico, empresarial y de la representación política, por ejemplo.

Por último, el capítulo 7 presenta una brillante reflexión llamada Antropofagia y racismo: una crítica al modelo brasileño de relaciones raciales. En realidad, se trata de un análisis del pensamiento social brasileño sobre las modalidades de relaciones interraciales que operan en ese país. Paixão se concentra en la obra de autores que han desarrollado investigaciones para demostrar el carácter asimilacionista de las relaciones sociorraciales brasileiras, revisa el mito de los indígenas de la nación tupinambá para auscultar cómo el modelo brasileño antropofágico de relaciones étnicas y raciales incorporó a la gente negra en sus rituales. Al final de este capítulo el autor derriba algunos mitos relacionados con el patrón de relaciones raciales entre blancos y gente negra en Brasil, esto lo consigue a través de algunas consideraciones críticas sobre dicho fenómeno.

En este punto cabe anotar que castellanizar este libro fue una tarea prolija y titánica que involucró a muchas personas, apuestas epistémicas y nichos institucionales, por ello agradezco a Paula Ximena Sánchez Landazábal y Antonio Lobato Jr. por la impecable traducción de esta obra del portugués al castellano.

Reconozco la eficaz labor del Comité Editorial de la Revista Trabajo Social, liderado con la vitalidad y la generosidad que caracterizan a la profesora Gloria Evalina Leal; de los pares evaluadores anónimos quienes recomendaron la evaluación y publicación de este texto; del equipo del Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia que acompañó el inicio de este proyecto, Esteban Giraldo González, Claudia Roncancio, Felipe Solano Fitzgerald y Diego Mesa Quintero, y del equipo que acompañó el final del proceso editorial liderado por Camilo Baquero. Además, desde un locus externo, como casi siempre, el trabajo de Michel Mauricio Gabriel Labbé quien siguió con atención todo el proceso editorial y aportó sugerencias tanto a este como a la traducción.

Estoy agradecida con mis colegas del colectivo de diseño gráfico Kilkka, quienes intervinieron en el diseño y diagramación del libro, así como con la trabajadora social Katleen Morales Pérez, asistente

de investigación del Grupo de Investigación Sobre Igualdad Racial, Diferencia Cultural, Conflictos Ambientales y Racismos en las Américas Negras (Idcarán), quien se encargó con diligencia de los trámites administrativos y editoriales iniciales. Este libro aparece en la serie Biblioteca Abierta, Colección General, serie Trabajo Social gracias al invaluable apoyo académico brindado a este tipo de temas por parte del exdecano Sergio Bolaños y del Comité Editorial de la Revista Trabajo Social.

Los costos financieros de este libro fueron asumidos en su totalidad por el proyecto Internacionalización en red: construcción de conocimientos sobre discriminación racial, estadísticas étnico-raciales y medidas de inclusión en las Américas Negras, identificado con el código Hermes 14349.

Este producto académico jamás hubiese visto la luz sin la comprensión y estímulo que brindó, ante las contingencias propias de este tipo de empresa, la profesional Paola Barbosa Ayala de la Dirección de Investigación Sede Bogotá (DIB), a ella le doy las gracias por su tolerancia y comprensión

Quiero señalar que al estar comprometida con el trabajo de construcción de paz en Colombia, en años recientes me vinculé al Centro de Pensamiento y Seguimiento a las Conversaciones en la Habana que dirige el profesor Alejo Vargas. En concordancia con lo anterior, espero que en el país de los posacuerdos aparezcan instituciones que tomen muy en serio el tema de las desigualdades sociorraciales, tomando en cuenta sus intersecciones con el género; las opciones sexuales; los territorios marginalizados, violentados y devastados por el conflicto armado interno; y con la situación de las personas de las FARC-EP y del ELN que se han desmovilizado.

Por último, deseo que en el país del posconflicto mi sobrina Salomé Aura Manuela Barrios Vergara —quien por su color café, como ella misma define su tono de piel, a sus cuatro años ya ha experimentado el rechazo racial por parte de niñas de Medellín y Santander, principalmente, quienes habitan el mismo barrio— y mi joven sobrino Yamil Eduardo Barrios Vergara —quien aún no sabe defenderse de las agresiones raciales de sus pares— puedan vivir de manera plena en una sociedad renovada que no cercene

las potencialidades intelectuales, artísticas, estéticas y éticas que ya veo en ellos. Los niños, las niñas, los y las jóvenes deberían vivir en un mundo libre de violencia racial pues esta los golpea en cada espacio donde se desarrollan como seres humanos y futuros ciudadanos, mis sobrinos ya conocen y sufren el tipo de relaciones raciales que imperan en una ciudad como Cartagena de Indias y eso me estimula a trabajar, aún más, los temas abordados en este libro.

CLAUDIA MOSQUERA ROSERO-LABBÉ¹

¹ Trabajadora social, Profesora Asociada Departamento de Trabajo Social. Directora e investigadora Grupo de Investigación Sobre Igualdad Racial, Diferencia Cultural, Conflictos Ambientales y Racismos en las Américas Negras (Idcarán). Grupo A1 de Colciencias. Centro de Estudios Sociales (CES), Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Miembro del Comité Científico Internacional de la Ruta del Esclavo de la Unesco.

Perla negra

Marildo Menegat*

HABRÍA SIDO MÁS APROPIADO tener el apoyo de los versos de una samba, pero no fue posible. La generación de los años ochenta, en Brasil, fue tocada por el rock y la lucha política... Por eso, el lector me perdonará si comienzo diciendo que, en aquellos años, Marcelo era un chico que, como yo, amaba a Trotsky a la revolución. Desde ese tiempo vienen también los temas sobre los cuales esta generación produjo la mejor de sus reflexiones, cuando fue obligada a enfrentar un temblor sísmico de la sociedad moderna en la periferia del capitalismo. En el vértigo que se abrió bajo sus pies, le correspondió elaborar la frustración frente a un nuevo desencuentro con la revolución y realizar una terca insistencia en recoger nuevas perspectivas para explicar una realidad monstruosamente desigual y violenta como la nuestra. Por tanto, no hubo renuncia sino tentativa de —a partir de nuevas perspectivas— entender los acontecimientos del presente con otra mirada, siempre fiel al viejo espíritu de que es necesario y urgente cambiar este mundo.

* Filósofo y doctor en Filosofía de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ). Profesor de la Escola de Serviço Social (ESS) de la misma Universidad. Autor, entre otras publicaciones, de (2003) *Depois do fim do mundo: a crise da modernidade e a barbárie*.

Marcelo Paixão es uno de los más brillantes intelectuales de esta generación. El enfoque que introdujo con su reflexión es uno de esos ejercicios de ampliación y aproximación de la lectura de la realidad social e histórica del país que produce espanto, extrañeza y desaprobaciones en sus lectores. El punto de partida parece simple: en Brasil, como regla, los negros son pobres y viven en peores condiciones que los blancos pobres. En una sociedad en la cual la finalidad imperativa de acumular riqueza asume la pobreza como un dato impersonal —un efecto «colateral» de esta máquina de moler carne humana que es el proceso de abstracción presente en la transformación de valor en más valor—, podría parecer obvio que esto nada tiene que ver con características particulares como las diferencias étnicas de sus miembros. En otras palabras: en la autojustificación de la moderna sociedad occidental, entre sus argumentos se encuentran conceptos «neutros» como el de naturaleza humana, cuyo egoísmo constitutivo sería el eje dinámico que hace de cada uno el lobo del otro. Ese argumento legitimaría, por un lado, la competencia universal, en la misma forma irrevocable en la que la ley de la gravedad nos mantiene atados a este planeta. Por otro lado, legitimaría también el mérito, presentado como una obra bien realizada del esfuerzo individual, en la exacta medida de la justicia suprema (¡y ciega!) que regula la distribución de los recursos con que la naturaleza entrega a cada uno de sus hijos, que, no obstante, necesitan abandonar su reino para existir —y solamente pueden existir— en formas sociales cultivadas.

Sin embargo, estas explicaciones «naturales» ocultan algo, que es el propio modo como se originó y estructuró esta sociedad. ¿No fue el capitalismo el que reinventó la esclavitud y la transformó en una rentable actividad comercial? El trabajo esclavo en las plantaciones de azúcar, ¿no fue esencial para apalancar el comercio de los siglos *xvi* y *xvii* y la expansión europea? La explotación colonial y la acumulación originaria de capital, ¿no fueron fuentes imprescindibles de la Revolución industrial? No sería muy difícil reconocer que en todo este proceso una forma fetichista de vida social, formada por hombres blancos, se impuso a otras sociedades del mundo con violencia asombrosa, usurpando sus modos de vida y

sometiéndolas al imperativo del trabajo social. Tal forma hechizada de relaciones sociales hace de cosas como las mercancías y el dinero entes con vida propia que pasan a prescribir prácticas y comportamientos, como el de recoger el lucro compulsivamente. Sin embargo, el arte de ganar y acumular dinero nada tiene que ver con la capacidad del autosacrificio del ahorro. Él depende de un impulso originario que pone a un sistema social a reproducirse automáticamente, en una especie de mecanismo funcional, que es el propio modo de existir de esta sociedad. Por eso las autojustificaciones no pasan de ser campos de tensiones acerca del modo como estas prácticas se constituyen en las diversas sociedades particulares, pero no pueden ser tomadas como creadoras de estas realidades.

O sea, no fue una discusión sobre la naturaleza humana y el mérito del hombre blanco que realizó el tráfico de más de 15 millones de esclavos por el Atlántico, sino la insignificante certeza apoyada en la tautología de que aquella carga de carne humana se transformaría en más dinero. Este punto de partida no puede ser borrado; deja rastros materiales, cicatrices, y, esencialmente, sin su permanencia la sociedad moderna sería imposible. En otras palabras, la igualdad es una ficción jurídica en sociedades de clases multiétnicas (no existen en la historia del capitalismo sociedades nacionales sin grupos internos subyugados, como los irlandeses en Inglaterra, los meridionales en Italia, etc.). Para la producción de valor se hacen necesarias millares de astucias, entre ellas la crueldad de mantener apartados y jerarquizados a los competidores por las migajas que un puesto de trabajo propicia. Además de eso, la dominación social impersonal que se produce como característica de una sociedad alienada, aunque sea inconsciente de su reproducción, tiene una historia que le dio impulso, un origen donde se renuevan sus energías, sus hábitos, que mantiene las continuidades de determinadas relaciones sociales. En este sentido, el estúpido hombre blanco es la propia encarnación de este poder, lo que hace propagar que la norma de la ley siempre puede ser alterada por la ley del valor. Este es el real poder de la desigualdad.

Los ensayos de Marcelo Paixão, como decíamos, producen espanto, que es la fuente de la cual el pensamiento extrae su contenido.

En su prosa él revela lo que estaba puesto delante de nuestros ojos, pero que no veíamos. Es asombroso que pocos países de América Latina utilicen en los censos demográficos criterios de identificación étnica de sus poblaciones. Es asombroso que, una vez conocidos estos datos, ellos revelen lo que todos intuyen, pero niegan: los más pobres tienen un color de piel diferente a la de los más ricos. No son la pobreza ni la riqueza las productoras de estas diferencias de color, sino que tales diferencias se encuentran en el origen de la distribución de los medios que producen riqueza y pobreza. Nadie se negro al hacerse pobre, pero, por regla, un hombre rico es blanco. ¿No es asombroso que delante de este descubrimiento se produzca la reacción ruidosa de la defensa del mito de la democracia racial, preocupada por no despertar la naturaleza exitosa de una sociedad abiertamente racista? El lector, finalmente, debe recordar, para comprender mejor lo que aquí se dice, que en Brasil no hay terremotos ni revoluciones... o extrañarse de este esfuerzo de naturalización del absurdo. Fue Carlos Fuentes, si no estoy mal, quien dijo que *Memorias póstumas de Brás Cubas*, de Machado de Assis, fundaba un modo de narrar muy característico y apropiado para la realidad social latinoamericana, que más tarde habría sido continuado por el realismo mágico de autores como García Márquez. Parece que entre nosotros lo absurdo tiene la fuerza de una ley que estructura la realidad.

El problema planteado, entonces, es el de la modernización de América Latina. Cuando miramos hacia el centro del capitalismo, consideramos nuestra realidad pobre y mezquina. La realidad de los países céntricos, sin embargo, no sería factible sin el absurdo reinante en la periferia. Tomar como posible un mundo a imagen y semejanza del centro es lógicamente inviable. Tal objetivo solo puede producirse como quimera y culpa. Así como «Dios» es una idea que tiene el papel de mantener a los hombres unidos y perseverando en un fin común —que solamente será compensado después de la muerte, además de que es correcto mantener ocultos de ellos los límites de sus existencias presentes—, la imagen ideal de los países céntricos forma parte de una patología necesaria para la unidad de los países latinoamericanos. Sin embargo, para cumplir su papel, esta patología necesita producir excrecencias

«auténticas», como el mito de la democracia racial —que en el centro, precisamente, no existe, porque allá el conflicto racial, por otras razones históricas, no fue encubierto, y de él derivaron resultados más satisfactorios en la distribución de la riqueza producida, sin que, con eso, el mundo hechizado de los blancos monetarizados fuera llevado a realizar la igualdad material—.

En Brasil, desde la década de los treinta, en pleno siglo xx, inmensos esfuerzos y sacrificios colectivos fueron direccionados para el ingreso del país en el selecto grupo de los países desarrollados. Este esfuerzo era una mezcla de desarrollo de la industria y una ya adelantada tentativa de recomposición étnica de la población, es decir, su blanqueamiento. En síntesis: esfuerzos para convertirse en una copia bien hecha del centro. No fueron pocos los horrores que esta historia legó. Las crónicas de ese tiempo están llenas de sangre, sudor y lágrimas. Cruzamos en el cotidiano la más abyecta hambre junto a la furia de la muerte violenta y sin otro recurso. De este proceso de sacrificios, que es la modernización capitalista en un país periférico, en los años ochenta fue presentada la cuenta incuestionable: el colapso social atado al peso inclemente de una deuda externa dotada de fuerza expansiva, que obligó al país a un buceo de décadas en crecimientos vegetativos y a políticas draconianas de ajustes neoliberales. Para tener una idea de lo que esto representó, basta un dato: entre 1979 y 2003 murieron en este desmoronamiento social, como resultado de la violencia endémica que lo acompañó, cerca de 600.000 personas, en su amplia mayoría, jóvenes negros.

Al final de todo este ciclo, frente a la incapacidad de direccionar la sociedad por parte de las clases dominantes, a partir de 2002 se hizo viable una secuencia de «gobiernos de izquierda». El lector tendrá la oportunidad de leer en uno de los ensayos aquí publicados el pertinente análisis que Marcelo Paixão hace de esta experiencia desde el punto de vista del mercado de trabajo y la inclusión de la población negra. Vale destacar otro aspecto relacionado con este mismo tema. Los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT) no fracasaron solo por razones morales: su límite está asociado con la inviabilidad de realizar un programa de izquierda en esta fase histórica

del capitalismo. Si para los fines del análisis retrocediéramos en el tiempo, comprenderíamos que la crisis iniciada en los años setenta en los países céntricos, llamada superficialmente «crisis de los petrodólares», **adelantó el inicio de una fatiga de la expansión permanente** del capitalismo. Por primera vez en la historia de esta forma social, que era entonces una realidad planetaria, la incorporación de nuevas áreas de explotación necesitaba darse al mismo tiempo en el que otras colapsaban. Así, el rugido de los tigres asiáticos fue contemporáneo del nocaut de América Latina. El mundo se presenta demasiado pequeño para la forma de la mercancía y la valorización del capital acumulado, y su continuidad como lógica dominante de la organización social requiere ondas destructivas cada vez más amplias y profundas. Bueno, ¿a dónde quiero llegar? En los resultados del gobierno Lula, los instrumentos de política económica y de gobernabilidad fueron ampliados en estos últimos diez años, pero tuvieron que ser sostenidos en los propios mecanismos de la crisis, o sea, en lugar de poder impulsar un ancho proceso de desarrollo, al estilo de los años comprendidos entre 1950 y 1970, cuando hubo un vigoroso proceso de industrialización, tuvimos la economía apoyándose regresivamente en la exportación de *commodities* y en la vasta oferta de crédito, lo que produjo un súper calentamiento en el sector de servicios. El aire caliente de una ampolla, principalmente a partir de 2007, insufló y mantuvo activa una economía en crisis aguda. Ahora que el clima se comienza a enfriar, resta solo la frustración de una nueva onda de deudas y estancamiento. En medio de todo eso se encuentra el drama de las desigualdades sociales y las relaciones raciales. No hubo ningún cambio estructural, sino fluctuaciones en índices coyunturales, como las variables empleo y renta. Las primeras señales del recrudescimiento de la crisis pueden ser vistas en las condiciones de vida de la población afrodescendiente: el mayor contingente entre los desempleados, el mayor número de jóvenes muertos, de mortalidad infantil, etc.

Es dentro de este marco de una sociedad en ruinas —en el que los negros históricamente se quedaron excluidos de todo bienestar— donde se confrontan los argumentos de Marcelo Paixão con los de los

defensores de las fanfarrias conservadoras de la «democracia racial». Es un sofisticado combate que mantiene implícitos los límites de la moderna sociedad productora de mercancías para realizar cualquier forma de vida emancipada. La jaula de acero fue quebrada, pero este hecho no ha producido todavía un mundo mejor. Por el contrario, en todos los cuadrantes del planeta las fobias étnicas generan odios. No ha sido suficiente la estupidez fetichista del hombre blanco la que nos ha llevado a esta situación histórica; parece que aún necesitamos prepararnos para un largo enfrentamiento con el fin de restituir la diversidad de modos de producción de vida emancipados, donde prácticas y saberes de muchos pueblos que habían sido condenados al exterminio, como los negros e indios, sí añadan perlas multicolores a las nuevas prácticas y saberes de la humanidad finalmente libre, cuando, entonces, la soledad será solo una elección de quien se quiera quedar consigo mismo para hacer del dolor o de la alegría una obra de arte: la existencia de un ser inteligente en un planeta perdido en una galaxia del universo —ya no sé si en expansión o retracción, pero esto poco importa—.

Prefacio del autor a la primera edición en español

CON VIVA EMOCIÓN RECIBÍ la invitación de la profesora Claudia Mosquera a publicar este libro para el público colombiano. No es solo la Babel lingüística la que separa la producción intelectual de un académico brasileño de sus vecinos de América del Sur y de América Latina. Existen también otras tantas barreras derivadas de las dificultades para hacer circular los libros, artículos e ideas entre nuestras sociedades, además de una lamentable complicación para que nuestros proyectos académicos puedan hermanarse desde una perspectiva Sur-Sur. Así, frente a la posibilidad de ensanchar mi campo de diálogo con otros compañeros y compañeras de un país de la relevancia de Colombia, solo me restó aceptar prontamente la invitación, quizá desafío, que me fue presentada.

En los últimos quince años Brasil atravesó un importante momento en términos de la expansión de los derechos ciudadanos para la población afrodescendiente. Eso incluyó la creación de la Secretaria Especial de Políticas de Promoção da Igualdade Racial (Seppir); el reconocimiento constitucional de las tierras ancestrales de las comunidades de descendientes de quilombos; las acciones afirmativas de ingreso discente en las universidades; la Ley 11.645 (que estableció la obligatoriedad de la enseñanza de la historia de

África y de la población afrodescendiente en las redes de enseñanza fundamental), así como otras conquistas recientes. Sin embargo, yendo más allá de las políticas, tal vez la principal ganancia del movimiento negro brasileño contemporáneo haya sido el hecho de que este finalmente logró conquistar importantes espacios en las *trincheras de las ideologías*, a través del reconocimiento por parte del Estado y de la sociedad civil de que el racismo, tal como operaba en nuestro país, no solo existía, sino que generaba profundas y trágicas secuelas en nuestro tejido social.

Tales políticas, por otro lado, fueron fundamentalmente justificadas por un movimiento que ganó impulso en los últimos años de estudios de los indicadores sociales segmentados por grupos de color o raza. En realidad, estas estadísticas sociales se han consolidado en Brasil desde hace bastante tiempo (al respecto, ver el primer artículo de este libro). Sin embargo, fue en un periodo más reciente que el uso de las estadísticas pasó a diseminarse de forma más amplia, incluyendo no solo los estudios académicos, sino también su divulgación en los medios masivos de comunicación y su uso práctico por parte de los activistas de los movimientos sociales de lucha por los derechos ciudadanos de los afrodescendientes.

Los estudios que se presentan en ese libro hacen parte justamente de este movimiento histórico tan significativo para el Brasil de los días actuales.

Sé perfectamente que cuando llegue al público colombiano, este libro no encontrará un lector o lectora sin información sobre la lucha por la igualdad racial. Por el contrario, en América Latina el movimiento negro colombiano representa un capítulo aparte, no solo por las victorias legales obtenidas a partir de la Constitución de 1991, sino, igualmente, por las sucesivas conquistas materiales y simbólicas que han logrado recientemente. Además, desde cuando comencé a tener un diálogo más proficuo con el problema de los afrodescendientes en los países latinoamericanos, rápidamente me pareció muy significativa la gran cantidad de intelectuales colombianos dedicados a este asunto, dueños de una producción extremadamente bien fundamentada y estimulante.

La selección de textos contenidos en este libro corresponde a algunos de los más significativos esfuerzos de reflexión realizados por el autor sobre las desigualdades raciales en Brasil en una producción intelectual que va desde el año 2000 hasta el 2012. No tengo cómo garantizar que los artículos aquí compilados sean necesariamente los más importantes o relevantes de toda mi producción en ese intervalo, pero puedo decir que cada uno de ellos fue escogido para estar presente en esta selección de textos por el tipo de agenda que incorporó, ya sea en términos de su contenido o en términos de las metodologías presentadas. Finalmente, creo que esas metodologías pueden ser útiles para la amiga o el amigo lector que esté involucrado en los estudios de las desigualdades étnico-raciales en la Colombia actual.

Los artículos fueron ordenados por su temática, más que por el orden cronológico de cuando fueron escritos. Cada uno tiene en su pie de página información acerca de cuándo fue publicado, dónde y los agradecimientos a quienes colaboraron para su ejecución. Por tanto, voy a librar al lector y a la lectora, en ese momento, de una dispendiosa descripción de escenarios y contextos. De cualquier forma, me gustaría aclarar específicamente el contenido del artículo «Los indicadores de desarrollo humano como instrumento de medición de desigualdades étnicas: el caso Brasil».

En el plano temporal, en comparación con los otros artículos que conforman este libro, el tercero corresponde al primero escrito por el autor. Ese artículo fue un estudio inédito sobre el Índice de Desarrollo Humano (IDH) de los grupos de color o raza en Brasil, el cual tuvo un impacto razonable cuando finalmente fue divulgado en mi país. Así, pediría que el lector prestara menos atención a la temporalidad de los indicadores (el distante año de 1998) y más a la metodología y los resultados obtenidos en el mismo. También aclaro que, en el momento en el que ese estudio fue escrito, el autor aún realizaba algunas reflexiones específicas sobre el tema, especialmente en cuanto a la mejor terminología que podría ser utilizada para designar a los grupos de personas de pieles claras y oscuras. Así, el lector y la lectora percibirán que en aquel artículo empleé el término *étnico*, en lugar de *racial*. En realidad, el

posterior seguimiento de mis estudios en el tema me convenció de que ambos términos, étnico y racial, eran categorías analíticas propicias para ser utilizadas en los diferentes escenarios. Sin embargo, en el caso específico de Brasil, mis análisis me llevaron a entender que sería más riguroso el uso de la categoría color o raza. En el segundo artículo de este libro creo presentar algunas consideraciones sobre esos conceptos que tal vez puedan ayudar en la comprensión sobre cómo el autor ve ese asunto. De cualquier forma, no me pareció razonable alterar el texto original, ya que mi expreso interés es que el amigo y la amiga lectores puedan tener contacto tanto con mis estudios, como con el contexto y escenario en los cuales fueron producidos. En este sentido, realmente conviene dejar en claro que mi producción a lo largo de los últimos doce años igualmente albergó dudas, cuestiones y puntos que se fueron esclareciendo mejor a lo largo del camino recorrido.

Los últimos dos artículos que conforman la presente selección corresponden a reflexiones teóricas de orden más general sobre el tema de las acciones afirmativas y sobre el modelo brasileño de relaciones raciales. Allí no se incorporan indicadores sociales en el análisis, sino que se debaten los asuntos desde el prisma cualitativo. Naturalmente, dentro de los estudios sobre las asimetrías étnico-raciales, creo que es importante el uso intensivo de estadísticas sociales. Sin embargo, creo que esos indicadores pueden ser igualmente leídos en constante debate con cuestiones que se presentan en paralelo, ya sea en el plano microsociológico de las interacciones simbólicas, o movilizand o consideraciones de naturaleza más propiamente política. En realidad, para mí es muy claro que los paradigmas vigentes en las ciencias sociales de todo el mundo están aún distantes de contemplar ampliamente las dinámicas de vida y de luchas sociales de los afrodescendientes e indígenas, así como de su modo de interacción con el mundo de los blancos. Por consiguiente, tal aproximación holística me parece ser un camino imprescindible para aquellos que están orgánicamente vinculados con la causa de los contingentes históricamente discriminados.

En un esfuerzo de memoria reconozco que perdí la fecha de mi primer encuentro personal con la profesora Claudia. En el

fondo, lo que tal vez cause esa sensación de larga convivencia y amistad no sean solo las cualidades de mi querida compañera en el aspecto humano, existencial o académico, sino, de algún modo, el momento histórico en el cual ese diálogo y amistad se forjó. ¡Y qué tiempos, ah profesora...!

El momento actual vivido por América Latina, después del largo ciclo de dictaduras y de décadas de crecimiento económico —bien sea dirigido por las dotaciones naturales impuestas por la mano invisible de la división internacional del trabajo o dirigido por el vehículo-jefe del Estado desarrollista— acarrea profundos desequilibrios sociales, urbanos y ambientales. El hecho es que tal resultado tomó a los grupos históricamente discriminados, como los afrodescendientes y los pueblos indígenas, justamente como sus principales víctimas. Así, nuestra región, después de siglos de estar marcada por el colonialismo, imperialismo, racismo y proyectos de modernización autoritaria, vio nacer un impetuoso movimiento impulsado por afrodescendientes e indígenas, dispuestos a cuestionar los términos en los que nuestras sociedades insisten en mantenerse.

Para la academia, tal escenario viene generando un movimiento de encuentro —¿o sería mejor decir de reencuentro? — de decenas, tal vez centenares, de intelectuales orgánicos vinculados a aquellos contingentes. En suma, después de las contribuciones legadas por la generación de la Cepal para el problema del subdesarrollo en América Latina en los años cincuenta, creo que de forma más o menos consciente se cernió sobre nuestra generación la premura de establecer un nuevo marco conceptual, no solo para la comprensión de la dinámica de las desigualdades étnico-raciales, sino también sobre el problema del subdesarrollo, de su relación íntima con la persistente presencia del racismo étnico-racial en nuestro medio y de las alternativas de modelos de sociedad fundamentados en parámetros más justos y generosos para todas y todos nosotros, latinoamericanos.

¿Será que nuestra generación conseguirá contribuir para que podamos dar ese paso adicional, decisivo, para que nos podamos librar de los 500 años de soledad que nos convirtieron, según las

Naciones Unidas, en la región más injusta y desigual del planeta? Naturalmente, esa pregunta, hecha en este momento, parece un despropósito. Ojalá el problema de las transformaciones sociales del mundo pudiera ser solucionado desde nuestras solitarias sesiones de estudio. Sin embargo, y libre de cualquier pretensión, es siempre necesario recordar que —ya sea en Brasil, en Colombia, ¡o en Macondo!— nuestra producción intelectual (¡y nuestras vidas!) está insertada en un determinado contexto histórico, con derecho a todos sus dilemas, aflicciones y agonías. Mejor sería que nos pudiéramos ver a nosotros mismos con cierta lucidez dentro de estos escenarios. Y, mejor aún, si alcanzáramos a dejar como legado a los demás lo más sagrado que podemos dar en nuestro paso por este mundo: el fruto de nuestro trabajo.

Es en ese contexto donde mi encuentro y mi amistad con la profesora Claudia Mosquera han venido dándose. El mismo escenario histórico que enmarca la llegada de este libro a las manos del compañero lector y de la compañera lectora.

¡Buena lectura!

MARCELO PAIXÃO

*Castle Howard Court, Princeton,
otoño de 2012, día de Thanksgiving*

Prefacio del autor a la edición brasileña

EL PRESENTE LIBRO LO conforman siete artículos escritos entre los años 2004 y 2012, todos engloban el tema de las relaciones y asimetrías étnico-raciales en Brasil y en América Latina. Estos estudios fueron presentados en congresos científicos, publicados bajo la forma de capítulos de libros o en revistas editadas por organizaciones no gubernamentales (ONG).

Llevaba algún tiempo pensando en organizar estos artículos —actualmente dispersos— en un único volumen, buscando ampliar el número de posibles lectores para tales trabajos. Creo que no necesitaré de mucho esfuerzo en los argumentos para expresar cuán angustiante es para el autor de un estudio tanto su proceso de elaboración por escrito como la expectativa de que sea leído por los demás (yo no tengo dudas de que esta última angustia es mucho peor que la primera). Por tanto, la organización de este libro contribuyó para que yo pudiera reducir, al menos, la parte más complicada de mi ansiedad.

Sin embargo, el hecho que impulsó la producción de esta obra fue una invitación de la profesora Claudia Mosquera, de la Universidad Nacional de Colombia, quien estaba interesada en organizar una colección de algunos de mis estudios en aquel país (en donde

tengo la felicidad de contar con diversos amigos por quienes siento un inmenso cariño). Posteriormente, se abrió un diálogo con integrantes de la Editora Apris, que se mostró interesada en su edición en nuestro país, lo que permitió que el presente libro pudiera ser también ofrecido al público brasileño.

Contrario a lo que el lector podrá en una imaginar a primera vista, el título *Quinientos años de soledad* no implica que este estudio haya comprendido aspectos de la historia de Brasil en su periodo colonial e imperial. En cambio, partiendo de la suposición de que en los estudios de las relaciones étnico-raciales en América Latina jamás se podrá ocultar el paño de fondo histórico que les dio origen, el presente título hace una tentativa de diálogo con el libro clásico del escritor colombiano Gabriel García Márquez. Así, pienso que quien tenga paciencia para leer este libro desde su comienzo hasta su fin tendrá razonables motivos para comparar la secular situación de opresión y discriminación de los continentes históricamente marginados en todo el hemisferio, con una especie de realismo mágico que se extiende en cada momento, en una trama que engloba una cierta dosis de ironía y generosas pizcas de tragedia.

Conforme a lo mencionado, el presente libro se generó en un intervalo de tiempo no solo proporcionalmente largo, sino también marcado por diversas transformaciones en Brasil y en los demás países latinoamericanos, incluso en términos de las relaciones étnico-raciales. Así, ante el hecho de que no tendría sentido reescribir todos los artículos, el lector tal vez note algunos vacíos en términos de la forma en la que los textos fueron escritos, el modo de uso de algunas categorías denominativas y clasificatorias, y la temporalidad de la gran mayoría de los indicadores. Se intentó, cuanto nos fue posible, corregir este o aquel aspecto, aun sabiendo que esta tarea trascendería los límites del razonable dato objetivo de esta publicación, tal como fue mencionado anteriormente.

En relación con la edición colombiana, se sustituyó el artículo que contenía el índice de Desarrollo Humano (IDH) de los grupos de color o raza en Brasil, por otro en el que se realizó un diálogo crítico sobre la tradición desarrollista acerca de las relaciones raciales. Este remplazo se dio porque aquel estudio ya había sido pu-

blicado en otro libro escrito por el autor, llamado *Desenvolvimento humano e relações raciais* (2003). Así, se consideró redundante volver a publicarlo para el público brasileño.

Una vez más, agradezco a la profesora Claudia Mosquera por la invitación que motivó la organización de este libro. El mismo reconocimiento dirijo a la Editora Apris, en nombre de su directora ejecutiva, Marli Caetano, por haber creído en este proyecto editorial.

Mi agradecimiento al profesor Marildo Menegat, de la Escola de Serviço Social (ESS), por la presentación de esta obra, documento este precedido de un franco esfuerzo de lectura y comprensión de cada uno de los artículos que forman esta edición. Envié la invitación al profesor Marildo para escribir las líneas contenidas en este libro pues le considero una de las más lúcidas voces sobre los dilemas de la humanidad en el mundo contemporáneo. Fue realmente un honor haber podido tenerlo como mi lector.

A lo largo del periodo dedicado a la elaboración de los siete artículos que aparecen en el presente libro tuve la posibilidad de dialogar con diversas personas, todas fundamentales para viabilizar cada uno de los estudios aquí contenidos. Tal vez pueda cometer alguna injusticia al no mencionar a alguien, pero no será por eso que dejaré de reconocer en estas líneas a algunas personas que tuvieron un papel fundamental para que tales estudios pudieran venir al mundo un día.

Agradezco expresamente al profesor Edward Telles, a Rene Flores, Ana Maria Goldani y a todos los compañeros y compañeras del Project on Ethnicity and Race in Latin America (Perla). A los profesores Alejandro Portes, Patricia Kelly Fernandes y a la investigadora Norma Fuentes, del Center for Migration and Development (CMD) de Princeton University. A Fabiana del Popolo, Jhon Anthón y Marta Rangel, por el provechoso diálogo sobre las estadísticas étnico-raciales en América Latina. A los compañeros João Feres y Jonas Zoninsein (memoria) y a la editora de la UFMG. A Fernanda Carvalho, al Instituto Brasileiro de Análises Econômicas e Sociais (Ibase) y al Observatorio de la Ciudadanía. A Matilde Ribeiro y a la Fundação Perseu Abramo. Iguales agradecimientos a Leonarda Musumeci y Silvia Ramos, del Centro de Estudos de Segurança

e Cidadania (Cesec), de la Universidade Cândido Mendes. Igualmente agradezco a Maria Inês Barbosa, por entonces *officer* de la ONU-Mujer, y la invitación para el desarrollo del estudio de las desigualdades raciales en los indicadores de mortalidad materna. A la Ford Foundation. Por el renovado apoyo y confianza al Laboratório de Análises Econômicas, Históricas, Sociais e Estatísticas das Relações Raciais (Laeser), aquí personificado en las figuras de Nilcea Freire, Luiza Souza y Ana Toni.

A los laeseranos y laeseranas, compañeros de sueños, Barbara, Cleber, Daniele, Elisa, Elaine, Guilherme, Hugo, Irene, Iuri, Luisa y Sandra.

A mis dos hijos Juliano (Juba) y Sofia. Creo que el año vivido aquí, en Estados Unidos, nos marcó a cada uno de nosotros de diferentes maneras, ¿no es cierto? Espero que sepamos llevar para nuestras vidas las muchas lecciones aquí aprendidas. Gracias por todo. ¡Los amo!

MARCELO PAIXÃO
Castle Howard Court, Princeton,
verano de 2013

Lista de siglas y abreviaturas usadas

Anpocs	Associação Nacional de Pós Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais, Brasil [Asociación Nacional de Posgrados e Investigación en Ciencias Sociales]
Capes	Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior, Brasil [Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior]
Cebrap	Centro Brasileiro de Análise e Planejamento [Centro Brasileño de Análisis y Planeación]
Celade	Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía
Cepal	Comisión Económica para América Latina
Cesec	Centro de Estudo de Segurança e Cidadania, Universidade Candido Mendes, Brasil [Centro de Estudios en Seguridad y Ciudadanía]
Cidse	Centro de Documentación e Investigación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Colombia
CID	Classificação Internacional de Doenças [Clasificación Internacional de Enfermedades]

CMD	Center of Migration and Development, Princeton University, Estados Unidos [Centro de Migración y Desarrollo]
CNAE	Classificação Nacional de Atividades Econômicas, Brasil [Clasificación Nacional de Actividades Económicas]
DANE	Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Colombia
Datasus	<i>Banco de Dados do Sistema Único de Saúde</i> , Ministério da Saúde, Brasil [Banco de Datos del Sistema Único de Salud]
Deiso	Departamento de Informação de Estatísticas Sociais, IBGE, Brasil [Departamento de Información de Estadísticas Sociales]
DM	Declaración(es) de muerte(s)
ECH	Encuesta Continua de Hogares, Colombia
ECH	Encuesta de Condición de Hogares, Uruguay
ENAHO	Encuesta Nacional de Hogares, Perú
ENH	Encuesta Nacional de Hogares, Colombia
ENHA	Encuesta Nacional de Hogares Ampliada, Uruguay
ESS	Escola de Serviço Social, UFRJ, Brasil [Escuela de Servicio Social]
FASE	Federação de Órgãos para Assistência Social e Educacional, Brasil [Federación de Órganos para la Asistencia Social y Educativa]

FJP	Fundação João Pinheiro, Governo de Minas Gerais, Brasil
IA	Indicador de alfabetización
Ibase	Instituto Brasileiro de Análises Sociais e Econômicas [Instituto Brasileño de Análisis Sociales y económicos]
IBGE	Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística [Instituto Brasileño de Geografía y Estadística]
Ibope	Instituto Brasileiro de Opinião Pública e Estatística [Instituto Brasileño de Opinión Pública y Estadística]
IDG	Índice de desarrollo ajustado al género
IDG-Ed	Indicador educativo ajustado a los géneros
IDG-L	Indicador de longevidad ajustado a los géneros
IDG-R	Indicador de ingresos ajustado a los géneros
IDH	Índice de desarrollo humano
IDH-M	Índice de desarrollo humano municipal
IE	Indicador de escolaridad
IE/UFRJ	Instituto de Economia, UFRJ, Brasil [Instituto de Economía]
IED	Indicador educativo
IHGB	Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro [Instituto Histórico y Geográfico Brasileño]
IL	Indicador de longevidad

INE	Instituto Nacional de Estadística, Uruguay
INEI	Instituto Nacional de Estadística e Informática, Perú
INPC	Índice Nacional de Preços ao Consumidor, Brasil [Índice Nacional de Precios al Consumidor]
Ipea	Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada, Brasil [Institución de Investigación Económica Aplicada]
IR	Indicador de rendimento [Indicador de ingreso]
IRD	Institut de Recherche pour le Développement, Francia [Instituto de Investigación para el Desarrollo]
Laeser	Laboratório de Análises Econômicas, Históricas, Sociais e Estatísticas das Relações Raciais, IE/UFRJ, Brasil [Laboratorio de Análisis Económicos, Históricos, Sociales y Estadísticas de las Relaciones Raciales]
NEPO	Núcleo de Estudos de População, Unicamp, Brasil [Núcleo de Estudios de Población]
OMS	Organización Mundial de la Salud
ONG	Organización(es) No Gubernamental(es)
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PAHO	Pan American Health Organization [Organización Panamericana de la Salud]
PEA	Población económicamente activa
PEAF	Proporción femenina de la PEA
PEAM	Proporción masculina de la PEA

PIB	Producto interno bruto
PME	Pesquisa Mensal de Emprego, Brasil [Investigación Mensual de Empleo]
PNAD	Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios, Brasil [Investigación Nacional por Muestreo Domiciliar]
PNB	Producto Nacional Bruto
PNDS	Pesquisa Nacional de Demografia e Saúde, Ministério da Saúde, Brasil [Investigación Nacional de Demografia y Salud]
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PPC\$	Dólar por paridad de poder de compra
PSDB	Partido da Social Democracia Brasileira, Brasil [Partido de la Social Democracia Brasileña]
PT	Partido dos Trabalhadores, Brasil [Partido de los Trabajadores]
PVNC	Pré-Vestibulares Para Negros e Carentes, Brasil [Cursos de preparación para los exámenes de ingreso al sistema de educación superior para negros y necesitados]
R\$	Real brasileño
RM	Región(es) metropolitana(s)
Ripsa	Rede Interagencial de Informação para a Saúde, Brasil [Red Interagencial de Información para la Salud]

Selic	Sistema Especial de Liquidação e de Custódia, Banco Central do Brasil [Sistema Especial de Liquidación y de Custodia]
sf	Parte femenina de la cuota salarial
SIM	Sistema de Informação sobre Mortalidade, Ministério da Saúde, Brasil [Sistema de Información sobre Mortalidad]
Sinasc	Sistema de Informações sobre Nascidos Vivos, Ministério da Saúde, Brasil [Sistema de Informaciones sobre Nacidos Vivos]
SM	Salario mínimo
SUS	Sistema Único de Saúde, Brasil [Sistema Único de Salud]
TFT	Tasa de fecundidad total
UFMG	Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil
UFRJ	Universidade Federal do Rio de Janeiro, Brasil
Unicamp	Universidade Estadual de Campinas, Brasil [Universidad Estatal de Campinas]
Unifem	Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer
US\$	Dólar estadounidense
USP	Universidade de São Paulo, Brasil
wf	Salario no agrícola femenino
wm	Salario no agrícola masculino

La variable color o raza en los censos demográficos brasileños: historia y estimación reciente de desigualdades*

Introducción

EL PRESENTE ARTÍCULO TEJE un panorama sobre la variable color o raza en los censos demográficos brasileños. Este panorama recorrerá dos ejes principales.

El primer eje engloba un estudio sobre la complejidad de la variable étnico-racial en los aspectos del censo, incluyendo una breve descripción de las diferenciaciones que se hacen entre las categorías, social y antropológicamente construidas, de etnia y raza.

* El autor presentó originalmente este artículo en el Seminario censos 2010 y la inclusión del enfoque étnico. Rumbo a una construcción participativa con los pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina, realizado en Santiago de Chile en la sede de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), del 19 al 21 de noviembre de 2008. Posteriormente, una versión ligeramente modificada (2009b) fue publicada en *Notas de Población* 36, 187-224. El autor agradece los comentarios de un colega anónimo, que fueron incorporados en la presente versión. También manifiesta sus agradecimientos por el importante diálogo que han podido mantener sobre este tema, a lo largo de los últimos dos años, Fabiana del Popolo, Marta Rangel, Álvaro Bello y Jhon Anthón. Ninguna de estas personas, sin embargo, es responsable por los eventuales equívocos contenidos en el presente texto, que, en caso de existir, serán asumidos exclusivamente por su autor.

También en este primer bloque se hace una descripción sintética de la historia de la variable color o raza en los cuestionarios de los censos poblacionales en Brasil.

El segundo eje dialoga con los resultados de los censos brasileños en lo relacionado con el estudio de las desigualdades de color o raza en nuestro país. Así, serán vistas algunas estadísticas sociales desagregadas según la variable color o raza, con el propósito de exponer de modo sintético la práctica verificada de las desigualdades entre blancos y negros en Brasil. En ese momento se estudiarán indicadores de orden demográfico (tamaño de la población, su distribución regional y la pirámide etaria, patrones de unión marital y adhesión a grupos religiosos) y socioeconómico (analfabetismo, promedio de escolaridad, ingreso promedio, pobreza, medidas de desigualdad, IDH, acceso a bienes de uso colectivo).

Finalmente, en la conclusión, además de exponer un comentario general de los resultados obtenidos en términos de los abismos de las condiciones de vida entre los grupos de color o raza, se subrayan las potencialidades analíticas abiertas con el uso de aquella fuente de información, tanto en términos científicos como en términos normativos; en este último caso, envolviendo tanto la adopción de políticas públicas como la fundamentación de demandas sociales por parte de los grupos históricamente discriminados. Se espera, con esas reflexiones finales, no solo destacar el modo a través del cual el medio académico y la sociedad civil brasileña han utilizado aquellos datos, sino, igualmente, iniciar un diálogo con otras realidades nacionales en nuestro hemisferio, para así favorecer el intercambio de experiencias y el estímulo para que iniciativas semejantes puedan ser mejoradas o iniciadas en otros países latinoamericanos.

La complejidad del aspecto étnico y racial en los cuestionarios censales

Cabe señalar que, cuando está presente, el aspecto étnico-racial corresponde al campo socioantropológico dentro de un cuestionario aplicado en investigaciones demográficas. No es que las demás pre-

guntas usualmente listadas en un cuadernillo de preguntas —por cierto, marcadas por los patrones culturales vigentes en las respectivas sociedades— tampoco lo sean. Sin embargo, al contrario de otras variables como edad, sexo, escolaridad, ingreso, posesión de determinados bienes, ubicación del domicilio, todas sensibles de respuesta objetiva (si bien aunque se sepa de la existencia, en cualquier lugar del mundo, en errores de respuestas por parte de diversos entrevistados por desconocimiento, mala interpretación de la pregunta, recelo a responder correctamente o pura mala fe), las variables étnicas y raciales son principalmente influidas por los patrones de interrelación étnico-raciales existentes dentro de cada realidad local. Ese hecho influye tanto en el modo como la pregunta es formulada a los entrevistados, como en el tipo de respuesta obtenida.

La complejidad de la variable étnica o racial dentro de los sistemas estadísticos reside en los siguientes vectores: 1) la forma como cada individuo se identifica a sí mismo, a sus familiares y a todos los que le son cercanos en términos de criterios étnicos, nacionales, raciales o apariencia física, etc.; 2) el tipo de ideología dominante en el seno de una determinada sociedad en términos de aquellas variables (étnicas, nacionales, raciales o apariencia física) y el modo en que las mismas son correspondientemente valoradas o estigmatizadas (llegando al límite de que sean absolutamente discriminadas inclusive en el campo legal) dentro de cada una de ellas; 3) las luchas sociales existentes en el seno del contingente discriminado en búsqueda del reconocimiento de sus valores culturales, estéticos, simbólicos y ancestrales, así como su respectiva capacidad de movilización, tanto de sus posibles representados, como de la sociedad en su conjunto, a su favor, en los planes moral, jurídico y político; 4) el comportamiento específico de los contingentes étnicos, nacionales o raciales dominantes en una sociedad dada y sus correspondientes estrategias de dominación e interacción para con los demás grupos, que, tal vez, puedan ser resumidas dentro de las claves multiculturalista (es el caso de Gran Bretaña, Alemania, Holanda y las naciones colonizadas por cada uno de estos países) y asimilacionista (tales como serían los ejemplos de los países ibéricos, Francia y las naciones colonizadas por cada uno de estos países).

De hecho, en los *Principios y recomendaciones para los censos de población y habitación* (1998), se reconoce la dificultad para la constitución de un sistema clasificatorio único en el plano internacional acerca de las definiciones de grupos étnicos, nacionales o raciales, o de apariencia física, así:

La determinación de los grupos nacionales y/o étnicos de la población acerca de las cuales se necesita la información depende de las circunstancias nacionales de cada país. Por ejemplo, los grupos étnicos pueden identificarse a partir de la nacionalidad étnica (quiere decir, el país o región de origen, en contraposición a la ciudadanía o al país de nacionalidad legal), la raza, el color, el idioma, la religión, la indumentaria, los hábitos de alimentación, la tribu o varias combinaciones de estas características. Además, algunos de los términos utilizados como «raza» u «origen» o «tribu», poseen acepciones muy diversas. Por tanto, las definiciones y criterios que cada país adopte al investigar las características étnicas de la población deberán basarse en la naturaleza de los grupos que se desee identificar. Como esos grupos, por su propia índole, varían mucho de país en país, no se puede recomendar ningún criterio de aplicación universal.² (8o)

Otro problema que presenta el aspecto étnico-racial radica en que es necesario tener cuidado para no asociar la pertenencia étnica o racial por parte de un individuo a una dimensión esencialista. Así, teniendo en cuenta las ideologías étnico-raciales vigentes, el hecho de que una persona haya nacido en el seno de una determinada comunidad o sociedad, o del vientre de una madre de determinada apariencia física, no la obliga necesariamente a una identificación *a priori* con cualquiera de aquellas dimensiones (Taylor, 1992). En términos estadísticos, en su real dimensión, eso implica que la población de un determinado grupo étnico, nacional o racial, en un momento dado, podría tanto estar numérica-

2 Documento editado por la División de Estadísticas del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

mente estimada con cierto grado de alta fidelidad, como también podría estar sobrestimada o subestimada. En ese caso, con miras a ofrecer una mejor comprensión de la realidad existente, es razonable acompañar la evolución de los indicadores de los diferentes grupos a lo largo del tiempo (números absolutos y relativos de cada contingente estimado, patrones de vida, etc.) para facilitar la comprensión del grado de coherencia de los datos obtenidos.

No obstante, al remitirse a la forma en la que los sistemas censales recolectan la información sobre la etnia, nacionalidad o raza, o apariencia física de un determinado individuo, se estarán teniendo en cuenta, en primer lugar, los criterios locales existentes de clasificación en aquellos tres niveles y, en segundo lugar, las correspondientes evaluaciones de pertenencia a los diferentes contingentes por parte de las personas. Por esto, en definitiva, hay una dimensión, en alguna medida, subjetiva de la pregunta y, seguramente, de la respuesta.

Dentro de este mismo tópico, finalmente, cabe destacar que, a lo largo de la historia, la existencia de aspectos que remontan a las identidades colectivas dentro de los sistemas censales o muestrales solamente puede ser el resultado del uso específico que se le quiera dar a las respuestas, especialmente por parte de los Estados nacionales. Lo mismo aplica para su no inclusión. Morning (2008, 243) señala cuatro motivaciones básicas que pueden llevar a una u otra decisión: 1) contabilización de los contingentes étnico-raciales con fines de control político de esos grupos; 2) no inclusión en nombre de la integración nacional; 3) fortalecimiento del discurso del hibridismo o del mestizaje en el seno de la población (en ese caso pudiendo llevar tanto a la inclusión como a la exclusión del aspecto) y 4) contabilización con finalidades de adopción de estrategias anti-discriminatorias o favorables a la adopción de políticas de acciones afirmativas.

De este modo, no se puede decir que a lo largo del tiempo todas las investigaciones demográficas interesadas y no interesadas en reunir dicha información se hayan encaminado necesariamente en el mismo sentido. Por el contrario, la experiencia histórica enseña que la información levantada está invariablemente embebida, por parte del Estado y las respectivas instituciones de la sociedad civil,

de diferentes dimensiones axiológicas, jurídicas y políticas. En la perspectiva defendida en el presente análisis, el levantamiento de aquel aspecto está basado precisamente en la comprensión de que la existencia de indicadores acerca de las condiciones de vida de los diferentes grupos étnico-raciales es de fundamental importancia para la constitución de estrategias adecuadas para la superación de las desigualdades históricas entre los diferentes contingentes.

Apuntes sobre etnia, nacionalidad y raza

Por etnia, tal como está definido en el documento de la División de Estadísticas de la ONU citado arriba, se entiende un conjunto de factores de naturaleza sociocultural —en este caso prestado especial atención a la dimensión lingüística— que sean causa, al ser usados por cada persona, tanto del proceso de constitución de sus afinidades electivas para con otras personas portadoras de hábitos, creencias y valores semejantes, como de su caracterización colectiva diferenciada ante los demás miembros de la sociedad. Por otro lado, tal concepto no se confunde con el de clases sociales —cuyo motor dinámico son las identidades colectivas, forjadas en primer lugar, en el entorno de intereses económicos—, ni con el de grupos políticos —definidos desde sus vínculos partidarios e ideológicos comunes—, ni con el de castas o estamentos —los cuales son producto de rígidos criterios de diferenciación social fundada en reglas de ancestralidad que, sin embargo, están mutuamente vinculadas dentro de una determinada sociedad desde una perspectiva holística (véase Weber, 1999 [1904])—. De igual manera, las identidades étnicas son irreductibles a las identidades sociales que tienen como motor dinámico factores específicos como los etarios, grupos de sexo, deportivos, artísticos, residenciales, etc. En este último caso, vale destacar que a pesar de que el núcleo de la identidad remite a algunas variables de naturaleza semejante a la que define un grupo étnico, aun así, ellas solamente podrán ser entendidas en la medida en que operen, para un determinado individuo, como un vector de asociación o de alteridad con el conjunto cultural dominante dentro de una determinada sociedad.

Por otro lado, el término *etnia* gana mayor complejidad cuando se refiere a variables relacionadas con las diferentes agrupaciones de apariencias físicas presentes en una determinada sociedad, apariencias comúnmente asociadas al término *raza*.

El término *raza* dialoga en primer lugar con la variabilidad de los seres humanos en términos físicos. O sea, la base de esta comprensión reside en el hecho de que los seres humanos poseen una gran variedad de tipos en términos de sus respectivas apariencias, especialmente cuando se tiene en cuenta el grado de intensidad de la pigmentación de sus pieles, los tipos faciales, el color de los ojos, el tipo de cabello y, en algunos casos, la forma corporal (altura, peso, contextura). Aquí vale destacar que también se incluye la amplia pluralidad de tipos intermedios, fruto de los intercambios sexuales que han ocurrido de modo pacífico o violento a lo largo de la historia de los diferentes pueblos. Por tanto, esas diferentes formas físicas, una vez incorporadas dentro de un patrón de interrelaciones entre los diferentes tipos humanos y de una correspondiente ideología legitimadora de la eventual valorización o devaluación de tal tipo de diferencias (en los planos socioeconómico, político y estético), forman la primera problemática de lo que podemos entender por relaciones raciales (Weber 1999 [1904]; Nogueira 1985). De igual manera, la reducción del término *raza* a su aspecto físico no agota la problemática, ya que en el campo de estudio de las relaciones raciales se pueden identificar asociaciones correspondientes, en términos antropológicos y políticos, con las diferentes formas físicas.

La primera asociación se da con la estricta correlación de causa y efecto entre las diferentes formas físicas y las correspondientes manifestaciones culturales que, así, pasan a ser entendidas como estrictamente relacionadas. Por ejemplo, si los grandes científicos son personas de piel blanca o si diversos tipos de música originalmente desarrollados por las personas de pieles negras presentan notable ritmo, tales fenómenos solamente podrían ser entendidos como hechos inherentes a esos respectivos tipos físicos. Lo mismo valdría para todos los demás papeles sociales y manifestaciones religiosas, artísticas y culturales típicamente ejercidos por los otros contingentes físicamente

identificables (incluyendo los mestizos) que, tal como una profecía que se autorrealiza, expresarían su verdadera naturaleza justamente en la constante práctica de aquellas funciones. Así, una vez que por etnia se entienda el íntimo vínculo entre formas físicas y culturales, en las diferentes etnias humanas sería identificable una jerarquía en términos de compleción corporal y de los atributos mentales, psicológicos, estéticos y morales dentro de una escala del mejor al peor (acompañando a los que presentan las pieles más claras hasta los que presentan las pieles más oscuras). Este tipo de raciocinio formaría la base de pensamiento de los antropólogos racialistas de mediados del siglo XIX (véase Schwarcz, 1993).

Por otro lado, cabe destacar que el racismo y la discriminación racial también pueden ser perfectamente independientes de criterios étnicos puesto que en muchos casos las desigualdades de prestigio social se derivan de las ideologías que se orientan simple y llanamente por las marcas raciales heredadas de los antepasados (ya sean más o menos valoradas) y que sin embargo pertenecen a personas que forman parte de la misma totalidad sociocultural. Ese sería el caso, por ejemplo, de la gran mayoría de afrodescendientes brasileños y norteamericanos que viven en los grandes centros urbanos, antes discriminados por sus formas físicas, menos valoradas o prestigiosas que las de los portadores de las marcas físico-raciales predominantes o que alguna identificación étnica específica (Hoetink 1971 [1967]; Nogueira 1985). De cualquier modo, en ese caso se está frente a una cuestión que en última instancia viene a ser de naturaleza más política, con miras a remitir al tema de la dominación de personas portadoras de determinadas formas físicas (consideradas más despreciables o estigmatizadas) ante las otras personas portadoras de formas físicas diferenciadas (consideradas más valoradas o envidiadas).

Los avances de la genética como campo del conocimiento han confirmado la inexistencia de razas humanas desde su dimensión biológica. Así, de la variedad física entre diferentes individuos que forman la especie humana, a partir del análisis del ADN de cada cual, se percibe que 95% se encuentran dentro de un mismo grupo, y apenas 5% son determinados como intragrupos (Pena et ál. 2000).

De esta manera, teniendo en cuenta este aporte, todas las teorías que correlacionan formas físicas, atributos culturales y escalas jerárquicas entre los tipos humanos quedan descartadas. Por otro lado, dadas las herramientas presentadas por los diferentes campos del conocimiento científico al asunto (especialmente la sociología, la antropología, la psicología, la ciencia política), el estricto referencial biológico para la comprensión del problema puede ser considerado sumamente cuestionable.

En la actualidad, la efectiva persistencia del término raza humana tiene dos vectores principales. Por un lado, el término raza persiste fundamentado en la continuidad de ideologías racistas en sus diversas formas de manifestación más o menos ostensivas, intolerantes y agresivas. Conforme se ha visto, estas formas mentales atribuyen a individuos de determinadas apariencias físicas o aportes culturales ciertas características, estigmatizadas o valoradas, en términos mentales, intelectuales, psicológicos, religiosos, estéticos y físicos, incluyendo todo el legado ancestral de esas colectividades. En diferentes realidades nacionales, derivado de determinantes históricos específicos, la mirada racista experimenta mayor o menor tolerancia y selectividad para con los tipos intermediarios, bien sea valorando los de tez más clara, o sabiendo reconocer y discriminar, por minuciosos criterios de apariencia y origen, cada vestigio de ascendencia no europea (Hoetink, 1971; Nogueira, 1985). De cualquier modo, al ser llevados por una cantidad considerable de individuos vinculados a los contingentes racialmente dominantes dentro de las respectivas sociedades (o dicho de otro modo, por los tipos físicos humanos hegemónicos en las diferentes sociedades), tales patrones acaban siendo decisivos en las trayectorias personales y profesionales de cada persona, bien sea ampliando (en el caso de los parecidos con el tipo físico predominante o aquellos portadores de los valores culturales semejantes al hegemónico) o reduciendo (en el caso de aquellos que resultan diferentes a los tipos físicos predominantes o a los portadores de valores culturales distintos al hegemónico) sus respectivas oportunidades de movilidad social.

La actual persistencia del término raza igualmente se deriva de la perspectiva adquirida por movimientos sociales de defensa de

los contingentes históricamente discriminados. De este modo, tal punto de vista entiende que el rescate del término raza —aquí visto en su estricta variante social y cultural— corresponde a un modo de constitución de patrones de solidaridad entre los afectados por el problema, favoreciendo así su acción colectiva en defensa de la integridad física, legal o territorial; la adopción de medidas de promoción de la calidad de vida de esos contingentes; de rescate positivo de la trayectoria histórica y cultural de sus ancestros, y en pro de cambios de patrones estéticos y simbólicos tradicionalmente atribuidos a esas determinadas características físicas.

En resumen, cuando los movimientos sociales antirracistas rescatan el término raza, se trata de la re-creación de una perspectiva de pensamiento racializada que tiene, sin embargo, el propósito de promover su opuesto, es decir, combate el racismo y sus consecuencias nocivas. Dicho de otro modo, si bien es verdad que toda forma de pensamiento racista posee una fundamentación racializada, no necesariamente una forma de pensamiento racializado requiere ser racista. Por el contrario, el racialismo antirracista reconoce que la realidad de las razas es más social, política y cultural, generadora de dinámicas sociales correspondientes que producen desigualdades de acuerdo con los portadores de las diferentes apariencias o marcas raciales (Guimarães 1999; 2002). Suponer que el mero abandono del término raza por parte de los que sufren el drama del racismo podrá ser una causa eficiente para la superación del problema padece de una laguna fundamental: olvidar que la persistencia del término es fruto, primero, de las estrategias de contingentes beneficiados con el actual cuadro de desigualdades (aunque sea notorio que no todos los individuos que poseen aquellas formas físicas adopten o concuerden con dicha postura) dado su interés en que ese cuadro perdure indefinidamente. Así, la línea racialista antirracista rescata un término originalmente utilizado por los colonizadores europeos, raza, y lo vuelve a crear en el sentido mismo de la búsqueda de la superación de la propia terminología que solamente podrá dejar de existir cuando se establezca una efectiva igualdad de las condiciones de vida de los diferentes contingentes dentro de las sociedades donde el problema ocurre.

Por ese preciso motivo se reconoce la importancia de la presencia de la variable raza en los sistemas de levantamiento de información demográfica: bien sea de modo exclusivo o mezclado con la variable étnica, o asociado con apariencia racial, en caso de que opere según el índice del color de la piel u otras apariencias físicas distintivas.

Historia de la variable color o raza en los censos brasileños: 1872-2000

La variable raza fue listada por primera vez en los levantamientos de información realizados en todo Brasil durante del primer censo general de 1872. Ese levantamiento puede ser considerado el primer padrón moderno, propiamente dicho, que se llevó a cabo en Brasil. Por ser una investigación realizada en un momento de transición, del modelo esclavista hacia un modelo capitalista, en la publicación impresa de ese levantamiento se pueden encontrar diversos indicadores sociales segmentados entre hombres libres y esclavos (cantidad numérica total, condición civil, escolaridad, religión y ocupación, entre otras variables). Además de la condición civil de los habitantes, en este censo se registró la raza de la población clasificada en las siguientes categorías: blancos, *pretos*³, pardos y caboclos⁴.

En el siguiente censo, llevado a cabo en 1890, bajo el amparo de la República, se alteró la clasificación de la variable raza con la sustitución de la categoría parda por la de mestizo. Como rasgo negativo de ese censo se puede mencionar el hecho de no existir en la publicación impresa información social de los grupos raciales

3 La palabra *preto* o *preta*, por lo general, hace referencia al término negro o negra. Su utilización en este trabajo se debe a que, aunque en el sistema de clasificación de color o raza en Brasil, el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) ha utilizado los términos blanco, *preto*, pardo, amarillo e indígena, cuando académicos y activistas comentan estos indicadores y utilizan la palabra «negro», lo hacen reuniendo *pretos* y pardos en el mismo grupo. Por ello es que en el texto aparece tanto la palabra *preto* (uno de los grupos de color o raza de IBGE) como la palabra negro (utilización que reúne *pretos* y pardos en las informaciones estadísticas). Para este texto, por sugerencia del propio autor, se mantendrá la palabra *preto* siempre que así aparezca en su original en portugués. [N. de los T.]

4 Mestizo de blanco con indio. [N. de los T.]

(ocupación, escolaridad, etc.); así, las informaciones disponibles se limitan al aspecto del conteo poblacional.

En los censos de 1900 y 1920 la variable raza no fue recolectada. En ese último levantamiento la exclusión del aspecto fue explicada del siguiente modo: La supresión del aspecto relativo al color se explica por el hecho de que las respuestas oculten en gran medida la realidad, especialmente [en] cuanto a los mestizos, muy numerosos en casi todos los estados de Brasil y, de ordinario, los más refractarios [a] las declaraciones inherentes al color originario de la raza [a la] que pertenecen (Regueira, 2004) Así, después de 1890, el aspecto étnico-racial solamente volvería a aparecer en los sistemas censales brasileños en 1940, cincuenta años después.

El censo de 1940 estuvo marcado por el surgimiento del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), fundado en 1938, considerado de excelente calidad para los estándares de la época. Se destaca que ese mismo levantamiento pasó a indagar, no la raza, sino el color de las personas. Sin embargo, aún operando con antiguas terminologías, siguió trabajando con las categorías blanca, *preta* y amarilla (incluida debido al aumento de la inmigración), e identificó como pardos todos los casos que no se adecuaban a las categorías anteriores o los que no respondieron al aspecto. En este levantamiento censal el criterio de clasificación adoptado fue el de la heteroclasificación, en donde el entrevistador anotaba su percepción en términos del color de piel del entrevistado (Skidmore 1976 [1974]). El censo de 1950 mantuvo la clasificación del censo anterior, pero la categoría parda volvió a aparecer en el cuestionario como un ítem específico que expresamente designaba a todos aquellos que se identificaban como mestizos (mulato⁵, cafuzo⁶, mameluco⁷, etc., y a todos los individuos pertenecientes a grupos indígenas). También se resalta que a partir de este último levantamiento, el sistema de clasificación del color de las personas pasó a darse a través del sistema de autoclasificación, situación que se ha mantenido hasta nuestros días (Pinto 1996; Piza y Rosenberg 1998).

5 Mestizo de negro con blanco. [N. de los T.]

6 Mestizo de negro con indio. [N. de los T.]

7 Mestizo de blanco con indio. [N. de los T.]

TABLA 1. Descripción sintética de la variable color o raza en los censos brasileños, 1872-2000

Año censal	1872	1890	1900	1920	1940	1950	1960	1970	1980	1991	2000
¿Variable color o raza presente? (Sí o No)	Sí	Sí	No	No	Sí	Sí	Sí	No	Sí	Sí	Sí
Nombre de la variable indagada	Raza	Raza	-	-	Color	Color	Color	-	Color	Color o Raza	Color o Raza
Tipos de clasificación (siguiendo la secuencia de los cuestionarios censales)	Blanco, pardo, <i>preto</i> y mestizo	Blanco, <i>preto</i> , caboclo y mestizo	-	-	Blanco, <i>preto</i> y amarillo (pardo respuesta)	Blanco, <i>preto</i> , amarillo y pardo	Blanco, <i>preto</i> , amarillo y pardo	-	Blanco, <i>preto</i> , amarillo y pardo	Blanco, <i>preto</i> , amarillo, pardo e indígena	Blanco, <i>preto</i> , amarillo, pardo e indígena

El censo de 1960 también recolectó información sobre la variable color. A pesar de presentar varios problemas técnicos ocurridos en la época, que dificultan mucho su utilización hoy en día, aquel levantamiento introdujo varias modificaciones relevantes en términos metodológicos y tecnológicos. En esta última dimensión, aquel año se realizó el primer censo brasileño procesado electrónicamente. Por este motivo, a partir de ese levantamiento la información social investigada puede ser consultada también en su formato de microdatos y no solamente en publicaciones impresas, como ocurre con los censos realizados entre 1872 y 1950. En el aspecto metodológico, a partir de ese levantamiento se introdujo de forma definitiva la información acerca de los ingresos personales de los entrevistados (Oliveira, 2003). En 1960 tuvo lugar también el primer censo en el que se utilizó una muestra del 25% del total de los domicilios. Con esa innovación se hizo factible la inclusión de un mayor número de preguntas en el cuerpo del cuestionario. Por otro lado, a partir de ese momento ocurrió un retroceso en la investigación de la variable color (que, de resto, mantuvo las categorías anteriores: blanca, *preta*, amarilla y parda) ya que esta pasó a ser investigada solamente en los domicilios de la muestra, con lo que se dejó de cubrir todo el universo entrevistado. En realidad, esa limitación se mantiene hasta hoy.

En el censo de 1970 tampoco se investigó el aspecto color. Tras una serie de debates suscitados dentro del comité asesor del levantamiento censal de aquel año se optó por la no inclusión de la variable:

La clasificación de color en la sociedad brasileña, por fuerza del mestizaje, se hace difícil, aun para el etnólogo o antropólogo. La exacta clasificación dependería de exámenes morfológicos que el lego no podría realizar. Incluso con relación a los amarillos, es difícil caracterizar al individuo como amarillo solo en función de ciertos trazos morfológicos, los cuales permanecen hasta la 3.^a y 4.^a generación, aun cuando haya cruces. Con relación al blanco, al *preto* y al pardo la dificultad es aún mayor, pues el juicio del investigador está relacionado con la «cultura» regional. Posiblemente el individuo considerado como pardo en Rio Grande do Sul, sería considerado blanco en Bahia. Considero la información sobre color muy deficiente. Su

exclusión podría provocar algunas protestas de sociólogos. Tal vez convenga correr el riesgo de ser más realista. (Regueira 2004, 79)

De cualquier forma, se subraya que el contexto político vigente en la época, en plena dictadura militar, contribuyó a la exclusión de esa variable dentro del cuestionario censal, bien sea por haber perseguido e invalidado los principales liderazgos del movimiento negro y a los investigadores críticos de la realidad racial brasileña en nuestras universidades (Guerreiro Ramos, Florestan Fernandes, Fernando Henrique Cardoso, Octávio Ianni) o por haber contribuido al refuerzo del mito de la democracia racial, ya elevada en aquellos tiempos a una ideología de Estado.

La variable color retorna al censo en 1980 siguiendo los patrones de la década de setenta (alternativas de respuestas, autoclasificación del color y presencia del aspecto en una muestra del 25% del total de domicilios). En ese caso, se resalta la importancia del movimiento negro y de investigadores del tema que dentro de un contexto de re-democratización del país lograron la reinclusión del aspecto color en el cuestionario censal. La última alteración en la variable color en los patrones brasileños ocurrió en 1991 con la inclusión de la categoría indígena dentro de las opciones de respuesta. Con esta inclusión, igualmente, ocurrió un cambio en la propia pregunta listada en el cuestionario, pues pasó a preguntarse, después del color, cuál era la raza de los entrevistados. Esa inclusión no deja de ser interesante ya que la tradición de los sistemas censales de todo el mundo consiste en la identificación de los indígenas más como un contingente étnico que como un grupo racial. Vale, finalmente, mencionar que a partir de este censo también se redujo la muestra a un 10% de los domicilios (recuérdese que la variable color forma parte de ese cuestionario específico).

Estas metodologías se han reproducido desde entonces, inclusive en el último censo hecho en Brasil en los años 2000 y 2010. Por tanto, actualmente, la investigación de la variable color o raza se da a través del sistema de autoclasificación, preguntando a los entrevistados sobre su identificación («¿Cuál es su color o raza?») con las siguientes categorías y respectiva secuencia: blanca, *preta*, amarilla, parda e indígena.

Desigualdades de color o raza en Brasil según los censos demográficos

En la presente sección se analizarán algunos indicadores sociales de la población brasileña segmentados por grupos de color o raza. La referencia temporal será el año 2000, puesto que en ciertos casos será vista su respectiva evolución con intervalos de tiempo más amplios. Conforme a lo mencionado en la introducción, los indicadores serán analizados separadamente en dos tipos principales: demográficos y socioeconómicos. El objetivo de esta sección es analizar los resultados generados por los censos demográficos brasileños en términos de las desigualdades de aquella naturaleza.

Evolución demográfica de los grupos de color o raza⁸

La evolución de la población brasileña en términos numéricos y regionales

En la figura 1 se puede observar que la proporción de pardos en el seno de la población brasileña pasó del 21,2%, en 1940, al 38,4% en el año 2000. Así, dicho contingente fue el que más creció en este lapso de tiempo, a una tasa del 2,7% anual. Los *pretos*, por su lado, en el mismo periodo presentaron, en términos absolutos, un crecimiento pronunciadamente más modesto, pues evolucionaron demográficamente a una tasa de 0,94% al año, lo que corresponde a 34,8% del crecimiento poblacional de los pardos y a 44,7% del crecimiento poblacional de los blancos. Por este motivo, la presencia relativa de los *pretos* en la población brasileña declinó progresivamente entre 1940 y 1991 (del 14,6% al 4,9%) y solo volvió a presentar un pequeño aumento relativo el año 2000 (cuando pasó a ser el 6,2% de la población brasileña). La evolución de la población blanca en el seno de la población brasileña fue del 249%, crecimiento geométrico promedio anual del 2,021%. Así, el peso relativo de este contingente en el seno de toda la población pasó del 63,5% al 53,7%.

En las figuras 2 y 5 se señalan los indicadores de distribución regional de la población brasileña y de los respectivos grupos de

8 Esta sección está basada en Paixão (2005a).

La variable color o raza en los censos demográficos brasileños...

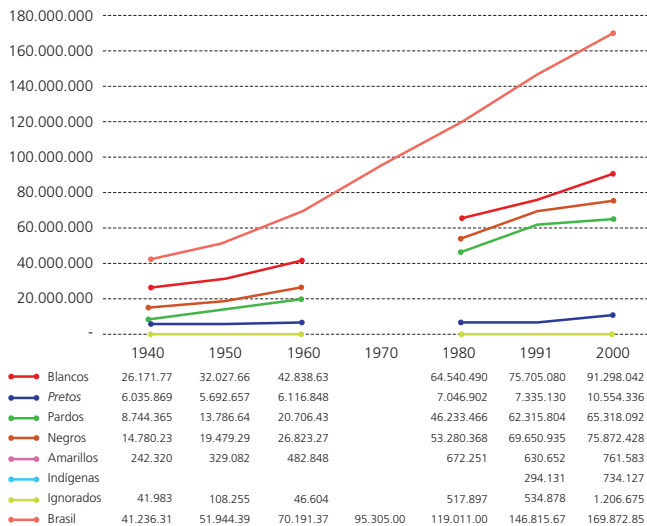


FIGURA 1. Evolución de la población brasileña según los grupos de raza/color, 1940-2000.

Fuente: Censos demográficos/IBGE de los respectivos años (1980 a 2000, microdatos). La variable raza/color de la población no fue incluida en el cuestionario del censo de 1970. En los censos de 1940 a 1980 la población indígena estaba incluida entre los pardos.

color o raza entre 1940 y 2000. En el contingente de los *pretos*, entre 1940 y 2000, la región modal de habitación dejó de ser el Nordeste (de 46,9% en 1940 a 34,9% en 2000), pasando a ser el Sudeste (de 42,3% en 1940, a 45% en 2000). Entre los pardos, a pesar de que se hayan verificado sensibles cambios en términos de su distribución regional a lo largo de seis décadas, la región modal de habitación continuo siendo el Nordeste: de 57,9% en 1940, a 42,4% en 2000. En el contingente de color o raza blanca, la principal región de residencia durante el mismo periodo continuo siendo el Sudeste, si bien con un ligero declive (de 49,9% en 1940 a 49,5% en 2000).

En Brasil, las principales concentraciones de poblaciones de personas de color o raza autodeclarada *preta* y *parda* se localizan en los estados de las regiones Noreste y Sureste, que concentran cerca de 74% de los *pretos* y pardos. En el año 2000 las cuatro principales ciudades de residencia de *pretos* y pardos, por orden de importancia, eran: São Paulo (1,55 millones), Rio de Janeiro

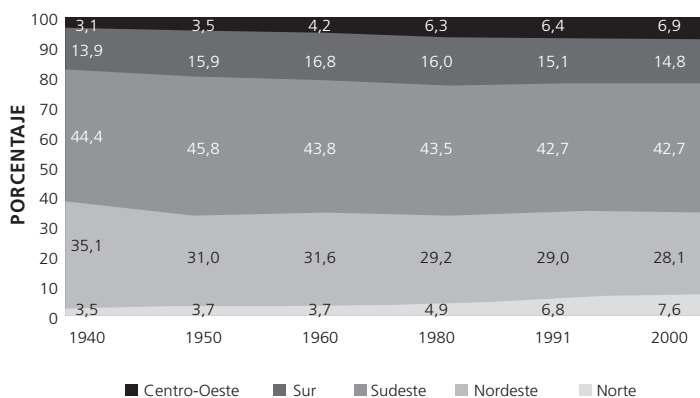


FIGURA 2. Evolução de la distribución regional de la población brasileña en las grandes regiones, Brasil, 1940-2000.

Fuente: Censos demográficos IBGE, entre 1980 y 2000, microdatos.

(1,13 millones), Salvador (877,4 mil) y Fortaleza (595,000). La población *preta* y parda, ese año, era hegemónica en tres de las cinco grandes regiones geográficas. Además, en 2000, esa población era mayoritaria en 49,2% de las 5.506 municipalidades brasileñas. En el contexto regional del hemisferio americano el país cobija la mayor población afrodescendiente (figura 6).

Se puede estimar que este contingente llegue a poco más de la mitad de la población residente en las Américas. El mismo año, la población *preta* y parda de Brasil era superior a la población afrodescendiente de Estados Unidos —segundo contingente negro del hemisferio— en cerca de 41,9 millones de personas. Considerándose solo la población de América del Sur y la del Caribe, se puede estimar que el contingente afrodescendiente en Brasil se acerca al 65% del total de personas de ascendencia africana (Paixão y Carvano 2008).

Pirámide etaria y proporción por género

En la figura 7 (a, b, c y d) se pueden ver las pirámides etarias de la población brasileña de los respectivos grupos de color o raza en 1940 y 2000. En 1940 el porcentaje de *pretos* y pardos con menos de 10 años de edad era del 28% y el 30,7%, respectivamente, mientras que el porcentaje de *pretos* y pardos con más de 70 años

La variable color o raza en los censos demográficos brasileños...

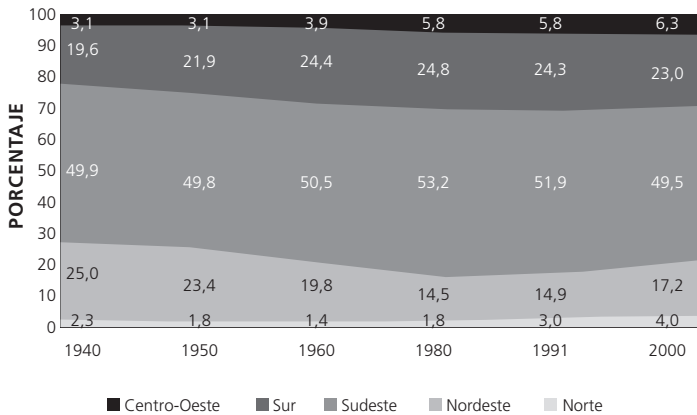


FIGURA 3. Evolución de la distribución regional de la población blanca en las grandes regiones, Brasil, 1940-2000.

Fuente: Censos demográficos IBGE, entre 1980 y 2000, microdatos.

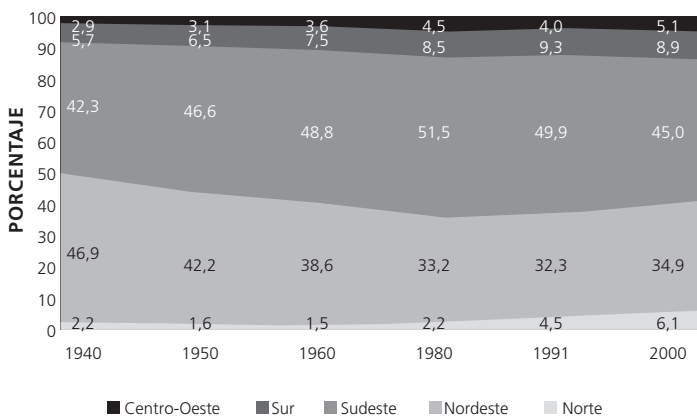


FIGURA 4. Evolución de la distribución regional de la población preta en las grandes regiones, Brasil, 1940-2000.

Fuente: Censos demográficos IBGE, entre 1980 y 2000, microdatos.

de edad era del 1,9% y el 1,3%. En el año 2000 la proporción de *pretos* y pardos con menos de 10 años de edad pasó a 16,7% y 23,1%, respectivamente, denotando que el peso de la población más joven declinó de manera más significativa entre los *pretos* que entre los pardos. Ese mismo año el porcentaje de *pretos* y pardos con más de

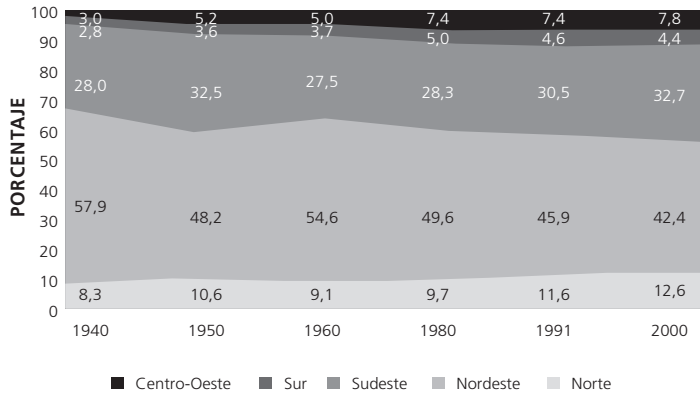


FIGURA 5. Evolução de la distribución regional de la población parda en las grandes regiones, Brasil, 1940-2000.
Fuente: Censos demográficos IBGE, entre 1980 y 2000, microdatos.

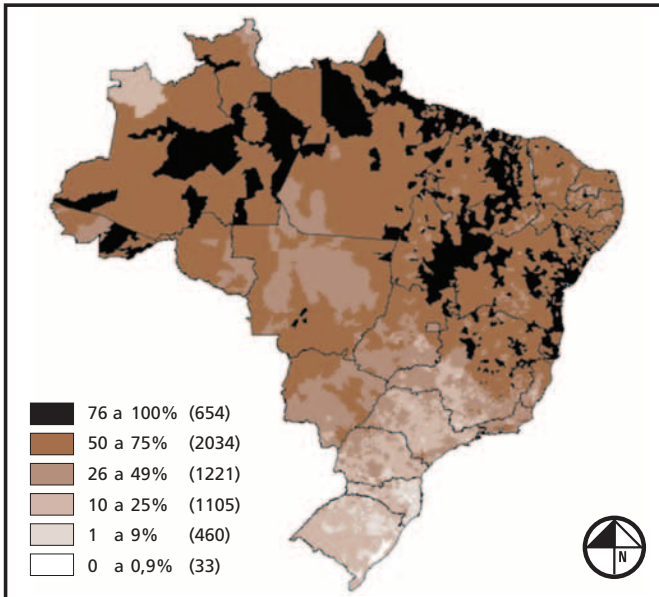


FIGURA 6. Presencia relativa de personas de color o raza *preta* y parda dentro de la población residente, municipios, Brasil, 2000 (en porcentaje).

Fuente: IBGE, microdatos Censo demográfico.
Tabulaciones: Laeser - Fichero de las desigualdades raciales.

70 años pasó, respectivamente, a 3,6% y 2,4%. Vale destacar que esa diferencia puede ser consecuencia del mayor peso relativo de residentes *pretos* en el Sureste, en comparación con los pardos, cuya región preferencial de residencia, según lo visto, era el Noreste. Finalmente, en el caso de la población blanca, el peso relativo de los residentes con hasta 10 años de edad declinó del 20,6%, en 1940, al 10,3%, en 2000, mientras que los mayores de 70 años de edad tuvieron un aumento relativo de 1,4% en 1940 a 3,9% en el año 2000.

Más allá de una pura descripción del formato de las respectivas pirámides etarias en los dos periodos de tiempo analizados, vale la pena hacer algunos comentarios adicionales sobre su dimensión más propiamente sociológica. Así, si por un lado, es notoria la transición demográfica observada a lo largo del lapso 1940-2000 para los tres grupos de color o raza (blancos, *pretos* y pardos) residentes en Brasil, con igual tendencia al envejecimiento de la población; por otro lado, se percibe que la población blanca se mantuvo a lo largo de aquel intervalo con perfiles etarios relativamente más viejos en relación con los *pretos* y pardos. Eso indica una mayor esperanza de vida al nacer de la población blanca durante el periodo, así como menores niveles de fecundidad.

En lo que respecta a los indicadores de la esperanza de vida al nacer de la población brasileña en el periodo 1940-1950, Wood y Carvalho (1994) estimaron que este indicador para los blancos era de 47,5 años de edad, y para los *pretos* y los pardos, de 40 años. Ya para el año 2000, cuando estos datos aparecen nuevamente al estudiar el IDH desagregado para estos grupos (sabiendo que la esperanza de vida al nacer es uno de los indicadores que conforman este índice sintético), el indicador estimado por Oliveira y Ervatti (en Paixão et ál. 2005) era de 74 años de edad para los blancos; 67,6 años para los *pretos* y 68 años para los pardos (los *pretos* y pardos, conjuntamente, ese año presentaban esperanza de vida al nacer de 67,9 años).

En lo relativo a las tasas de fecundidad, pese a la inexistencia de datos disponibles para el periodo 1940-1950, según el *Informe sobre Desarrollo Humano* de Brasil, editado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 2005, se mostró que en 1980 la tasa de fecundidad total (TFT) de las mujeres blancas era de

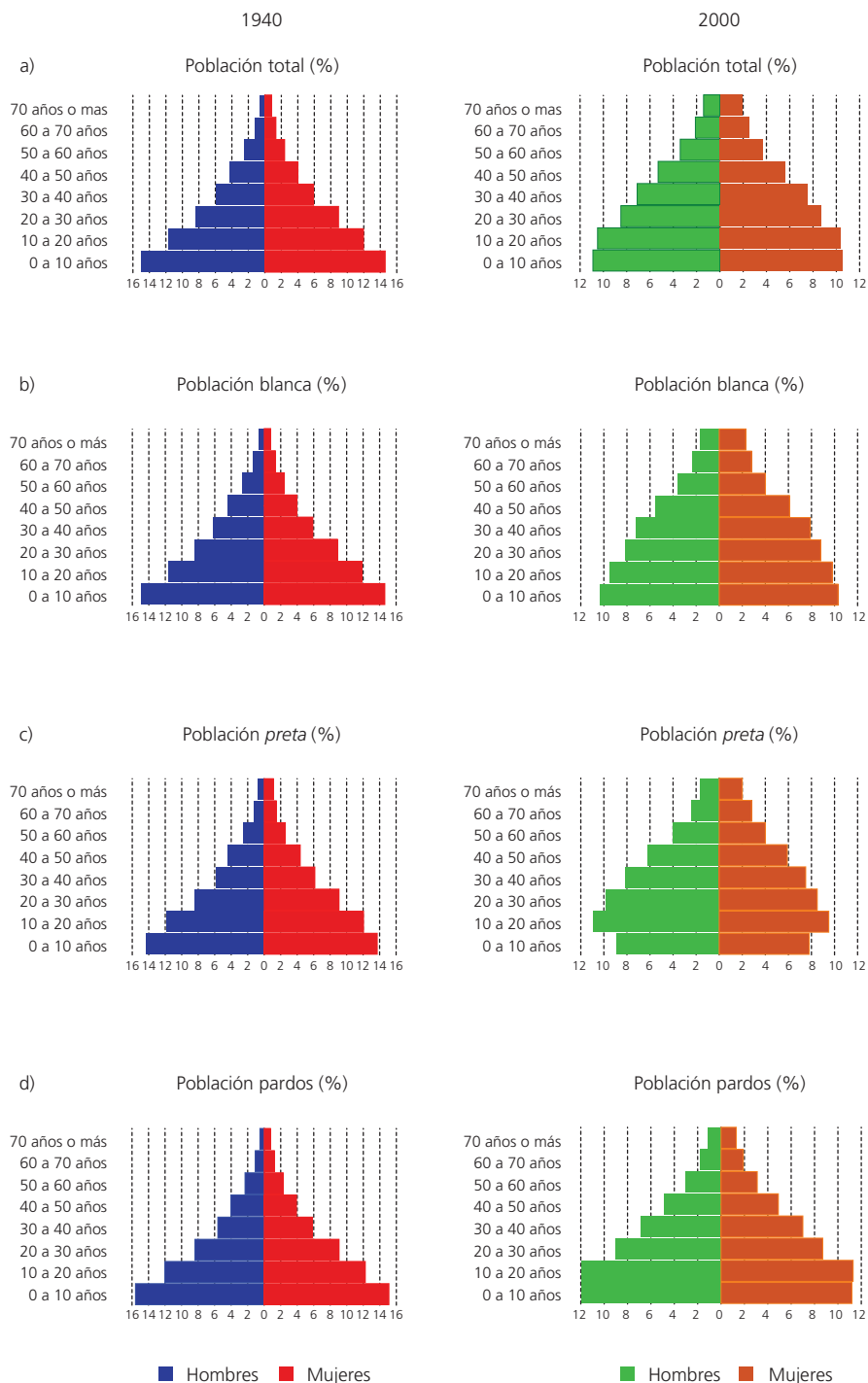


FIGURA 7. Pirámides etarias de la población brasileña, 1940-2000.

Fuente: Censo demográfico 1940 y 2000 (microdatos).

3,5 hijos por mujer, habiendo pasado a 2,05 en el 2000. En el caso de las mujeres *pretas* y pardas, en el mismo lapso de tiempo, la TFT pasó de 5,5 a 2,8 hijos por mujer. O sea, por más que haya ocurrido una reducción de las distancias relativas entre los dos grupos en el periodo 1980-2000 (pues si entre las blancas ocurrió una reducción de la TFT del 41%, entre las *pretas* y pardas la disminución de la TFT fue del 49%), se verifica que las asimetrías se mantuvieron notables durante todo el periodo en cuestion. También es pertinente observar que estas diferencias se expresaban en términos de las respectivas tasas de mortalidad infantil. De este modo, según aquella misma fuente, en el año 2000 la tasa de mortalidad infantil entre los niños hijos de madres *pretas* y pardas era 66% superior al verificado entre los niños hijos de madres blancas (ONU, *Informe sobre Desarrollo Humano*, Brasil, 2005, 74).

No obstante, los indicadores recién de la esperanza de vida al nacer y de las TFT, segmentados por grupos de color o raza, ayudan a entender la dimensión sociológica responsable por el formato que tomaron las respectivas pirámides etarias a lo largo de aquel intervalo. Es decir, por un lado, las desigualdades de color o raza verificadas se expresan en diagramas diferentes a los de las estructuras etarias de la población segmentadas según este criterio. Pero, por otro lado, tales disparidades reflejan diferentes condiciones de vida, favorables al contingente blanco, haciendo que su probabilidad de sobrevivencia sea mayor y sus patrones de fecundidad (que expresan, de forma indirecta, el acceso a un nivel educativo y de ingresos más o menos favorables por parte de las mujeres) sean menores que los verificados entre los grupos *pretos* y pardos.

Patrón de unión conyugal de la población femenina

A través de la lectura del formato de las pirámides etarias también se puede conocer la distribución de la población brasileña, segmentada por grupos de color o raza, de acuerdo con su proporción por género (proporción de hombres y de mujeres). En términos de este indicador, se observa que en 1940, tanto entre los *pretos* como entre los pardos, la proporción por género era de 0,98 hombres por cada mujer. En 2000, esta razón se invirtió para ambos grupos, dado que entre los *pretos* esta razón pasó a ser de 1,08 hombre por

cada mujer y entre los pardos fue de 1,02 hombres por cada mujer. En el caso de la población blanca, la proporción por género en 1940 correspondía a 1,01 hombre por cada mujer, indicador que pasó en el año 2000 a 0,92. O sea, de acuerdo con aquellos datos sobre las correspondientes proporciones por género, se puede verificar que entre los *pretos* y los pardos existen más hombres que mujeres y que sucede lo contrario en el seno de la población blanca (figura 7).

Sin embargo, más allá de su dimensión estrictamente demográfica, también vale la pena tener en cuenta los aspectos socioculturales presentes en la sociedad brasileña y que, ciertamente, pueden guardar una importante relación con los indicadores de las respectivas proporciones por género. Estudios como los de Berquó (1987) y los de José (1988) revelan que los patrones de relaciones raciales en Brasil confieren a las mujeres negras⁹ menor competitividad en el mercado matrimonial. Tal hipótesis las dejaría con una menor probabilidad de encontrar compañeros para crear vínculos estables a lo largo de su vida afectiva.

Aunque entre 1980 y 2000 se dio una reducción en la proporción de mujeres *pretas* y pardas casadas oficialmente, ese último año el porcentaje de mujeres *pretas* en dicha situación, 29,8% (en 1980 era del 37,2%), aún era menor que la proporción de mujeres pardas casadas, 34,8% (en 1980 era del 46,9%). También el porcentaje de viudas entre las *pretas* (de 10,7% en 1980 a 9,3% en 2000) era mayor que las pardas (de 7,5% en 1980, a 6,9% en el año 2000) (tablas 2 y 3). En el caso de las mujeres blancas, el porcentaje de casadas oficialmente pasó de 53,6% en 1980 a 44,6% en 2000. En este mismo grupo, y dentro del mismo lapso, el peso relativo de las viudas pasó de 8,2% a 9%. De cualquier manera, reafirmando las hipótesis de

9 La reflexión sobre el estado civil de las mujeres *pretas* y pardas se basó en el artículo de Berquó (1987) que, analizando los indicadores del censo de 1980, apuntó que esos datos presentaban nítidas diferenciaciones en esas mujeres. En el presente espacio no es posible reproducir la complejidad de las simulaciones y cruces de indicadores realizados por aquella investigadora, así que se aborda solamente uno de los aspectos discutidos por Berquó en aquel artículo, relacionado con el estado civil de las personas de los diferentes grupos de raza/color en Brasil.

los trabajos mencionados en la presente sección, a partir de estos indicadores se percibe la mayor probabilidad que tiene una mujer blanca para encontrar vínculos conyugales estables, tanto en relación con las pardas, como —de forma aún más destacada— en relación con las mujeres de color o raza *preta*.

Entre 1980 y 2000 surgió un movimiento de equiparación en el porcentaje de solteras en el contingente de las mujeres de color o raza *preta* y parda (tablas 2 y 3). Sin embargo, en la tabla 4 se puede apreciar que la convergencia encontrada en los indicadores de las mujeres *pretas* y pardas, en lo que se refiere a la condición de soltera, era de algún modo aparente. Así, en 2000, las mujeres *pretas* en la franja etaria entre los 20 y los 25 años y entre los 25 y los 40 años presentaron porcentuales de personas solteras superiores a los de las pardas en, respectivamente, 5 y 4 puntos porcentuales, lo que confirma parcialmente el análisis anterior de Berquó (1987) en cuanto a la decisión de las mujeres de este contingente de retardar el momento de contraer lazos matrimoniales. En el caso de las mujeres blancas, en el 2000, el peso relativo de las solteras en los contingentes entre 20 y 25 años y entre 25 y 40 años de edad era, respectivamente, del 44,5% y del 16,2%; en ese último caso, un punto porcentual por debajo de las pardas y casi cinco puntos porcentuales por debajo de las *pretas*. No obstante, en las franjas etarias superiores a los 40 años de edad aumentaban las diferencias en las proporciones entre las mujeres *pretas* y pardas sin cónyuge en relación con las blancas (tabla 4). Así, estas informaciones corroboran lo que ya fue comentado acerca de las diferentes competitividades en el mercado matrimonial por parte de las mujeres en Brasil según sus diferentes características de color o raza.

Adhesión a grupos religiosos

Entre 1980 y 2000 el porcentaje de católicos cayó 13 puntos porcentuales entre los blancos, 19 puntos porcentuales entre los *pretos* y 17,8 puntos porcentuales entre los pardos. Las sectas protestantes pentecostales crecieron 9 puntos porcentuales entre los blancos, 11,9 puntos porcentuales entre los *pretos* y 11 puntos

TABLA 2. Distribución de la población brasileña de 15 años o más, según los grupos de color o raza, de acuerdo con su estado civil, 1980

Estado civil	Hombres					Mujeres				
	<i>Preta</i>	<i>Parda</i>	<i>Blanca</i>	<i>Amarilla</i>	Total	<i>Preta</i>	<i>Parda</i>	<i>Blanca</i>	<i>Amarilla</i>	Total
Casado civil o religioso	43,4%	48,9%	54,9%	56,5%	51,9%	37,2%	46,9%	53,6%	53,6%	50,2%
Unión libre	12,3%	9,0%	5,0%	3,0%	6,9%	11,5%	9,0%	4,7%	2,4%	6,7%
Separado / divorciado	1,9%	1,5%	1,5%	0,8%	1,5%	4,6%	3,8%	3,2%	1,3%	3,5%
Viudo	2,7%	1,7%	1,7%	2,2%	1,8%	10,7%	7,5%	8,2%	8,0%	8,1%
Soltero	39,7%	39,0%	36,9%	37,4%	37,9%	36,1%	32,9%	30,2%	34,7%	31,5%

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980, 1991 y 2000.

TABLA 3. Distribución de la población brasileña de 15 años o más, según los grupos de color o raza, de acuerdo con su estado civil, 2000

Estado civil	Hombres						Mujeres					
	<i>Preta</i>	<i>Parda</i>	<i>Blanca</i>	<i>Amarilla</i>	<i>Indígena</i>	Total	<i>Preta</i>	<i>Parda</i>	<i>Blanca</i>	<i>Amarilla</i>	<i>Indígena</i>	Total
Matrimonio civil o religioso	33,9%	35,5%	46,4%	55,8%	32,3%	41,2%	29,8%	34,8%	44,3%	48,5%	30,1%	39,9%
Unión libre	25,6%	22,0%	13,6%	7,3%	31,3%	17,7%	26,8%	24,5%	14,4%	8,2%	33,4%	18,9%
Separado / divorciado	3,0%	2,7%	4,3%	3,0%	3,2%	3,6%	3,8%	3,6%	5,5%	3,7%	4,5%	4,7%
Viudo	2,6%	1,7%	2,0%	2,9%	2,4%	2,0%	9,3%	6,9%	9,0%	9,8%	8,7%	8,3%
Soltero	34,9%	38,0%	33,7%	31,0%	30,8%	35,5%	30,3%	30,2%	26,7%	29,6%	23,3%	28,2%

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980, 1991 y 2000.

porcentuales entre los pardos. Entre los *pretos* y pardos creció de forma más que proporcional, en relación con los blancos, el porcentaje de personas sin religión, dado que entre los *pretos* este porcentaje, en el año 2000, llegaba a 8,5% y entre los pardos a 6,6%. Las religiones de origen africano disminuyeron su presencia relativa en todos los grupos de color o raza. De cualquier forma, los *pretos* formaban el grupo que, relativamente, se mantuvo más cercano a estas tradiciones. Así, en 2000, las religiones de origen africano eran la forma de confesión religiosa del 0,3% de los blancos, del 0,8% de los pardos y del 1,1% de los *pretos* (tabla 5).

En la figura 8 se puede apreciar la composición de color o raza de las principales prácticas religiosas existentes en Brasil. De allí se concluye que la religión católica era la que mejor expresaba la composición racial de la población brasileña. En las iglesias protestantes tradicionales y en los templos kardecistas, los blancos se hacían pre-

TABLA 4. Proporción de mujeres solteras según los grupos de color o raza, Brasil, 2000

	<i>Preta</i>	<i>Parda</i>	<i>Blanca</i>	<i>Amarilla</i>	<i>Indígena</i>	Total
15 a 20 años	78,0%	76,3%	79,8%	87,2%	62,9%	78,2%
20 a 25 años	44,9%	40,1%	44,5%	64,4%	29,7%	42,8%
25 a 40 años	21,0%	17,1%	16,2%	27,3%	12,8%	16,9%
40 a 50 años	12,6%	10,3%	8,5%	15,2%	8,6%	9,4%
50 a 65 años	13,2%	11,9%	8,2%	10,5%	10,2%	9,8%
65 años o más	17,5%	15,3%	9,2%	4,1%	10,5%	11,5%
Brasil	30,3%	30,2%	26,7%	29,6%	23,3%	28,2%

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980, 1991 y 2000.

sentes en un porcentaje superior al de su presencia en la población. En las iglesias protestantes pentecostales los pardos eran quienes mostraban un peso ligeramente mayor a su presencia en la población. Tanto los *pretos* como los pardos mostraban un peso mayor que su presencia en la población como un todo entre las personas sin religión. En las religiones espiritistas de origen africano ocurría un fenómeno interesante. A pesar de que numéricamente eran minoría entre los adeptos de tales confesiones, los *pretos* se hacían presentes en estas religiones (18,5%) en una proporción que superaba prácticamente tres veces su presencia en la población total en el año 2000. Los pardos, el mismo año, participaron de las religiones de origen africano en una proporción cercana a 10 puntos porcentuales por debajo de su presencia relativa en la población brasileña total.

Indicadores socioeconómicos

En la presente sección se analizarán los indicadores que se refieren más directamente a los estándares de vida de los grupos *pretos* y pardos: indicadores de distribución de renta, nivel de pobreza, IDH (nivel de escolaridad, ingreso y salud) y acceso a bienes de uso colectivo por parte de los domicilios, según la condición de color o raza de la persona referenciada.

Distribución de ingresos

El tema de la distribución de renta, por motivos evidentes, es uno de los más candentes cuando se estudia el tema de las desigualdades raciales. En la figura 9 se puede ver la evolución de los promedios de ingresos domiciliarios per cápita de los grupos de color o raza residentes en Brasil, en el periodo 1980-2000. En líneas generales, se puede constatar que los niveles promedio de ingresos de todos los grupos se mantuvieron estables, en términos reales dentro de aquel intervalo, y también se mantuvieron estables las asimetrías entre los grupos. En 1980 los blancos tenían un nivel de ingresos superior en 113,4% en relación con los *pretos* y en 106% al de los pardos. En el año 2000 aquellas mismas diferencias del ingreso promedio de los blancos fueron superiores al 113,5% en relación con los *pretos* y al 116% en relación con los pardos.

TABLA 5. Evolución de la distribución de la población brasileña, según los grupos de color o raza, por práctica religiosa, Brasil, 1980-2000

Color o raza	Blancos		Pretos		Pardos		Amarillos		Indígenas		Total	
	1980	2000	1980	2000	1980	2000	1980	2000	1980	2000	1980	2000
Sin religión	1,2%	4,7%	1,8%	8,5%	1,2%	6,6%	4,5%	8,6%	-	12,8%	1,3%	5,7%
Católicos	87,7%	74,4%	88,1%	69,0%	90,8%	73,0%	68,8%	64,6%	-	59,1%	88,7%	73,4%
Protestantes tradicionales	4,5%	5,0%	2,6%	3,7%	2,4%	3,9%	2,6%	3,1%	-	6,6%	3,6%	4,5%
Protestantes pentecostales	3,4%	12,5%	3,8%	15,7%	3,6%	14,7%	0,7%	6,5%	-	15,8%	3,5%	13,5%
Espíritas kاردecistas	1,1%	2,1%	0,6%	1,2%	0,4%	0,8%	0,3%	1,9%	-	1,0%	0,8%	1,5%
Espíritas origen afrobrasileño	0,6%	0,3%	1,6%	1,1%	0,5%	0,3%	0,2%	0,2%	-	0,5%	0,6%	0,3%
Otras	1,5%	0,9%	1,4%	0,9%	1,1%	0,7%	21,9%	15,1%	-	4,1%	1,5%	1,0%

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980 y 2000. En 1980 los indígenas estaban incluidos junto a la categoría parda.

La variable color o raza en los censos demográficos brasileños...

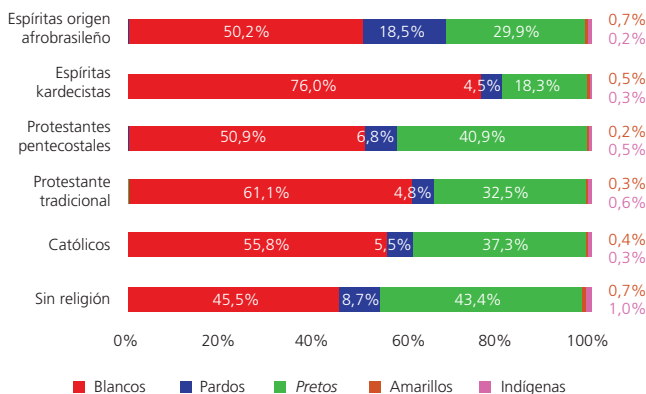


FIGURA 8. Composición de raza/color de los adeptos a religiones seleccionadas, Brasil, 2000.

Fuente: Microdatos de la muestra del Censo demográfico 2000.

En la tabla 6 se observan los niveles promedio de ingreso domiciliar per cápita de los respectivos deciles de ingresos de los grupos de color o raza residentes en Brasil en el año 2000. En líneas generales se puede afirmar que en todos los deciles los ingresos promedios de los blancos eran inferiores a los de los amarillos, sin embargo, claramente superiores a los de los *pretos* y pardos. Así, en el primer decil, el más pobre, la diferencia de los blancos comparados con los *pretos* era de 49,4% y en relación con los pardos era del 54,2%. En el otro extremo, en el décimo decil, el más rico, la diferencia entre los niveles de ingresos de los blancos en relación con los *pretos* era del 145,4% y en relación con los pardos de 129,1%.

En lo que respecta a los indicadores de *pretos* y pardos, se puede constatar en todos los deciles una convergencia básica de estos datos, sin embargo se debe hacer una aclaración. En 2000 el ingreso promedio de los *pretos* era ligeramente mayor que el de los pardos hasta el octavo decil. A partir del noveno y décimo decil esta diferencia se invirtió a favor de los pardos, aunque sin comprometer la convergencia básica de los indicadores de ingreso de ambos grupos (tabla 6 y figura 1).

En la figura 10 se puede ver la composición racial de los deciles de ingreso domiciliar per cápita en Brasil en el año 2000. En la misma imagen se ve que los blancos y amarillos aumentan su presencia

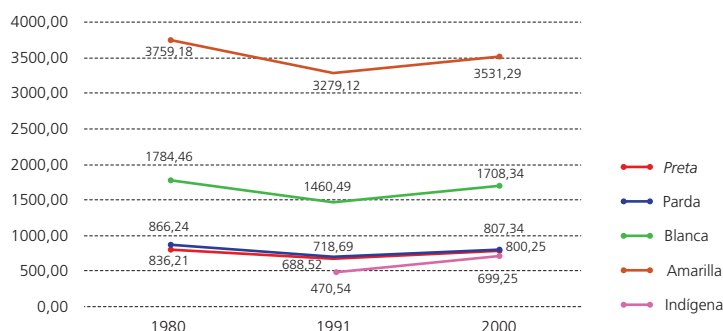


FIGURA 9. Renta doméstica promedio per cápita, según raza/color del jefe del hogar, Brasil, 1980-2000.
Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980-2000, en R\$ de 2002.

relativa en la medida en que se pasa a los deciles superiores, mientras que con los *pretos* y con los pardos ocurre lo contrario.

La tabla 7 indica el comportamiento de los coeficientes de Gini y de los coeficientes L y T de Theil, de los ingresos domiciliarios promedio per cápita de los grupos de color o raza brasileños en el periodo comprendido entre 1980 y 2000.¹⁰ Cabe anotar que la diferencia entre ese conjunto de instrumentos de medición se

¹⁰ Los coeficientes de Gini y de Theil (T y L) forman los más conocidos indicadores en el estudio de las desigualdades individuales de ingresos. Ambas medidas de desigualdad consisten en un número-índice que va de cero (0) al uno (1), dado que mientras más próximo al número-índice igual a cero, mayor la igualdad, y, mientras más próximo al número-índice igual a uno, mayor la desigualdad. A pesar de estas semejanzas, cada uno de los índices presenta determinadas características matemáticas, y teóricas que los diferencian uno del otro. El coeficiente de Gini, por su dibujo, es más sensible a las variaciones ocurridas en la distribución de renta en la parte céntrica de una determinada distribución. Ya el coeficiente de Theil, que es una medida de entropía, se presenta más sensible a expresar los cambios en la distribución de renta en sus extremos: coeficiente T , más sensible a alteraciones en la desigualdad dentro de los grupos de renta alta; L , más sensible a alteraciones en las desigualdades dentro de los grupos de renta baja. A este respecto, véase Hoffman (1998a). Este autor también destaca que el coeficiente de Theil, al contrario del de Gini, donde los grupos están superpuestos, puede ser descompuesto en una medida de la desigualdad entre los grupos y una media ponderada de las medidas de desigualdades dentro de los grupos (1998a, 110).

TABLA 6. Ingreso promedio de los deciles de ingreso, según grupos de color o raza, Brasil, 2000

Decil	Blanca	Preta	Parda	Amarilla	Indígena	Total
1	182,54	122,19	115,91	278,12	101,84	153,39
2	335,24	221,93	214,80	595,34	194,37	282,71
3	470,95	292,47	280,16	927,12	249,92	388,00
4	622,13	381,70	368,47	1.333,02	338,46	512,19
5	793,17	485,89	467,58	1.834,73	430,21	652,75
6	1.015,15	593,28	571,60	2.461,31	537,95	823,87
7	1.326,82	746,60	721,99	3.238,29	685,83	1.065,45
8	1.836,03	959,97	936,33	4.367,13	906,12	1.445,11
9	2.871,02	1.342,49	1.334,71	6.135,63	1.321,66	2.196,97
10	8.187,93	3.336,57	3.574,48	15.193,32	3.699,98	6.138,92

Fuente: Microdatos de la muestra del censo 2000, a precios medios de 2002, deflacionados por el INPC.

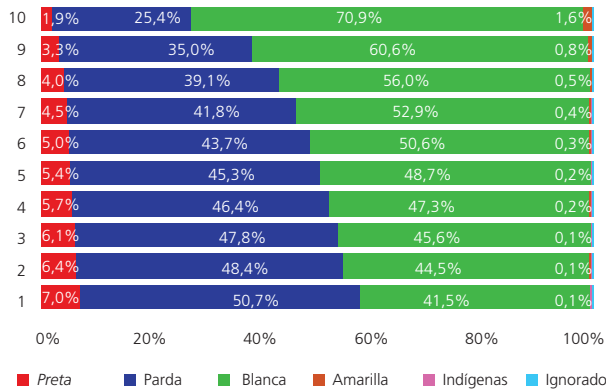


FIGURA 10. Porcentajes de composición racial de los deciles de ingreso domiciliar per cápita, Brasil, 2000.

Fuente: Microdatos de la muestra del Censo demográfico 2000.

refiere a la sensibilidad de cada uno para medir la redistribución de la renta en lo relacionado con los extremos o con los puntos céntricos de la distribución (Hoffmann 1998a y 1998b).

En síntesis, se puede decir que en los tres años de la serie, que en total cubre dos décadas, así como en las tres metodologías desarrolladas, los indicadores de desigualdad entre los blancos fueron mayores que en los demás grupos. Tal realidad se explica por el hecho de que la riqueza monetaria está más concentrada entre los blancos y la renta, entre los blancos, también está fuertemente concentrada en los deciles superiores, lo que los posiciona especialmente bien en términos sociales. Entre los pardos, los coeficientes de Theil (T y L) y Gini fueron invariablemente superiores a los mismos coeficientes presentados por los *pretos*. Esto es coherente con la información vista arriba acerca de que en los deciles inferiores y en los deciles superiores de la distribución de la renta, el ingreso promedio de los pardos es, respectivamente, menor y mayor que el de los *pretos*. De cualquier forma, es interesante verificar que a lo largo de dos décadas, entre 1980 y 2000, se produjo un constante aumento del nivel de concentración de los ingresos en el contingente *preto* (que se hizo extensivo a todo el país), haciendo que sus índices fueran aproximándose paulatinamente a los indicadores de los pardos (tabla 7).

Población por debajo de la línea de indigencia

Otro campo de investigación fundamental sobre las condiciones de vida de la población brasileña es el tema de la incidencia e intensidad de la indigencia. En un periodo reciente diversos estudios se han concentrado en este tema, segmentándolo según los grupos de color o raza, aunque en todos ellos la base de datos de análisis haya sido la PNAD (Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios) y no el censo demográfico, tal como es el caso de este estudio (Henriques 2001; Martins 2003a y 2003b)¹¹.

11 En la presente subsección se analizan los indicadores de pobreza e indigencia según los grupos de raza/color basados en las metodologías de Foster, Greer y Thorbecke (P_0 , P_1 y P_2) y de Amartya Sen (tabla 8). La metodología de cálculo del índice de pobreza y indigencia de Foster,

En la tabla 8 aparece el nivel relativo de incidencia de la indigencia en los grupos de color o raza de la población brasileña entre 1980 y 2000. En los tres puntos de la serie y en las diferentes metodologías se verificó que los índices de indigencia entre los amarillos y los blancos eran claramente menores que los encontrados entre los *pretos*, pardos e indígenas, y que en este último contingente, el de los indígenas, el problema se presentaba de forma más grave. En los tres momentos de análisis, así como en todos los indicadores de medición del nivel de pobreza e indigencia, los índices de los *pretos* y de los pardos tendieron a converger.

En cuanto a la figura 11, indica la segmentación de la población por debajo de la línea de indigencia según los grupos de color o raza (Po). A través de ambos gráficos se evidencia que la participación de los *pretos* y de los pardos dentro de la población por debajo de la línea de pobreza y de indigencia, en los años 1980, 1991 y 2000, supera sus respectivas presencias relativas en la población total, lo que sugiere una gran convergencia en términos de sus respectivos indicadores.

Índice de Desarrollo Humano (IDH)

En los últimos años el estudio de las desigualdades raciales en Brasil pasó a ser frecuentemente medido a través del Índice de Desarrollo Humano (véase Paixão 2003a). Así, nuevos aspectos de las desigualdades raciales entre blancos y negros fueron revelados a partir de estas investigaciones. En la presente sección se analiza el

Greer y Thorbecke (Po) implica que el porcentual de pobres e indigentes corresponda al propio porcentaje de pobreza e indigencia de toda población que viva con ingreso promedio domiciliar per cápita por debajo de algún valor estimado (que en este caso fue a las líneas regionalizadas del IPEA, Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada). La (P₂) de Foster, Greer y Thorbecke implica la medición de los niveles de pobreza de acuerdo con su intensidad. Ya la (P₃), de los mismos autores, de manera semejante al índice de pobreza de Sen, busca medir la intensidad de la pobreza, ponderada por los coeficientes de desigualdad de ingreso entre los propios pobres. La descripción metodológica de estos indicadores de medición del nivel de pobreza e indigencia está contenido en Hoffman (1998a, 1998b, 2000).

TABLA 7. Coeficientes de Gini y Theil (τ y L) de la población brasileña según los grupos de color o raza, Brasil, 1980-2000

Grupo de color o raza	Coeficiente de Gini			Coeficiente τ de Theil			Coeficiente L de Theil		
	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991	2000
<i>Preta</i>	0,444	0,488	0,529	0,370	0,506	0,578	0,387	0,441	0,549
<i>Parda</i>	0,501	0,529	0,546	0,493	0,637	0,674	0,461	0,529	0,601
<i>Blanca</i>	0,578	0,575	0,598	0,603	0,733	0,806	0,568	0,651	0,725
<i>Amarilla</i>	0,514	0,515	0,561	0,536	0,585	0,712	0,526	0,587	0,712
<i>Indígena</i>		0,536	0,587		0,562	0,756		0,502	0,726
Brasil	0,540	0,551	0,574	0,547	0,681	0,741	0,582	0,656	0,760

Fuente: Indicadores contruidos a partir de los microdatos de la muestra de los censos de 1980, 1991 y 2000.

IDH de los grupos raciales brasileños para el conjunto de los grupos de color o raza residentes en Brasil.

En la tabla 9 puede apreciarse que, para el año 2000, en todas las regiones brasileñas el IDH de los blancos y de los amarillos, con excepción del Nordeste, era alto. Especial atención merece el IDH de los amarillos del Sudeste que, comparado con el *ranking* del IDH internacional, colocaría a esta población en el primer lugar en todo el mundo. También es interesante observar que el IDH de los indígenas es el más bajo de todos los grupos de color o raza en Brasil, posicionándolos en el mismo *ranking* internacional del PNUD en los puestos 110 y 111 (en el mismo nivel de Indonesia y de Guinea Ecuatorial).

En la misma tabla se indica que en el plan nacional los IDH de los *pretos* (0,717, puesto 99) y de los pardos (0,725, entre los puestos 96 y 97) básicamente convergen. Esta convergencia igualmente se verifica en las regiones Nordeste y Sur. En el Sudeste los *pretos* estaban entre los puestos 78 y 80, y los pardos en el 70 (los blancos, por su parte, estaban entre los puestos 31 y 32). Igualmente, en el Centro-Oeste y en el Norte las distancias de los IDH de *pretos* y pardos (favorables a los últimos) quedaban en las posiciones 14 y 15, respectivamente.

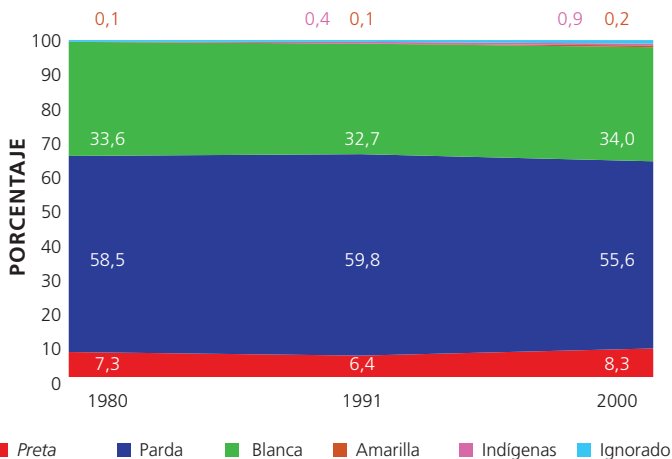


FIGURA 11. Composición racial de la población por debajo de la línea de indigencia.

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980, 1991 y 2000. Línea de pobreza IPEA.

TABLA 8. Índice de indigencia de Foster, Greer y Thorbecke, y de Amartya Sen, según los grupos de color o raza, Brasil, 1980-2000

Grupos de color o raza	Po			P1			P2			Sen		
	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991	2000
Preta	27,3%	37,3%	30,3%	17,0%	20,4%	14,5%	17,6%	22,2%	18,3%	5,2%	7,8%	10,5%
Parda	33,0%	40,3%	32,7%	19,8%	21,5%	15,6%	20,7%	23,6%	19,7%	6,5%	8,4%	11,3%
Blanca	13,4%	18,1%	14,3%	8,6%	10,5%	7,0%	8,8%	11,2%	8,8%	2,4%	3,6%	5,1%
Amarilla	5,5%	6,3%	9,0%	3,3%	3,2%	3,7%	3,5%	3,9%	6,0%	1,0%	1,9%	4,0%
Indígena		56,9%	45,1%		21,9%	15,2%		34,9%	34,3%		22,1%	23,0%
Total	21,7%	28,6%	22,6%	13,4%	15,7%	10,8%	13,9%	17,1%	13,7%	4,2%	5,9%	7,9%

Fuente: Indicadores contruidos a partir de los microdatos de la muestra de los censos de 1980, 1991 y 2000.

TABLA 9. Índice de Desarrollo Humano de Brasil y grandes regiones, segmentado por grupos de color o raza, 2000

Región	Color o raza	Renta per capita	Indicador de ingresos	Esperanza de vida	Indicador de longevidad	Tasa de alfabetización	Indicador de alfabetización	Tasa de escolaridad	Indicador de escolaridad	Indicador de educación	Valor IDH	IDH	Ranking mundo (2000)	País referencia
Norte	Blanca	309,96	0,714	73,93	0,816	89,0%	0,890	88,4%	0,884	0,888	0,806	Alto	49-50	Lituania / Trinidad y Tobago
	Preta	177,15	0,623	66,40	0,690	72,6%	0,726	71,6%	0,716	0,723	0,679	Medio bajo	111	Guinea Ecuatorial
	Parda	169,43	0,615	69,08	0,735	83,9%	0,839	80,9%	0,809	0,829	0,726	Medio	96	China
	Amarilla (*)	529,49	0,801	75,87	0,848	87,7%	0,877	87,7%	0,877	0,877	0,842	Alto	34-35	Argentina/ Hungría
	Indígena	75,37	0,483	67,17	0,703	56,8%	0,568	53,9%	0,539	0,558	0,581	Casi bajo	123-124	Marruecos/India
Noreste	Total	208,20	0,649	70,01	0,750	84,3%	0,843	81,9%	0,819	0,835	0,745	Medio	83-84	Granada/Las Maldivas
	Blanca	264,57	0,688	71,66	0,778	80,5%	0,805	92,0%	0,920	0,844	0,770	Casi alto	69	Venezuela
	Preta	132,64	0,575	66,08	0,685	66,4%	0,664	78,1%	0,781	0,703	0,654	Medio bajo	113-114	Mongolia/Bolivia
	Parda	135,21	0,579	65,31	0,672	73,3%	0,733	82,9%	0,829	0,765	0,672	Medio bajo	11112	Guinea Ecuatorial/Tayikistán
	Amarilla (*)	333,38	0,726	75,87	0,848	78,8%	0,788	88,8%	0,888	0,822	0,798	Casi alto	53-54	Lituania/México
	Indígena	172,46	0,618	67,26	0,704	74,3%	0,743	82,1%	0,821	0,769	0,697	Medio bajo	106	Argelia
	Total	177,94	0,623	67,26	0,704	75,1%	0,751	85,3%	0,853	0,785	0,704	Medio	104-105	El Salvador/ Moldavia

Región	Color o raza	Renta per cápita	Indicador de ingresos	Esperanza de vida	Indicador de longevidad	Tasa de alfabetización	Indicador de alfabetización	Tasa de escolaridad	Indicador de escolaridad	Indicador de educación	Valor IDH	IDH	Ranking mundo (2000)	País referencia
Sureste	Blanca	550,87	0,808	74,61	0,827	94,2%	0,942	101,5%	1,015	0,967	0,867	Alto	31-32	Barbados/Brunéi
	Preta	271,65	0,692	67,53	0,709	86,3%	0,863	81,5%	0,815	0,847	0,749	Medio	79-80	Kazajistán/Ucrania
	Parda	248,67	0,678	68,64	0,727	89,4%	0,894	85,6%	0,856	0,881	0,762	Casi alto	70	Tailandia
	Amarilla	1215,19	0,937	75,28	0,838	97,0%	0,970	135,5%	1,355	1,098	0,958	Alto	1	Noruega
	Indígena (*)	348,67	0,733	66,57	0,693	87,2%	0,872	82,1%	0,821	0,855	0,760	Casi alto	69-70	Venezuela/Tailandia
Sur	Total	446,02	0,773	71,14	0,769	92,3%	0,923	95,1%	0,951	0,932	0,825	Alto	42-43	Estonia/Costa Rica
	Blanca	423,60	0,765	75,33	0,839	94,0%	0,940	98,2%	0,982	0,954	0,853	Alto	33-34	Rep. Checa/Argentina
	Preta	238,09	0,671	69,14	0,736	85,5%	0,855	79,5%	0,795	0,835	0,747	Medio	82-83	Perú/Granada
	Parda	210,80	0,651	69,89	0,748	86,1%	0,861	80,6%	0,806	0,843	0,747	Medio	82-83	Perú/Granada
	Amarilla	883,22	0,885	75,85	0,848	95,8%	0,958	133,7%	1,337	1,085	0,939	Alto	4-5	Belgica/Australia
	Indígena	226,71	0,663	66,57	0,693	80,1%	0,801	71,1%	0,711	0,771	0,709	Medio	103-104	Guyana/El Salvador
	Total	392,78	0,753	72,62	0,794	92,8%	0,928	95,3%	0,953	0,936	0,827	Alto	40-41	Uruguay/Bahamas

Región	Color o raza	Renta per cápita	Indicador de ingresos	Esperanza de vida	Indicador de longevidad	Tasa de alfabetización	Indicador de alfabetización	Tasa de escolaridad	Indicador de escolaridad	Indicador de educación	Valor IDH	IDH	Ranking mundo (2006)	País referencia
Centro-Oeste	Blanca	514,12	0,797	74,42	0,824	92,4%	0,924	100,2%	1,002	0,950	0,857	Alto	31-32	Barbados/Brunéi
	Preta	285,25	0,700	68,90	0,732	80,4%	0,804	78,2%	0,782	0,797	0,743	Medio	84	República de Maldivas
	Parda	270,34	0,692	69,59	0,743	88,1%	0,881	86,0%	0,860	0,874	0,769	Casi alto	69-70	Venezuela/Tailandia
	Amarilla	999,74	0,905	66,38	0,690	94,9%	0,949	120,3%	1,203	1,034	0,876	Alto	29-30	Eslovenia/Malta
	Indígena	160,34	0,606	75,29	0,838	72,4%	0,724	65,8%	0,658	0,702	0,715	Medio	100	Cabo Verde/Samoa
Brasil	Total	394,16	0,753	70,98	0,766	89,8%	0,898	92,3%	0,923	0,906	0,808	Alto	49	Lituania
	Blanca	460,38	0,779	73,99	0,817	91,7%	0,917	98,3%	0,983	0,939	0,845	Alto	33-34	Rep. Checa/Argentina
	Preta	215,13	0,654	67,64	0,711	78,5%	0,785	79,2%	0,792	0,787	0,717	Medio	99	Jordania
	Parda	190,51	0,635	68,03	0,717	81,8%	0,818	83,6%	0,836	0,824	0,725	Medio	96-97	China/Túnez
	Amarilla	1052,46	0,913	75,75	0,846	95,1%	0,951	125,7%	1,257	1,053	0,937	Alto	6-7	Estados Unidos/Islandia
	Indígena	187,46	0,632	66,57	0,693	73,9%	0,739	69,2%	0,692	0,724	0,683	Medio bajo	110-111	Indonesia/Guinea Ecuatorial
	Total	341,11	0,730	70,40	0,757	87,1%	0,871	90,7%	0,907	0,883	0,790	Casi alto	55-56	Cuba/Bielorrusia

Fuente: Microdatos de la muestra del Censo demográfico de 2000.

(*) Esperanza de vida de la población amarilla Norte y Noreste = Centro-Oeste.

(**) Esperanza de vida de la población indígena Sureste y Sur = Brasil.

(***) Cálculos de la esperanza de vida, Juárez C. Oliveira y Leila Ervatti, en Paixão (2004).

(****) Brasil Ranking PNUD Internacional año 2000 = 73^o posición; IDH = 0,757.

TABLA 10. Condiciones de habitación de la población brasileña según los grupos de color o raza de la persona de referencia,
Brasil, 1980-2000 (en %)*

Color o raza	Acceso adecuado al agua			Acceso adecuado a alcantarillado sanitario			Acceso adecuado a recolección de basuras			Acceso a luz			Viviendas construidas con materiales durables	
	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991	2000	1980	1991
<i>Preta</i>	37,1%	61,3%	72,6%	31,5%	43,7%	56,5%	57,1%	53,5%	72,9%	80,6%	87,1%	90,3%	77,1%	87,1%
<i>Parda</i>	35,2%	58,2%	70,9%	26,5%	36,8%	50,0%	53,0%	50,8%	70,6%	78,8%	86,9%	90,6%	75,1%	86,9%
<i>Blanca</i>	68,9%	85,4%	89,8%	55,7%	64,3%	71,2%	78,7%	74,0%	84,8%	92,8%	97,1%	96,9%	94,1%	97,1%
<i>Amarilla</i>	86,9%	96,0%	94,4%	72,5%	82,6%	84,3%	91,0%	88,3%	90,6%	98,2%	98,9%	98,2%	95,5%	98,9%
<i>Indígena</i>		28,4%	60,5%		18,9%	45,4%		23,9%	60,3%	44,0%	49,2%	78,4%		49,2%
Total	54,7%	73,2%	81,6%	43,6%	52,3%	62,4%	68,0%	63,6%	78,7%	86,5%	92,4%	94,0%	86,1%	92,4%

Fuente: Microdatos de la muestra de los censos demográficos de 1980, 1991 y 2000.

(*) Incluidos domicilios permanentes improvisados. La pregunta sobre domicilios localizados en las favelas no constó en el Censo de 1980. Las preguntas sobre la calidad del material de construcción de los domicilios no constó en el Censo del año 2000.

Condiciones físicas de los domicilios

La tabla 10 presenta una síntesis general de las condiciones de habitación de la población brasileña según el color o raza de la persona referenciada. En el año 2000, de los domicilios que tenían como persona de referencia individuos blancos 89,9% tenía acceso adecuado al agua; 71,2% tenía acceso adecuado al alcantarillado sanitario; 84,8% al servicio de recolección de basuras; 96,9% acceso a iluminación eléctrica y 97,1% correspondía a viviendas construidas con material durable. Estos indicadores eran definitivamente superiores a los presentados por *pretos*, pardos e indígenas.

En el caso de los domicilios referenciados por personas *pretas*, las condiciones domiciliarias presentadas en el año 2000 eran: acceso adecuado al agua, 72,6%; acceso al alcantarillado sanitario, 56,5%; atendidos por el servicio de recolección de basuras, 72,9%; acceso a la iluminación eléctrica, 90,3%; vivienda construida con material durable, 87,1%. Entre los pardos estos mismos indicadores correspondían a: acceso adecuado al agua, 70,9%; acceso al alcantarillado sanitario, 50,0%; atendidos por el servicio de recolección de basuras, 70,6%; acceso a iluminación eléctrica, 90,6%, y vivienda construida con material durable, 86,9%.

En el caso de los *pretos* y pardos se percibe que aquel conjunto de indicadores, peores que los presentados por los amarillos y los blancos, tendieron a presentar un movimiento básicamente convergente, aunque en todos los indicadores contenidos en la tabla 10 los *pretos* hayan presentado índices ligeramente mejores que los pardos (con excepción de la vivienda en favelas y acceso al servicio de iluminación en el 2000). La única excepción, en términos de una mayor distancia en los indicadores de *pretos* y pardos (con ventaja para los primeros), se presentó en el acceso adecuado al alcantarillado sanitario, donde la diferencia de 6,5 puntos porcentuales, en el año 2000, era más sobresaliente. De cualquier forma, en este conjunto de indicadores lo que explica la discrepancia entre *pretos* y pardos, con una cierta ventaja de los primeros sobre los segundos, es la diferente distribución relativa de *pretos* y pardos en el territorio brasileño. De este modo, como los de color o raza *preta* (comparados con los pardos, más concentrados en el Nordeste)

residen con mayor intensidad en la región Sureste (que es la más rica del país), pueden contar con servicios colectivos de mejor calidad.

Conclusión

A lo largo del presente texto se tuvo la oportunidad de abordar dos grandes tipos de cuestiones. La primera se refiere al tema de la complejidad del levantamiento de la variable étnica o racial en relación con las tantas peculiaridades referentes a la producción de este tipo de indicador. De cualquier forma, conviene señalar que en el momento actual —contrario a levantamientos hechos en un pasado más lejano, cuyo objetivo principal era de control— los objetivos de generación de este tipo de información están asociados a una mejor comprensión de la realidad social con miras a la producción de políticas públicas de naturaleza positiva para los grupos históricamente discriminados. En este sentido, es plausible suponer que la nueva ronda de censos de 2010, para los países que incorporaron esta cuestión en sus preguntas censales, pueda estar acompañada de una concientización de la población sobre los motivos que llevan a la formulación de la pregunta y sobre la importancia de una respuesta que corresponda al modo efectivo de comprensión, por parte de cada uno, acerca del modo de su específica inserción dentro de la sociedad en términos étnicos o en referencia a su apariencia física, color o raza.

La segunda cuestión tiene que ver con la experiencia brasileña en lo que se refiere al tema de la recolección de este tipo de información. A este respecto fue posible ver otras tres dimensiones derivadas: 1) ¿Qué revelan los indicadores de la población brasileña segmentada por grupos de color o raza?; 2) ¿Cómo entender el sistema brasileño de clasificación de color o raza?; 3) ¿Cuál es la importancia de esta experiencia nacional para los demás países latinoamericanos que ya incorporan o van a incorporar la variable étnico-racial en sus sistemas de producción de datos estadísticos en sus respectivas poblaciones?

En lo que respecta a los indicadores sociales brasileños, segmentados por los contingentes de color o raza, los datos investigados evidencian el amplio abismo que separa las condiciones de vida de los blancos de las de los demás contingentes, *pretos* y

pardos. Estas asimetrías estuvieron presentes en todos los grupos de indicadores estudiados y asumieron el mismo formato en las demás regiones brasileñas.

Ya en lo que concierne a los indicadores de los *pretos* y de los pardos, se observa que, en el nivel nacional, un conjunto de indicadores de estos dos últimos grupos tendieron a converger entre sí. De los datos analizados en el presente artículo se verificó que tal convergencia ocurrió en los siguientes indicadores: ingresos promedio de los deciles de ingresos; composición racial o de color en los deciles de ingresos; porcentaje y niveles de intensidad de pobreza; IDH; indicadores de acceso a los bienes de uso colectivo (abastecimiento de agua en condiciones adecuadas, alcantarillado sanitario, recolección de basuras, calidad del material de construcción de las viviendas) e indicadores de adhesión a determinadas prácticas religiosas (con excepción de las religiones de origen afrobrasileño). También es importante destacar el hecho de que, si bien están más cercanos entre sí en comparación con lo que ocurría en el contingente de color o raza blanca, en algunos indicadores se verificó que los datos de *pretos* y pardos tendieron a presentar diferencias más relevantes en el ámbito nacional. Estos indicadores fueron: dinámica del crecimiento poblacional entre 1940 y 2000; distribución regional de estas poblaciones en el territorio brasileño; pirámide etaria; proporción por género; indicadores de unión conyugal y adhesión a las religiones de origen africano. Por tanto, no se puede considerar que se haya presentado exactamente en todos los indicadores investigados una coherencia entre los correspondientes a los grupos *pretos* y pardos, aunque tal realidad se presente especialmente cuando se trata de las agrupaciones de indicadores de naturaleza socioeconómica. Así, el comportamiento de algunos de estos indicadores sugiere que los hiatos encontrados entre *pretos* y pardos puedan, de hecho, estar expresando diferentes grados de prejuicio y discriminación racial de acuerdo con la intensidad de las formas físicas, perjudicando de forma más dura, justamente, a los *pretos*.

No obstante, el autor sostiene que es posible adelantar la siguiente reflexión que podría orientar estudios futuros al respecto, tanto en unidades específicas del territorio brasileño como a través del uso de

instrumentos estadísticos más sofisticados: los indicadores de *pretos* y pardos tienden a converger cuando se reportan como indicadores de calidad de vida. En este caso el gradiente de color reflejado — entre otros autores, por Oracy Nogueira (1985)— no tiende a presentar grandes diferencias en las condiciones de existencia de *pretos* y pardos. O sea que a partir del momento en el que la persona no consigue pasar por blanca, las normas de imagen somático —retomando el término de Hoetink (1971 [1967])— acaban siendo determinantes para el ciclo de vida de los individuos *pretos* y pardos, lo que implica de prácticas prejuiciosas y discriminatorias que inciden sobre estas personas en el mercado laboral, en los espacios escolares, en su acceso a los recursos públicos, en la posibilidad de realizar inversiones en sus áreas de residencia, en su exposición a la violencia (no vista en este estudio), entre otros aspectos.

Dicho de otro modo, la condición negra, o afrodescendiente, remite primero a una cuestión de identidad social (aunque en algunos casos eso se dé de forma heteroatribuida, en donde el agente discriminador actúa activamente en el sentido de la construcción de las condiciones de vida del grupo discriminado) antes que a una cuestión biológica. Esto no disminuye en nada el rigor del término, pues, conceptualmente, este debate forma parte de las ciencias humanas y no de las ciencias de la naturaleza. Finalmente, no sería nada equivocado utilizar como sinónimos de afrodescendiente los neologismos: esclavo-descendiente o esclavizado-descendiente; pero tales términos, que se podrían aplicar tanto para los que autodeclaran su color o raza como *preta* como para los que se autodeclaran como pardos, solamente son comprensibles si se tiene en cuenta que unos y otros viven en una sociedad en la cual las pieles oscuras, por cuenta de una ideología racista, son objeto de constante preterición y ojeriza, independientemente del origen real de los que portan estas características físicas.

De cualquier forma, es importante reflexionar sobre cómo esta experiencia brasileña de recolección de datos poblacionales segmentados por la variable étnico-racial podría servir de ejemplo para los demás países latinoamericanos. Dadas las notables diferencias que existen entre los modelos de relaciones raciales

vigentes en Estados Unidos y en los países de América Latina, ciertamente se puede asumir que las dificultades socioculturales presentes en Brasil para la recolección de la variable étnico-racial, de algún modo también están presentes en los demás países del hemisferio de lengua castellana. Así, la reflexión conduce hacia la problemática del levantamiento de los datos estadísticos para los contingentes, muy comunes en la realidad latinoamericana (y ciertamente en un grado muy superior a lo que ocurre en Estados Unidos), que se asumen dentro de algún término intermedio entre los tres grupos raciales originarios: blancos, negros e indígenas.

Se sabe que el formato asumido por el sistema de clasificación racial en los sistemas estadísticos brasileños tuvo su origen en el periodo colonial, habiéndose actualizado desde entonces. Durante mucho tiempo las entidades del movimiento negro cuestionaron abiertamente a los sistemas oficiales de clasificación del color o raza de las personas en Brasil, que en realidad tienen sus orígenes en el periodo colonial. Así, se presentaba el argumento de que las categorías *preto* y *pardo* no eran claras, herían la susceptibilidad de las personas o no eran capaces de revelar efectivamente el tamaño de la población descendiente de africanos esclavizados en el país. Sin embargo, en el periodo más reciente fueron estos mismos indicadores los que de forma simple y objetiva revelaron el tamaño de los abismos que rodean las condiciones de vida de los diferentes grupos de color o raza existentes en Brasil. De esta forma alimentaron el debate público sobre la urgencia de políticas de acciones positivas y de promoción de la equidad racial, muchas de las cuales, para fines de definición del tamaño relativo del público objetivo al cual se dirigen las medidas de discriminación positiva, adoptan por criterio, justamente, los datos oficiales. Tal vez es por este motivo que, actualmente, se evidencia un enfriamiento de las voces críticas a los sistemas de clasificación utilizados por el IBGE en lo que respecta al sistema de recolección de la variable color o raza, hecho que lleva a reclamar lo opuesto, o sea, su diseminación hacia cuestionarios en los cuales el aspecto aún hoy es inexistente; es el caso del cuestionario 01 del censo demográfico que, según recientes informaciones disponibles, incorporará esa pregunta en el próximo censo de 2010.

De todas maneras, por tortuosos que hayan sido los caminos para llegar a los actuales resultados, el hecho es que los sistemas de clasificación de la variable color o raza en Brasil han logrado generar información estadística confiable acerca de las condiciones de vida del amplio gradiente de brasileños según sus características físicas diferenciadas, incluyendo los mestizos (morenos, mulatos, cafuzos¹², etc.) que corresponden a las categorías intermedias de clasificación de color o raza. En este caso, parece que la antigua denominación oficial del color o raza parda, justamente por ser tan genérica, consiguió captar de forma razonable dentro del sistema de recolección de datos estadísticos un contingente que, tal vez, frente a un gradiente de opciones de respuestas más cerradas, habría acabado optando por la autodefinición dentro del grupo hegemónico (blanco). Por otro lado, la categoría parda es más restrictiva, en términos de su comprensión por parte de un público más amplio, que la denominación morena; esta, culturalmente aún más ambigua en términos de su significado, ciertamente generaría, en los sistemas de recolección de esta variable, un mayor grado de incertidumbre en cuanto a los patrones de vida realmente experimentados por los diferentes grupos de color o raza residentes en Brasil.

Al contrastar la experiencia brasileña con la de cada uno de los demás países latinoamericanos, es evidente que existirían diversas dificultades para una eventual transposición automática de esta metodología de levantamiento de información sobre sus contingentes étnico-raciales, en especial en relación con el peso de los grupos indígenas dentro de aquellas sociedades, para los cuales, ciertamente, no parecería adecuada la construcción de la pregunta de la variable mediante una primera indagación referida a un determinado color. Así, el esfuerzo que se debe efectuar en los casos de aquellas realidades nacionales será el de captar de forma adecuada las diversas formas de clasificación étnico-raciales existentes, incluyendo, no solo a los mestizos (y evidentemente los negros e indígenas), sino también, a los contingentes dominantes,

12 Mestizo de negro con indio. [*N. de los T.*]

cuyos individuos igualmente deberían ser invitados a revelar sus autoevaluaciones sobre el grupo al que pertenecen.

Lo que importa es que los sistemas de clasificación sobre la variable étnico-racial tengan la capacidad de operar de acuerdo con las dinámicas sociales de cada realidad nacional, sin que operen preconceptos de afuera hacia adentro sobre cómo se debería definir la población. De esta forma se podrá garantizar una mayor credibilidad de la información recolectada. Así, con miras a lograr la intervención del poder público para revertir las desigualdades, los sistemas de recolección de datos estadísticos podrán servir como herramientas de estudio y comprensión de las secuelas de las discriminaciones étnico-raciales que, en combinación con tantos otros factores determinantes, acaban influyendo en las diferencias en términos de la calidad de vida de las personas de los diferentes orígenes étnicos o apariencias físicas dentro de las diferentes sociedades.

Realidades de la diáspora: presencia afrodescendiente en las Américas según la ronda de censos del año 2000*

Introducción

El presente artículo tiene como objetivo tejer un panorama sobre la producción de indicadores demográficos de las poblaciones de los países del hemisferio americano durante la ronda de censos del año 2000, en los cuales se incluyó, en el cuestionario de recolección de respuestas, alguna opción específica que pudiera llevar a la segmentación de los contingentes afrodescendientes en relación con los demás grupos de la población.

En general, los levantamientos abordados serán los propios censos demográficos, aunque, a lo largo del presente estudio, igualmente se mencionarán datos generados por investigaciones de muestreo (encuestas) de determinados países, en donde este tipo de segmentación también ha sido realizada y ha constituido la única fuente disponible de datos demográficos con información sobre las poblaciones afrodescendientes².

* Ese artículo se presentó originalmente en el 33. Encontro Anual da Associação Nacional de Pós Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs), Grupo de Trabalho (GT) “Relações Raciais e Ações Afirmativas”. Caxambú-MG, 26 al 30 de octubre de 2009.

2 Para un estudio más detallado de las diferentes fuentes de bases de datos para los grupos étnico-raciales de América Latina, así como para mayor información además de los censos, véase Del Popolo (2008a).

Como poblaciones afrodescendientes se identifican los grupos que tengan nítida ascendencia de contingentes provenientes de África subsahariana, casi siempre originados durante el periodo de la diáspora esclavista, incluyendo los colectivos física y culturalmente mestizos pero de predominante identificación con este origen demográfico común.

Tal dimensión, por un lado, sobrepasa el plano de las apariencias físicas, o sea, el grado de similitud fenotípica de los contingentes descendientes de los antiguos esclavizados del hemisferio con un tipo africano patrón, por el color de sus pieles, fisonomía y tipos de cabello. La incorporación de estas diferencias físicas dentro de ideologías y prácticas sociales que les confieren significado simbólico, positivo o estigmatizado, forma aquello que podemos entender como raza, grupos raciales y relaciones raciales. Dicho de otra manera, las ideologías raciales y las prácticas racistas se generan en virtud de relaciones sociales y de poder en las cuales se movilizan predisposiciones y actitudes de naturaleza prejuiciosa y discriminatoria contra los portadores de determinadas formas físicas humanas, e, inversamente, se sobrevaloriza a los portadores de otras formas (véase Nogueira 1985; Hoetink 1973; Dijk 2008).

Sin embargo, las ideologías y prácticas racistas también dialogan con las distinciones culturales existentes entre y dentro de las poblaciones de cada país, teniendo en cuenta sus diversos modos de manifestación. Así como determinadas formas físicas pueden ser más o menos estigmatizadas o valoradas, igualmente los aportes culturales suministrados por determinados pueblos o colectividades pueden serlo. De allí puede desprenderse que en las sociedades del hemisferio americano los legados culturales que son comúnmente valorados como positivos son los que se relacionan con el patrón europeo. Tal estimación se asocia a la ideología de que la herencia cultural europea responde a trazos modernos, racionales y progresistas de las sociedades de nuestro continente y que, por tanto, los procesos modernizadores de las sociedades tendrán que ser necesariamente comandados por una supuesta lógica europea de mundo. Así, el término civilización casi se mezcla automáticamente con el legado de aquellos pueblos,

aun cuando, dependiendo de la formulación, el tipo europeo pueda obedecer a jerarquías internas (por ejemplo, el anglosajón o el germánico como superior a los ibéricos)³. Coherentemente, los portadores de aportes culturales claramente reportados a los pueblos indígenas y africanos pasan a ser vistos ideológicamente como simple y llanamente perniciosos —respondiendo por los trazos no civilizados, burdos, peligrosos y supersticiosos de las sociedades del hemisferio donde predominan— o como importantes por, a lo sumo, traer influencias y contribuciones positivas a la formación de la nacionalidad, sin embargo, necesariamente, después de haber sido procesados por el filtro civilizador de los descendientes de los europeos (véase Romero 1977 [1888]; Azevedo 1963)⁴.

Como tal, al analizar el proceso de producción de los censos demográficos en países del hemisferio americano, es notorio cómo se hace de relevante la cuestión de las identidades de determinados contingentes con legados culturales ancestrales (grupos étnicos) muy específicos, especialmente el representado por el patrimonio lingüístico. Esto se da porque, tal como se verá, en diversos países de la región el proceso de recolección de los datos demográficos de los contingentes afrodescendientes (así como los de los indígenas, para quienes tal cuestión gana aún mayor significado) se basa, justamente, en aspectos culturales. Por tanto, tal como las formas fenotípicas, los legados étnicos o culturales son fundamentales en

3 A este respecto, en el caso brasileño, pueden verse las tesis de Oliveira Viana (2000 [1920]) sobre una supuesta ascendencia nórdica de los lusitanos que colonizaron el país y que, por este motivo, los haría una estirpe especialmente superior al tipo ibérico en general. También Gilberto Freyre (2000 [1963]), con la idea de que los portugueses fueron los responsables de la fundación de una civilización en los trópicos, corrobora esta teoría de que sociedades con algún nivel de complejidad social, cultural y política serían propias de los europeos y de difícil incorporación por las estirpes africanas y amerindias. Otro conspicuo formulador etnocéntrico en el caso brasileño, Arthur Ramos (1962 [?]), asocia las trabas a la modernización brasileña al legado ilógico traído por los pueblos indígenas y africanos a nuestra sociedad. Aun portando una visión alternativa, y ciertamente más progresista, Darcy Ribeiro (1995) tampoco consigue escapar fundamentalmente de este enunciado de características eurocéntricas.

4 Para un contrapunto crítico de esta formulación véase Paixão (2005).

el proceso de generación de los indicadores poblacionales de los grupos afrodescendientes. Así como no podría ser de otra manera, se reflexionará sobre esta dimensión en el presente artículo.

Sobre la cuestión arriba mencionada, también cabe señalar la extrema dificultad de establecer un rígido nombre entre los aspectos raciales y los aspectos culturales, bien sea cuando se piensa en el proceso de construcción de las identidades sociales de los contingentes afrodescendientes o cuando se reflexiona sobre la propia dinámica de las relaciones étnico-raciales (Antón y Del Popolo, 2008).

Históricamente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, encuadrado en los términos del racismo supuestamente científico, los vocablos raza y etnia se fueron mezclando hasta el punto de transformarse en criterios mutuamente determinantes de los diferentes grupos humanos. Por otro lado, los grupos históricamente discriminados, con gran frecuencia, hicieron uso de esta asociación entre raza y cultura en el sentido de fortalecimiento de sus trazos de identidad o lineamientos políticos comunes. De cualquier forma, no se puede reducir simplemente una esfera a la otra. Bien sea por el equívoco intrínseco que representaría tal asociación —o sea, el hecho de que un individuo posea una determinada forma física no puede ser tomado como sinónimo de su afiliación a una determinada corriente cultural, y viceversa—, o porque el acto de hacerlo podría encubrir dinámicas sociales que no se pueden ocultar.

Así, por muy grandes que sean las afinidades electivas que agreguen algunos contingentes originarios de determinados pueblos indígenas, o de contingentes afrodescendientes, no parece razonable suponer que tales selecciones puedan quedar al margen de procesos socioeconómicos, políticos y culturales extremadamente impactantes como los proyectos ideológicos de constitución del Estado-Nación (*Nation-Building*), la modernización social, la urbanización y los desplazamientos territoriales, todos generadores de procesos de culturización o, en respuesta a ellos, de resistencia a la expropiación cultural. Tales procesos reconstruyen identidades sociales, vuelven a crear resentimientos y conflictos, además de modificar el escenario de operación de la acción política de los grupos, y, como tales, no se pueden quedar al margen del

proceso de reflexión sobre la historia reciente de la incorporación de los grupos afrodescendientes dentro de los sistemas de producción de datos poblacionales en los países de nuestro hemisferio. Justamente por este motivo es que a lo largo del presente artículo el término que será empleado para definir aquellos contingentes afrodescendientes será el de grupo étnico racial; así se evidencia la interacción compleja existente entre una definición y otra.

Al llevar a cabo el estudio de los grupos afrodescendientes en el hemisferio americano, especialmente cuando se tiene en cuenta a los países de América del Sur y del istmo de América Central, es casi natural preguntarse sobre el modo como serán tratados los grupos descendientes de poblaciones indígenas. Por un lado, parece evidente que no tendría mucho sentido la producción de una reflexión sobre aquel tema sin hacer alguna mención a los descendientes de los pueblos originarios del propio continente americano. Por otro lado, pero en virtud a la inherente complejidad que el estudio de aquellos grupos trae, no habría cómo establecer mayores comentarios sobre el modo a través del cual aquellas poblaciones fueron incorporadas en los cuestionarios censales. Por tal razón, las poblaciones indígenas serán tratadas en el presente artículo solamente en la medida en que sirvan como contrapunto al argumento central del artículo.⁵

El presente texto está dividido en cinco secciones, incluyendo esta introducción como primera. En la segunda se hace un breve —y muy probablemente incompleto— mapa histórico de los países del hemisferio americano a lo largo de los siglos XIX y XX. En la tercera parte se compilan los países que realizaron levantamientos censales o de muestreo en la ronda del año 2000; también en esa sección se analizan las terminologías de preguntas y respuestas empleadas en cada uno de aquellos levantamientos para la identificación de los grupos afrodescendientes. En la cuarta sección aparecen los totales poblacionales afrodescendientes en los países

5 Para un levantamiento detallado de los cuestionarios censales en la ronda de censos de 2000 de los países de América Latina que incorporaron la segmentación específica para los pueblos amerindios, véase Schkolnik y Del Popolo (2006).

en los que se realizó este tipo de segmentación. En la quinta, finalmente, el presente estudio concluye con algunos comentarios que sintetizan todo el artículo, así como con algunas proyecciones sobre el escenario futuro esperado para la ronda de censos de 2010.

Uso de los censos en los estudios de las desigualdades sociales dentro de los países

El uso de los sistemas de recolección de datos demográficos se puede considerar un hecho relativamente reciente (corresponde al siglo xx), bien sea para la investigación académica o para la producción de políticas públicas en beneficio de toda población y de los grupos específicos cuyas condiciones de vida se desean promover (Januzzi, 2003).

Morning (2008, 243), con base en un documento originalmente formulado por Rallu, Piché y Simon, señala que en el período moderno cuatro vectores llevaron a la consideración o no de la segmentación étnico-racial en las investigaciones demográficas: 1) contabilización de los contingentes étnico-raciales con finalidades de control político de esos grupos; 2) no inclusión de los grupos étnico-raciales en nombre de la integración nacional; 3) fortalecimiento del discurso del hibridismo o del mestizaje en el seno de la población (en ese caso pudo llevar tanto a la inclusión como a la exclusión del aspecto) y 4) contabilización con la finalidad de adoptar estrategias antidiscriminatorias o favorables a la adopción de políticas de acciones positivas. Así pues, no se puede afirmar que a lo largo del tiempo todas las investigaciones demográficas interesadas y no interesadas en hacer aquel tipo de levantamiento se hayan orientado necesariamente en el mismo sentido. Por el contrario, la experiencia histórica enseña que aquellos levantamientos están invariablemente embebidos, por parte del Estado y de las respectivas instituciones de la sociedad civil, de diferentes dimensiones axiológicas, jurídicas y políticas (Paixão y Carvano 2008).

A lo largo de la historia de los levantamientos demográficos en las sociedades del hemisferio americano, aquel conjunto de vectores mencionados por Morning (2008) se hizo presente determi-

nando la inclusión, o no inclusión, de los grupos étnico-raciales de forma segmentada. En el periodo colonial, principalmente en los territorios que hoy corresponden a los países de América Latina, el proceso de recolección de información censal que contenía la variable étnico-racial se asociaba a la compleja pirámide social vigente que englobaba el grupo dominante, descendiente de los colonizadores europeos, los contingentes indígenas, africanos —comúnmente reducidos a la condición servil o esclava— y los escalafones mestizos intermedios (especialmente en términos sociopolíticos) resultantes del mestizaje de estos grupos. De este modo, cuando se realizaba, el proceso de recolección de los datos poblacionales segmentados por los diferentes contingentes estaba, en general, referido a las estrategias controladoras por parte de las clases dominantes de aquellas realidades nacionales, dentro de un contexto de formación ideológica del propio sentido de pueblo y nación que a las élites de la época les gustaría obtener.⁶

De cualquier forma, en la mezcla entre las dificultades de estructuración institucional de los diversos Estados nacionales (que dificultaba la realización de levantamientos censales) y las dificultades ideológicas para dar plena visibilidad a los contingentes amerindios y afrodescendientes existentes en cada país (especialmente los latinoamericanos), en realidad se puede ver que son verdaderamente escasas las fuentes de datos sobre poblaciones segmentadas según la variable étnico-racial. Tal como relata Andrews (2007, 239): «los datos estadísticos sobre la composición racial de los países latino-americanos son escasos, inconsistentes y de confianza y precisión cuestionables. Varios países no realizaron ningún censo durante el siglo XIX y en el siglo XX la mayoría de los censos nacionales

6 Para el caso brasileño, tal perspectiva se puede ver en Botelho (2005), en su estudio sobre el censo de 1872. Andrews (2007) también tejió comentarios sobre el tema, analizando cómo los grupos afrodescendientes fueron incorporados en los sistemas censales de los países latinoamericanos en los siglos XVIII (para el caso, aún en la condición de colonias) y XIX. Para una reflexión sobre cómo los censos demográficos fueron incorporados dentro de los modernos proyectos de constitución de los Estados nacionales, véase Anderson (2008 [1991]).

no recolectaban datos raciales o lo hacían de tal manera que era imposible determinar el tamaño de la población afrodescendiente».

De hecho, considerándose la totalidad del siglo xix, fueron pocas las naciones que realizaron cuentas de la población incorporando de una forma u otra la segmentación de la población por grupos étnico-raciales y condición social (libre o esclava). En Uruguay se llevó a cabo en 1852; en Perú, en 1876; en Argentina, en 1887. En Brasil se efectuaron censos poblacionales de cobertura nacional en 1872 y 1890. Cuba y Puerto Rico produjeron este mismo tipo de levantamiento en 1899 (Universidad Nacional de Tres de Febrero 2006; Andrews 2007; Bucheli y Cabella 2006). Ya en el siglo xx, dentro de las estrategias de las élites locales de generación de un proyecto de Estado-Nación ideológicamente asociado a su *europeización* o al mestizaje (o, leído de otra manera, apoyado en la profundización de la ya comentada invisibilidad de los grupos amerindios y afrodescendientes), en el conjunto de los países de América Latina la tendencia fue que la variable étnico-racial simplemente desapareciera de los cuestionarios censales. Según Andrews, de los países latinoamericanos que habían realizado censos demográficos en las tres primeras décadas del siglo xx, solamente Panamá (en 1909) y Colombia (en 1912) produjeron datos con las variables étnico-raciales segmentadas. Así, de acuerdo con el mismo autor, «no es sorprendente que los datos estadísticos sobre la raza en la región sean mucho más abundantes para el año 1800, que para el año 1900 o para el año 2000» (Andrews 2007, 241).⁷

En el periodo posterior a los años ochenta del xx, en el proceso de construcción de los cuestionarios censales, un razonable conjunto de países latinoamericanos volvió a incorporar la variable étnico-racial en las investigaciones. Cabe señalar que de los países de América Latina que incorporaron la segmentación para los afrodescendientes, específicamente en 1980, además de Brasil sola-

7 En América Latina, Brasil fue el único país que mantuvo la producción de datos estadísticos de la población desagregada por grupos de color. Así, a pesar de que en los censos de 1900 y de 1920 este dato había quedado ausente, esta información volvió a aparecer en los levantamientos de 1940, 1950 y 1960. En 1970 fue retirada del cuestionario de recolección de informaciones censitarias, pero volvería a aparecer desde 1980 en adelante (Paixão y Carvano, 2008).

mente Cuba pasó a incorporar la cuestión. En los años 1990, además de estos dos países, Colombia se adhirió a esta acción (en 1993). En la ronda de censos del año 2000, tema de la próxima sección, considerando únicamente los países latinoamericanos (excepto Puerto Rico), este número se había elevado a ocho países: Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, si bien en los últimos tres casos solo fueron incorporados desde su pertenencia étnica a los grupos garífunas o creoles.⁸

En gran medida, tal proceso se vinculó a los procesos de redemocratización vivenciados en la región a partir dicho este periodo, cuando el discurso del multiculturalismo fue incorporado en pro de conseguir mayor legitimidad dentro de las nuevas realidades institucionales. Según Hooker (2006), entre los años 1980 y 1990 un total de 16 países implementaron leyes, o incluso reformas constitucionales, con el objetivo de evidenciar la dimensión plurinacional de los respectivos Estados y asegurar a los grupos étnicos minoritarios garantías legales y acceso a derechos como el de la titulación colectiva de tierras, educación bilingüe y reconocimiento de aspectos del derecho consuetudinario de las comunidades tradicionales.⁹ Así, coherentemente, este reconocimiento generó de manera paralela la necesidad de incorporar los datos estadísticos

8 En realidad, en esta investigación no se lograron obtener los cuestionarios censales de Guatemala, Honduras y Nicaragua para las rondas de censos de 1980 y 1990. Sin embargo, desde este periodo estos países ya venían incorporando la segmentación de los grupos étnicos a través de una pregunta sobre la lengua hablada (Schkolnik y Del Popolo, 2006). Como los afrodescendientes de los grupos garífuna y creole hablan lenguas diferenciadas en relación tanto con castellano como con las demasiadas lenguas indígenas, puede ser que tales contingentes hayan sido contabilizados aparte. En este caso, en los años noventa, subiría a seis (en vez de tres) el número de países latinoamericanos que habrían incorporado alguna opción de respuesta, en sus cuestionarios censales, para los grupos afrodescendientes.

9 Según la investigadora Hooker (2006, 89), estos países fueron: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela. Así, este conjunto de países aseguró por lo menos uno de estos derechos colectivos, en muchos casi todos, en el derecho constitucional o consuetudinario.

de los individuos vinculados a los grupos culturales históricamente discriminados (Hooker 2006).

Otro momento institucional relevante dentro de este debate fue la III Conferencia Mundial contra el Racismo, Discriminación Racial, Xenofobia y Formas Relacionadas de Intolerancia, realizada en Durban, Sudáfrica, en 2001. En ese documento¹⁰, ratificado por el conjunto de países del hemisferio americano (con la notoria excepción de Estados Unidos), existen dos párrafos, 94 y 176, directamente relacionados con la necesidad del levantamiento de los indicadores sociales de los grupos raciales y étnicos de la población, tal como se cita a continuación:

94. Reconoce que las políticas y programas con miras a combatir el racismo, discriminación racial, xenofobia e intolerancia relacionada, deben estar basados en investigaciones cualitativas y cuantitativas, a las cuales se debe incorporar una perspectiva de género. Tales políticas y programas deben tener en cuenta las prioridades definidas por los individuos y grupos que son víctimas o que están sujetos al racismo, discriminación racial, xenofobia e intolerancia relacionada [...].

176. Insta a los Estados a que adopten e implementen políticas de desarrollo social basadas en datos estadísticos confiables y centrados en la conquista, para el año 2015, de los compromisos que se desprenden de lo que está establecido en el párrafo 36, del Programa de Acción de la Cúpula Mundial sobre Desarrollo Social, que tuvo lugar en Copenhagen en 1995, con miras a superar significativamente las diferencias existentes en las condiciones de vida enfrentadas por las víctimas de racismo, discriminación racial, xenofobia e intolerancia relacionada, especialmente, aquellas relativas a la tasa de analfabetismo, educación primaria universal, mortalidad infantil, mortalidad de niños por debajo de los 5 años, salud, atención en salud reproductiva para todos y acceso al agua potable. La promoción de la igualdad de género también será tomada en consideración en la adopción e implementación de estas medidas.

¹⁰ La declaración de esta conferencia, tal como es citada en este estudio, fue obtenida de Moura y Barreto (2002).

Cabe destacar que, cuando se piensa en términos de las poblaciones afrodescendientes, el desenlace de aquella historia aún está lejos de consumarse. El hecho es que el incremento del multiculturalismo en los países latinoamericanos trajo consigo una inflexión más propicia a la integración de los contingentes con patrones de identidad de fondo étnico, tal como era el caso de los indígenas. Así, de la misma manera como las diferentes realidades institucionales que pasaron por aquellos cambios en el caso de los levantamientos demográficos, los pueblos indígenas (definidos comúnmente por aspectos físicos, al igual que lingüísticos y comportamentales) acabaron siendo incorporados con más facilidad que los contingentes afrodescendientes. Esto no implica que los grupos negros no hayan sido, de alguna forma, incorporados en este proceso desde una descripción étnica específica, tal como fue el caso de los palenqueros y raizales de Colombia, o de los garífunas y creoles con núcleo en Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Pero el hecho es que para la mayoría de los afrodescendientes lo que está en juego son otros procesos de incorporación en las realidades nacionales latinoamericanas, haciendo que sus dilemas, independientemente de los aportes culturales a los que se encuentren vinculados, estén fuertemente conectados a sus apariencias físicas y a las ideologías racistas circundantes que insisten en desvalorizarlos y preterirlos. Y tal dimensión de la vida social vino a ser más difícil de asumir para los diferentes gobiernos de los países latinoamericanos (véase Hooker 2006; Bello 2005).

En síntesis, en el proceso de introducción de los grupos étnico-raciales en los cuestionarios de las investigaciones demográficas en los países de América Latina, los grupos indígenas fueron incorporados con mayor intensidad que los contingentes afrodescendientes. Schkolnik y Del Popolo (2006) señalaron que de los veinte países latinoamericanos que habían realizado censos demográficos en la ronda de 2000, trece de ellos incorporaron al menos una pregunta para la identificación étnica: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay y Venezuela. Además de estos, Colombia y Nicaragua, en 2005, y El Salvador, en 2007, también realizaron dicha segmentación. De estas naciones solamente en Cuba no había un campo de respuesta espe-

cífica para los indígenas, sino solamente para los afrodescendientes y en Brasil, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Honduras fueron captados al mismo tiempo los contingentes amerindios y afrodescendientes.¹¹ Así, en los otros siete países latinoamericanos la incorporación de la variable étnico-racial comprendió solamente a los pueblos indígenas.

De estas reflexiones se puede inferir que el proceso de conteo de los países que incorporaron la variable étnico-racial en sus cuestionarios censales está lejos de ser un tema puramente aritmético donde basta generar una cuenta total del número de países que incorporaron alternativas de respuestas para pueblos indígenas y afrodescendientes. En el momento en el que se abre esta discusión se suman las diversas comprensiones sobre el significado de raza, etnia, grupos culturales, así como el modo a través del que cada uno de estos términos se incorpora a la realidad nacional circundante en términos políticos, sociales y culturales.

Países del hemisferio americano que incorporaron a los afrodescendientes en la ronda de censos del año 2000¹²

En la tabla 11 se puede ver de forma sintética el conjunto de los países del hemisferio americano que incorporaron la variable étnico-racial en la ronda de censos del año 2000. Aquí son pertinentes dos aclaraciones. En primer lugar, en el caso de Colombia, Nicaragua y El Salvador, debido al periodo en el que se llevaron a cabo los levantamientos en los dos primeros países, en 2005, y en el tercero, en 2007, rigurosamente, según los criterios del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Celade) y de la Comisión

-
- 11 Más adelante se incorporaría Puerto Rico en el grupo de países latinoamericanos. Sin embargo, el proceso de recolección de datos estadísticos de aquellos contingentes desagregado por los grupos étnico-raciales, principalmente marcado por el patrón vigente en Estados Unidos, llevó a no incorporar a aquel país en ese preciso momento.
- 12 Haití, por razones legales, no incorpora la variable étnico-racial de su población en sus sistemas de datos estadísticos. Por otro lado, incluso sabiéndose que los afrodescendientes son la mayoría aplastante de la población haitiana, no hay que suponer que todo el contingente de

Económica para América Latina (Cepal), tales investigaciones no formarían parte de aquella ronda, pues deberían incluirse en la ronda de censos de 2010. Como el objetivo del presente artículo es también reflexionar sobre la riqueza de las diversas experiencias nacionales llevadas a cabo en aquellos levantamientos, se consideró que la incorporación de tales realidades sería fundamental, y por eso se incluyen en el presente documento.

En segundo lugar, en el conjunto de países listados se encuentran solamente los países que incorporaron la variable étnico-racial e incluyeron, de una forma u otra, poblaciones afrodescendientes. Así, será fácil ver que importantes naciones del hemisferio, como por ejemplo Argentina y México, no se encuentran en la lista a pesar de haber incorporado en sus respectivos cuestionarios censales información segmentada para los contingentes indígenas.

En tercer lugar, se debe mencionar que en el listado hecho fueron incluidos todos los levantamientos encontrados en donde figuraba este tipo de información, inclusive en realidades que, en sentido estricto, no conformaban países independientes, tal como fue el caso de Puerto Rico (estado asociado a Estados Unidos), de las Islas Vírgenes (EUA - Gran Bretaña) y de las Islas Turcas y Caicos (Gran Bretaña). No obstante, para dar mayor fluidez al texto, incluso aquellas realidades serán tratadas como si fueran unidades políticas independientes.

En cuarto lugar, se incorporó en una tabla aparte un listado de dos países que pese a no haber incluido la segmentación para contingentes afrodescendientes en sus cuestionarios censales, lo hicieron en investigaciones de muestreo (encuestas de hogares) a lo largo de la presente década. Estos fueron los casos de Perú y Uruguay.

No obstante, en la tabla 11 se observa que en la ronda de censos del año 2000, países incorporaron en el cuestionario censal opciones de respuesta a los encuestados, sobre su pertenencia en términos étnicos, raciales o de grupo de color, dirigidas específicamente a los contingentes afrodescendientes. De aquel total, doce países

población residente de esta nación lo sea. Como este capítulo aborda los sistemas de clasificación étnico-racial efectivamente existentes en los censos de los países del hemisferio americano, este país caribeño no puede ser incorporado en el presente análisis.

no formaban parte de lo que se entiende por América Latina, y sus orígenes históricos estaban predominantemente conectados a Gran Bretaña, Holanda y, en parte, Francia (como es el caso de Canadá). Los diez países latinoamericanos que formaron parte de aquel listado fueron: Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Honduras, Guatemala, Nicaragua y Puerto Rico.

Por otro lado, comparativamente, es importante mencionar la larga tradición de la recolección de aquel tipo de información por parte de países como Estados Unidos y Canadá, dado que en el caso de la realidad estadounidense tal clase de segmentación se realiza ininterrumpidamente desde 1790 (Gibson y Jung 2002). O sea, a diferencia de los países latinoamericanos, en los cuales el proceso de recolección de la información poblacional segmentada por la variable étnico-racial se consideró como repetidamente problemática, en el caso de las naciones de tradición anglosajona u holandesa tal cuestión fue incorporada desde tiempo atrás. Más allá de los problemas que aquel modelo de sociedad puede abrigar desde el punto de vista de las relaciones étnico-raciales, visto desde el estricto ángulo del proceso de generación de los datos estadísticos, al menos aparentemente, en aquellos países (incluyendo los distintos a Estados Unidos y Canadá, pero del mismo origen en términos del proceso de colonización) no hay mayores quejas en cuanto a los resultados de los levantamientos poblacionales segmentados por aquella variable (McKinnon y Bennett 2005).

Tipos de preguntas en el cuestionario censal sobre la variable étnico-racial

En las tablas 11 y 12 se puede ver la forma como las preguntas sobre la variable étnico-racial fueron formuladas en los diferentes cuestionarios censales (cabe anotar que varios países aparecerán más de una vez).

Se puede observar que en la ronda de censos del año 2000 (y en las dos encuestas de hogares de Perú y Uruguay) existieron once modos básicos de formular la pregunta sobre la variable étnico-racial para los grupos poblacionales de los diferentes países.

- Antepasados o ascendencia - Perú (encuesta de hogares), Uruguay (encuesta de hogares).
- Color - Brasil, Cuba.
- Cultura - Colombia, Costa Rica.
- ¿Esta persona (usted) es? ¿Cómo se considera? - Canadá, El Salvador, Ecuador.
- Étnico, grupo étnico - Belice, Guatemala, Guyana, Jamaica, Nicaragua, Santa Lucía, Trinidad y Tobago, Islas Turcas y Caicos.
- Étnico-racial - Anguila.
- Grupo poblacional - Honduras, Surinam.
- Grupo nacional - Santa Lucía.
- Grupo racial, raza - Bermudas, Brasil, EUA, Islas Vírgenes, Jamaica, Puerto Rico, Santa Lucía, Islas Turcas y Caicos.
- Pueblos - Colombia, Nicaragua.
- Trazos físicos - Colombia.

Con miras a hacer una síntesis de estas formas las agruparemos en cuatro tipos.

Una primera agrupación englobaba las preguntas que se referían a los orígenes personales o a la ancestralidad de la persona, enfatizando aquí que, en ambos casos, se trataba de investigaciones de muestreo (peruana y uruguaya) y no censales.

El segundo grupo de preguntas apuntaban al criterio cultural como descriptivo; en este caso, incluyendo las formas de indagación que remiten a los términos: étnicos, pueblos, culturas y nacionalidades.

El tercer modo de formular la pregunta se refería a los aspectos fenotípicos de la persona, casos en los que se preguntaba expresamente por la raza o color (en el caso de Cuba, color de la piel). Y finalmente, un cuarto modo de formularla consistía simplemente en preguntar a la persona genéricamente (es decir, sin mencionar la palabra etnia y derivados o la palabra raza) cuál era su sentido de pertenencia y, en seguida, presentar el campo de opciones de respuestas al encuestado. Cabe mencionar que se observaron algunos casos en los cuales los tipos de preguntas se mezclaron, como ocurrió en Colombia (¿De acuerdo con su cultura, pueblo o trazos físicos, usted se considera...?),

TABLA 11. Países del hemisferio americano que incorporaron la variable étnico-racial «afrodescendiente» en sus cuestionarios censales, ronda 2000

País	Año censal	¿Cómo se hacía la pregunta sobre la variable étnico-racial? (*)	Opciones de respuesta
Anguila	2001	¿A cuál grupo étnico-racial usted pertenece?	African, Negro, Black / Amerindian, Carib / East Indian / Caucasian, White / Chinese, Oriental / Syrian, Lebanese / Mixed / Others - specify / NS
Belice	2000	¿A cuál grupo étnico usted pertenece?	Black, African / Caucasian, White / Chinese / Creole / East Indian / Garifuna / Maya Ketchi / Maya Mopan / Maya Yucatec / Mennonite / Mestizo / Spanish / Other - specify / NS
Bermudas	2000	¿A cuál grupo racial usted pertenece?	Black / Black and White / Black and Other / White / White and Other / Asian / Other Race / NS
Brasil	2000	¿Su color o raza es?	Branca / Preta / Amarela / Parda / Indígena
Canadá	2001	¿Esa persona es aborigen, o sea indígena norte-americano, métis o inuit (esquimal)? ¿Esa persona es? (preguntas 18 y 19 del cuestionario)	North American Indian / Métis / Inuit (Eskimo) / / White / Chinese / South Asian / Black / Filipino / Latin American / Southeast Asian / Arab / West Asian / Japanese / Korean / Other - specify
Colombia	2005	¿De acuerdo con su cultura, pueblo o rasgos físicos usted se considera?	¿Indígena? (¿A cuál pueblo pertenece?) / ¿Rom (Li)? / ¿Raizal del Archipiélago de San Andrés y Providencia? / Palenquero de San Basilio / ¿Negro (a), Mulato (a) o Afrodescendiente? / Ninguno de los anteriores

País	Año censal	¿Cómo se hacía la pregunta sobre la variable étnico-racial? (*)	Opciones de respuesta
Costa Rica	2000	¿Pertenece a la cultura?	Indígena / Afrocostarricense o negra / China / Ninguna de las anteriores
Cuba	2000	¿Cuál es el color de su piel?	Blanco / Negro / Mestizo o Mulato
El Salvador	2007	¿Usted es?	a) Blanco; Mestizo (mezcla de blanco con indígena); Indígena (responde b); Negro (de raza); Otro / b) Lencas; Kakawira (cacaopera); Nahua; Pipil; Otro (especifique)
Ecuador	2001	¿Cómo se considera?	Indígena (¿A qué nacionalidad indígena o pueblo indígena pertenece?), / Negro (Afro-ecuatoriano) / Mestizo / Mulato / Blanco / Otro
Estados Unidos	2000	¿Esa persona es española o latina? / ¿Cuál es su raza personal? (una o más razas de acuerdo con la forma en que la persona se considere a sí misma) (preguntas 5 y 6 del cuestionario)	If Yes (Mexican, Mexican-American, Chicano / Puerto Rican / Cuban / Other Spanish, Hispanic / Latino (print group) / White / Black, Afro-American or Negro / American Indian or Alaska Native [print name of enrolled or principal tribe] / Asian Indian/ Chinese / Filipino / Samoan / Other Pacific Island [print race] / Vietnamese / Other Asian [print race] / Some other race [print race]
Guatemala	2002	¿A cuál grupo étnico (pueblo) pertenece?	Maya (22 opciones) / Xincas / Garifunas / Ladino / Ninguno / Otros

País	Año censal	¿Cómo se hacía la pregunta sobre la variable étnico-racial? (*)	Opciones de respuesta
Guyana	2002	¿A cuál grupo étnico usted pertenece?	African, Negro, Black / Amerindian / East Indian / Chinese / Mixed / Portuguese / Syrian, Lebanese / White / NS - No stated / Others - specify
Honduras	2000	¿A cuál grupo poblacional pertenece?	Garifuna / Negro Inglés / Tolupan / Pech (Paya) / Misquita / Lenca / Tawohka (Sumo) / Chorti / Otro
Islas Vírgenes (Terr. Estados Unidos)	2000	¿Cuál es su raza personal? (una o más razas de acuerdo con la forma en que la persona se considere a sí misma)	White / Black, Afro-American or Negro / American Indian or Alaska Native (print name of enrolled or the principal tribe)
Jamaica	2001	¿A qué raza o grupo étnico usted diría que pertenece?	Black / Chinese / Mixed / East Indian / White / Other / NS
Nicaragua	2005	¿A cuál de los pueblos o etnias pertenece?	Rama / Garifuna / Mayangna-Sumu / Miskitu / Ulwa / Creole (Kreol) / Mestizo de la Costa Caribe / Xiu-Sutiava / Nahoa-Nicaracao / Chorotega-Nahua-Mange / Cacaopera-Matagalpa / Otro / No Sabe
Puerto Rico (Terr. Estados Unidos)	2000	¿Cuál es su raza? (marque una o más razas para indicar lo que usted considera que es)	White / Black, Afro-American or Negro / American Indian or Alaska Native (print name of enrolled or the principal tribe) / Asian Indian / Chinese / Filipino / Japanese / Korean / Vietnamese / Other Asian (print race) / Native Hawaiian / Guamanian or Chamorro / Samoan / Other Pacific Island (print race) / Other Race (print race)

Pais	Año censal	¿Cómo se hacía la pregunta sobre la variable étnico-racial? (*)	Opciones de respuesta
Santa Lucía	2001	¿A cuál grupo étnico, racial o nacional usted cree que pertenece?	Afro descendant, Negro, Black / Indigenous People (Amerindian, Carib) / East Indian / Chinese / Portuguese / Syrian, Lebanese / White, Caucasian / Mixed / Other - specify / NS
Surinam	2003	¿A cuál grupo poblacional pertenece esa persona según ella misma?	Indigenous, Amerindian / Maroon, Bushnegro / Creole / Hindostani / Javanese/ Chinese / Caucasian, White / Mixed / Other / Don't know, no answer
Trinidad y Tobago	2000	¿A cuál grupo étnico pertenece?	African / Indian / Chinese / Syrian, Lebanese / Caucasian / Mixed / Other Ethnic Group / NS
Islas Turcas y Caicos (terr. Gran Bretaña)	2001	¿A cuál grupo étnico o racial usted pertenece?	African, Negro, Black / White / East Indian / Mixed / Other

TABLA 12. Países del hemisferio americano que solamente incorporaron la variable étnico-racial «afrodescendiente» en investigaciones de muestreo

País	Año de la encuesta	¿Cómo se hacía la pregunta sobre la variable étnico-racial? (*)	Opciones de respuesta
Perú	2000	¿Por sus antepasados y de acuerdo con sus costumbres usted se considera?	De origen mestizo / De origen quechua / De origen aymara / Indígena de la Amazónia / De origen negro, mulato o zambo / Otro
Uruguay	2006	¿Usted cree tener ascendencia?	Afro o negra / Amarilla / Blanca / Indígena / Otro / No sabe

Fuente: <http://unstats.un.org/unsd/demographic/sconcerns/popchar/popcharMeta.aspx> (cuestionarios censales de los respectivos países).

(*) Traducción libre de los cuestionarios censales oficiales en las respectivas lenguas locales.

Jamaica (¿A qué raza o grupo étnico usted diría que pertenece?) y Santa Lucía (¿A cuál grupo étnico, racial o nacional usted cree que pertenece?).

Naturalmente, el modo de formular las preguntas que se hacían en los cuestionarios reflejaba las intenciones de los institutos de investigación —y, no raras veces, de sus respectivos Gobiernos— en el proceso de obtención de aquel tipo de información. En el caso de los países latinoamericanos, en general, las preguntas contenidas en los cuestionarios censales eran direccionadas teniendo como referencia las dimensiones étnico-culturales del encuestado. Así, de aquellas naciones, solamente en Brasil (¿Cuál es su color o raza?) y en Cuba (¿Cuál es el color de su piel?) el núcleo de la pregunta se refería abiertamente a la apariencia física de la persona (raza o marcas raciales). De tal modo, se puede apreciar que los otros siete países que indagaron por la raza del encuestado en los cuestionarios censales eran naciones que no formaban parte de la regionalidad latino-americana, o si lo hacían, como era el caso de Puerto Rico (¿Cuál es su raza?), el elemento motivador aparente fue la influencia del patrón norteamericano de recolección de la información.

Finalmente, es pertinente hacer mención del modo como la pregunta fue hecha en Canadá, El Salvador y Ecuador, que no mencionaban ni color, ni grupo étnico (o derivados, pueblo, nacionalidad). Así, aparentemente, se pretendía dotar a la pregunta de mayor neutralidad, evitándose la indagación a las personas a través de términos que pudieran parecer peyorativos o generadores de mayores incomodidades a los individuos.

Opciones de respuestas en el cuestionario censal sobre la variable étnico-racial

De las tablas 11 y 12 también se pueden extraer los siguientes términos denominativos para los grupos afrodescendientes en los países del hemisferio americano (obsérvese una vez más que varios países aparecen más de una vez):

- African - Anguila, Belice, Guyana, Trinidad y Tobago, Islas Turcas y Caicos.
- Afro - Uruguay (encuesta de hogares).
- Afro descendant / Afrodescendiente - Colombia, Santa Lucía.
- Afro + Nacionalidad - Costa Rica (Afro-costarricense), Ecuador (Afro-ecuatoriano), EUA (Afro-american), Puerto Rico (Afro-american).
- Black - Anguila, Belice, Bermudas, Canadá, EUA, Guyana, Islas Vírgenes, Jamaica, Puerto Rico, Santa Lucía, Islas Turcas y Caicos.
- Black and Others - Bermudas, EUA.
- Black and White - Bermudas, EUA.
- Bushnegro - Surinam.
- Creole - Nicaragua, Surinam.
- Garífuna - Belice, Guatemala, Honduras, Nicaragua.
- Maroon - Surinam.
- Mixed - Guyana, Jamaica, Trinidad y Tobago.
- Mulato - Colombia, Ecuador, Perú (encuesta de hogares).
- Negro - Anguila, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador (con la variante «de raza»), Ecuador, EUA, Guyana, Islas Vírgenes, Perú (encuesta de hogares), Puerto Rico, Santa Lucía, Islas Turcas y Caicos, Uruguay (encuesta de hogares).

- Negro inglés - Honduras.
- Palenquero de San Basilio - Colombia.
- Parda - Brasil.
- *Preta* - Brasil.
- Raizal del archipiélago de San Andrés y Providencia - Colombia.
- Zambo - Perú (encuesta de hogares).

Con base en la segmentación presentada anteriormente, se puede tener una idea del propio significado de la diáspora africana en las Américas y del conjunto de términos utilizados para la identificación de los grupos afrodescendientes en nuestro hemisferio. Fue así como, se localizaron veinte términos para definir aquellos grupos, —cada cual con diferentes posibilidades de lectura, especialmente cuando lo que está en juego son comprensiones de patrones de estratificación socioeconómica—.

De aquel conjunto de términos descriptivos de los contingentes afrodescendientes, algunos son indicadores de identificación fenotípica, para el caso, asociada al rasgo racial negro. Son los casos de las denominaciones: *Black* (incluyendo las denominaciones mestizas *Black and White* o *Black and Others*), *mixed*, mulato, negro, *preto*, pardo, zambo. En estos casos, aparentemente, el encuestado tendrá como elemento de respuesta su apariencia física —considerando que algunas de aquellas denominaciones caracterizan grupos mestizos— y los resultados de las investigaciones, una vez interpretados, podrán proporcionar al estudioso una lectura de este fenómeno social a partir de dicho parámetro. Sin embargo, tal modelo implica riesgos específicos que podrían llevar a la mala comprensión de los resultados de las investigaciones, como, por ejemplo, el eventual blanqueamiento de la respuesta de los individuos vinculados a los grupos étnico-raciales y así como que sean más ricos, y una eventual ambigüedad de las categorías de clasificación intermedias (que no necesariamente son todas afrodescendientes, por ejemplo, la de los pardos brasileños)¹³. De igual forma,

¹³ A este respecto, véase Paixão y Carvano (2008); Pinto (1996); Piza y Rosenberg (1999); Telles y Lim (1998); Valle Silva (1994 y 1996); Osório (2003); Petrucci (2007).

aquellas denominaciones, tal como son utilizadas en cada realidad nacional, no parecen muy apropiadas para ser aplicadas en otras. Tal sería el caso de la categoría de clasificación de los pardos en Brasil, término que, por su generalidad, acaba siendo razonablemente operacional en nuestro contexto pero que perdería cualquier significado práctico en realidades con mayor presencia de grupos indígenas o en aquellos en donde los mestizos fueran primordialmente entendidos como las mezclas de blancos con indígenas.¹⁴

Un segundo grupo de términos de clasificación puede ser identificado en su inequívoca matriz étnica, sin que el tipo de pregunta y respuesta hagan referencia al aspecto fenotípico del entrevistado. Estos son los casos en los que el principal indicador de la respuesta es la lengua practicada: bushnegros o maroons¹⁵ de Surinam, creole (generalmente dialectos derivados del inglés en países de predominancia castellana, pero con la variante holandesa en Surinam), garífuna, raizales y palenqueros (estos dos últimos

¹⁴ En este aspecto no deja de ser interesante observar las críticas del movimiento indígena ecuatoriano al modo como, en el campo del cuestionario censal de aquel país, fueron presentadas las opciones de respuestas a la población inquirida. Así, en el censo de 2001 de Ecuador, los mestizos fueron entendidos como la mezcla de blancos con indígenas (a los negros mestizados se vinculó la opción de respuesta: mulato), sin haber opciones complementarias de respuesta que pudieran revelar con mayor nitidez el peso de los indígenas en aquel contingente mestizo (véase Guerrero 2005; Del Popolo 2008b). De este modo, los indígenas fueron identificados a partir de un campo propio de opción de respuestas. Y el porcentual de aquel grupo, 6,8%, quedó por debajo de lo esperado por los grupos indígenas de aquel país. El Banco Mundial, por ejemplo, basado en estimativa secundaria, llegó a evaluar en 38% el peso relativo de los indígenas ecuatorianos en la población total (Ferranti et ál. 2004).

¹⁵ En el caso de Suriname, para los grupos afrodescendientes maroon-bushnegros se presenta otro campo de respuestas para que haya la identificación de a cuál tribu el individuo se juzga pertenecer: Saramaccaners, Aukaners/Ndjukas; Matuariers, Paramaccaners, Bonni's/Aloekoes, Kwinti's, Otra, Ninguna (véase el cuestionario censal de Suriname de 2003). Este contingente es originario de procesos de fugas de esclavizados (cimarronaje) que se escondieron en la vegetación de aquel país, donde sus descendientes aún viven.

casos, en Colombia). Conforme se observó, en algunos países la única forma de identificar los contingentes afrodescendientes fue teniendo en cuenta su carácter étnico: Guatemala (garífuna), Honduras (garífuna y negro inglés) y Nicaragua (creole y garífuna)¹⁶.

El caso colombiano es más complejo puesto que incorpora posibilidades de respuesta de naturaleza étnico-racial, como son las opciones «negro, mulato o afrodescendiente», así como alternativas de respuesta de naturaleza predominantemente étnica, como la opción raizales y palenqueros. Los raizales, concentrados en el caribeño archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina practican un dialecto criollo, *sanandresano*, derivado del inglés. Los palenqueros, concentrados en el palenque de San Basilio, practican un idioma derivado del bantú (Sánchez y García 2006). Los encuestados de estas opciones, a pesar de ser notoriamente identificados con los contingentes negros, no necesariamente lo son (especialmente los habitantes de San Andrés, Providencia y Santa Catalina)¹⁷

16 La etnia garífuna se origina en la Isla de San Vicente, actual San Vicente y Granadinas, cuando en los siglos xvii y xviii esclavizados africanos que huían se mezclaron con los contingentes karaib, pueblos indígenas caribeños que formaron lo que los europeos denominaron «caribes negros». En los estertores del siglo xviii los caribes negros se rebelaron contra el Gobierno británico y fueron derrotados. En 1797, 5.080 individuos de este grupo fueron deportados A la isla caribeña de Roatan (actual Honduras). A lo largo del siglo xix estos contingentes se esparcirían por otras naciones, como Belice, Guatemala y Nicaragua, donde se mezclarían con contingentes locales y consolidarían asentamientos permanentes autoidentificados como garífunas. Así, estos pueblos dominan un idioma de origen predominantemente indígena, sin embargo, encunto a su religiosidad esta posee características más próximas a los patrones africanos. A este respecto véase Lopes (2004) y Rodríguez (2006).

17 Sobre este particular, también vale mencionar las críticas hechas por los activistas del movimiento negro colombiano a las opciones de respuestas existentes en el cuestionario censal de aquel país, por la no incorporación del término moreno. Tal crítica llevó al Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) de Colombia a responder expresamente la crítica y señalar que el término posee significados diversos en las diferentes regiones del país, que en algunas de estas áreas el término moreno sirve para designar a los descendientes de blancos con indígenas y que aun algunos pueblos indígenas no mestizos, como el pueblo wayúu, poseen tonalidades de piel morena, ampliando la ambigüedad del término. A

Así como el conteo de los grupos étnico-raciales a partir de su descripción física presenta opiniones a favor y en contra, su conteo por criterios exclusivamente étnicos también tiene ventajas y desventajas. La principal ventaja reside en el criterio más objetivo de la pregunta, especialmente cuando el referente de la respuesta es la lengua practicada o la lengua materna. Es decir, en estos casos, tanto para quienes preguntan como para el encuestado, será bastante claro que la cuestión radica en la afiliación a una determinada forma de identidad cultural específica, afinidad producida por la historia de vida de cada uno.

La desventaja de este método es que la estricta referencia a la identidad étnica del individuo, en el momento de la aplicación del cuestionario, hace que los demás portadores de rasgos físicos negros, que no tienen filiación con aquellos aportes culturales, no sean computados en los sistemas de levantamiento de datos estadísticos. Un importante indicador que se relaciona con esta cuestión es el indicador de urbanización de una determinada población. Por razones sociológicas, se sabe que mientras más elevado es este indicador mayores tienden a ser las presiones sobre, o contra, determinadas formas de identidad étnica específica, bien sea por la pérdida de las costumbres tradicionales o por el creciente desuso de la propia lengua en los asuntos cotidianos de la vida y del trabajo. Así, en Colombia, por ejemplo, el indicador de urbanización de la población negra alcanzaba en 2004 el 62,2% (Urrea 2006, con base en la encuesta de condiciones de hogares del mismo año). En Ecuador, en 2001, el mismo indicador entre los afrodescendientes llegaba a 68,7% (Secretaría Técnica del Frente Social 2006). Por tanto, alguna eventual exclusividad conferida a criterios étnicos en el proceso de recolección de los datos podría representar una

este respecto véase DANE (s. f.) *Colombia, una nación multicultural: su diversidad étnica*. De todas maneras, cabe decir que, al menos en parte, la argumentación desarrollada por el DANE está notoriamente vinculada a la manera como esa institución concibe la problemática de la definición de los grupos afrodescendientes locales, es decir, como grupos étnicos antes que raciales. Un importante contrapunto a aquella formulación se puede encontrar en Barbari y Urrea (Eds.) (2004) y en Urrea (2006).

pérdida irreparable de datos estadísticos de estos grupos afrodescendientes de frágil o ninguna identidad étnica específica más allá del conjunto nacional circundante.

Un tercer tipo de término descriptivo que apareció en los cuestionarios censales de los países del hemisferio americano es el que se percibe como término intermedio entre una descripción de tipo racial y una de tipo étnico. Este caso corresponde a las denominaciones donde se moviliza la raíz «afro» (afro + nacionalidad, afrodescendiente, african) o que incluya respuestas dadas a las preguntas sobre ascendencia (como es el caso de Uruguay). En ese ejemplo la interpretación es parcialmente racial, ya que el término se refiere a un denominador común a todos los contingentes, o sea, al hecho de que los individuos poseen trazos físicos de claro origen africano, y que, por consiguiente, esta realidad común los caracteriza como un contingente por ser registrado, específicamente, en ocasión del levantamiento censal con miras a descubrir la realidad social posiblemente común, marcada por el prejuicio y la discriminación sobre sus formas físicas. Pero, en esa lectura también está implícito que estas mismas agrupaciones poseen rasgos de identidad que van más allá del color de la piel y otros trazos físicos, pues en este caso se comparten modos de vida en sus múltiples sentidos.¹⁸

En la síntesis de ambas posibilidades, más allá de sus dimensiones raciales o culturales, se percibe que aquí el término afrodescendiente puede ser mejor definido como una descripción de una identidad política común, generada desde una mutua comprensión del significado de la diáspora esclavista, de la dispersión de los descendientes de los esclavos por el hemisferio americano, la resignificación de lo que es el panafricanismo y la forma a través de la cual el racismo, así como el propio capitalismo, se recreó en el periodo contemporáneo. Tal como relata un importante líder del movimiento negro uruguayo y regional, Romero Rodríguez (2004), al señalar que, en el contexto de preparación y realización de la III Conferencia Mundial contra el Racismo, los activistas habían entrado siendo negros y salieron siendo afrodescendientes:

¹⁸ A este respecto véase Hall (2006).

Por lo tanto, Santiago obliga al movimiento de afrodescendientes de las Américas a ubicar su desarrollo ante un cuadro regional y de articulación de sus propuestas con comunidades hermanas, haciendo de la dialéctica del proceso un nuevo accionar de lo que se autodefinió históricamente como la Diáspora Africana en el Mundo, y que en el caso de la historia de América Latina tuvo importantes momentos de articulación (a través de los cuatro movimientos generados continentalmente) mediatizados por las visiones que en el cuadro mundial desarrollaban sus proyectos, encontrados a partir de una máxima de acumulación de fuerzas que en él tenía en cuenta el racismo y la historia de nuestros pueblos, como un factor de contención de desarrollo, y, por ende, su permanente estado de pobreza.

De cualquier forma, más allá de la connotación primordialmente política de los términos censales que remitan a la identidad afrodescendiente de los negros y mestizos de tez marcadamente africana dentro de cada realidad nacional, es importante mencionar que este tipo de opción también remite a algunos problemas de naturaleza operacional.

En primer lugar, cuando el investigador social analice los datos deberá tener cuidado para saber diferenciar lo que sería el comportamiento de los indicadores sociales de los diferentes grupos —que pueden estar reflejando los patrones de vida de individuos que expresan adhesiones culturales o políticas a determinados vínculos ancestrales— pero que no necesariamente son portadores de trazos fenotípicos marcadamente negros. Considerando que la movilización de la dimensión fenotípica, en el nivel sociológico, es relevante justamente por explicitar la forma a través de la cual las diferentes formas humanas están insertadas en las sociedades que asumen este perfil racializado, la movilización de un criterio de definición que diluya tal dimensión puede tener implicaciones importantes, aún más, cuando se trata del estudio de la práctica de las asimetrías étnico-raciales. Tal cuestión puede ser especialmente relevante en el caso de poblaciones en las cuales, para fines de clasificación social, los criterios de origen son menos relevantes que los de apariencia, como es el caso del conjunto de los países latinoamericanos.

Más allá de la gran cantidad de evidencias sobre la importancia de tal cuestión, con miras a analizar la realidad brasileña, es interesante mencionar el estudio hecho por dos demógrafas uruguayas que, frente a los datos obtenidos, se vieron exactamente ante esta situación; tal como relataron las dos demógrafas uruguayas que coordinaron la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada (ENHA) en su país en 2006-2007. De esta forma, y a pesar de la evidente satisfacción de las autoras ante los resultados alcanzados en aquel levantamiento que, recordando, para establecer los criterios de definición étnico-racial de los individuos, indagó sobre su ascendencia, ellas no dejaron de expresar su preocupación por la metodología empleada:

Cabe promover una discusión respecto a qué información se pretende obtener a partir de ese instrumento y cuál es la mejor forma de indagar la identidad racial de las personas en función del objetivo que se persigue. Si se pretende cuantificar y comprender los mecanismos de discriminación racial, la pregunta de ascendencia no es la forma más adecuada de definir la pertenencia racial. Las personas no son discriminadas por su ascendencia, sino por las huellas físicas que deja su ascendencia, es decir por rasgos fenotípicos. En Uruguay son bastante comunes los apelativos peyorativos como «pardo», «medio negro», que denotan que existe una valorización negativa basada en el color de la piel. A partir de la información de ascendencia es imposible saber si las personas son socialmente percibidas como pertenecientes a esas categorías, [si] valoran subjetivamente que tienen ascendencia negra o indígena. Sin embargo, es muy probable que sufran algún tipo de discriminación en función de sus rasgos físicos. Así, parece necesario indagar a profundidad sobre cuáles son los matices que se reconocen socialmente y cuáles son los criterios de identificación para establecer las fronteras entre los distintos grupos. (Bucheli y Cabella 2006, 53)

La segunda limitación que presentan las opciones de respuesta en el campo del cuestionario censal que remiten a las identidades políticas, se refiere a la efectiva capacidad de los movimientos negros de cada país para movilizar de manera significativa a quienes po-

tencialmente se verían representados en el momento de la investigación. Así, una buena opción de respuesta en el cuestionario censal en el plano político que además contemple la vanguardia del movimiento social, no necesariamente será una buena opción de respuesta con miras a los patrones sociales, culturales y políticos presentes dentro de cada sociedad a la cual la mayoría de los afrodescendientes —conscientes o no de esta condición— pertenecen. Por consiguiente, los problemas que de allí se derivan se relacionan con los riesgos de la falta de comprensión de determinadas terminologías de clasificación por parte de la población que está siendo investigada. Si este problema se presenta, naturalmente, habrá pérdida de datos demográficos y varias secuelas de en el plano de la lectura de la realidad social y en la formulación de las demandas sociales y políticas públicas.

Finalmente, no se debe dejar de lado un infortunado hecho: aún hoy la condición afrodescendiente, producto de siglos de historia marcada por la discriminación y demérito sociorracial, es una marca más de estigma que de carisma (Guimarães 2002). Siendo así, inevitablemente habrá resistencias, por parte de un amplio conjunto de personas portadoras de formas físicas negras, a asumir esta condición, así estén orientadas según opciones de respuesta primordialmente estimadas por sus aspectos más propiamente fenotípicos, o aunque estén basadas en vectores de características étnicas o políticas. En este sentido, la capacidad efectiva de los cuestionarios censales para producir buenas preguntas sobre los grupos étnico-raciales también debe ser entendida como parte del avance de las luchas de los movimientos sociales de defensa de los derechos de ciudadanía de los contingentes afrodescendientes.

Coherencia entre tipos de pregunta y opciones de respuesta en el cuestionario censal sobre la variable étnico-racial

En la ronda de censos de 2000, concretamente en la mezcla de las formas de preguntas y de respuestas en los cuestionarios censales de los países del hemisferio americano, no siempre se consiguió encontrar una gran coherencia entre el modo de hacer la pregunta y

las opciones de respuesta, lo anterior, teniendo como referente si las mismas estaban basadas en criterios étnicos o raciales. De este modo, en Belice, Costa Rica Guyana y Trinidad y Tobago, mientras que la pregunta del cuestionario se refiere al grupo étnico o a la cultura (caso específico de Costa Rica), las opciones de respuestas no necesariamente remiten a la misma descripción, sino que están basadas en criterios parcial o completamente raciales (apariencia física) tal como son las correspondientes opciones de respuesta: *Black, African* (Belice); *Afrocostarricense* o *negra* (Costa Rica); *African, Negro, Black* (Guyana); *African, Mixed* (Trinidad y Tobago).

Otro aspecto extremadamente importante se refiere a si a los individuos del grupo étnico-racial dominante les presentarán opciones de respuestas específicas, de tal forma que ellos mismos puedan identificarse como tal es. Esta cuestión, en apariencia sencilla, en realidad está directamente relacionada con la forma como los diferentes grupos étnico-raciales están incorporados a las realidades nacionales. Así, cabe mencionar que los órganos de producción de datos estadísticos de determinados países, que formularon las preguntas con orientación principalmente étnica, acabaron dejando de hacer el mismo tipo de cuestionamiento a los individuos que se identificaron con el todo cultural hegemónico circundante. Estos fueron los casos de Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Así, si el lector vuelve a observar la tabla 11, fácilmente percibirá que allí el encuestado que no se identificara con ningún grupo étnico, cultural o fenotípico específico, simplemente dejaría de señalar su identidad en este aspecto. Alternativamente, en nuestra comprensión, incluso la adhesión a la nacionalidad hegemónica, o al grupo racial hegemónico, es una forma de identidad tan específica como las demás. Con eso, aquellas formas de identidad acaban siendo entendidas como las «naturales», en detrimento de las demás, que son vistas como ajenas a la realidad nacional vigente.

De cualquier manera, de la experiencia reciente en términos de la producción de datos demográficos segmentados por la variable étnico-racial, una importante cuestión pudo ser comprobada: el número de encuestados que responden a las opciones que describen

poblaciones afrodescendientes puede variar mucho de acuerdo con la forma como se hace la pregunta. En este sentido, existen tres casos paradigmáticos: Colombia, Uruguay y Puerto Rico.

En el caso colombiano, en el Censo Nacional de 1993 —realizado inmediatamente después de la promulgación de la nueva Constitución de este país en 1991, y que reconoció al país como multicultural— fue formulada por el DANE una indagación sobre la variable que hizo la siguiente pregunta: ¿Pertenece a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra? Si sí, ¿a cuál? Como resultado, el porcentaje de aquellos que declararon pertenecer a una comunidad negra fue de solo 1,5% de la población, lo que fue entendido en consenso como una fuerte subvaloración del contingente afrocolombiano. Así, doce años después, tras la realización de diversas investigaciones de campo en este sentido, en el Censo de 2005 (véase las opciones de respuesta en la tabla 11), el porcentaje de afrocolombianos llegó a 10,6%, una proporción 10 veces mayor. Tal discrepancia resulta aún más clara si se tiene en cuenta un levantamiento específico realizado en aquel país en el año 2000 cuando el DANE, con el propósito de mejorar el sistema de recolección de datos estadísticos de los grupos étnico- raciales —en la Encuesta Nacional de Hogares (ENH), Etapa 110 (diciembre)— aplicó un cuestionario al público investigado, residente en las trece áreas metropolitanas de mayor tamaño en el país, junto al que fueron presentadas cuatro fotografías de personas de apariencia racial negra y mulata (según la terminología de los autores de la fuente). En esa oportunidad, el porcentaje de individuos que se reconocieron como tales llegó a 17,9% (Urrea 2006)¹⁹.

¹⁹ En realidad, en estimaciones hechas por el proyecto organizado por el Centro de Documentación e Investigación Socioeconómica de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, Cali (Cidse) y el Institut de Recherche pour le Développement, Francia (IRD), basada en la ECH, 2000 (Etapa 110), en investigaciones adicionales aplicadas en Cali, y en estimativas sobre el contingente negro residente en las áreas no cubiertas por las investigaciones anteriores, el total de afrocolombianos llegaría a cubrir entre el 20% y el 22% del país. Por tanto, en este ejemplo se puede ver el tipo de discrepancia que produce el uso de uno u otro método de recolección de informaciones de los contingentes afrodescendientes en una investigación demográfica. por lo anterior, en

En Uruguay, entre 1996 y 1997 el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) organizó un módulo de raza en la Encuesta de Condición de Hogares (ECH). En aquel momento la pregunta sobre el aspecto étnico-racial fue: ¿A qué raza usted cree que pertenece? Las opciones de respuesta fueron, por orden de aparición: amarilla; blanca; indígena, negra y mestiza. Si la respuesta era mestiza, se abría un nuevo campo en el cual se indagaba: ¿De qué raza usted juzga tener sangre? Las opciones de respuesta eran las mismas del campo anterior. Mediante esta forma de recolección de la información, el INE alcanzó un porcentaje de 5,9% de afrouuguayos. Diez años después, el mismo Instituto, una vez más, volvió a incorporar en su cuestionario de investigación la variable étnico-racial. Esta vez la pregunta fue: ¿Cree tener ascendencia...? Las opciones de respuesta, para el caso de Uruguay, se encuentran en la tabla 12. Con este tipo de pregunta el porcentaje de afrouuguayos se elevó a 9,1% (Bucheli y Cabella 2006).

Aunque, en ninguno de ambos casos se puede descartar la presencia de eventuales efectos de mayor claridad o concientización de la población colombiana y uruguaya acerca de aquellos procesos de recolección de datos demográficos, en los dos contextos la conclusión fue que el aumento de las respectivas poblaciones afrodescendientes entre los dos intervalos (en un caso, censal, en el otro, de muestreo) se relacionó con el tipo de pregunta y las opciones de respuesta establecidas, siendo de crucial importancia que las mismas se relacionen de alguna forma con los patrones culturales vigentes en cada escenario.

En el caso de Puerto Rico, el 8% de autoidentificados como afrodescendientes (tal como se verá en la próxima sección) parece estar relacionado con los términos utilizados para formular la pregunta en el campo censal, es decir, según el modelo norteamericano de relaciones raciales (ver tabla 11). Así, pausable caso cuestionarse si otros modelos de opciones de respuesta —como los practicados en la realidad latinoamericana de la cual Puerto Rico Estado asociado a

el caso colombiano, diferentes levantamientos generaron cuentas finales que variaron de 1,5% a 22%. Para más detalles véase Barbari y Urrea (Eds.) (2004) y Urrea (2006).

Estados Unidos, forma parte culturalmente— no serían adecuados para el levantamiento de información sobre los grupos étnico-raciales en aquella unidad política asociada al país norteamericano.

Presencia afrodescendiente en las Américas según la ronda de censos de 2000

La ya comentada tradición de falta de indicadores estadísticos sobre, las poblaciones del hemisferio americano, segmentada para grupos étnico-raciales afrodescendientes, compromete seriamente la obtención de información confiable sobre aquellos grupos, ya sea en términos de sus condiciones de vida, o realmente en términos de su tamaño (número de personas). De allí que el conjunto de iniciativas de estimación de aquellos totales, en general, se hicieran, en parte, con base en datos oficiales y, por otra, en proyecciones indirectas a partir de diversas fuentes. Algunos ejercicios que se pueden mencionar como síntesis en aquel plan fueron los desarrollados por Bello y Rangel (2002), por el Banco Mundial (Ferranti et ál. 2004), Rodríguez (Org.) (2006) y por Antón y Del Popolo (2008).

Así, la primera pareja de investigadores estimó que, a finales de los años ochenta, el contingente total de población afrodescendiente (llamada por los autores como poblaciones negra y mulata) alcanzaría total 146.084.651 personas, lo que equivaldría a 29,2% de la población total de América Latina y el Caribe. Esta cuenta, en realidad, acabó incorporándose al discurso del movimiento negro de la región (Rodríguez, 2004). En el estudio realizado por el equipo de investigadores del Banco Mundial no se llegó a producir una única cuenta, pues se estimó que la población afrodescendiente podía corresponder a un cálculo de entre 17% y 30% de la población total de América Latina y el Caribe.

En ambos estudios, sin embargo, aparecen problemas con el orden en el que se generó la cuenta calculada. En el caso de Bello y Rangel, los indicadores de Antigua y Barbuda son de 1970; de Barbados, Cuba, Dominica, Granada, Guyana, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía y San Vicente y Granadinas son de 1980, y solamente los de Belice, Brasil, Colombia, Haití, República Dominicana y

Venezuela son de los años noventa. Además, en la proyección hecha por los autores se incorporaron datos de importantes contingentes poblacionales, sin que haya existido propiamente un censo que lo hubiera estimado (por ejemplo, Venezuela, República Dominicana y Haití). En el estudio del Banco Mundial los intervalos de las fechas de la recolección de la información son más estrechos (variando 1990, para Ecuador y 2003 para Colombia). Sin embargo, una vez más, las fuentes no son datos censales sino proyecciones generales en las que se incluyen países en donde nunca fue producido este tipo de información, como México, Venezuela, Paraguay y Bolivia.

Otra iniciativa importante, que debe ser mencionada en términos de la medición de los contingentes afrodescendientes en el hemisferio, es el estudio organizado por Rodríguez (2006), titulado *Manual de los afrodescendientes de las Américas y el Caribe*. En esta obra se pretendió sistematizar un conjunto de datos históricos, sociales, demográficos, políticos y jurídicos de las poblaciones negras en esta región, e incorporó también en su análisis datos sobre el peso relativo de los afrodescendientes en un gran número de países latinoamericanos y caribeños. Sin embargo, en algunos países el porcentaje de afrodescendientes estimado para el año 2001 no correspondía a los porcentajes obtenidos mediante los censos demográficos nacionales. Estos fueron los casos de: Belice (estimado en 51%, pero oficialmente en 31,2%); Honduras (estimado en 2%, pero oficialmente en 1%); México (estimado en 0,5%, pero sin estar basado en fuentes oficiales); Nicaragua (estimado en 9%, pero oficialmente en 0,5%); Colombia (estimado en 26%, pero oficialmente en 10,6%); Ecuador (estimado en 10%, pero oficialmente en 5%); Perú (estimado en 5%, pero oficialmente en 1,1% de los jefes de hogar); Uruguay (estimado en 4%, pero oficialmente en 9,1%); Venezuela (estimado en 10%, pero sin estar basado en fuentes oficiales); Cuba (estimado en 62%, pero oficialmente en 34,9%); Haití (estimado en 100%, pero sin estar basado en fuentes oficiales); Jamaica (estimado en 91,4%, pero oficialmente en 97,4%) y República Dominicana (estimado en 84%, pero sin estar basado en fuentes oficiales).

Naturalmente, las objeciones planteadas a los tres estudios mencionados anteriormente no invalidan aquellas iniciativas, llevadas a cabo

desde la necesidad de producir datos mínimamente confiables sobre el contingente afrodescendiente total en América Latina y el Caribe. Lo que puntualmente se quiere destacar aquí es que estos estudios no se basaron totalmente en levantamientos censales de los países.

El estudio de Antón y Del Popolo (2008), con seguridad, dio un notable paso adelante en términos de aquella laguna. Así, los dos autores, basados en los bancos de datos del propio Celade, lograron identificar en los censos demográficos de Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras y Nicaragua un número total de 84.853.814 afrodescendientes, lo que correspondería al 32,8% del total de la población de aquellos ocho países. La diferencia de casi 150 millones de personas, tal como fueron encontrados por Bello y Rangel, puede explicarse, como mínimo, porque el levantamiento de Antón y Del Popolo (2008) no incluyó proyecciones poblacionales de importantes realidades locales, entre otras, de México, Haití, República Dominicana y Venezuela. De cualquier manera, la cuenta hecha por esta última dupla de investigadores fue la primera en apoyarse en un criterio mínimo de realismo, fundamentado en datos obtenidos efectivamente de los censos de cada país y no en estimativas de orden general. Además, tiene la ventaja de poseer un del intervalo temporal menor entre las investigaciones que, con excepción de Colombia, están referenciadas en la ronda de censos de 2000.

En el presente texto se dará un paso más allá del estudio realizado por Antón y Del Popolo (2008), y se incorporarán otros países del hemisferio americano al conjunto de países ya investigados por esos autores. De esta manera, en lugar de ocho países,, se organizan los datos para las 23 naciones de toda la región que en la ronda de censos de 2000 generaron datos sobre las poblaciones afrodescendientes.

En el estudio, debe tomarse en cuenta la existencia de cinco salvedades: 1) los países que fueron incorporados en la tabla 13 están ampliados con las naciones que recolectaron los datos fuera del radio de alcance de la ronda de 2000: Colombia y Nicaragua, en 2005, y El Salvador, en 2007; 2) en el levantamiento se encuentran dos países del hemisferio que recolectaron datos en el mismo periodo por medio de encuestas: Perú, en 2001, y Uruguay, en 2000. En este caso

se destaca que no se trata de proyecciones demográficas genéricas, sino de fuentes de datos oficiales, realizadas en una escala inferior a la de un levantamiento censal; 3) en el caso de Perú, la pregunta sobre la identidad étnico-racial no se hizo a todos los residentes de los domicilios, sino solamente a la persona de referencia; en este caso nos tomamos la libertad de estimar el peso relativo de los afrodescendientes en la población en la misma proporción que tenían en el conjunto de los domicilios (1,1%), lo que no deja de ser una estimativa sensible de salvedades; 4) también se están incluyendo, además de los países y unidades políticas asociadas del Caribe no latino, grandes conjuntos poblacionales afrodescendientes residentes en países como los Estados Unidos y Canadá; 5) no se encontró el porcentaje de afrodescendientes de las Islas Vírgenes; por consiguiente, este dato no aparecerá en la tabla 13.

Las fuentes de datos, en todos los casos, las constituyeron los órganos locales productores de datos estadísticos a través de consulta real en sus respectivos portales. En algunas realidades nacionales, las fuentes de los indicadores también fueron encontradas a través del portal del Celade y del uso del sistema Radatam, que permite el rescate de indicadores sociales para los países cuyos datos censales fueron incluidos en aquel espacio electrónico. Estos fueron los casos de Belice, Santa Lucía y Trinidad y Tobago. No obstante, los indicadores están listados por orden alfabético en la tabla 13.

De acuerdo con la tabla en mención, la población afrodescendiente (según sus 20 denominaciones de clasificación nacional encontradas en los respectivos censos) en los países en que tal información fue obtenida por la institución local productora de datos estadísticos, totalizaba cerca de 126,3 millones de personas, lo que correspondía a un 20,5% del contingente total de aquel conjunto de 23 países. Según los mismos indicadores, las mayores concentraciones afrodescendientes en las Américas se encontraban en Brasil (75,9 millones); en Estados Unidos (36,2 millones); en Colombia (4,3 millones), en Cuba (3,9 millones) y en Jamaica (2,5 millones).

Desde el punto de vista del peso relativo de las poblaciones afrodescendientes en los diferentes países, se pueden encontrar cuatro tipos de situaciones. El primer tipo corresponde a los países en los

cuales los afrodescendientes conforman una importante mayoría dentro de la población nacional. Estos fueron los casos de Anguila (con 90,1%), Bermudas (con 59,7%), Jamaica (con 97,4%), Santa Lucía (con 82,5%) y las Islas Turcas y Caicos (con 87,6%). No es coincidencia que todos los casos queden localizados en el Caribe. Sin embargo, tales cantidades, si se toma en cuenta el tamaño de la población, forman contingentes proporcionalmente reducidos, 2.761.341 de personas, 92% de los cuales reside en Jamaica. Por otro lado, esta composición étnico-racial, en términos relativos, tal vez pueda expresar lo que ocurre en otras Islas caribeñas, como por ejemplo, las Islas Granadas, Bahamas, Dominica, Antigua y Barbados.

El segundo tipo incluye los países cuya población afrodescendiente participa relativamente en el contingente poblacional total, con una proporción minoritaria pero superior a un quinto (20%) del total. Estos son los casos de Belice (con 31,4%), Brasil (con 44,7%)²⁰, Cuba (con 34,9%), Guyana (con 29,9%), Surinam (con 31%) y Trinidad y Tobago (con 37,5%). En este caso, especialmente en Brasil y en Cuba, se encuentran grandes contingentes demográficos afrodescendientes.

El tercer tipo se refiere a los países que presentan un peso absoluto y relativo de los afrodescendientes que, aunque es razonablemente notorio, constituyen una minoría inferior a un quinto en el plan demográfico. Aquí se pueden listar Estados Unidos (con 12,9%), Colombia (con 10,6%), Ecuador (con 5%), Puerto Rico (con 8,3%) y Uruguay (con 9,1%). Una vez más se destaca que el bajo peso relativo de este contingente en aquellas realidades nacionales no debe ser tomado como sinónimo de su insignificancia en el plan del contingente total.

Finalmente, el cuarto tipo corresponde a países cuya población afrodescendiente presenta un peso relativo inferior al 5%, tal como fueron los casos de Costa Rica (con 2%), de El Salvador (con 0,1%),

²⁰ En este punto vale pena recordar que a lo largo de la presente década ocurrió un notorio aumento de la proporción de brasileños que se declaraban de color o raza *preta* y *parda*. Así, este peso relativo, que en 1995 era de cerca del 45%, alcanzó en 2008 una marca superior al 50%. Una reflexión sobre este movimiento y sus posibles determinantes se encuentra en Paixão y Carvano (2008).

de Guatemala (con 0,04%) de Honduras (con 2%), de Nicaragua (con 0,5%) y de Perú (con 1,1%). De hecho, en estos países el contingente afrodescendiente aparenta ser un tanto minoritario, especialmente comparado con los grupos blancos, mestizos e indígenas. Sin embargo, también es un hecho que en la mayoría de estos, conforme se ha observado, el criterio de definición de las identidades étnico-raciales para los afrodescendientes es justamente la pertenencia a un pueblo o a una etnia. Y tal factor puede haber contribuido para una eventual subestimación de los contingentes afrodescendientes en aquellos levantamientos demográficos.

Conclusión

El presente trabajo logró elaborar un mapa de los países del hemisferio americano que en la ronda de censos del año 2000 incorporaron en sus cuestionarios opciones de respuesta en las cuales los contingentes afrodescendientes pudieran identificarse. También se incluyeron dos encuestas de hogares realizadas por dos países de la región cuyos censos no contaron con aquella alternativa. Así, se incluyeron en la lista 24 países y unidades políticas correspondientes que hicieron dicho tipo de levantamiento. En los cuestionarios de aquellas naciones se identificaron once tipos de preguntas dirigidas a los grupos afrodescendientes, sobre la identificación étnico-racial de cada individuo, así como 20 términos empleados para su clasificación. Con excepción de Bermudas y Cuba, en todos los demás cuestionarios donde había un campo de respuesta específico para los afrodescendientes, también había uno para los grupos indígenas, aunque con profundas variaciones.

También se observó cómo los términos empleados para las preguntas y para las respuestas estuvieron lejos de ser triviales e involucraron conceptos socioculturales y políticos de gran importancia, en torno al propio significado de proyecto de Estado-Nación. Así, la incorporación de variables de fundamento étnico (aporte cultural), racial (índice de apariencias físicas de los individuos) o político (mezcla sintética de las dimensiones raciales y étnicas y su combinación en un trazo de identidad común, cuyos fundamentos son tanto la diáspora esclavista como la lucha contra el racismo dentro

País	Año del levantamiento	Tipo de levantamiento	Denominaciones para los grupos afrodescendientes	Población afrodescendiente (en n.º de personas)	Participación relativa de la población afrodescendiente en el total (en %)
Puerto Rico	2000	Censo	Black, Afroamerican, negro	302.933	8,3
Santa Lucía	2001	Censo	Afro descendant, negro, Black	156.733	82,5
Surinam	2003	Censo	Maroon-Bushnegro, creole	133.700	31,0
Trinidad y Tobago	2000	Censo	African, Mixed	418.268	37,5
Islas Turcas y Caicos	2001	Censo	African, negro, Black	17.422	87,6
Uruguay	2006	ENHA	Ascendencia afro o negra	278.829	9,1
Total				126.339.329	20,5%

Fuentes: Belice, Santa Lucía y Trinidad & Tobago - Celade - Redatam. Recuperado de <http://www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/redatam/noticias/paginas/7/13277/P13277.xml&xsl=/redatam/tpl/p18f.xsl&base=/redatam/tpl/top-bottom.xsl>; Brasil: IBGE, tabulaciones Laeser. Archivo de las desigualdades raciales (www.laeser.ie.ufrj.br). Para Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, véase Antón y Del Popolo (2008). Honduras, véase también González (2006). Uruguay, véase Bucheli y Cabella (2006). Anguila: <http://www.gov.ai/statistics/>; Canadá: <http://www.statcan.gc.ca/>; El Salvador: <http://www.digestyc.gob.sv/>; Estados Unidos: <http://www.census.gov/>; Perú: <http://www.inei.gob.pe/>; Trivelli (2002) y Benavides et al. (2006); Puerto Rico: <http://www.census.gov/census2000/states/pr.html>; Surinam: <http://www.statistics-suriname.org/>; Islas Turcas y Caicos: <http://www.depstc.org/>.

TABLA 13. Población «afrodescendiente» de países del hemisferio americano según número total de personas y peso relativo en la población (en %)

País	Año del levantamiento	Tipo de levantamiento	Denominaciones para los grupos afrodescendientes	Población afrodescendiente (en n.º de personas)	Participación relativa de la población afrodescendiente en el total (en %)
Anguila	2001	Censo	African, negro, Black	10.296	90,1
Belice	2000	Censo	Black, African, garífuna	72.502	31,2
Bermudas	2000	Censo	Black, Black and White, Black and Others	37.056	59,7
Brasil	2000	Censo	<i>Preto</i> , pardo	75.872.424	44,7
Canadá	2001	Censo	Black	783.795	2,5
Colombia	2005	Censo	Raizal del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, Palenqueros de San Basilio, negro, mulato o afrodescendiente	4.311.757	10,6
Costa Rica	2000	Censo	Afrocostarricense o negro	72.784	2,0

País	Año del levantamiento	Tipo de levantamiento	Denominaciones para los grupos afrodescendientes	Población afrodescendiente (en n.º de personas)	Participación relativa de la población afrodescendiente en el total (en %)
Cuba	2000	Censo	Negro, mestizo, mulato	3.905.817	34,9
El Salvador	2007	Censo	Negro (de raza)	5.744	0,1
Ecuador	2001	Censo	Negro (afro-ecuatoriano); mulato	604.009	5,0
Estados Unidos	2000	Censo	Black, Black and White, Black and Others	36.213.467	12,9
Guatemala	2002	Censo	Garífuna	5.040	0,04
Guyana	2002	Censo	African, negro, Black	221.680	29,9
Honduras	2000	Censo	Garífuna, negro inglés	58.818	1,0
Jamaica	2001	Censo	Black, Mixed	2.539.834	97,4
Nicaragua	2005	Censo	Garífuna, creole	23.161	0,5
Perú (*)	2001	ENAH0	Origen negro, mulato, zambo	293.260	1,1

de las sociedades del hemisferio), representan los propios embates de los diferentes grupos históricamente discriminados en lo que se refiere a su reconocimiento en múltiples planos, e igualmente expresan la resistencia de los sectores dominantes frente a la plena incorporación de aquellas demandas sociales.

Para la próxima ronda de censos de 2010 se espera el mantenimiento de los países que venían incorporando la variable étnico-racial (incluyendo los afrodescendientes) en el campo del cuestionario censal, así como la adhesión de otras importantes realidades nacionales. Aquí el autor, como integrante del Grupo Técnico-Político de Afrodescendientes que está acompañando la nueva ronda censal, señala que importantes países como Argentina, Panamá, Paraguay, Venezuela y Uruguay ya decidieron incorporar el aspecto «afrodescendiente» en sus cuestionarios. Otros países esos, abrieron procesos de discusión en este sentido, sin que se haya confirmado nada concreto hasta el momento, es el caso de de Bolivia, Chile y México. De cualquier modo, si se confirma el escenario más optimista, tal escenario abrirá un campo fecundo para reflexiones sobre la propia composición étnico-racial en los países de nuestro hemisferio, así como de estudios sobre la práctica de las desigualdades de aquella naturaleza encontradas en cada realidad local y que, por falta de espacio disponible, no fueron abordados en el presente texto.

Los Indicadores de Desarrollo Humano como instrumento de medición de desigualdades étnicas: el caso Brasil*

Introducción

Desde 1990 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha editado anualmente el *Informe sobre Desarrollo Humano*. En él se presentan visiones globales sobre el proceso de desarrollo económico y social de 174 naciones del planeta, así como un indicador sintético, creado por un equipo de técnicos liderado por el pakistaní Mahbub ul Haq, que agrega tres variables —ingreso per cápita, educativo y de longevidad— que miden los Indicadores de Desarrollo Humano de estos países y los clasifican dentro de una tabla en la que se incluyen todos ellos. Así, las naciones que suman un Índice de Desarrollo Humano (IDH) mayor a 0,800 se clasifican como países de alta práctica de desarrollo humano las que quedan entre 0,500 y 0,799 se clasifican como de

* Ese artículo fue originalmente publicado en Paixão (2003a), La investigación fue realizada dentro del proyecto Brasil Año 2000: en búsqueda de nuevos marcos para las relaciones raciales, de la Federação de Órgãos Para Assistência Social e Educacional (FASE), entre 1999 y 2000, y se financió con recursos de la Ford Foundation. Las tabulaciones de los indicadores sociales y demográficos contenidas en el presente estudio fueron hechas utilizando las bases de microdatos de la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD), de 1997, del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE). La programación computacional fue realizada por Luis Marcelo Foca Carvano. El autor sostuvo durante la realización de este trabajo, en diversos momentos, un productivo diálogo

media práctica de desarrollo humano, y las que quedan por debajo de 0,500, como de baja práctica de desarrollo humano. De acuerdo con Miquel (1997, 11), la importancia de este índice reside en el hecho de que «después de muchos años de medir el adelanto del desarrollo mediante la utilización de indicadores macroeconómicos, particularmente el producto nacional bruto (PNB), la comunidad internacional está centrando su atención en la búsqueda de nuevos parámetros que contribuyan en la evaluación de la calidad de vida de la población con mayor precisión».

En la introducción del *Informe sobre Desarrollo Humano* hecho en Brasil en 1996 se lee:

Los informes sobre desarrollo humano son al mismo tiempo: i) espacio de reflexión y debate sobre el nuevo concepto y su implicación desde el punto de vista de la actuación de los organismos internacionales, de los gobiernos nacionales y de la sociedad civil; ii) instrumento de seguimiento de la evolución del proceso de desarrollo humano en el plan mundial y de los avances realizados, y de los esfuerzos emprendidos en los diversos países, y iii) una invitación a la acción dirigida hacia la transformación del patrón de vida de los pueblos y la superación de la pobreza. (ONU [PNUD] 1996, 1).

En este sentido, se verifica que la importancia del levantamiento del IDH trasciende la esfera de la mera producción del dato en sí y se relaciona con la adopción de prioridades de políticas públicas.

Realmente el éxito del IDH a escala internacional en esta década no puede ser comprendido sin tener en cuenta el contexto político

con el profesor João Sabóia del IE/UFRJ y con Juarez de Castro Oliveira del IBGE, este último, responsable por el cálculo de la esperanza de vida de las poblaciones brasileña afrodescendiente y blanca. Igualmente, en el proceso de producción del presente estudio se pudo contar con la interlocución de Valéria Pero (IE/UFRJ), José R. Tauile (IE/UFRJ, a su memoria), Rogério Studart (IE/UFRJ), Lucila Beato (IBGE, investigadora titular) y, vía correo electrónico, de Laura Mourino-Casas, del PNUD de Nueva York. Iguales agradecimientos deben ser extendidos a Eduardo Telles, *officer* de la Ford Foundation, en la realización de este estudio. A todas estas personas, en absoluto responsables por los posibles incontables defectos contenidos en este trabajo, mis sinceros agradecimientos.

e ideológico que se inició a partir de los años noventa. En primer lugar, en esa década se evidenció el colapso ambiental de un régimen de acumulación basado en la producción y el consumo de masas. Tal evidencia fortaleció concepciones críticas con referencia a la idea (difundida y defendida en los «tres mundos») de que el proceso de desarrollo era un fin en sí mismo, por sí solo generador de beneficios sociales, y de que, en su nombre, toda y cualquier medida era justificable. En este sentido, la difusión del IDH se hizo en concomitancia con la noción de que el desarrollo económico no se justificaría si no era sostenible para las futuras generaciones, o como dice el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1994, «es preciso mantener para la próxima generación la oportunidad de gozar del mismo tipo de bienestar que gozamos nosotros [...] lo que necesitamos conservar son las oportunidades para que las futuras generaciones puedan vivir en forma digna (ONU [PNUD] 1994, 21).

El éxito del IDH en los años noventa también se puede acreditar al final de la Guerra Fría. Con la caída del bloque soviético y la formación de la nueva *pax* norteamericana, muchos soñaron con la construcción de un nuevo sistema ético de valores con representatividad universal. Así, en el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999 se lee que

el mundo posguerra fría de los años 90 aceleró el proceso de definición de nuevos valores al adoptar los derechos humanos y al establecer objetivos de desarrollo en las conferencias de las Naciones Unidas sobre el ambiente, la población, el desarrollo social, sobre las mujeres y sobre las poblaciones humanas» (ONU [PNUD] 1999, 2).

Resultaría muy distante de los objetivos de este trabajo hacer una discusión sobre las posibilidades reales de construcción de este nuevo sistema de valores y de las dificultades de su efectiva implantación a lo largo de los últimos diez años. Al fin y al cabo, se sabe que los propios informes sobre desarrollo humano están contaminados con análisis contradictorios, como mínimo sobre las tendencias que se presentan en el mundo actual y que reflejan las propias tensiones existentes en la interrelación entre los fundamentos filosóficos del concepto de desarrollo humano, los

grupos de presión de la sociedad civil de todo el mundo y el papel ejercido por los países desarrollados y las grandes corporaciones financieras y empresariales.²

Se señalan estos elementos para aclarar que la utilización del instrumento IDH no es acrítica, ni se ignoran sus tensiones. Lo que se pretende con el presente análisis es establecer un campo de diálogo con el, digamos, espíritu que orientó la creación de este índice. Así, el presente texto asume un objetivo relativamente modesto, pues pretende solamente plantear una discusión sobre el uso de los Indicadores de Desarrollo Humano como un posible instrumento de medición de desigualdades sociales y, por tanto, de la calidad de vida entre los dos principales grupos étnicos que viven en Brasil: afrodescendientes y blancos.³ En este sentido, también se está buscando utilizar este indicador sintético, de reconocimiento internacional, como un elemento adicional en la búsqueda de políticas sociales que permitan la superación de la persistente distancia que separa a las poblaciones negras y blancas en Brasil en términos del acceso a sus derechos económicos y sociales.

2 Así, en el *Informe sobre desarrollo humano* de 1999 se puede leer que «esta época de globalización está por abrir muchas oportunidades a millones de personas en todo el mundo» (ONU [PNUD] 1999, 1), pronóstico que concommita con este señalamiento «La privatización y concentración de la tecnología están yendo demasiado lejos [...] las personas y países pobres se arriesgan a ser marginalizados en este régimen de propiedad que controla el mundo del conocimiento» (6). Se usa este breve ejemplo solamente para demostrar que los informes sobre desarrollo humano, en general, son marcados por estas visiones que, si no son en rigor incompatibles, acaban dejando como mínimo una pregunta por ser respondida: ¿A fin de cuentas, cuál es la tendencia principal?

3 El ideal sería que se realizara un estudio en el que también se construyeran los indicadores de desarrollo humano segmentados para la población indígena y amarilla. Sin embargo, dado el bajo tamaño relativo de estas poblaciones, y la cantidad de domicilios investigados por la PNAD, dicha información no brindaría la consistencia estadística necesaria para la realización de ese estudio para estos grupos. En este caso, solo el uso de las bases de datos de la muestra del censo demográfico podría permitir tal nivel de análisis.

Para lograrlo, a partir de los indicadores sociales oficiales disponibles para estas dos etnias, se busca aplicar a estos grupos la misma metodología adoptada por el propio PNUD y por la Fundação João Pinheiro (FJP) de Brasil para el cálculo de este indicador sintético entre los diversos países del mundo. Esta última entidad adaptó ese índice para el plan municipal en Brasil (Índice de Desarrollo Humano Municipal [IDH-M]) proponiendo importantes contribuciones para el proceso de construcción del IDH de manera segmentada en un nivel local. De cualquier forma, es preciso alertar, desde el inicio, que el autor de la presente investigación tuvo que hacer una **única adaptación** para dotar al análisis de un mayor grado de comparación con los indicadores oficiales. Sin embargo, se dará **por satisfecho al presentar** el texto como una modesta contribución a la profundización de los estudios sobre desarrollo humano, principalmente en lo relacionado con su utilización de forma pronóstico que concommita con este señalamiento: para determinados grupos de la población, como es el caso de las agrupaciones étnicas, especialmente en Brasil.

Experiencias internacionales de segmentación del IDH por etnias

La utilización del IDH como medida de contraste de los grados de desigualdad entre grupos internos de las poblaciones de los diferentes países no es una novedad. En el caso de las desigualdades de género, desde los primeros informes sobre desarrollo humano el PNUD ha ido incorporando una metodología que adapta el IDH de cada nación a sus desigualdades internas entre hombres y mujeres. En este caso, el indicador de cada país se recalcula teniendo en cuenta los grados de desigualdades de género y así se hace una nueva clasificación de los países. Vale señalar el hecho de que no existe ningún país del mundo en el que el valor IDH aumente al ser ajustado según el criterio de género. Esto quiere decir que en todas las naciones del mundo los Indicadores de Desarrollo Humano de los hombres son superiores a los de las mujeres. En 1995, año de la Conferencia de Beijing, el PNUD dedicó el *Informe* a las desigualdades entre géneros; hoy se puede decir —al menos al leer sus publicaciones— que esta temática está bastante consolidada en este organismo.

Igualmente, existen posibilidades de segmentación del IDH dentro un país realizadas con el propósito de medir este índice entre grupos poblacionales específicos, tales como regiones geográficas o grupos étnicos. En 1993 el PNUD publicó en el *Informe sobre Desarrollo Humano* las desigualdades entre los IDH de las poblaciones blanca, negra e hispánica de Estados Unidos. En aquella publicación se veía que los blancos norteamericanos, en caso de ser ubicados en la tabla que agrupa los IDH de los diversos países, ocuparía el primer lugar del mundo, los negros el trigésimo primer puesto (31.) y los hispánicos el trigésimo quinto (35.) (ONU [PNUD], 1993 20).

Akder (1994), por su parte, escribió un importante trabajo para el PNUD analizando estudios que usaron este indicador sintético de forma desagregada en dieciséis países del mundo. En ese documento, Akder desarrolló investigaciones que utilizaron de forma segmentada el IDH para grupos étnicos de **Malasia** (malasios, chinos e hindúes), Gabón (etnias fang, nzabi-duma y shirapanu) y Trinidad y Tobago (afrodescendientes, indígenas y otros). Además, es pertinente señalar que en ese estudio también se llevaron a cabo investigaciones que utilizaron de forma segmentada el IDH para la población rural y urbana de México y de Colombia, además de los tres países listados anteriormente. Por último, en el estudio de Akder para las otras once naciones, incluida Brasil, se utilizó la segmentación del IDH por regiones. En 1994 el *Informe sobre Desarrollo Humano* del PNUD publicó los resultados del levantamiento hecho por Akder (1994) e incluyó un nuevo estudio hecho para Sudáfrica. En ese país los blancos tendrían un IDH igual a 0,878 (alto desarrollo humano, 24. en la tabla de clasificación entre los países), mientras que los negros tendrían un IDH con un valor de solamente 0,462 (bajo desarrollo humano, 123 en la tabla de clasificación entre los países).

A pesar de ser pocos, estos estudios tuvieron un impacto bastante fuerte en los países en los que fueron hechos. De acuerdo con el PNUD Brasil y la FJP, «la segmentación presentada en el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1993 (internacional), focalizando las diferencias en las condiciones de vida de negros, hispánicos y blancos en Estados Unidos, por ejemplo, generó un gran debate

sobre las políticas sociales en aquel país» (ONU [PNUD] 1998, 104). En el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1993 se ve que en Malasia la política de acción afirmativa dirigida al grupo malasio durante los años 1970 y 1980 permitió que el IDH de este grupo tuviera una velocidad mayor que la elevación del IDH de los sinodescendientes (que entonces gozaban de un IDH bastante mayor) de esta nación, durante el mismo periodo. En este caso, el estudio del IDH de forma segmentada no fue un elemento de transformación, sino de confirmación de los aciertos de una determinada política cuyo objetivo era justamente reducir desigualdades sociales entre diferentes etnias (ONU [PNUD] 1993).

A pesar de la importancia de estos estudios, todo indica que a partir de 1995 el PNUD dejó de presentar en sus informes sobre desarrollo humano datos segmentados por grupos étnicos entre los países. No sería del todo inconcebible que, tal vez, exista en algunas naciones cierta incomodidad referida a este tema, ya que podrían temer que la elaboración y divulgación de estos estudios provocara conflictos étnicos y raciales dentro de estos países.

Sin ignorar el crecimiento del racismo y de la xenofobia en todo el mundo y, mucho menos, sin dejar de lado los efectos perversos —y no raramente trágicos— que estos conflictos muchas veces acabaron asumiendo (véase Ruanda y Bosnia-Herzegovina en los años noventa), en caso de que se confirme la paralización de estudios en este sentido, esto sería un retroceso cuyos efectos serían tan o más perversos que aquellos. Así, nada justifica esconder de las poblaciones los aspectos correspondientes a su realidad, pues lo que produce los conflictos (inclusive los étnicos) **no son las investigaciones ni los estudios, sino las realidades injustas y crueles que apartan en la práctica a las personas y generan entre ellas todo tipo de resentimientos.** En este caso, de hecho, el IDH aplicado a la lectura de las desigualdades étnicas también puede servir como un instrumento orientador para una acción pública más eficiente de promoción de la ciudadanía junto con los grupos tradicionalmente excluidos de los frutos del proceso de desarrollo o, cuando ocurre una inversión de este proceso, tradicionalmente más vulnerables durante las crisis económicas.

De cualquier manera, el PNUD, al menos en los informes sobre desarrollo humano, no deja dudas en cuanto a las posibilidades y necesidades de construcción de los IDH segmentados por grupos internos a la población, incluyendo las diferentes etnias, donde el principal problema en este sentido es solamente la existencia de datos confiables segmentados para las respectivas agrupaciones. Una vez superado este problema, el PNUD señala que el proceso de construcción del IDH segmentado se utiliza como «datos de sus componentes relativos para cada uno de los grupos en los que se desagrega el IDH, y se trata cada grupo como si fuera un país por separado. La metodología es exactamente la misma que se utiliza para los IDH nacionales» (ONU [PNUD] 1993, 118).

El IDH y la cuestión étnica en Brasil: una visión general

Pese a que el PNUD y el Gobierno brasileño viabilizaron la publicación de dos grandes obras dedicadas al tema del desarrollo humano en Brasil, en ninguna de ellas se destacó la cuestión de las desigualdades entre los grupos étnicos de la población. En el amplio estudio hecho por el PNUD Brasil en 1996, a lo largo de sus 185 páginas, este tema fue abordado solo tres veces, dos veces en cuadros (cuadro 2.2 - ingreso y color; cuadro 2.11 - educación formal y color) y una vez en una tabla (tabla 2.9 - número promedio de años de estudio por color entre 1960 y 1991). En la publicación de 1998 —promovida en conjunto por el PNUD Brasil, por el Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA), el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) y por la Fundação João Pinheiro (FJP)—, a pesar de haberse hecho un minucioso levantamiento del IDH en los 4.491 municipios existentes en Brasil en 1991, las desigualdades étnicas no fueron ni siquiera mencionadas.

El hecho de que las desigualdades étnicas no sean destacadas por el PNUD Brasil en sus publicaciones no es producto de un caso aislado y tampoco puede ser acreditado, al menos exclusivamente, a esta institución. En realidad, desde el comienzo del siglo los dirigentes políticos y económicos de Brasil siempre tuvieron dificultad en lidiar con este tema. Los motivos de esta postura fueron los más diversos: miedo a

un levantamiento de los exesclavos, influencia de la ideología imperialista y racista venida de Europa, vergüenza de las élites acerca de los orígenes africanos del pueblo, etc. Más recientemente, el argumento contra la inclusión de este ítem en las investigaciones, no raras veces esgrimidos por sectores progresistas, es el de que esta variable no sería relevante en el proceso de comprensión de las relaciones sociales dentro de Brasil, dado que en ese país estaría vigente una democracia racial. Este mismo discurso también se asocia con otro que habla de la dificultad de clasificar racialmente a las personas en nuestro país dado el profundo grado de mestizaje del pueblo. Otro argumento esgrimido cuando se consideran los estudios de las desigualdades raciales es que tales levantamientos son específicos, típicos de minorías, y que, por ende, no son tan importantes como otros de temas más generales.

De cualquier forma, el hecho es que en el siglo xx los dos primeros censos generales de la población (1900 y 1920) no recolectaron la información sobre el color de la población. En los censos de 1940 y 1950 consta información segmentada por color o raza de la población, para todos los aspectos levantados en la investigación. Sin embargo, en el censo poblacional realizado en 1960 solamente se obtuvo información segmentada por raza o color del tamaño total de la población. Algo peor ocurrió en el censo de 1970, cuando bajo la influencia de la democracia racial de cuartel, de la dictadura militar, el aspecto color/raza fue retirado de nuevo del cuerpo de la investigación. En las PNAD, que comenzaron a hacerse, casi siempre anualmente, a partir de 1967, este aspecto solamente apareció en un suplemento de 1976.

Por influencia y presión del movimiento negro brasileño, y de sus aliados, este aspecto volvió a aparecer a partir de 1980, aunque solamente en las muestras de los censos. En realidad, aún hoy no existen datos censales de raza/color de la población brasileña. Así, incluso en el censo del año 2000, el último que fue realizado, el 90% de la población no respondió esta pregunta. En el caso de las PNAD, en la década de los ochenta, el aspecto raza/color aparecería en los suplementos de 1982, 1984, 1985 y 1986, pero muchos de ellos no divulgaron sus resultados a la opinión pública. La PNAD solo incluyó el aspecto raza/color en el cuerpo básico de su cuestionario a partir de 1987, es decir, 20 años después del comienzo de su realización

(Pinto, 1996; suplemento del cuestionario de las PNAD de 1982, 1983, 1984, 1985, 1986; cuestionario de la PNAD de 1987 y 1997).

Se ve entonces que a lo largo de la historia se verificó una evidente mala voluntad del poder público en cuanto al levantamiento de las características étnico-raciales de la población brasileña. Desde la óptica del autor del presente estudio, tal negligencia no sirvió de nada para aproximarse a un régimen efectivamente democrático en Brasil, libre de adjetivos, inclusive en el plano de las relaciones raciales. Diversos estudios llevados a cabo a partir de las bases de datos oficiales no dejan el menor margen de duda en cuanto al hecho de que en Brasil el criterio étnico constituye un elemento determinante de los procesos de estratificación y exclusión social. Diversos motivos contribuyen a esto, pero por ahora se pueden resumir en dos: 1) herencia de un proceso de abolición de la esclavitud que mantuvo el régimen de propiedad brasileño concentrado en las manos de pocas personas, con lo que se negaron mínimos derechos económicos y sociales a los descendientes de los antiguos esclavos; 2) permanencia a lo largo del siglo xx de diversas prácticas discriminatorias en el aparato represivo, en el poder judicial y en diversas instituciones estatales y civiles (empresas, escuelas, agencias de empleo, etc.) contra la población afrodescendiente, lo cual dificultó, efectivamente, los procesos de movilidad física y social.

En cuanto al argumento de que en Brasil sería imposible recolectar datos sobre el color de la población dado los trazos fenotípicos de la misma, sería bastante interesante dar una mirada a la obra del sociólogo Oracy Nogueira. Este autor, a partir de investigaciones realizadas en municipios de São Paulo en los años cincuenta, señaló que en Brasil existe una forma peculiar de prejuicio racial que estaría basada en los rasgos físicos.⁴ De este modo, en este país, la cultura asimilacionista no impidió que las personas fueran efectivamente discriminadas por su apariencia, dentro de un sistema en el cual mientras más semejante sea un hombre

4 La otra forma de prejuicio racial sería la vigente en Estados Unidos, donde las personas se diferenciarían por su origen. A este respecto véase Nogueira (1955 [1998]).

o una mujer al tipo físico africano (dado el color de su piel, tipo de cabello, labios, nariz, etc.), mayor será la posibilidad que tiene esta persona de ser efectivamente preterida, perseguida o de sufrir bloqueos en su proceso de movilidad social. Este sistema es, de hecho, bastante maleable, con lo que se llega incluso a la creación de reglas de buen comportamiento donde se evita hablar del color de la piel de las personas llamadas de «color» y cada cual esconde de los demás sus prejuicios íntimos (Nogueira 1955 [1998]). Pero este sistema es profundamente perverso pues crea la ilusión de que el racismo no existe en la sociedad, cuando en realidad está profundamente arraigado en la mayor parte de la población y en las entidades civiles y estatales, modelando comportamientos, naturalizando desigualdades y, al final de cuentas, sirviendo como un fuerte instrumento —aunque invisible— de exclusión social.

Finalmente, el argumento de que la cuestión de los derechos económicos y sociales de los afrodescendientes es típica de minorías puede ser válido, tal vez, en Estados Unidos, donde los negros totalizan el 12% de residentes en aquel país. En el caso brasileño, la cuestión de la población afrodescendiente, así como la temática de género, en absoluto pueden ser vistos como temas de minorías, puesto que (para la población negra) esta representa, como mínimo 45% de la población brasileña.

Este conjunto de ponderaciones sirve solo para llamar la atención sobre el hecho de que dejar en segundo plano el estudio de las desigualdades étnicas en Brasil acaba sirviendo como un elemento que esconde la efectiva dinámica social de los ojos de los propios estudiosos y formuladores de políticas públicas. En este sentido, la ausencia de esta temática en los trabajos editados sobre desarrollo humano en Brasil no contribuyó para que este instrumento analítico pudiera haber tenido un impacto aún mayor —al que ya efectivamente tuvo— en el país.

IDH de la población afrodescendiente en Brasil: análisis (autocrítica) de un estudio pionero

La primera iniciativa de estudios con miras a relacionar el IDH con el tema de las desigualdades raciales en Brasil partió de

Sant'anna y Paixão (1997). En este trabajo, los autores utilizaron algunos datos extraídos del propio *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1996, referentes al año 1991, para la construcción de los indicadores de ingreso y escolaridad de la población afrodescendiente brasileña. En el mismo estudio, los datos relativos a la esperanza de vida se levantaron a partir del libro de Wood y Carvalho (1994), válido para el periodo 1979/1980. Una vez recolectados estos indicadores, la metodología de cálculo del IDH de la población afrodescendiente obedeció el método de cálculo del PNUD. A partir de ahí, los investigadores hicieron una comparación con la tabla de clasificación del IDH entre los países incluidos en el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1997, con datos referentes a 1994.

De acuerdo con el trabajo de Sant'anna y Paixão (1997), el IDH de la población afrodescendiente en Brasil variaba entre 0,575 y 0,609. En ambos casos, el IDH de este grupo de la población podía ser considerado como medio variando solo la colocación en la tabla de clasificación entre los países. En el primer resultado, la población de origen africano en Brasil quedaría en la posición 116, mientras que el segundo subiría hasta la posición 112.⁵ En ambos casos, al considerar que la posición brasileña en la tabla del PNUD en aquel momento era la número 68 y que en 1998, con la antigua forma de cálculo del IDH, Brasil subiría a la condición de país de elevado desarrollo humano, se verificaba que había un escandaloso desnivel entre las condiciones de vida de la población afrodescendiente brasileña en relación con los otros grupos étnicos, especialmente los blancos.⁶

5 En el texto de Sant'anna y Paixão publicado en 1997, por error de digitación, el IDH optimista de la población afrodescendiente constaba como igual a 0,607, lo que ubicaba este contingente en el lugar 109. En realidad, el IDH optimista correcto de la población afrodescendiente era igual a 0,609, y su posición correcta, en esta perspectiva, era el puesto 112.

6 En el estudio de Paixão y Sant'anna (1997) no se hizo un levantamiento sobre cuál sería el IDH de la población blanca en Brasil. Pero dado el valor de los indicadores utilizados en aquel estudio, el IDH de este contingente sería prácticamente el mismo en ambas perspectivas, pesimista y optimista, con un valor de 0,780, o sea, desarrollo humano medio, que ubicaría a la población blanca de Brasil en el puesto 60 en la tabla de clasificación de los países, publicada en 1997 válida para el año 1994.

El trabajo de Sant'anna y Paixão (1997), a su modo, produjo un razonable impacto tanto en sectores de la opinión pública como en el movimiento negro brasileño.⁷ Tales manifestaciones también hacían bastante evidente que existía un amplio camino para recorrer en busca del perfeccionamiento del análisis de las desigualdades étnicas en Brasil a partir del referente analítico del IDH, porque, como se afirmó en el propio texto, aquel ejercicio tenía un carácter absolutamente preliminar.

Pese a que el trabajo de Sant'anna y Paixão (1997) tuvo el mérito de ser pionero, hay en él diversos problemas relacionados con la base de datos utilizada para el estudio. En primer lugar, la propia comparación realizada presentaba problemas en cuanto al periodo de referencia de los indicadores. Los datos de Sant'anna y Paixão (1997) correspondían a 1991 y los datos del *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1997, se referían a 1994. Este espacio temporal, naturalmente, dificultaba la completa comparación entre el IDH de la población afrodescendiente brasileña y la tabla de clasificación de los países.

En segundo lugar, la base de cálculo para el indicador de ingreso en el estudio de Sant'anna y Paixão (1997) se estructuró de dos formas. En una de ellas, dadas las dificultades de segmentación por grupos poblacionales del indicador PIB per cápita, se ignoraron las diferencias de ingresos obtenidos entre los residentes afrodescendientes y blancos en Brasil. En este caso, ambos contingentes quedaron con un indicador de ingreso igual a 0,940, el mismo del promedio brasileño. Es fácil percibir los vacíos de este método, pues es poco razonable dejar de lado uno de los elementos más escandalosos de las desigualdades étnicas en Brasil que reside, justamente, en las diferencias de ingreso. De cualquier forma, el mismo trabajo al que se ha hecho referencia ya dejaba claros estos límites.

En la segunda forma adoptada para el cálculo del indicador de ingreso, se optó por usar un dato presentado en el *Informe sobre Desarrollo Humano* de Brasil, que consistía en captar las diferencias líquidas de ingresos obtenidos entre la población «*preta*»

7 Véase el periódico *Folha de São Paulo*, 2/06/97.

y «parda» en relación con la población blanca. En este caso, el diferencial de ingreso líquido involucraba la utilización de un factor de «corrección» de las diferencias de ingreso efectivamente percibidas por los diferentes grupos étnicos que permitiera separar las influencias en estas diferencias, generadas por factores regionales y educativos. De este modo, en el *Informe* (ONU [PNUD] 1996) se verificaba un diferencial de ingresos líquidos de, respectivamente, 74% y 86% para los hombres y mujeres «pretos» frente a la población blanca y de, respectivamente, 79% y 82% para los hombres y mujeres «pardos» frente a la población blanca. A partir del peso de cada uno de estos grupos en la población total, el estudio de Sant'anna y Paixão (1997) llegó a la conclusión de que este diferencial en promedio llegaba a un 80%. Este procedimiento de levantamiento del indicador de ingreso tenía la ventaja de captar, de algún modo, las diferencias de remuneración existentes entre la población afrodescendiente y la población blanca. Otra ventaja de este procedimiento radicó en que, al hacer algunos cálculos aritméticos relativamente simples⁸, se puede llegar a un indicador de ingreso, con lo que se acorta la etapa de transformación de los promedios de los ingresos obtenidos para la unidad monetaria del PPC\$, o sea, dólar por paridad de poder de compra (sobre lo cual se hablará un poco más adelante).

Los problemas del cálculo del indicador del ingreso de la forma presentada eran fundamentalmente dos: 1) este indicador

8 A partir del PIB per cápita brasileño (PPC\$ 5.142,00) se hizo el siguiente cálculo. Si toda la población fuera constituida solamente por afrodescendientes y blancos, con el diferencial de ingreso del 80% de los primeros en relación con los segundos, ¿cómo quedaría el «PIB per cápita» de los afrodescendientes brasileños en caso de que todo aquel ingreso per cápita fuera distribuido entre estos y los blancos en esa proporción? O sea, el resultado de US\$ 5.142,00 sería obtenido por la media del ingreso de los afrobrasileños con la media de ingreso de los blancos, sabiéndose que la primera categoría correspondería al 80% de la segunda. El resultado obtenido fue un «PIB per cápita» de US\$4.583,33 para los afrodescendientes y un «PIB per cápita» de US\$5.700,7 para los blancos. Para conseguir dotar este ejercicio de un carácter mínimamente lógico, el autor contó con la colaboración de Leandro Valarelli, a quien expresa, no sin un cierto atraso, un sincero agradecimiento.

estaba sobrestimado para la población afrodescendiente brasileña, aunque a lo largo de los años noventa el ingreso promedio de este contingente se situó cerca del 50% del ingreso promedio de la población blanca; 2) evidentemente, la forma de cálculo utilizada, por ingeniosa que haya sido, aún era una lejana aproximación de un mecanismo adecuado de cálculo de la renta promedio de la población que debería partir de los datos oficiales existentes sin tomar atajos.

En el caso del indicador educativo, el trabajo de Sant'anna y Paixão (1997) adoptó el siguiente procedimiento de levantamiento de los indicadores. La tasa de analfabetismo utilizada se basó en el cuadro 2.11 del *Informe sobre Desarrollo Humano*, Brasil. En él, durante el año 1990 la tasa de analfabetismo para la población blanca con más de 25 años llegaba al 15,1%, la «parda» al 33,6% y la «preta» al 35,2%. El problema de la adopción de estos indicadores para calcular el indicador de analfabetismo es que, a través de la metodología del PNUD, se incluye a la población con más de 15 años. Considerando que hay una tendencia de las poblaciones más jóvenes —dada la expansión del sistema de enseñanza a lo largo de los últimos 30 años— a presentar tasas de analfabetismo menores, evidentemente este indicador resultó subestimado en el estudio en cuestión. Otro problema —esta vez más grave, aunque de a nivel metodológico— presentado en el estudio de Sant'anna y Paixão (1997) es que inadvertidamente en el proceso de construcción de los indicadores de alfabetización, los autores utilizaron el dato relacionado con la tasa de analfabetismo de la población afrodescendiente y no de alfabetización. En este caso, otra vez el indicador de escolaridad quedó subestimado.⁹

Otros problemas ocurrieron en relación con el cálculo del indicador de escolaridad. Se utilizó como base de cálculo las probabilidades de ingreso en la escuela y de aprobación en los tres niveles

9 Este problema no afectó demasiado el resultado del ejercicio porque la tasa de analfabetismo de la población afrodescendiente por encima de 25 años en aquel momento era muy alta. Sin embargo, corrigiendo el antiguo cálculo del indicador de alfabetización, y de este modo el educativo, por la tasa del 66% de alfabetización de la población afrodescendiente por encima de 25 años, el IDH de la población afrodescendiente quedaría igual a 0,676 en la perspectiva optimista (posición 97 para 1994) y 0,642 (posición 105 para 1994) en la perspectiva pesimista.

de enseñanza (dado que en el primer grado hubo una división entre las series 1 y 4, y las series 5 y 8). Sucede que la utilización de aquella base de datos —fundamentada en las probabilidades de acceso a las prácticas superiores de enseñanza—, además de ser solamente una ligera aproximación de los datos y de la metodología oficial de construcción del indicador de escolaridad,¹⁰ también acabó subestimando este mismo indicador que quedó con un valor extremadamente bajo (26,42% para la población afrodescendiente) aun para el contexto de comienzos de los años noventa.

El estudio de Sant'anna y Paixão (1997) también presenta algunos problemas en cuanto los cálculos del indicador de longevidad, igualmente derivado de la base de datos utilizada. De acuerdo con Wood y Carvalho (1994), en el periodo 1970/1980 la esperanza de vida de la población afrodescendiente brasileña era igual a 59,4 años frente a 66,1 de la población blanca. El mayor problema radicó en que los datos adoptados cubrían un periodo de diez años antes del momento del que trata el *Informe sobre Desarrollo Humano* de Brasil, 1991. En este caso, otra vez se suscitó una subvaloración del indicador de longevidad. En relación con este indicador, sin embargo, los problemas enfrentados por los autores no se pueden considerar tan graves. El propio PNUD Brasil, en el año 1996, había enfrentado problemas semejantes para realizar la construcción de los indicadores de longevidad. Esto ocurrió porque, según comentaba ese informe,

el estado actual de la divulgación de los datos del censo demográfico de 1991 no permite aún una estimativa más precisa de la evolución de esta variable a lo largo de la década de 1980. Así, el último dato preciso disponible sobre esperanza de vida en Brasil —y en particular en los estados— se refiere al año 1980, y tiene como base el censo demográfico realizado en aquel año (ONU [PNUD] Brasil 1996, 152)

¹⁰ Que para la época (1991) era construido por el PNUD por los años medios de estudio de la población por encima de 15 años. Solamente después de 1994 este indicador pasó a ser calculado por la razón entre la población escolar en las tres prácticas de enseñanza y el total de la población entre 7 y 22 años (a este respecto véase ONU [PNUD] Brasil 1998).

lo que indica que en el informe brasileño sobre desarrollo humano, los datos referentes a la esperanza de vida para los años noventa tuvieron que ser estimados por los mismos técnicos responsables de su elaboración.

A pesar de todos estos problemas, el trabajo de Sant'anna y Paixão (1997) se mantuvo prácticamente como la única contribución en Brasil a la adopción del instrumento analítico del IDH como forma de medición de las desigualdades raciales. En cuanto a los límites presentados en el trabajo se pueden decir tres cosas. En primer lugar, no se puede afirmar que haya habido una intención de los autores de mejorar o empeorar los datos cuando uno de los indicadores quedó sobrestimado y los otros dos quedaron subestimados. En segundo lugar, basados en datos más fidedignos, como se verá más adelante, se pudo verificar que la proyección de clasificación de la población afrodescendiente brasileña en la tabla de clasificación del IDH para el año 1997 quedó bastante cercana a las proyecciones de aquel otro ejercicio, válido para el comienzo de los años noventa. No obstante, las diferencias temporales entre las bases de datos de las respectivas investigaciones, este hecho lleva a mostrar que los resultados señalados por Sant'anna y Paixão (1997) guardaban una buena dosis de aproximación con la realidad práctica de desarrollo humano de la población afrodescendiente brasileña en aquel momento. En tercer lugar, se puede decir que aquel estudio pionero tuvo un mérito duradero, pues a partir de su impacto inicial fue posible introducir el instrumento analítico IDH como un elemento de debate sobre los rumbos de las relaciones raciales en Brasil.

En las próximas secciones se elaborarán nuevamente los ejercicios de producción del IDH segmentado por etnias (afrodescendiente y blanca) en Brasil, esta vez para el año 1997. Esto, debido a que el último *Informe sobre Desarrollo Humano* publicado por el PNUD en 1999 cubre los indicadores internacionales referentes a este año y, también, por el hecho de que ocurrieron cambios en la metodología de construcción del IDH. Finalmente, en el trabajo ahora presentado, el autor se basó en los indicadores obtenidos directamente de la base de datos de la PNAD de 1997, lo que aumentó la confianza de los cálculos que se realizaron.

Desarrollo humano segmentado por etnias: Brasil 1997

En el *Informe sobre Desarrollo Humano* del PNUD de 1999 Brasil ocupaba el puesto 70 en la tabla de clasificación entre los países, empatado con Perú, con un IDH igual a 0,739. Esto ubicó a Brasil en la lista de los países de Índice de Desarrollo Humano medio. El año siguiente Brasil logró obtener un IDH alto. Pero en el *Informe* del PNUD de 1999 hubo un cambio en la metodología de medición del indicador de ingreso. Tal alteración acabó «rebajando» a Brasil en la tabla de clasificación de los países, llevándolo de vuelta al grupo de naciones de desarrollo humano medio. Dicho informe fue severamente criticado por el Gobierno brasileño de entonces. En realidad, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso estaba utilizando políticamente el hecho de que Brasil se encontraba en un proceso de elevación de la condición de país con IDH alto —en gran parte motivado por el proceso de valorización cambiaria ocurrida a mediados de los años noventa— afirmando que ello se había dado durante su gestión. Esto servía, por tanto, como un elemento legitimador, inclusive en el plano internacional, de su política. Por esta razón, el Gobierno brasileño demostró tamaña contrariedad con el cambio de la base de cálculo. En el camino, el gobierno de Fernando Henrique Cardos dejó ver sus propias intenciones en el campo social, más preocupado con la forma en la que los datos fueron expuestos (o sea, con el termómetro) que con la real situación de la población (finalmente, con el enfermo...).

Sin embargo, con la alteración metodológica llevada a término por el PNUD se dejó de utilizar la fórmula de Atkinson y se pasó a aplicar una fórmula basada en logaritmos. En las dos formas de cálculo hay una coherencia con los fundamentos filosóficos del IDH, que reside justamente en reducir la importancia del indicador PIB per cápita —de carácter estrictamente económico— en detrimento de otras variables en el proceso de análisis de las prácticas de bienestar vividas por las poblaciones de todo el planeta.

La diferencia es que en la fórmula anterior se adoptaba el concepto neoclásico de ingreso marginal decreciente. Es decir, tal concepto indica que la contribución de la renta para el desarrollo

humano aumenta a tasas decrecientes. En otras palabras, existieron países muy pobres (medidos en términos del PIB per cápita en PPC\$) para los cuales una elevación de su renta per cápita provocaría una mejora del bienestar de su población con tasas positivas. Sin embargo, a partir de un determinado punto —definido por el PNUD como idéntico al promedio de renta per cápita mundial calculado para el año de 1996 en PPC\$ 5.165,00— las elevaciones de la renta per cápita no traerían niveles idénticos de elevación del bienestar. En síntesis, esta elevación del bienestar crecería a tasas cada vez menores. De este modo, la fórmula de Atkinson pretendía justamente calcular la elasticidad del bienestar derivado de las diferentes prácticas del ingreso promedio per cápita entre los países y servía para descontar el valor del PIB per cápita de los países más ricos (o menos pobres) para la construcción del antiguo indicador de ingreso.

La fórmula actual, que calcula el indicador de ingreso a través de números exponenciales, fue desarrollada por Sudhir Anand y Amartya Sen. Según el *Informe* del PNUD de 1999, tal método presenta diversas ventajas:

En primer lugar, no descuenta el ingreso tan intensamente como en la fórmula utilizada anteriormente. En segundo lugar, descuenta todo el ingreso y no solo el ingreso por encima de un cierto nivel. En tercer lugar (con la nueva fórmula) los países en desarrollo no son penalizados indebidamente; además de eso, como el ingreso crece más en estos países, su ingreso creciente continuará siendo reconocido como un medio de potencial para mayor desarrollo humano. (ONU [PNUD] 1999, 159)

Vale recordar que los demás indicadores que constituyen el IDH, el indicador educativo y el indicador de longevidad, permanecieron iguales. El IDH ajustado a los géneros acabó sufriendo alteraciones en la medida en que su construcción depende, de cierta forma, del método de cálculo del PIB per cápita y del indicador de ingreso.

Sin embargo, partiendo de las recientes alteraciones metodológicas propuestas por el PNUD, se verá a continuación y de forma más detallada cómo estos indicadores se presentan cuando son leídos de forma segmentada por etnias en Brasil.

Indicador de ingreso

La producción del indicador de ingreso, segmentado por regiones o contingentes poblacionales específicos dentro de un país, acaba presentando un grado bastante elevado de complejidad. En el primer caso, no siempre es fácil encontrar una medida confiable de medición. Por ejemplo, en el caso brasileño, hasta el momento en el que este estudio fue redactado, no existían estimativas que consiguieran medir el PIB a nivel municipal, sino solamente en las provincias. Por esta razón, la publicación en 1998 del PNUD Brasil, IPEA, IBGE y FJP siguiendo el método elaborado por esta última entidad, utilizó como medida aproximada de medición del indicador de ingreso la renta promedio familiar per cápita y señaló que con este procedimiento buscaba caracterizar mejor la renta obtenida realmente por las familias y las posibilidades reales de consumo de la población local (ONU [PNUD] Brasil 1998).

La renta promedio familiar per cápita se obtiene a través del cálculo del promedio de los ingresos de todas las familias. El ingreso promedio familiar se calcula mediante la división del ingreso de todos los miembros de una familia por el número total de sus miembros. Así, las unidades de análisis son todas las personas, independientemente de la edad o la actividad económica (Hoffman 1998).

Cuando se intenta medir el PIB per cápita a partir de grupos poblacionales específicos ocurren problemas semejantes a los enfrentados para la segmentación del PIB per cápita a nivel municipal. En un «modelo cerrado y sin gobierno» el PIB de un país es formado —desde la óptica del ingreso— por las rentas de las familias de todas las fuentes (que se desdobra en consumo y ahorro agregado), por los lucros obtenidos por las empresas, por el valor de los *stocks* no vendidos y por la depreciación anual del capital fijo. De estas categorías, solamente la referente a los ingresos puede ser segmentada entre la población de acuerdo con sus características sociales y demográficas (edad, sexo, etnias, etc.) y, de cualquier forma, solamente a través de las bases de datos de las investigaciones oficiales donde estas están contenidas, como la PNAD o el censo demográfico. Las demás variables exigirían un

esfuerzo sobrehumano para ser levantadas. Por ejemplo, en el caso de las etnias, tendríamos que saber la composición accionaria de las empresas y las respectivas etnias de sus accionistas. Además de esto, tendrían que utilizarse complicados métodos para medir de manera adecuada y confiable a propietarios de los *stocks* —y sus etnias—, esto sin entrar en el tema de la depreciación del capital fijo. En resumen, cualquier tentativa de segmentar el PIB per cápita entre los grupos poblacionales de un determinado país —utilizando este dato en sí— será absolutamente infructífera.

En este trabajo, a partir de la base de datos de la ONU (PNAD, 1997), también se construyó el indicador de ingreso segmentado por etnias a partir de la utilización del ingreso promedio familiar per cápita. Este método presentó dos ventajas básicas. En primer lugar, su reconocimiento académico como una forma de medida relativamente adecuada para el análisis de diferencias entre las disparidades de nivel de vida o pobreza relativa. En segundo lugar, como se vio, el hecho de que la propia FJP, cuando realizó los cálculos de los IDH-M, también utilizó el ingreso promedio familiar per cápita como un instrumento de construcción del indicador de ingreso municipal. Por tanto, para los fines de esta investigación, la adopción de este procedimiento permite aproximarse al máximo a la metodología desarrollada por los organismos oficiales.

Una de las posibles objeciones en cuanto al uso de la renta familiar per cápita para la construcción del indicador de ingreso segmentado por etnia reside en el hecho de que, aparentemente, en Brasil el pueblo tendría una gran vocación al mestizaje, lo que se manifestaría en el elevado número de bodas interraciales. En este caso, se haría absolutamente improcedente el uso del ingreso promedio familiar per cápita como punto de partida para el cálculo del indicador de ingreso segmentado por etnia.

Como una forma de conocer el peso de esta objeción, el estudio hizo un breve levantamiento, a partir de la base de datos de la PNAD 97, para precisar el porcentaje de las bodas interraciales en el total de familias en Brasil¹¹. De acuerdo con la tabla 2, se verificó

11 Envolviendo la población blanca y la población afrodescendiente. Esta

que del total de familias en Brasil la tasa de exogamia era de solo 13,9%. En las familias lideradas por hombres, la tasa de exogamia se situaba en 17,5%, de los cuales 5,7% se constituían de uniones entre hombres blancos con mujeres afrodescendientes y 7,3% de uniones entre hombres afrodescendientes con mujeres blancas. En el caso de las familias lideradas por mujeres la tasa de exogamia era de apenas 3,4%.¹² De esta forma, puesto que el número de bodas interraciales en Brasil era relativamente pequeño, se consideró pertinente el uso de la renta familiar per cápita como base para el cálculo del indicador de ingreso segmentado por etnia.

Otro aspecto que también contribuyó a la adopción de este procedimiento metodológico tuvo que ver con las investigaciones sobre las características de los domicilios, realizadas por el IBGE, segmentadas por etnia, que solo tenían en cuenta el color del jefe de hogar. En general, estos datos sirven como parámetros para la medición de las desigualdades interétnicas de acceso a los aparatos urbanos de consumo colectivo, sin que haya una preocupación —al menos excesiva— en cuanto a que el cónyuge, o los hijos(as) del jefe de hogar, sean de la misma etnia o no. Siendo así, se levantaron los datos sobre el ingreso familiar per cápita de un domicilio a partir del color declarado de su jefe. Por consiguiente, todos los integrantes de la familia de esta persona —blanca o afrodescendiente— también serán incluidos necesariamente como blancos o afrodescendientes, independientemente de que, de hecho, lo sean o no.

Una vez superada esta cuestión, a continuación se analizará la construcción del indicador de ingreso segmentado por etnia en sí

última se calculó tomando como base la suma de las personas que, tal como en la clasificación del IBGE, se declararon «negras» y «pardas» en un determinado año.

- 12 Es necesario anotar que se hizo este cálculo a partir de la división del total de familias constituidas por uniones exogámicas sobre el total de familias existentes, inclusive, las unipersonales. Berquó (1987) llama la atención sobre el hecho de que en los estudios relacionados con el patrón de nupcialidad de la población brasileña no es procedente la agregación de las categorías «negros» y «pardos» del IBGE, aunque existen dinámicas diferentes, en este plan, para cada uno de estos contingentes. Sin embargo, el presente estudio no pretendió debatir la cuestión de la dinámica del

mismo. Conforme se verificó párrafos atrás, con excepción de los estudios realizados a los estados de la Federación, no es posible hacer una segmentación del PIB per cápita entre los miembros de la población de un país. El problema es cómo transformar este valor en PPC\$ y dar al estudio algún grado de comparación con el IDH, tal como se expone en los Informes sobre Desarrollo Humano del PNUD.

De acuerdo con la FJP, en lo referente a la construcción del IDH-M, con el fin de mantener la mayor compatibilidad posible con la metodología original del IDH, todos los parámetros máximos y mínimos en PPC\$ definidos en los Informes sobre Desarrollo Humano fueron transformados a la época en salarios mínimos de septiembre de 1991, utilizando estos parámetros para el ajuste de la renta familiar per cápita promedio observada y para el cálculo del IDH-M Renta. Según las mismas instituciones, en este proceso se utilizó «como factor de conversión la razón entre el PIB per cápita brasileño en 1991, el dólar PPC y la renta familiar per cápita brasileña para el mismo año medida en cruceros de 1.º de septiembre de 1991» (ONU [PNUD] 1998, 99). El mismo estudio llama la atención sobre el hecho de que «esta conversión tiene en cuenta dos factores: a) diferencias en unidades monetarias y b) diferencias a nivel nacional entre el PIB per cápita y la renta familiar per cápita, que tiende a ser siempre menor que el PIB» (ONU [PNUD] 1998, 99).

El presente estudio buscó mantenerse fiel a esta construcción metodológica de la FJP. Siguiendo la fórmula propuesta se calculó un factor de conversión obtenido por la razón entre el ingreso familiar per cápita del conjunto de unidades domiciliarias brasileñas el año 1997 (R\$292,19) y el PIB per cápita medido en PPC\$ para ese mismo año (PPC\$ 6.480,00). El primer dato fue extraído directamente de las bases de datos de la PNAD 97 y el último fue obtenido en el propio *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999. Finalmente, se dividió este

patrón de nupcialidad de la población en sí. Por eso se reunieron estas informaciones con el único objetivo de conferir el grado de veracidad en cuanto al argumento popularmente difundido de que en Brasil habría un elevado porcentaje de familias interraciales, principalmente envolviendo «blancos/as» con los «negros/as» y los «pardos/as».

valor por 12 para poder obtener la renta mensual per cápita en PPC\$ (PPC\$ 540,00), válida, también, para el mes de septiembre de 1997.

De esta forma se llegó al siguiente factor de conversión:

$$F_{97} = Y_{97} / R_{97}.$$

Donde

F_{97} = Factor de conversión dólar PPC\$ para reales en septiembre de 1997

Y_{97} = PIB per cápita en PPC\$ en septiembre de 1997

R_{97} = Renta promedio familiar per cápita Brasil en reales en septiembre de 1997.

Luego, siguiendo los pasos del IDH-M:

$$F_{97} = 540,00/292,19 = 1,8481$$

A partir de este factor se transformaron los parámetros máximos y mínimos del indicador de ingreso del IDH en reales de septiembre de 1997, que quedaron, respectivamente, iguales a R\$21.643,85 y a R\$54,11. Dividiendo estos valores por el valor del salario mínimo (SM) de septiembre de 1997 (R\$120,00) se alcanzaron valores en salarios mínimos, respectivamente iguales a 15,03 SM y 0,0375 SM. Finalmente, consultado la base de datos de la PNAD 1997 se verificó que el promedio de las rentas familiares per cápita de los jefes de familia brasileños es igual a 2,43 SM. Si se hace una segmentación por etnias, se observa que los ingresos promedios familiares per cápita de la población blanca y la afrodescendiente, medidos en salarios mínimos de septiembre del mismo año, son iguales a 3,25 SM y 1,37 SM, respectivamente. Considerando que la fórmula de cálculo del indicador de ingreso (IR) desarrollada por el PNUD es igual a:

$$IR = \frac{\text{Log}(W^*) - \text{Log}(100)}{\text{Log}(40.000) - \text{Log}(100)}$$

Donde W^* =PIB per cápita año (PPC\$) de un país.

Y que de acuerdo con la fórmula del PNUD, adaptada por la FJP, esta quedaría para Brasil como todo igual a:

$$\frac{\text{Log}(2,43) - \text{Log}(0,0375)}{\text{Log}(15,03) - \text{Log}(0,0375)}$$

Esta expresión genera un resultado igual a 0,696. En este caso el indicador de ingreso brasileño medido en términos de la renta familiar per cápita quedó prácticamente igual al promedio brasileño para ese año que según, el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999 (referente al año 1997) era igual a 0,70. De este modo, se consideró que los números encontrados en este ejercicio del indicador de ingreso demostraron un razonable poder de compatibilidad tanto con el método general del PNUD como en relación con la fórmula alternativa presentada por la FJP. Por otro lado, como las bases de datos son diferentes, es natural que se encuentren ligeras discrepancias entre el indicador de ingreso de Brasil como un todo (basado en el PIB per cápita) y en el indicador de ingreso basado en el ingreso promedio familiar per cápita. Esto hace que el primer método tienda siempre a llevar a un resultado superior al generado a través del segundo método (ONU [PNUD] Brasil 1998).

Es más, los valores asumidos por el indicador de ingreso para Brasil a partir del ingreso promedio familiar per cápita para el año de 1997 fueron de 0,74 para la población blanca y de 0,60 para la población afrodescendiente. Este dato también es coherente pues refleja las efectivas desigualdades de ingresos entre estos dos grupos étnicos de la población brasileña.

Indicador de longevidad

El proceso de construcción del indicador de longevidad es relativamente simple: se incorpora una expresión algebraica que relaciona los datos de la esperanza de vida al nacer de un determinado país sobre parámetros máximos y mínimos de longevidad calculados por el PNUD. Estos parámetros son, respectivamente, 85 y 25 años para la población como un todo. Cuando se hace el ajuste por género, el valor mínimo sube a 27,5 años. Es decir, como consecuencia de que entre

las mujeres, por motivos biológicos y sociales, la esperanza de vida es mayor que entre los hombres. De cualquier manera, la fórmula de construcción del indicador de longevidad (IL) es igual a:

$$IL = \frac{L^* - 25}{85 - 25}$$

donde L^* = esperanza de vida de la población de un determinado país.

A pesar de que el cálculo de este indicador es bastante sencillo, los datos sobre esperanza de vida no son de fácil acceso. En primer lugar, hay una tradicional subnotificación de los casos de muertes en Brasil, lo que causa que los registros civiles no sean considerados fuentes confiables para obtener estos datos de forma directa. Esto hace complejo el cálculo sobre la esperanza de vida, incluso para la población en su conjunto. En segundo lugar, como las notarias no están obligadas a declarar la etnia de los fallecidos en los certificados de muerte, simplemente la variable color queda aún más subnotificada en estos registros, con lo cual se hace todavía menos confiable —en realidad imposible— la obtención de la esperanza de vida de la población por etnia a través de la vía directa.

La presente investigación logró obtener los datos referentes a la esperanza de vida segmentada por etnia a partir de un pequeño acuerdo de cooperación técnica hecho entre la coordinación del Proyecto Atlas Afrobrasileño, conectado a la FASE y al IBGE¹³. Esta

13 El IBGE puso su estructura intelectual a nuestra disposición, quedando nuestra investigación responsable, a partir de la orientación de los demógrafos del Departamento de Informação de Estatísticas Sociais (Deiso) del cruce y primera tabulación de los datos. Conforme lo ya mencionado, el demógrafo Juarez de Castro Oliveira fue el responsable por el cálculo final de las esperanzas de vida desagregadas por etnias en Brasil, periodo 1990-1995. También participaron de este proceso de elaboración del cálculo de las esperanzas de vida los demógrafos —igualmente del IBGE— Fernando Albuquerque y Nilza Pereira. A todos ellos se reiteran nuestros agradecimientos por la oportunidad del diálogo y de la asociación. También aprovechamos el espacio para agradecer al profesor Sergio Besserman, entonces presidente del IBGE, por su encaminamiento positivo a nuestro pedido de que la institución nos auxiliara en el proceso de generación de estos indicadores.

tasa se calculó a partir de la base de microdatos de la PNAD 1997, generadas por Luiz Marcelo Carvano y producidas por el demógrafo Juarez Castro Oliveira (Deiso/IBGE). Los datos levantados sobre esperanza de vida se obtuvieron mediante una estimación indirecta basada en la tasa de mortalidad infantil de los niños de hasta un año de edad. Esta técnica (**técnica de supervivencia de los hijos, variante Trussell**) fue interpolada en las tablas modelo de mortalidad, Familia Oeste, de Coale-Demeny.

Estos indicadores, a pesar de haber sido generados a partir de una investigación hecha en 1997, por definición, se refieren a un periodo anterior a ese año. En este caso, los datos se mostraron consistentes para los años que van entre 1990 y 1995; por ende, estos indicadores no se refieren exactamente al año 1997. Por otro lado, el tamaño de la muestra de la PNAD 1997 no permitió la segmentación de la esperanza de vida por etnia a nivel provincial, sino solamente a nivel regional. Tampoco fue posible llegar a la segmentación de la esperanza de vida por género a nivel regional, sino solo para Brasil como un todo.

Sin embargo, a lo largo del siglo xx las desigualdades entre las etnias en Brasil también afectaron sus respectivas tasas promedio de supervivencia. Según los cálculos de Wood y Carvalho (1994), la esperanza de vida de los blancos en Brasil en el periodo comprendido entre 1940 y 1950 era de 47,5 años, mientras que la esperanza de vida de la población llamada «no blanca» era de apenas 40 años, es decir, había una diferencia de 7,5 años. En el periodo comprendido entre 1970 y 1980 la esperanza de vida de ambos grupos subió significativamente pero las diferencias continuaron siendo escandalosas. En este periodo la población blanca tenía una esperanza de vida de 66,1 años, mientras que la «no blanca» tenía un promedio de 59,4, o sea 6,7 años más baja. Así las cosas, durante un lapso de 30 años hubo una reducción de solo 8 meses en esta desigualdad.

Según el IBGE, la expectativa de vida de la población brasileña como un todo en el año 1997 llegaba a 66,8 años. Los datos levantados por el presente trabajo sobre la esperanza de vida en Brasil segmentados por etnia (periodo 1990-1995) indicaron que la

esperanza de vida de la población afrobrasileña continuaba siendo 6 años inferior a la de la población blanca, 64 años y 70 años, respectivamente. En otras palabras, la población afrodescendiente no alcanzó el nivel de tiempo promedio de vida de los blancos de 15 años atrás. O dicho de otro modo, dado que en 40 años estas diferencias en las esperanzas de vida se redujeron solamente 1,5 años, de continuar esta tendencia se debería esperar 160 años más para que tales desigualdades sean disipadas.

Cuando se segmenta por etnia y sexo se verifica que la esperanza de vida de un hombre afrobrasileño es de 62 años y la de una mujer es de 66 años. En el caso de los blancos, entre los hombres esta probabilidad sube a 69 años y entre las mujeres a 71. Cabe anotar en este punto que, a pesar de que biológicamente la mujer tiende a tener una esperanza de vida mayor que la del hombre, tal tendencia no se verifica en el ámbito de las desigualdades raciales en Brasil, donde la esperanza de vida de las afrobrasileñas es 3 años inferior a la esperanza de vida de los hombres blancos.

Las razones de estos diferenciales se pueden clasificar en tres niveles. En primer lugar, la tasa de mortalidad infantil de niños de hasta un año de edad —base para el cálculo realizado sobre la esperanza de vida por método indirecto— de la población afrobrasileña era bastante mayor que la de la población blanca. Así, en todo Brasil, la tasa de mortalidad infantil (por mil niños) de los niños negros era 82% mayor que la tasa de mortalidad infantil de los niños blancos (53 por mil frente a 29 por mil).

En segundo lugar, se podría listar el factor regional, dado que en el Noreste la esperanza de vida es bastante baja, tanto para los afrodescendientes como para los blancos. Cabe anotar que pese a que esta diferencia es bastante notoria, en todas las cinco regiones geográficas de Brasil los diferenciales de esperanza de vida existen, siendo la región Norte el lugar donde esta diferencia es menor (69 años contra 68) y la región Sureste en donde es mayor (5 años de diferencia a favor de la población blanca). Cabe también recordar que la esperanza de vida de la población blanca de la región Nordeste es mayor que la de la población afrodescendiente de todas las

cinco regiones de Brasil. Igualmente, es pertinente resaltar que la diferencia entre la esperanza de vida de un afrodescendiente del Nordeste y una persona blanca del Sudeste llega a 12 años.

En tercer lugar, aparte del método de recolección de los datos, se verificó empírica y teóricamente que este diferencial de la esperanza de vida es producto de las diferentes condiciones de vida de estos dos grupos poblacionales. El menor ingreso, la escolaridad, la mayor inseguridad social, en general, y el acceso menos favorable a los servicios urbanos son factores que tienden a proyectarse en la esperanza de vida de los diferentes grupos, haciendo que unos puedan gozar de una vida más prolongada que los demás. Finalmente, se debe recordar que de acuerdo con las bases de datos de la PNAD 97, de la población con edades entre 60 y 64 años en Brasil, solamente 38,7% son afrodescendientes; en la población de 65 a 69 años los afrodescendientes totalizan 38,2%; entre 70 y 74 años, 37%; entre 75 y 79 años, 38,5%, y con más de 80 años, 39%. La población afrodescendiente en Brasil oficialmente totaliza cerca de 45% de la población. Lo que indica que los afrodescendientes están subrepresentados en estas franjas etarias más elevadas, hecho que coincide con lo que se vio párrafos atrás. Finalmente, tales hechos demuestran, cabalmente, que el factor étnico acaba sirviendo como un determinante del tiempo promedio de vida de un individuo y que el combate al racismo y al prejuicio racial, en todos sus niveles, es una de las vías más eficaces, si no la única, para la superación de este escenario de desigualdades.

Desde el punto de vista de la construcción del indicador de longevidad segmentado por etnia, como se anotó, este indicador tuvo que ser producido de forma conjunta para cada una de las cinco regiones de Brasil, pues resultaba imposible hacerlo para cada estado por separado. Como, finalmente, la mayor dificultad con este indicador se refería a la producción del dato sobre la esperanza de vida, a partir de su producción ya no hubo problemas para la construcción del indicador. Así, a partir de la fórmula del indicador de longevidad, este indicador para la población blanca se calculó en 0,75 y para la población afrodescendiente en 0,65.

Indicador educativo

La construcción del indicador educativo se compone de otros dos indicadores. El primero es el indicador de alfabetización (IB), que se refiere a la tasa de analfabetismo de la población mayor de 15 años. El indicador de alfabetización en el proceso de formación del indicador educativo tiene peso dos (2). El segundo indicador que compone el indicador educativo es el indicador de escolaridad (IE). Este ítem está formado por la razón entre la población que está frecuentando los grados primero, segundo y tercero, y la población total de un país en la franja etaria comprendida entre 7 y 22 años. Este último indicador tiene solamente peso uno (1).

Por tanto, el indicador educativo es el único componente, de los tres indicadores que conforman el IDH, que también es un indicador sintético, aunque este agrupa dos variables diferentes. De este modo, la fórmula para la construcción del indicador educativo (IED) es la siguiente:

$$IED^* = \frac{(2XIA + 1XIE)}{3}$$

donde IED* = Indicador de escolaridad de un determinado país.

Otra particularidad de este indicador es que, al contrario de los demás indicadores, este se obtiene fácilmente a través de las estadísticas oficiales brasileñas como la PNAD o el censo demográfico, sin demandar adaptaciones ni otras proyecciones difíciles de ser llevadas a término, como el cálculo de la esperanza de vida.

A pesar de esta facilidad, cabe destacar que los datos que se obtuvieron para este indicador a partir de la base de datos de la PNAD no fueron idénticos al que fue publicado en el *Informe sobre Desarrollo Humano* 1999. En esta publicación, dentro de las tablas de clasificación de los IDH de los países, la tasa de analfabetismo de la población adulta brasileña es del 84% y la tasa de escolaridad bruta conjunta de los niveles 1.º, 2.º y 3.º alcanza el 80%. Nuestro levantamiento en las bases de datos de la PNAD 1997 encontró una tasa de alfabetización en Brasil del 85% y una tasa de escolaridad bruta del 78%. Por suerte, en la combinación de estos dos indicadores, y dados sus respectivos pesos, los

resultados encontrados por esta investigación y los publicados por el PNUD resultaron prácticamente iguales, razón por la cual el indicador educativo en ambos trabajos quedó en 0,83.

Finalmente, resulta pertinente mencionar que el indicador de alfabetización de la población blanca ese año era 13 puntos porcentuales superior al de la población afrodescendiente. Esto implica que la tasa de analfabetismo del primer grupo era igual a 9% y la del segundo a 22%, o sea 144% mayor. Lo mismo se verifica en relación con el indicador de escolaridad, en donde el promedio de la población blanca (82%) fue superior en 9 puntos porcentuales al de la población negra (73%). Tamaña disparidad se reflejó en los respectivos indicadores educativos de cada una de estas etnias. En el año 1997 los blancos en Brasil tuvieron un IED de 0,88, un poco inferior al de Chile, mientras que los afrodescendientes tuvieron un IED de solamente 0,76, o sea, igual al de Suiza.

Indicadores de desarrollo humano segmentados por etnia en Brasil: una visión general

Una vez hechos los cálculos de los indicadores de ingreso, longevidad y educativo, el cálculo del IDH resulta bastante sencillo, siendo un promedio simple de aquellos tres indicadores.

$$IDH^* = \frac{IR^* + IL^* + IEd^*}{3}$$

Donde:

IDH* = Índice de desarrollo humano de un país

IR* = Indicador de ingreso de un país

IL* = Indicador de longevidad de un país

IEd* = Indicador educativo de un país

Conforme se verificó en el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999, los indicadores de desarrollo humano de Brasil para el año de 1997 eran iguales a:

IR Brasil = 0,70

IL Brasil = 0,70

IED Brasil = 0,83

luego, siguiendo la fórmula IDH

$$\text{IDH Brasil} = \frac{0,70 + 0,70 + 0,83}{3} = 0,739$$

Este índice sintético refleja un país que posee un desarrollo humano medio. Brasil está, finalmente, en la posición 79 de la tabla de clasificación del IDH entre las 174 naciones del planeta, elaborada por el PNUD.

Los Indicadores de Desarrollo Humano de la población afrodescendiente brasileña para el año 1997 fueron:

$$\text{IR Brasil Afro} = 0,60$$

$$\text{IL Brasil Afro} = 0,65$$

$$\text{IED Brasil Afro} = 0,76$$

luego, siguiendo la fórmula IDH

$$\text{IDH Afro} = \frac{0,60 + 0,65 + 0,76}{3} = 0,671$$

Esto implica que la población afrodescendiente brasileña también posee un IDH medio. Sin embargo, la clasificación de la población negra de Brasil, en la tabla de clasificación del IDH entre las 174 naciones del planeta hecha por el PNUD, correspondería al modesto lugar 108, inmediatamente después de El Salvador y por encima de Tayikistán. Por estos cálculos, la población afrodescendiente quedaría en una ubicación 29 puestos por debajo de Brasil. Comparado con Sudáfrica (cuyo IDH es igual a 0,695) —país emblemático dado su régimen político segregacionista contra los negros, vigente hasta hace poco tiempo—, la población afrodescendiente brasileña quedaría siete puestos por debajo en términos del IDH.

En el caso de la población blanca en Brasil, sus indicadores de desarrollo humano en 1997 eran iguales a:

$$\text{IR Brasil Blanca} = 0,74$$

$$\text{IL Brasil Blanca} = 0,75$$

$$\text{IED Brasil Blanca} = 0,88$$

luego, siguiendo la fórmula IDH

Esto implica que la población blanca de Brasil, igualmente, posee un IDH medio. Sin embargo, cuesta reconocer que, por muy poco, el IDH de este contingente no alcanzó el nivel de un IDH elevado (0,800). Tal resultado hace que la población blanca en Brasil ocupe el lugar

$$\text{IDH Blanco} = \frac{0,74 + 0,75 + 0,88}{3} = 0,791$$

49 en la tabla de clasificación del IDH de los países elaborada por el PNUD, por debajo de Panamá y por encima de México. Comparado con Brasil, el IDH de la población blanca queda situado 30 puestos por encima en la tabla del IDH. Comparado con Sudáfrica, el IDH de los blancos brasileños sería superior por 52 puestos.

Finalmente, vale la pena señalar las diferencias existentes entre los puestos ocupados en la tabla del IDH mundial por las poblaciones blanca y afrodescendiente de Brasil. Dados los resultados alcanzados, esta diferencia sería de 59 puestos a favor del contingente blanco. Conforme se vio, a comienzos de los años noventa, la diferencia entre los IDH de negros y blancos en Estados Unidos era de 30 puestos a favor del último contingente. Esto significa que el tan decantado modelo brasileño de relaciones raciales en Brasil no sirvió para aproximar las prácticas de desarrollo humano vividos por estas dos etnias principales que componen nuestro pueblo.

IDH étnico ajustado por género

El PNUD, tradicionalmente y con todo el acierto, ha resaltado las desigualdades entre los géneros dentro de los países. En el caso de la construcción del IDH, a partir de los indicadores verificados para cada género, se hace un nuevo cálculo con miras a ajustar el IDH nacional relativo a las desigualdades encontradas (en este caso llamado Índice de Desarrollo ajustado al Género, IDG). Conforme a lo expuesto hasta ahora, en ningún país del mundo el IDH aumenta cuando es puesto a la luz del ajuste de las desigualdades entre los géneros. Esto implica que, reflejando los efectos nefastos del machismo, no existe país en nuestro planeta en el que el desarrollo

TABLA 14. Población total de Brasil en 1997 segmentada por sexo y etnia (afrodescendiente y blanca)

	Población total	Porcentaje en relación con la etnia
Blanca hombres	40.717.352	48%
Blanca mujeres	44.183.347	52%
Blanca total	84.900.699	100%
Afrodescendiente hombres	35.083.262	49,8%
Afrodescendiente mujeres	35.303.124	50,2%
Afrodescendiente total	70.386.386	100%
Población total	155.287.085	

Fuente: Base de datos de la PNAD 1997.

TABLA 15. Esperanza de vida e indicador de longevidad en Brasil en 1997 segmentada por sexo y etnia (afrodescendiente y blanca)

	Esperanza de vida (años)	Indicador de longevidad
Blanca hombres	69	0,775
Blanca mujeres	71	0,725
Blanca total	70	0,750
Afrodescendiente hombres	62	0,658
Afrodescendiente mujeres	66	0,642
Afrodescendiente total	64	0,650
Población total	66,8	0,700

Fuente: Base de datos de la PNAD 1997. Datos elaborados por Juarez Oliveira (Deiso/IBGE).

humano de las mujeres sea igual o mayor que el de los hombres. Lo que puede ocurrir es que en la tabla de clasificación del IDG ocurran alteraciones en los puestos ocupados por cada nación en la tabla del IDH. Así, podría suponerse que los derechos conquistados por las mujeres, o la práctica de la opresión vivenciada por ellas, se diferencian entre las naciones y esto se refleja en los IDG.

Se intentó seguir la misma metodología de construcción del IDG para las etnias blancas y afrodescendientes. Como cada indicador posee una peculiaridad en su construcción se verá este proceso paso a paso.

El primer indicador demográfico que requiere ser levantado para el cálculo del IDG por etnias es el tamaño absoluto de la población masculina y femenina, y sus respectivas composiciones, como se ve en la tabla 14.

Para el cálculo del indicador de longevidad ajustado a los géneros (IDG-L) se toman las respectivas diferencias entre las esperanzas de vida de los hombres y de las mujeres de una nación. En el caso de las poblaciones afrodescendientes y blancas estos valores se muestran en la tabla 15.

Cabe recordar que el parámetro mínimo para el cálculo del indicador de longevidad para las mujeres es de 27,5 años y para los hombres de 22,5 años. Esto, debido a que las mujeres al nacer tienen universalmente una esperanza de vida mayor que la de los hombres. Sin embargo, al observar estos datos, los indicadores de longevidad por etnia ajustados a los géneros, o igualmente distribuidos, son iguales a la siguiente expresión:

$$IDG-L = \{[parte\ de\ la\ población\ femenina \times (indicador\ de\ esperanza\ de\ vida\ femenina)^{-1}] + [parte\ de\ la\ población\ masculina \times (indicador\ de\ esperanza\ de\ vida\ masculino)^{-1}]\}^{-1}$$

luego,

$$IDG-L\ Afro = \{[0,498 \times (0,642)^{-1}] + [0,502 \times (0,658)^{-1}]\}^{-1} = 0,650$$

$$IDG-L\ Blanca = \{[0,48 \times (0,725)^{-1}] + [0,52 \times (0,775)^{-1}]\}^{-1} = 0,748$$

Para la construcción del indicador educativo ajustado a los géneros (IDG-Ed) se tienen en cuenta las respectivas tasas de

alfabetización de hombres y de mujeres así como, sus respectivas tasas de escolaridad (tabla 16).

Al considerar estos indicadores, el IDG-L por etnia se construye a través de la siguiente expresión:

$$\text{IDG-L} = \{[\text{parte de la población femenina} \times (\text{indicador de esperanza de vida femenina})^{-1}] + [\text{parte de la población masculina} \times (\text{indicador de esperanza de vida masculina})^{-1}]\}^{-1}$$

de este modo:

$$\text{IDG-L Afro} = \{[0,498 \times (0,773)^{-1}] + [0,502 \times (0,753)^{-1}]\}^{-1} = 0,881$$

$$\text{IDG-L Blanco} = \{[0,48 \times (0,877)^{-1}] + [0,52 \times (0,887)^{-1}]\}^{-1} = 0,763$$

Finalmente, fue preciso construir el indicador de ingresos ajustado a los géneros (IDG-R). En este caso se partió de tres informaciones iniciales. La primera, la composición de hombres y mujeres dentro de sus respectivas etnias en la población económicamente activa (PEA) en la economía brasileña (tabla 17).

En segundo lugar, en el proceso de construcción del IDG-R también fue preciso levantar la razón entre el salario no agrícola femenino y el trabajo no agrícola masculino (wf/wm). En el caso de la población blanca, esta relación es igual a 0,57 (57%) y en el caso de la población afrodescendiente esta relación es igual a 0,58 (58%).

En tercer lugar, el IDG-R exige que el PIB per cápita del país sea tomado en cuenta. Este dato será ponderado en seguida. En este punto hubo que enfrentarse a un problema semejante al de la construcción del indicador de ingreso (IR) para las etnias, que reside en la segmentación del PIB por etnias. En este caso también se adoptó una metodología semejante a la anterior. O sea, se utilizaron los respectivos ingresos familiares promedio per cápita de las poblaciones blancas y afrodescendientes, medidos en salarios mínimos de septiembre de 1997, y se multiplicaron por sus poblaciones totales. Posteriormente, los parámetros máximo y mínimo del indicador de ingreso calculado por el PNUD, tal como en el caso anterior, también serían transformados en salarios mínimos de septiembre de 1997 de acuerdo con el factor de conversión ya analizado anteriormente.

TABLA 16. Tasa de alfabetización, de escolaridad e indicador educativo en Brasil 1997, segmentados por género y etnias
(afrodescendientes y blancas)

	Tasa de alfabetización	Indicador de alfabetización	Tasa de escolaridad	Indicador de escolaridad	Indicador educativo
Blanca hombres	92%	0,92	82%	0,82	0,887
Blanca mujeres	90%	0,90	83%	0,83	0,877
Blanca total	91%	0,91	82%	0,82	0,880
Afrodescendiente hombres	78%	0,78	70%	0,70	0,753
Afrodescendiente mujeres	78%	0,78	76%	0,76	0,773
Afrodescendiente total	78%	0,78	73%	0,73	0,760
Población total	85%	0,85	78%	0,78	0,830

Fuente: Base de datos de la PNAD 97.

TABLA 17. Composición de la población económicamente activa (PEA) brasileña, segmentada por género y étnias (afrodescendientes y blancas)

	PEA total	Composición de la PEA
Blanca hombres	24.891.703	57,0%
Blanca mujeres	18.749.722	43,0%
Blanca total	43.641.425	100,0%
Afrodescendiente hombres	21.452.573	59,0%
Afrodescendiente mujeres	14.903.042	41,0%
Afrodescendiente total	36.355.615	100,0
PEA total	79.997.040	

Fuente: Base de datos de la PNAD 1997.

De este modo, dado que los afrodescendientes poseen un ingreso promedio familiar per cápita igual a 1,37 SM, y considerando el tamaño total de su población, el «PIB» total afrodescendiente daría una cifra de 96.429.348,82 SM en septiembre de 1997. Siguiendo el mismo raciocinio para la población blanca, dado que su ingreso promedio familiar per cápita es igual a 3,25 SM, y debido al tamaño de su población, el «PIB» total de los blancos brasileños sería igual a 275.927.271,25.

Habiendo sido definidos estos parámetros, el proceso de construcción del IDG-R sigue los siguientes pasos, donde:

$$sf = \frac{(wf/wm) \times PEaf}{[(wf/wm) \times PEaf] + PEAM}$$

sf = Parte femenina de la cuota salarial

wf/wm = Razón del salario no agrícola femenino sobre el salario no agrícola masculino

PEaf y PEAM = proporción femenina y masculina, respectivamente, en la PEA

Siendo así, el indicador sf se comporta de la siguiente forma para la población afrodescendiente y blanca en Brasil:

$$sf \text{ afro} = \frac{(0,58) \times 0,41}{[(0,58) \times 0,41] + 0,59} = 0,287$$

$$sf \text{ blanco} = \frac{(0,57) \times 0,43}{[(0,57) \times 0,43] + 0,57} = 0,301$$

A partir de esta expresión sf, hay que multiplicarla por el «PIB» total de las respectivas poblaciones segmentadas por etnias. Así:

$$\text{«PIB» femenino} = (sf \times PIB)$$

$$\text{«PIB» masculino} = (PIB - [sf \times PIB])$$

de este modo:

$$\text{«PIB» fem. afro.} = (0,287 \times 96.429.348,82) = 27.721.258,58 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» masc. afro.} = (96.429.348,82 - 27.721.258,58) = 68.708.090,24 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» fem. blan.} = (0,301 \times 275.927.271,25) = 82.946.441 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» masc. blan.} = (275.927.271,25 - 82.946.441) = 192.980.831,13 \text{ SM}$$

Dado el tamaño respectivo de estas poblaciones segmentadas por etnia y género, se tiene que:

$$\text{«PIB» per cápita fem. afro.} = 27.721.258,58 / 35.303.124 = 0,76 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» per cápita masc. afro.} = 68.708.090,24 / 35.083.262 = 1,96 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» per cápita fem. blan.} = 82.946.441,00 / 44.183.347 = 1,88 \text{ SM}$$

$$\text{«PIB» per cápita masc. blan.} = 192.980.831,13 / 40.717.352 = 4,74 \text{ SM}$$

Considerando la fórmula de cálculo del indicador de ingreso (IR) del PNUD, adaptada por la FJP (ajustada para salarios mínimos de septiembre de 1997 en reales), quedaría para Brasil como un todo igual a:

$$\frac{\text{Log}(2,43) - \text{Log}(0,0375)}{\text{Log}(15,03) - \text{Log}(0,0375)}$$

En este punto se hace el ajuste del indicador por género. La fórmula de este ajuste se hace a través de la siguiente expresión:

$$IDG-R = \{[\text{parte de la población femenina} \times (\text{indicador de ingreso femenino})^{-1}] + [\text{parte de la población masculina} \times (\text{indicador de ingreso masculino})^{-1}]\}^{-1}$$

Siendo así, el IDG-R afrodescendiente se obtendría a través de las siguientes expresiones:

Afrodescendientes mujeres

$$\frac{\text{Log } (0,76) - \text{Log } (0,0375)}{\text{Log } (15,03) - \text{Log } (0,0375)} = 0,51$$

Afrodescendientes hombres

$$\frac{\text{Log } (1,96) - \text{Log } (0,0375)}{\text{Log } (15,03) - \text{Log } (0,0375)} = 0,66$$

$$\text{IDG-R Afro} = \{[0,498 \times (0,51)^{-1}] + [0,502 \times (0,66)^{-1}]\}^{-1} = 0,574$$

Y, por su parte, el IDG-R blanco se obtendría a través de las expresiones:

Blancos mujeres

$$\frac{\text{Log } (1,88) - \text{Log } (0,0375)}{\text{Log } (15,03) - \text{Log } (0,0375)} = 0,65$$

Blancos hombres

$$\frac{\text{Log } (4,74) - \text{Log } (0,0375)}{\text{Log } (15,03) - \text{Log } (0,0375)} = 0,81$$

$$\text{IDG-R Blanco} = \{[0,498 \times (0,65)^{-1}] + [0,502 \times (0,81)^{-1}]\}^{-1} = 0,719$$

El proceso de conclusión del IDG por etnia se da de igual manera al proceso de construcción del IDH, o sea, es un promedio sencillo de los tres indicadores calculados anteriormente, es decir:

$$\text{IDG} = \frac{\text{IDG-L} + \text{IDG-Ed} + \text{IDG-R}}{3}$$

El IDG Brasil en el año 1997 fue igual a 0,733. Este indicador hizo que Brasil quedara en la posición 67, subiendo, por tanto, tres puestos en la tabla de clasificación entre las naciones, comparativamente con la tabla de clasificación del IDH. Cuando se segmenta por etnias el IDG afrodescendiente y el IDG blanco presentan los siguientes resultados:

Tanto el IDG de la población afrodescendiente como el IDG de la población blanca en Brasil resultaron inferiores a sus correspondientes IDH, 0,671 y 0,791, respectivamente. Esto significa que el IDG, cuando es segmentado por etnia en Brasil, obedece al comportamiento internacional de un menor Índice de Desarrollo

$$\text{IDG Afro} = \frac{0,650 + 0,763 + 0,574}{3} = 0,662$$

$$\text{IDG Blanco} = \frac{0,748 + 0,881 + 0,719}{3} = 0,783$$

Humano de las mujeres en relación con los hombres.

Cuando estos datos se comparan con la tabla de clasificación del IDG a nivel mundial, se verifica que el IDG afrodescendiente ocupa la posición 91, inmediatamente después de Cabo Verde. Esto representa un avance de 17 puestos frente al IDH afrodescendiente. Sin embargo, este avance debe ser leído con cautela, pues en 29 países el PNUD no logró calcular el IDG, entre los cuales nueve tienen un mayor IDH que el brasileño.¹⁴ En relación con el IDG brasileño, el IDG afrodescendiente se ubica 25 puestos atrás y, en comparación con Sudáfrica, el IDG afrodescendiente se ubica 8 puestos atrás. El IDG blanco ocupa el puesto 48, una posición adelante del IDH Brasil y 36 puestos adelante del de Sudáfrica. La diferencia de IDG entre la población afrodescendiente y la población blanca en Brasil es de 44 posiciones. De este modo, una vez más, se verifican escandalosas desigualdades étnicas dentro del país.

IDH segmentado por etnias en los estados brasileños

El proceso de segmentación del IDH por etnias en los estados brasileños siguió básicamente la misma metodología de construcción del IDH por etnia para Brasil como un todo. En el proceso de construcción del indicador de ingreso, tal como en la propuesta

¹⁴ Luego, se hace razonable la hipótesis de que el IDG de la población afrodescendiente sea el puesto 100 de la tabla del PNUD.

metodológica de la Fundação João Pinheiro, el PIB per cápita provincial fue sustituido por la renta promedio familiar per cápita. De ahí se repitieron todos los procedimientos de construcción ya observados para la construcción de este indicador. El indicador educativo fue generado a partir de la base de datos de la PNAD 97 igualmente, de acuerdo con la metodología desarrollada por el PNUD. Finalmente, el indicador de longevidad se basó en las esperanzas de vida por etnias por región, elaboradas por el demógrafo Juarez de Castro Oliveira. En este caso, el indicador de cada estado tuvo que reflejar exactamente el promedio de su región. Tal hecho ocurrió porque, infortunadamente, la base de datos de la PNAD, dado el tamaño de su muestra, no proporcionó un cálculo confiable de las esperanzas de vida al nacer segmentadas por etnias en cada estado de la Federación. Por el mismo motivo, la presente investigación no logró la segmentación del indicador de longevidad por género a nivel regional y, por tanto, provincial.

Otra observación importante que se debe hacer es que el IDH de las etnias de la región Norte no aparecerán segmentadas por estado. Debido a la baja densidad demográfica de las áreas rurales de esta región, la PNAD recolectó los datos —con excepción de Tocantins— solamente en las áreas urbanas. Por eso se prefirió seguir el patrón de las publicaciones del IBGE y divulgar los datos referentes a estos estados de manera global dentro de su región geográfica.

En el presente estudio se verificó que no existen estados de la Federación en los que el IDH de la población afrodescendiente o blanca sea bajo. Por el contrario, la gran mayoría de los estados se ubica en una situación de desarrollo humano medio. Sin embargo, el hecho de que la abrumadora mayoría de los estados segmentados por etnias hayan obtenido un IDH medio, no debe desconocer la existencia de evidentes desigualdades entre estos dos contingentes en esta franja. Por este motivo, se tomó la libertad de reagrupar los estados de IDH medio en cuatro bloques. De esta forma se clasificaron los IDH de los estados por etnia siguiendo la tipología indicada a continuación:

1. Población con IDH por encima de 0,800: desarrollo humano alto.

2. Población con IDH entre 0,750 y 0,799: desarrollo humano casi-alto.
3. Población con IDH entre 0,700 y 0,749: desarrollo humano medio.
4. Población con IDH entre 0,650 y 0,699: desarrollo humano medio-bajo.
5. Población con IDH entre 0,500 y 0,599: desarrollo humano casi-bajo.

Por este criterio se verificó **que en cuatro estados de la Federación** (Rio de Janeiro - RJ, São Paulo - SP, Distrito Federal - DF, Rio Grande do Sul - RS) el contingente blanco goza de una situación de desarrollo humano elevado. En ocho estados (Mato Grosso - MT, Santa Catarina - SC, Minas Gerais - MG, Mato Grosso do Sul - MS, Paraná - PR, Espírito Santo - ES, Goiás - GO y Región Norte) la situación de esta etnia es de un IDH casi-alto. Esto quiere decir que la población blanca de estos estados ya estaba alcanzando una práctica de IDH elevado. La población blanca se ubica en una situación de IDH medio en cuatro estados de la Federación (Sergipe - SE, Rio Grande do Norte - RN, Bahia - BA y Ceará - CE). En cinco estados el contingente blanco se ubica en una situación de IDH medio-bajo (Pernambuco - PE, Paraíba - PB, Alagoas - AL, Piauí - PI y Maranhão - MA). No existe estado en el que el contingente blanco quede en el escalafón IDH casi-bajo.

Así, se observa que en 19% de los estados la población blanca tiene un IDH alto, en 38% un IDH casi-alto, en 19% una práctica media, y en 23% una práctica media-baja. Así, se puede afirmar que en 57% de los estados estudiados la situación de la población blanca en Brasil era de IDH casi-alto o alto.¹⁵

En el caso de la población afrodescendiente se verificó la siguiente situación. No existe estado en el que esta población tenga un IDH elevado. En una unidad (DF), los afrodescendientes aparecen con un IDH casi-alto. En nueve estados (São Paulo - SP, Rio de Ja-

¹⁵ Cabe insistir en que por las razones metodológicas ya citadas se está considerando la Región Norte como un único estado.

neiro - RJ, Región Norte, Rio Grande do Sul - RS, Mato Grosso - MT, Mato Grosso do Sul - MS, Goiás - GO, Santa Catarina - SC, Espírito Santo - ES) los afrodescendientes tienen un IDH medio-alto. Este contingente tiene un IDH medio-bajo en ocho estados (Paraná - PR, Minas Gerais - MG, Sergipe - SE, Bahia - BA, Pernambuco - PE, Paraíba - PB, Rio Grande do Norte - RN, Ceará - CE) y en tres estados (Piauí - PI, Alagoas - AL y Maranhão - MA) el IDH afrodescendiente es casi-bajo. Los afrodescendientes de Maranhão son los últimos de la tabla nacional de clasificación del IDH y quedarían situados en la posición 129 del cuadro internacional del PNUD, del lado de Papúa Nueva-Guinea, y un puesto por encima de Zimbawe.

En términos relativos, la población afrodescendiente tendría un IDH casi-alto en 4,7% de los estados, un IDH medio en 43% de las unidades, un IDH medio-bajo en 38% de los estados y un IDH casi-bajo en 14% de las demás unidades de la Federación. Al sumar los estados donde los afrodescendientes tienen un IDH medio-bajo y casi-bajo el porcentaje alcanza 52%.

Naturalmente, estas desigualdades podrían ser leídas desde una perspectiva regional. De hecho, se verifica que el Nordeste tiende a concentrar los contingentes étnicos con IDH más bajo. De este modo, los estados de la población blanca que no tienen un IDH alto o casi-alto, quedan localizados en esta región. Este comportamiento también se manifiesta parcialmente para el contingente afrodescendiente, dado que los últimos lugares en la tabla de clasificación también son ocupados, justamente, por afrodescendientes de estados norteros.

A pesar de estas evidencias, el presente estudio lleva a concluir que el factor regional no es preponderante sobre el factor étnico en la construcción de esta desigualdad. Así, por ejemplo, no existe estado brasileño en el que los afrodescendientes tengan un IDH mayor que el de los blancos. Y esto se repite en cada uno de los indicadores que componen el IDH. En el mismo sentido, se verificó que las regiones donde las desigualdades en términos del IDH son mayores (medidas en términos de la clasificación en la tabla internacional del indicador del PNUD) son justamente en las regiones Sur (50 puestos de diferencia) y Sureste (53 puestos de diferencia). Por último, la población

afrodescendiente también tiene IDH medio-bajo en estados fuera del Nordeste, como Minas Gerais y Paraná.

Conclusiones generales

Esta investigación logró profundizar en una cuestión de suma importancia en términos de la metodología del IDH, que reside en su segmentación para los grupos étnicos. En este sentido, se cree que el presente esfuerzo consiguió producir resultados pertinentes tanto en términos metodológicos como en términos de los análisis que de él se derivan.

El proceso de segmentación del IDH por etnia demostró ser un buen instrumento de comprensión del proceso de desigualdades raciales en Brasil. Además de que este indicador sintético reforzó las incontables evidencias empíricas y teóricas en cuanto a la vulnerabilidad de la población afrodescendiente en nuestro país, el IDH, por ser un indicador de reconocimiento internacional, puede servir como un factor adicional para estimular la construcción de políticas públicas orientadas a la promoción de la ciudadanía y de los derechos económicos y sociales para la población descendiente de esclavos en Brasil.

De igual manera, la elaboración del IDG y la segmentación del IDH en los estados permitió profundizar en diversas cuestiones ya verificadas cuando se estudió el IDH segmentado por etnias en Brasil. En el caso del IDG, se verificó que las mujeres afrodescendientes y blancas de nuestro país, tal como sus congéneres en todo el mundo, tienen un IDH menor que el de los hombres afrodescendientes y blancos, respectivamente. En la misma línea, el estudio realizado demuestra cabalmente que las mujeres afrodescendientes son víctimas especialmente afectadas por el racismo y por la discriminación racial, dado que el IDG afrodescendiente se presentó claramente inferior al IDH de esta etnia como un todo.

En el caso de la segmentación por estados, se vio que las diferencias entre el IDH de los afrodescendientes y el de los blancos no pueden ser atribuidas fundamentalmente a factores regionales, aunque estas desigualdades perduran, siendo inclusive más elevadas, incluso en las unidades de la Federación más desarrolladas.

En resumen, los datos presentados en este estudio solo comprueban la hipótesis de que los problemas del racismo y del prejuicio racial, contrario a lo que dice el discurso oficial, existen en nuestro país y producen un proceso de desigualdad social perverso. La superación de este cuadro de cosas, por tanto, se plantea como un desafío para todos los brasileños(as), independientemente de sus respectivas etnias. De nuestra cualificación y voluntad política de cumplir esta tarea depende el propio futuro de una nación llamada Brasil.

Evolución de las desigualdades de color o raza en el mercado de trabajo metropolitano brasileño durante la era Lula (2003-2010)*

Introducción

El objetivo del presente artículo es la producción de un balance de los ocho años del gobierno del ex presidente Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) en términos de la evolución de las desigualdades de color o raza en el mercado de trabajo metropolitano brasileño. Este balance fue originalmente escrito para los números de febrero y marzo de 2011 del boletín electrónico *Tempo em curso*, editado mensualmente por el Laeser (www.laeser.ie.ufrj.br). Sin embargo, el presente texto forma una versión concomitantemente sintética y ampliada en relación con estos documentos anteriores.

Los indicadores que ilustran la presente contribución son los microdatos de la Pesquisa Mensal de Emprego (PME), divulgadas mensualmente por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), en su portal (www.ibge.gov.br), y tabulados por el Laeser en el banco de datos de la publicación *Tempo em curso*.

La PME recolectó información sobre el mercado de trabajo de las seis mayores regiones metropolitanas (RM) brasileñas, desde la que se ubica más al norte hasta la que se ubica más al sur: Recife (PE), Salvador (BA), Belo Horizonte (MG), Rio de Janeiro (RJ), São Paulo (SP) y Porto Alegre (RS).

Además de una breve introducción que contiene una descripción general de la evolución de algunos indicadores macroeconómicos seleccionados durante los dos mandatos de Lula, se analizará el comportamiento de los indicadores de ingreso habitual promedio del trabajo principal, de la tasa de desempleo abierto, así como los indicadores sobre la evolución de la ocupación según posición y ramo de actividad ocupacional.

Vale subrayar que en el presente texto no se está haciendo una comparación del gobierno del Partido dos Trabalhadores (PT) con los ocho años del ex presidente Fernando Henrique Cardoso. Esto se debe a un motivo limitante proveniente de la propia base de datos que fue utilizada en el presente trabajo, o sea, la PME. El hecho es que esta base de datos no contenía la variable color o raza antes de 2002, justamente el último año del gobierno *tucano*¹. En este sentido, no se pudieron captar los importantes cambios ocurridos en el país durante el intervalo 1995-2002, siendo conscientes de que el efectivo control de la hiperinflación, ocasionada por el Plano Real, tuvo efectos positivos sobre los más pobres y, ciertamente, sobre las desigualdades de color o raza.² Por tanto, el presente análisis no es adecuado para la producción de una comparación entre lo que sucedió durante el gobierno *tucano* y el gobierno del PT en términos de las desigualdades de color o raza.

También es importante destacar que en el presente esfuerzo de síntesis no hay la pretensión de establecer relaciones directas o unívocas entre el escenario macroeconómico del país en el intervalo 2003-2010 y las asimetrías de color o raza. Esto quiere decir que a pesar de ser obvio que las dos dimensiones se relacionan en cierta medida, no se buscó construir modelos explicativos específicos que correlacionaran una variable con otra.

De igual forma, por más que se reconozca que el periodo de Lula fue marcado por la expansión de algunas políticas de in-

1 Se refiere al Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB) cuyo símbolo es un tucán.

2 A este respecto véase Paixão y Carvano (2008).

clusión social para afrodescendientes por la vía de las acciones afirmativas, estas políticas, si llegaron a ser captadas por los indicadores de la PME (y sería imposible que esta no hubiera percibido al menos parte de este nuevo momento institucional vivenciado por las relaciones raciales en el país), lo fueron de forma muy sutil.

Lo que se estará discutiendo en el presente artículo, por consiguiente, es solo el ambiente económico y, de forma indirecta, el ambiente político vivido por Brasil, y cómo este escenario podría haber actuado hipotéticamente en el sentido de la ampliación o reducción de las desigualdades de color o raza en el mercado de trabajo metropolitano brasileño. El ejercicio podrá ser visto como válido en caso de estar asociado una la reflexión que considere que las políticas de promoción de la igualdad racial podrán encontrar ambientes macroeconómicos más o menos favorables a su efectividad, en una hipótesis avanzada acerca de si los ocho años del mandato de Lula podrían haber correspondido al lanzamiento de las bases de un modelo de crecimiento pro-afrodescendiente.³

Indicadores macroeconómicos seleccionados durante el periodo 2002-2010

El último año del gobierno Lula (2010), si se compara con el año inmediatamente anterior al comienzo de su mandato (2002), estuvo marcado por la mejoría de los indicadores macroeconómicos.

³ El concepto de crecimiento pro-pobre (Pro-Poor Growth) se refiere a los efectos del crecimiento económico sobre la distribución de renta en beneficio de la parte más pobre de la población. Así, considerándose que el crecimiento de la economía tiende a reducir los niveles de pobreza por cuenta del crecimiento de la renta, el mismo puede no hacerse valer para los niveles de concentración de los ingresos que pueden elevarse, dependiendo del contexto político-institucional, además de las características asumidas por el propio modelo de desarrollo. El mayor ejemplo en este sentido tal vez sea el periodo del «milagro económico brasileño», marcado justamente por la reducción de la pobreza pero también por el aumento de las asimetrías sociales (véase Rocha, 2003). Una síntesis de la literatura en lengua portuguesa sobre crecimiento pro-pobre se puede ver en Kakwani et ál. (2006) y en Salvato et ál. (2007).

Tal evolución, como habría de esperarse, acabó reflejándose sobre los datos acerca del mercado de trabajo, tema que será visto a lo largo de las próximas secciones de este artículo.

En 2002, la tasa de expansión anual real del producto interno bruto (PIB) en relación con el año anterior había sido del 2,7%, con lo que se reflejó en el cuadro general un modesto crecimiento económico del país a inicios de la década del 2000. Ocho años más tarde, en 2010, Brasil alcanzaba un crecimiento acumulado del PIB del 7,5%, la tasa más alta desde 1986. Así, el último año del mandato del expresidente Lula, el país se había recuperado de las secuelas de la crisis económica internacional que aún azotaba a muchos países, especialmente los desarrollados. Cabe destacar, de cualquier forma, que hasta el año 2008 el periodo de Lula fue marcado por un escenario económico bastante positivo, lo que trajo consigo el crecimiento de las exportaciones y una relativa tranquilidad en el mercado financiero internacional (tabla 18).

TABLA 18. Índices macroeconómicos seleccionados, Brasil 2002 y 2010

	2002	2010
Tasa Selic anual media (en %)	19,2%	9,7%
INPC anual promedio (en %)	14,7%	6,5%
Cambio anual promedio (US\$ / R\$)	3,53	1,67
Variación anual real del PIB (en %)	2,7%	7,5%
Deuda total líquida del sector público (dic. - en % del PIB)	60,4%	40,4%

Fuente: Ipeadata (www.ipeadata.gov.br). Tabulación Laeser.

La tasa Selic es el principal indicador para determinar el costo del crédito y el ingreso de las aplicaciones de renta fija⁴. Por eso el indicador se denomina tasa básica de interés de la economía. En el

4 A partir de la adopción del Sistema de Metas para la Inflación, en 1999, y el cambio para un régimen de cambio flotante, el Banco Central do Brasil pasó a determinar periódicamente una meta para la tasa Selic, usada como principal instrumento de política monetaria para el combate a la inflación.

periodo considerado hubo una reducción a la mitad de la tasa Selic, que pasó del 19,2%, en 2002, a 9,7%, en 2010. Por otro lado, a pesar de haber alcanzado en 2010 un valor por debajo de los dos dígitos, la tasa de interés practicada en Brasil seguía siendo una de las más altas del mundo, dado que las presiones inflacionarias del final del año 2010 causaron su elevación a 11,3% a inicios del año siguiente.

De cualquier forma, la reducción promedio de la tasa de interés Selic a lo largo de la década posibilitó la reducción de la deuda pública total líquida, dando señales positivas al mercado en cuanto a la capacidad del país de pagar sus deudas. Así, durante el gobierno del expresidente Lula se inició una trayectoria de caída, pasando la deuda total líquida del sector público en relación con el PIB, del 60,4% en diciembre de 2002, a 40,4% en diciembre de 2010. Así, en los ocho años de gobierno del PT, la relación deuda/PIB decreció en un 33%.

Durante los dos mandatos del expresidente Lula, la inflación logró mantenerse controlada. A pesar de las presiones inflacionarias durante el último año de gobierno, las políticas conservadoras del Banco Central contribuyeron a una reducción del índice nacional de precios al consumidor (INPC) anual promedio, que se redujo de 14,7%, en 2002, a 6,5% en 2010, expresando una reducción del 56% en el indicador.⁵

En lo que respecta a la tasa de cambio nominal, esta pasó de un promedio de R\$3,53, en 2002, a R\$1,67, en 2010. Esta valorización de la moneda nacional fue producto, entre otras razones, de la capacidad del gobierno anterior para recuperar los niveles de confianza de los inversionistas nacionales e internacionales. Por otro lado, el comportamiento del cambio, en parte, también se derivó de la crisis económica de las economías más desarrolladas, que se presentó a partir del 2008. Así, los Gobiernos de las naciones más ricas, en

5 El INPC mide la variación del coste de vida medio de las familias con ingresos mensuales entre uno y seis salarios mínimos, cuyo jefe es asalariado en su ocupación principal y residente en las áreas urbanas de las once regiones metropolitanas investigadas (Belém, Fortaleza, Recife, Salvador, Belo Horizonte, Rio de Janeiro, Curitiba, Porto Alegre, Brasília y Goiânia).

un intento por recuperar su nivel de actividad, adoptaron políticas expansionistas en términos monetarios y fiscales (o sea, intereses y gastos públicos, respectivamente), ampliando la disponibilidad de estas divisas mundialmente afuera (fundamentalmente el dólar y el euro), lo que generó su devaluación.

Es importante mencionar que este ambiente macroeconómico más favorable se asoció con políticas sociales, como la de la promoción del poder de compraventa del salario mínimo y el Programa Bolsa Família. Estas políticas, especialmente en el contexto de la crisis económica, fueron útiles en el sentido de la mitigación de los efectos de la crisis económica mundial sobre el país, puesto que animaron la demanda interna a través de la vía de los gastos de las familias.

Más allá de los indicadores macroeconómicos, es también importante mencionar que desde los años noventa, diversos autores han alertado sobre un proceso de desindustrialización del país, fenómeno especialmente evidenciado cuando se observa la pauta de exportaciones brasileñas, cada vez, más basada en la exportación de productos agrícolas y semimanufacturados, en detrimento de productos industriales de mayor valor agregado. Este proceso acompañó las transformaciones de la estructura productiva brasileña a lo largo de los últimos veinte años y corresponde al modo a través del cual el país, superando el largo periodo de vigencia de la política de sustitución de importaciones, pasó a insertarse en la nueva división internacional del trabajo. En todo caso, si tal fenómeno no se originó en el periodo del gobierno Lula, el hecho es que durante el periodo 2003-2010 puede ser entendido como una continuación de aquel fenómeno anterior.⁶ Este tema será retomado en la conclusión de este artículo.

6 Sin pretender hacer un largo listado de referencias bibliográficas sobre el reciente, e hipotético, proceso de desindustrialización de Brasil, se recomienda la lectura de Oreiro y Feijó (2010) y Negri y Alvarenga (2011); estos últimos abordan más propiamente el proceso de primarización de la pauta de exportaciones de Brasil.

Ingreso habitual promedio del trabajo principal

El ingreso promedio del trabajo principal (tabla 19) habitualmente recibido por la población económicamente activa (PEA) de las seis mayores RM brasileñas el último mes del año de 2010 fue igual a R\$1.515,13. En diciembre de 2010, el ingreso promedio del trabajo principal de la PEA blanca fue de R\$1.910,24. Ese mismo mes, la PEA metropolitana *preta* y parda obtuvo un ingreso habitual promedio de R\$1.043,17.

El ingreso promedio de los trabajadores blancos del sexo masculino en el mes de diciembre de 2010, fue de R\$2.216,59. El ingreso promedio de los trabajadores *pretos* y pardos de sexo masculino el último mes de 2010 fue de R\$1.185,66. En el contingente del sexo femenino, en diciembre de 2010 las trabajadoras blancas tuvieron un ingreso habitual promedio de R\$1.551,87. Las trabajadoras *pretas* y pardas recibieron un ingreso promedio de R\$865,03.

En diciembre de 2010 las desigualdades de color o raza entre los trabajadores blancos de ambos sexos, por un lado, y de los trabajadores *pretos* y pardos de ambos sexos, por otro, fueron del 83,1% a favor de los primeros.

Ese mismo mes de 2010, las desigualdades entre los hombres blancos y los hombres *pretos* y pardos en términos del ingreso promedio del trabajo principal fueron del 86,9%. En el contingente trabajador del sexo femenino la diferencia en la remuneración promedio del trabajo principal de la PEA blanca y de la PEA *preta* y parda llegó , en diciembre de 2010, al 79,4%.

En el mes de diciembre de 2010 el ingreso habitualmente recibido por los trabajadores blancos del sexo masculino fue 156,2% superior al mismo indicador de las mujeres *pretas* y pardas. El mismo mes, el ingreso promedio de las trabajadoras blancas era 30,9% superior al ingreso de los trabajadores *pretos* y pardos.

En diciembre de 2002, inmediatamente anterior al inicio del mandato del expresidente Lula, el ingreso habitual promedio del trabajo principal de la PEA de las seis mayores RM brasileñas, a precios de diciembre de 2010, era igual a R\$1.365,47. El último mes del mandato del gobierno del PT ese valor se había valorizado en términos reales en un 11,0%.

TABLA 19. Ingreso promedio habitualmente recibido por la PEA trabajadora, residente en las seis mayores RM, Brasil,
Dic. 2002-Dic. 2010 (en R\$ - Dic. 2010, INPC)

	Diciembre									
	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	
Hombres blancos	2.002,71	1.765,51	1.786,09	1.874,25	1.946,89	2.023,85	2.110,17	2.094,33	2.216,59	
Mujeres blancas	1.412,11	1.232,70	1.218,45	1.316,43	1.355,63	1.375,97	1.436,31	1.495,59	1.551,87	
Blancos	1.748,58	1.531,03	1.532,07	1.626,94	1.684,15	1.731,40	1.803,38	1.817,51	1.910,24	
Hombres pretos y pardos	939,73	861,38	858,31	921,54	961,14	1.019,14	1.034,19	1.082,85	1.185,66	
Mujeres pretas y pardas	654,96	611,18	609,83	649,81	674,19	721,21	774,32	789,62	865,03	
Pretos y pardos	820,79	758,79	754,31	804,56	836,70	890,77	921,17	952,39	1.043,17	
PEA total	1.365,47	1.218,79	1.213,73	1.286,33	1.323,04	1.373,32	1.419,91	1.430,44	1.515,13	

Fuente: IBGE, microdatos PME. Datos Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota 1: PEA total, incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

Nota 2: Los datos de los años 2006 y 2007 difieren levemente de los presentados en el portal del IBGE, y podrían sufrir una corrección.

Cuando el dato anterior es segmentado por grupos de color o raza, se puede observar que el periodo comprendido entre diciembre de 2002 y diciembre de 2010 fue marcado por un sensible descenso de las desigualdades de esta naturaleza. De esta forma, en el caso de la PEA metropolitana blanca ocurrió una elevación en el ingreso habitual promedio en términos reales de 9,2%. Y en el caso de la PEA metropolitana *preta* y parda, en el mismo intervalo, el mismo indicador consiguió una evolución del 27,1%, con lo que se revela que aquel lapso de tiempo fue expresamente favorable en términos de la elevación del nivel de ingreso de los trabajadores de este grupo de color o raza.

Al segmentar aquella información recién comentada por género, una vez más se podrán percibir ritmos diferentes de evolución del indicador de ingreso habitual promedio. Así, entre diciembre de 2002 y 2010, los hombres blancos obtuvieron una elevación promedio en términos reales de 12,7%. Los hombres *pretos* y pardos experimentaron una evolución positiva del 26,2%. En el contingente del sexo femenino, las trabajadoras blancas obtuvieron una elevación real en términos de sus ingresos habituales de 9,9%. En el caso de las trabajadoras *pretas* y pardas esta evolución fue de un significativo 32,1%.

Naturalmente, frente a las evoluciones asimétricas de los niveles de ingresos habituales promedio, tal como se verificó en el párrafo anterior, el periodo comprendido entre diciembre de 2002 y diciembre de 2010 fue marcado por el descenso de las desigualdades de color o raza. Así, en el último mes anterior al inicio del mandato de Lula, las desigualdades de color o raza entre blancos, por un lado, y *pretos* y pardos, por otro eran del 113,0% a favor de los primeros. Ocho años después, las diferencias entre los dos contingentes se había reducido a 83,1% a favor de los trabajadores blancos, lo que correspondió a una caída de 29,9 puntos porcentuales.

También cuando la información anterior se analiza de forma segmentada por grupos de género se encuentran descensos en las desigualdades. Así, entre diciembre de 2002 y diciembre de 2010, las desigualdades de color o raza, favorables a los trabajadores blancos del sexo masculino en comparación con los trabajadores *pretos* y pardos del mismo género, bajó de 113,1% a 86,9%, lo que representa

una reducción de 26,2 puntos porcentuales. En el caso de las mujeres, en diciembre de 2002 las blancas obtuvieron ingresos promedio 115,6% superiores a las mujeres *pretas* y pardas. Ocho años después, esta diferencia bajó a 79,4%, correspondiente a una caída de 36,2 puntos porcentuales.

En la serie de diciembre de 2002 a 2010, las diferencias de color o raza en términos del ingreso habitual promedio del trabajo principal entre blancos y *pretos* y pardos declinó entre 2002 y 2003 y volvió a elevarse entre 2003 y 2004. Desde entonces estas diferencias cayeron progresivamente hasta el periodo comprendido entre 2007 y 2008, cuando tuvieron un ligero aumento. De allí hasta 2010 las diferencias volvieron a reducirse. De este modo, en el intervalo de tiempo comprendido entre diciembre de 2002 y de 2010 se constata que el movimiento de reducción de las desigualdades de color o raza tuvo un mayor impulso y no parece razonable asociarlo a movimientos de naturaleza circunstancial.

Evolución de la tasa de desempleo

En diciembre de 2010 la tasa de desempleo abierto de la PEA de las seis mayores RM brasileñas fue del 5,3%. De hecho, este porcentaje correspondió a la menor tasa de desempleo no solamente entre el mes de diciembre de 2002 y diciembre de 2010, sino que también constituyó la tasa más baja desde que la PME alteró su metodología, entre otros cambios, incluyendo en su cuestionario básico la variable color o raza.

En lo que respecta a la PEA de color o raza blanca, la tasa de desempleo en diciembre de 2010 fue del 4,4%. La PEA de color o raza *preta* y parda llegó al mes de diciembre de 2010 presentando una tasa de desempleo del 6,3%.

La tasa de desempleo de los hombres blancos en diciembre de 2010 fue del 3,5%. En diciembre de 2010 la PEA *preta* y parda del sexo masculino presentó una tasa de desempleo igual a 4,7%. En el contingente del sexo femenino la tasa de desempleo de las mujeres blancas llegó, en diciembre de 2010, al 5,5%. Las trabajadoras *pretas* y pardas, en este mismo mes, presentaron una tasa de crecimiento del 8,2%.

Como sucedió con el indicador de ingreso, el de la tasa de desempleo también expresó las mejoras ocurridas en el mercado de trabajo metropolitano brasileño. Así, en la comparación entre los meses de diciembre de 2002 y diciembre de 2010, la PEA residente en las seis RM brasileñas de mayor tamaño presentó una disminución en la tasa de desempleo de significativos 5,2 puntos porcentuales.

En realidad, con excepción de lo ocurrido en la comparación entre los meses de diciembre de 2002 y 2003, cuando la tasa de desempleo se elevó 0,4 puntos porcentuales, desde el año 2004 este indicador descendió progresivamente, exceptuándose los años 2008 y 2009, cuando por cuenta de los efectos de la crisis económica la tasa de desempleo se estabilizó en 6,8%. En realidad, no obstante algunos rasgos, este movimiento se hizo fundamentalmente presente entre todos los grupos de color o raza y género analizados en este artículo.

Cuando la evolución de la tasa de desempleo durante el periodo de gobierno del expresidente Lula se segmentó por grupos de color o raza y género (tabla 20), se verificó que en ambos casos el indicador avanzó en el sentido de su reducción. En el caso de la PEA blanca, la caída fue de 4,7 puntos porcentuales. En el caso de la PEA *preta* y parda la reducción fue de 6,1 puntos porcentuales.

Profundizando el análisis del párrafo anterior mediante la introducción de la variable de los grupos de género, una vez más se observará que en los cuatro contingentes de color o raza y género ocurrieron visibles reducciones en la tasa de desempleo: hombres blancos en 4,3 puntos porcentuales; hombres *pretos* y pardos en 5,9 puntos porcentuales; mujeres blancas en 5,4 puntos porcentuales, y mujeres *pretas* y pardas en 6,5 puntos porcentuales.

De los indicadores anteriores, una vez más resulta evidente que el movimiento recorrido por la tasa de desempleo segmentada por grupos de color o significó de una reducción en las tradicionales brechas encontradas en el indicador. De este modo, el mes de diciembre de 2002, la tasa de desempleo de la PEA *preta* y parda de ambos sexos era 3,2 puntos porcentuales mayor a la de los blancos. Ocho años más tarde esta diferencia cayó a 1,9 puntos porcentuales.

TABLA 20. Tasa de desempleo de la PEA residente en las seis RM de mayor tamaño, Brasil, Dic. 2002-Dic. 2010 (en % de la PEA)

	Diciembre									
	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	
Hombres blancos	7,8	7,6	6,5	5,5	5,9	5,0	4,6	4,6	3,5	
Mujeres blancas	10,9	11,2	9,7	7,8	8,1	7,5	7,2	7,0	5,5	
Blancos	9,2	9,3	8,0	6,6	6,9	6,2	5,8	5,7	4,4	
Hombres pretos y pardos	10,6	10,6	8,9	8,7	8,4	7,0	6,0	6,4	4,7	
Mujeres pretas y pardas	14,7	16,6	15,7	13,4	12,6	11,7	10,6	10,2	8,2	
Pretos y pardos	12,4	13,2	11,9	10,8	10,3	9,1	8,1	8,1	6,3	
PEA total	10,5	10,9	9,6	8,4	8,4	7,4	6,8	6,8	5,3	

Fuente: IBGE, microdatos PME. Tabulación Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

La tasa de desempleo de los hombres *pretos* y pardos era, en diciembre de 2002, 2,8 puntos porcentuales superior a la de los blancos, pero aquella diferencia cayó en diciembre de 2010 a 1,2 puntos porcentuales. En el contingente del sexo femenino la tasa de desempleo de las mujeres *pretas* y pardas era superior a la de las mujeres blancas en 3,8 puntos porcentuales en diciembre de 2002. En diciembre de 2010 la distancia disminuyó a 2,7 puntos porcentuales.

De cualquier manera, a pesar de que la tabla 20 sugiere una evaluación puramente optimista, cabe recordar que durante todo el periodo de gobierno del expresidente Lula la tasa de desempleo de los *pretos* y pardos se mantuvo superior al mismo indicador entre los blancos, así como también específicamente la tasa de desempleo de las mujeres *pretas* y pardas; aunque en el último periodo haya caído por debajo del estándar del 10%, se mantuvo superior a las de los demás grupos de color o raza y género.

Ocupación según posición en la ocupación y rama de la actividad económica

En esta sección se harán comentarios específicos acerca de la evolución de los indicadores de ocupación segmentados por posiciones ocupacionales y ramas de las actividades económicas en los cuales los trabajadores se encontraban ocupados. La comparación se establecerá sobre el año inmediatamente anterior al inicio del gobierno de Lula, 2002, y el último año del mandato de este expresidente, 2010.

A continuación se hará una comparación entre la evolución de la ocupación según las categorías ocupacionales y sectores de actividad, para esto se tomará el promedio de ocupación durante el año. Por otro lado, es necesario volver a destacar que, en 2002, la PME pasó por una revisión metodológica. Así, la PME realizada según la nueva metodología solamente pasó a ser divulgada por el IBGE a partir de marzo de aquel año. Por tal razón, a diferencia de lo ocurrido en los años sucesivos, en la serie de aquel año solo están disponibles diez meses. De este modo, para garantizar la condición de comparación entre los años, el paralelo intertemporal realizado se basó en el promedio de los meses comprendidos entre marzo y diciembre, tanto para 2002 como para 2010.

Saldo de la ocupación según posición ocupacional

Entre los años 2002 y 2010 el saldo de la PEA empleada de las seis RM brasileñas de mayor tamaño correspondió a un incremento de cerca de 4,3 millones de trabajadores. La PEA de color o raza blanca presentó una evolución positiva en el número de empleados y llegó á cerca de 1,7 millones de personas, mientras que la PEA de color o raza *preta* y parda presentó un incremento de casi 2,6 millones de trabajadores. De esta forma, los *pretos* y pardos respondieron por el 60% del incremento de empleados en el periodo, lo que indica una inserción más intensiva de la PEA *preta* y parda en el mercado de trabajo metropolitano en el periodo considerado (tablas 21 y 22).

Otra información revelante sobre la evolución de la PEA metropolitana en el periodo 2002-2010 se refiere al incremento de la participación femenina. Así, las mujeres respondieron por 56,2% del saldo de la evolución de los trabajadores en el periodo. Leyendo aquella información según los grupos de color o raza, las mujeres blancas fueron responsables por 62,9% del crecimiento de la PEA trabajadora dentro de este contingente de color. Entre los *pretos* y pardos las mujeres contribuyeron en 51,7% al saldo de ocupación. Este dato expresa, por tanto, un menor ritmo de entradas de las mujeres de este último grupo de color o raza y género en la PEA empleada en relación con las blancas.

Entre 2002 y 2010, en las seis regiones metropolitanas, las posiciones en la ocupación que presentaron el mayor incremento de trabajadores fueron el empleo con contrato suscrito en el sector privado (con un saldo positivo de cerca de 3 millones de trabajadores), los trabajadores por cuenta propia (con un saldo positivo de aproximadamente 602.000 trabajadores) y los militares y funcionarios públicos del Estado (con un saldo positivo de cerca de 329.000 trabajadores). Solo los trabajadores sin remuneración presentaron un saldo negativo de ocupación en el periodo, con una baja de cerca de 101.000 trabajadores en el periodo analizado.

En lo que respecta a los grupos de color o raza, el comportamiento del saldo de trabajadores por posición de ocupación fue análogo al encontrado en la PEA total.

Así, en la PEA blanca los saldos positivos más elevados en el número de trabajadores se encuentran en el empleo con cédula de trabajo suscrita en el sector privado (incremento de 1,2 millones de trabajadores), en los militares y funcionarios públicos del Estado (incremento de 329.000 trabajadores) y en la ocupación por cuenta propia (incremento de 602.000 trabajadores).

Entre los *pretos* y *pardos* los mayores incrementos fueron registrados en el empleo con cédula de trabajo suscrita en el sector privado (saldo positivo de 1,7 millones de trabajadores), seguido por la ocupación por cuenta propia (saldo positivo de 417.000 trabajadores) y los militares y funcionarios públicos (saldo positivo de 137.000 trabajadores).

El saldo en el empleo doméstico, con y sin cédula de trabajo suscrita, fue de 224,2 mil trabajadores en todas las seis mayores RM brasileñas. De estos, el 93,8% correspondió mujeres. En el caso de la PEA blanca, el saldo del crecimiento específico del empleo doméstico fue de 69.000 trabajadores aproximadamente y, de estos, el 89,5% está constituido por mujeres. Finalmente, en el caso de la PEA *preta* y *parda*, el saldo de la ocupación en la condición de empleo doméstico fue de cerca de 157.000 trabajadores, de los cuales un 95,6% correspondía a mujeres.

En lo que respecta al empleo sin cédula de trabajo en el sector privado, en el caso de la PEA blanca, entre 2002 y 2010, fue registrado un incremento de casi 13.000 trabajadores. En la PEA *preta* y *parda* el saldo de trabajadores en esta posición ocupacional fue de más de 45.000.

En el año 2010, en promedio, la PEA trabajadora de las seis mayores RM brasileñas estaba formada por 54,7% de trabajadores del sexo masculino y por 45,3% trabajadoras del sexo femenino. Comparativamente con el año 2002, una vez más, se comprueba el largo proceso de aumento de la participación femenina de la PEA trabajadora (que, naturalmente, va más allá del periodo del mandato de Lula). Así, en el comienzo de la década del 2000, la PEA metropolitana estaba formada por un 57,3% de hombres y un 42,7% de mujeres.

TABLA 21. Promedio de empleados por posición en la ocupación, Brasil 2002 (en número de personas)

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Hombres blancos	11.335	12.548	2.584.047	849.024	108.178	60.117	382.345	1.215.102	472.974	38.027
Mujeres blancas	189.132	322.489	1.685.663	557.689	122.556	105.879	441.163	698.251	181.287	90.613
Blancos	200.467	335.037	4.269.709	1.406.713	230.734	165.996	823.508	1.913.353	654.261	128.639
Hombres pretos y pardos	16.152	22.564	1.919.718	806.951	72.878	43.084	269.066	1.000.566	164.781	33.242
Mujeres pretas y pardas	278.134	518.818	967.364	385.036	70.857	59.782	240.020	495.573	50.619	49.020

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Pretos y pardos	294.286	541.383	2.887.082	1.191.986	143.734	102.866	509.086	1.496.140	215.400	82.262
Hombres	27.562	35.426	4.538.890	1.672.294	182.373	103.616	657.096	2.239.967	654.429	72.254
Mujeres	469.172	844.584	2.677.966	951.638	196.356	167.626	688.689	1.208.704	236.819	143.378
PEA total	496.734	880.010	7.216.856	2.623.932	378.729	271.242	1.345.785	3.448.670	891.247	215.633

Fuente: IBGE, microdatos PME. Tabulación Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

TABLA 22. Promedio de ocupados por posición en la ocupación, Brasil 2010 (en número de personas)

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Hombres blancos	17.112	14.015	3.180.540	783.706	113.778	68.680	448.062	1.237.286	490.447	15.288
Mujeres blancas	211.974	361.435	2.350.148	610.035	137.015	103.196	566.766	857.384	225.259	46.392
Blancos	229.086	375.450	5.530.688	1.393.741	250.792	171.876	1.014.828	2.094.671	715.707	61.680
Hombres pretos y pardos	23.022	22.669	2.941.671	775.006	83.494	50.508	318.165	1.183.847	191.423	12.879
Mujeres pretas y pardas	346.537	600.416	1.708.541	462.559	91.382	81.139	328.171	729.986	70.127	36.855

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Pretos y pardos	369.560	623.085	4.650.212	1.237.565	174.877	131.646	646.335	1.913.833	261.550	49.734
Hombres	40.134	36.734	6.161.217	1.575.234	199.679	120.143	772.200	2.445.521	694.831	28.845
Mujeres	559.907	964.488	4.087.715	1.087.512	231.484	185.175	902.678	1.605.728	305.144	85.392
PEA total	600.041	1.001.222	10.248.931	2.662.747	431.162	305.318	1.674.878	4.051.249	999.976	114.237

Fuente: IBGE, microdatos PME. Tabulación Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

En lo que respecta a la composición de color o raza de la PEA trabajadora, en el año 2010, el 53,6% correspondía a trabajadores de color o raza blanca y el 45,5% a trabajadores de color o raza *preta* y parda. En comparación con el año 2002, el peso relativo de los blancos en la PEA trabajadora residente en las seis mayores RM cayó 3,4 puntos porcentuales, mientras que el peso relativo de la PEA *preta* y parda se elevó en 3,5 puntos porcentuales. En ambos casos, como ya se ha comentado, entre 2002 y 2010 ocurrió un avance de la presencia relativa de las mujeres en la composición de color o raza y género de la PEA trabajadora (mujeres blancas 0,03 y mujeres *pretas* y pardas 2,6 puntos porcentuales).

Cuando se analiza la evolución de la composición de color o raza de las diferentes formas de ocupación se ve que las alteraciones ocurridas se dieron, fundamentalmente, en el entorno de las alteraciones observadas en la composición de color o raza de la PEA trabajadora como un todo.

Así, entre 2002 y 2010 el peso relativo de los trabajadores blancos presentó una invariable reducción, medida en puntos porcentuales, en las siguientes posiciones ocupacionales: ocupación sin remuneración (en 5,7); empleo con cédula de trabajo en el sector privado (en 5,2); empleo en el sector público sin cédula de trabajo (en 4,9); en la ocupación por cuenta propia (en 3,8); empleo en el sector público con cédula de trabajo (en 2,8); de los empleados domésticos con cédula de trabajo (en 2,2); como empleador (1,8); empleo sin cédula de trabajo en el sector privado (en 1,3); empleados domésticos sin cédula de trabajo (en 0,6) y en la condición de funcionario público del Estado y militar (en 0,6).

En el caso de los trabajadores *pretos* y pardos, alternativamente, al medir su peso relativo dentro de las diferentes modalidades de posición en la ocupación, se verificó entre 2002 y 2010 un invariable aumento de su presencia en las siguientes proporciones: ocupación sin remuneración (en 5,4); empleo con cédula de trabajo en el sector privado (en 5,4); empleo en el sector público sin cédula de trabajo (en 5,2); en la ocupación por cuenta propia (3,9); empleo en el sector público con cédula de trabajo (en 2,6); de los empleados domésticos con cédula de trabajo (en 2,3); como empleador (2,0); empleo sin cédula de trabajo en el sector

privado (en 1,0); empleados domésticos sin cédula de trabajo (en 0,7), y en la condición de funcionario público del Estado y militar (en 0,8).

A partir de estas proporciones se puede ver que las alteraciones, en términos de la composición de color o raza dentro de las diferentes modalidades de posición en la ocupación, ocurrieron de la mano, fundamentalmente, de las alteraciones ocurridas en términos del crecimiento de la presencia proporcional de los trabajadores *pretos* y pardos en la PEA como un todo. Así, tal vez el ejemplo más ilustrativo sea lo que ocurrió con la posición del empleo doméstico con y sin cédula de trabajo, condición en la cual, del total de trabajadores, las mujeres *pretas* y pardas correspondían a un 57,9% en 2002 y a un 59,1% en 2010.

Frente a estas constataciones, lo que se puede concluir es que en el periodo entre 2002 y 2010, desde el punto de vista de los ingresos del trabajo, se fue dando un descenso progresivo de las desigualdades de color o raza; en lo que respecta a la composición de color o raza y género de las posiciones ocupacionales, estas permanecen fundamentalmente iguales durante aquel intervalo de ocho años.

En el año 2002 la tasa de formalización del mercado de trabajo metropolitano brasileño (aquí entendido como correspondiente al peso relativo de la suma de los empleados con cédula de trabajo en el sector privado, empleados públicos con cédula de trabajo, empleados públicos del Estado y militares, así como empleadores sobre la PEA ocupada total) era del 55,3%. El mismo indicador, en 2010, se elevó a 60,4%, expresando una mejoría en la calidad del mercado de trabajo del país a lo largo de la primera década del 2000.

Coherentemente, el peso relativo de las ocupaciones informales (peso relativo, sobre la PEA ocupada total, de la suma de los empleados domésticos con y sin cédula de trabajo, empleados sin cédula de trabajo en el sector público y en el sector privado, los trabajadores por cuenta propia y los ocupados sin remuneración) se redujo del 44,6% en 2002 al 39,5% en 2010.

En el mismo periodo, en la PEA trabajadora blanca de ambos sexos el peso de las ocupaciones formales se elevó 4,5 puntos porcentuales (del 59% al 63,4%). En la PEA trabajadora *preta* y parda de ambos sexos la tasa de formalización se elevó 6,7 puntos porcentuales (del 50,3% al 57,0%).

Entre 2002 y 2010, en la PEA del sexo masculino, el peso de las ocupaciones formales se elevó 4,6 puntos porcentuales entre los trabajadores blancos y 7,3 puntos porcentuales entre los trabajadores *pretos* y pardos. En la PEA del sexo femenino la tasa de formalización se elevó 4,7 puntos porcentuales entre las trabajadoras blancas y 6,7 puntos porcentuales entre las trabajadoras *pretas* y pardas.

Por tanto, a lo largo de los dos mandatos del expresidente Lula se pudo identificar una mejoría de los vínculos de la población residente en las RM al mercado del trabajo, acompañada de un movimiento de reducción de las desigualdades de color o raza en lo que respecta al grado de formalización.

De esta forma, entre 2002 y 2010 la distancia entre la tasa de formalización de la PEA trabajadora blanca de ambos sexos y de la PEA trabajadora *preta* y parda, medida en puntos porcentuales, pasó de 8,7 a 6,5. Entre los trabajadores del sexo masculino, en el mismo periodo, las desigualdades de color o raza se redujeron de 6,1 a 3,4, mientras que en la PEA trabajadora del sexo femenino la distancia entre el indicador de las blancas y de las *pretas* y pardas pasó de 12,6 a 10,6.

Cuando se analizan las distribuciones de las posiciones ocupacionales dentro de cada grupo de color o raza entre 2002 y 2010 (tablas 23 y 24), se observa que, en aquel intervalo, el empleo con cédula de trabajo suscrita en el sector privado fue la posición en la ocupación que aumentó su presencia relativa en todos los grupos de color o raza y género. De este modo, midiendo el incremento relativo en puntos porcentuales, se tiene que en blancos del sexo masculino aumentó 4,9; en *pretos* y pardos del sexo masculino 8,4; en mujeres blancas fue de 4,6 y en mujeres *pretas* y pardas alcanzó los 7,3; en blancos de ambos sexos ascendió hasta 4,6 y en *pretos* y pardos de ambos sexos fue 7,6.

Las demás condiciones en la ocupación no registraron variaciones de gran intensidad, con lo que el peso relativo de las diferentes posiciones en la ocupación dentro de la PEA entre 2002 y 2010 permaneció prácticamente inalterado.

En aquel intervalo, medido en la PEA blanca de ambos sexos la participación relativa del empleo sin cédula de trabajo en el sector

privado declinó 2,1%; la ocupación por cuenta propia declinó 1,2%; la ocupación sin remuneración declinó 0,7%; el empleador declinó 0,4%; el empleo doméstico sin cédula de trabajo declinó 0,1%; el empleo público con o sin cédula de trabajo declinó 0,2%. En este mismo contingente, el empleo doméstico con cédula de trabajo se mantuvo inalterado y los funcionarios públicos del Estado y militares se elevaron en 0,4%.

Entre 2002 y 2010, en la PEA *preta* y parda de ambos sexos, el empleo sin cédula de trabajo tuvo una reducción relativa de 3,7 puntos porcentuales. En las demás **posiciones referentes en la ocupación**, igualmente ocurrieron caídas en las participaciones relativas, pero con menor intensidad. En puntos porcentuales: empleo doméstico sin cédula de trabajo, 1,1; ocupación por cuenta propia, 1; ocupación sin remuneración, 0,6; funcionario público estatal o militar, 0,4; empleador, 0,3; empleo doméstico con cédula de trabajo, 0,3; empleo en el sector público con cédula de trabajo, 0,2, y empleo en el sector público sin cédula de trabajo, 0,1.

En ambos grupos de color o raza, por consiguiente, el aumento del empleo con cédula de trabajo en el sector privado se dio, principalmente asociado a la suma de la pequeña reducción relativa ocurrida en la mayoría de las demás posiciones en la ocupación.

El aumento relativo del empleo en el sector privado con cédula de trabajo fue mayor entre la PEA trabajadora *preta* y parda, explicando la reducción en las desigualdades de la tasa de formalización entre los grupos de color o raza entre 2002 y 2010. Este movimiento pareció estar relacionado también con la caída en el porcentual de empleados sin cédula de trabajo, que se dio con más intensidad entre los trabajadores *pretos* y pardos que entre los trabajadores blancos.

De otro lado, entre 2002 y 2010 la distribución relativa de las demás formas de posición en la ocupación se mantuvo inalterada. Ese indicador, una vez más, muestra una fundamental preservación en el perfil del estatus ocupacional en el que los diferentes grupos de color o raza se encuentran ocupados en el mercado del trabajo de las seis mayores RM brasileñas.

TABLA 23. Distribución del promedio de trabajadores por posición en la ocupación, Brasil 2002 (en % de la posición en la ocupación)

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Hombres blancos	0,2	0,2	45,1	14,8	1,9	1,0	6,7	21,2	8,2	0,7
Mujeres blancas	4,3	7,3	38,3	12,7	2,8	2,4	10,0	15,9	4,1	2,1
Blancos	2,0	3,3	42,1	13,9	2,3	1,6	8,1	18,9	6,5	1,3
Hombres pretos y pardos	0,4	0,5	44,1	18,5	1,7	1,0	6,2	23,0	3,8	0,8
Mujeres pretas y pardas	8,9	16,6	31,0	12,4	2,3	1,9	7,7	15,9	1,6	1,6

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Pretos y pardos	3,9	7,2	38,7	16,0	1,9	1,4	6,8	20,0	2,9	1,1
Hombres	0,3	0,3	44,6	16,4	1,8	1,0	6,4	22,0	6,4	0,7
Mujeres	6,2	11,1	35,3	12,5	2,6	2,2	9,1	15,9	3,1	1,9
PEA total	2,8	4,9	40,6	14,8	2,1	1,5	7,6	19,4	5,0	1,2

Fuente: IBGE, microdatos PME. Tabulación Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

TABLA 24. Distribución del promedio de trabajadores por posición en la ocupación, Brasil 2010 (en % de la posición en la ocupación)

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Hombres blancos	0,3	0,2	49,9	12,3	1,8	1,1	7,0	19,4	7,7	0,2
Mujeres blancas	3,9	6,6	42,9	11,1	2,5	1,9	10,4	15,7	4,1	0,8
Blancos	1,9	3,2	46,7	11,8	2,1	1,5	8,6	17,7	6,0	0,5
Hombres pretos y pardos	0,4	0,4	52,5	13,8	1,5	0,9	5,7	21,1	3,4	0,2
Mujeres pretas y pardas	7,8	13,5	38,3	10,4	2,1	1,8	7,4	16,4	1,6	0,8

	Empleo doméstico formalizado	Empleo doméstico no formalizado	Empleo formalizado en el sector privado	Empleo no formalizado en el sector privado	Empleo formalizado en el sector público	Empleo no formalizado en el sector público	Militar o funcionario público del Estado	Ocupación por cuenta propia	Empleador	Sin remuneración
Pretos y pardos	3,7	6,2	46,2	12,3	1,7	1,3	6,4	19,0	2,6	0,5
Hombres	0,3	0,3	51,0	13,0	1,7	1,0	6,4	20,3	5,8	0,2
Mujeres	5,6	9,6	40,8	10,9	2,3	1,8	9,0	16,0	3,0	0,9
PEA total	2,7	4,5	46,4	12,1	2,0	1,4	7,6	18,3	4,5	0,5

Fuente: IBGE, microdatos PME. Tabulación Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

Ocupación según rama de la actividad económica

La división de las siete ramas de actividad presentada en este estudio fue realizada a partir de la variable derivada contenida en la propia base de datos de la PME/IBGE, que por su parte es una síntesis de las 21 ramas contenidas en la Classificação Nacional de Atividades Econômicas (CNAE), fundada en la metodología de este mismo órgano. Así, en el título de cada columna de las tablas 25 y 26 están contenidas las siguientes actividades:

- Industria: personas trabajadoras la semana de referencia en la industria extractiva y de transformación, producción y distribución de electricidad, gas y agua en el trabajo principal.
- Construcción: personas trabajadoras la semana de referencia en la construcción en el trabajo principal.
- Comercio: personas trabajadoras la semana de referencia en el comercio, reparación de vehículos automotores y de objetos personales y domésticos, y comercio al por menor de combustibles en el trabajo principal.
- Intermediación financiera, etc.: personas trabajadoras la semana de referencia en la intermediación financiera y actividades inmobiliarias, arriendos y servicios prestados a la empresa en el trabajo principal.
- Administración pública: personas trabajadoras la semana de referencia en la administración pública, defensa, seguridad social, educación, salud y servicios sociales en el trabajo principal.
- Servicios domésticos: personas trabajadoras la semana de referencia en los servicios domésticos en el trabajo principal.
- Otros servicios y actividades: personas trabajadoras la semana de referencia en otros servicios y en otras actividades en el trabajo principal.

Igualmente, se aclara al lector que los indicadores señalados abajo se refieren solamente a la PEA trabajadora sin cubrir por tanto, la parte de la PEA que se encuentra en situación de desempleo.

En el año 2010 los blancos participaban, relativamente, dentro del contingente trabajador en una proporción superior a su participación en la PEA trabajadora en las ramas de la administración pú-

blica (60,7%), intermediación financiera (60,3%) e industria (55,8%). Aunque con participación relativa inferior a su peso en la PEA trabajadora, la presencia relativa de trabajadores blancos era mayoritaria en los sectores del comercio (53,0%) y de los otros servicios y actividades (52,3%). Finalmente, su presencia relativa era inferior a la mitad del contingente trabajador en la construcción (39,7%) y en los servicios domésticos (37,8%).

Para el año 2010 la presencia relativa de *pretos* y pardos en la PEA ocupada de las diferentes ramas de actividad económica era superior a su presencia en la PEA trabajadora como un todo, justamente, en la construcción (59,7%) y en los servicios domésticos (62,0%). La presencia relativa de *pretos* y pardos era inferior a la mitad, pero superior a su presencia relativa en la PEA trabajadora en el comercio (46,1%) y en los otros servicios y actividades (47,0%). La PEA *preta* y parda tenía presencia relativa inferior a su presencia relativa en la PEA trabajadora como un todo en los sectores de la administración pública (38,3%), de la intermediación financiera (38,6%) y de la industria (43,2%).

Otro indicador interesante para ser analizado se refiere al saldo del número de trabajadores dentro del intervalo 2002-2010. Una vez más, se comprende como saldo de trabajador, el número de trabajadores que pasaron a ocuparse en una determinada rama de actividad, restado del número de trabajadores que dejaron de ocuparse en la misma rama. Naturalmente, este indicador combina los ya comentados aspectos demográficos con aspectos económicos. En este último caso, el indicador reflejaría los diferentes dinamismos de las diversas ramas de actividad económica y su correspondiente capacidad generadora de ocupaciones.

Entre 2002 y 2010 el mayor saldo en la ocupación se dio en las actividades de intermediación financiera, etc., con un crecimiento de cerca de 1,1 millones de personas (crecimiento del 48,2%). Luego aparecen los otros servicios y actividades (saldo de cerca de 935.000 personas, con crecimiento del 30,3%); administración pública (saldo de aproximadamente 747.000 personas, con crecimiento del 26,2%); industria (saldo de cerca de 547.000 personas, con crecimiento del 17,5%); comercio (saldo de alrededor de 455.000

TABLA 25. Promedio de trabajadores por rama de actividad, Brasil 2002 (en número de personas)

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios domésticos	Otros servicios y actividades
Hombres blancos	1.234.435	550.366	1.274.840	920.946	658.688	23.883	1.072.289
Mujeres blancas	664.922	47.868	814.809	575.511	1.143.478	511.621	641.778
Blancos	1.899.357	598.234	2.089.649	1.496.456	1.802.166	535.504	1.714.068
Hombres pretos y pardos	801.319	722.410	988.908	523.694	424.215	38.717	850.718
Mujeres pretas y pardas	392.819	31.785	557.448	246.786	599.660	796.952	491.504
Pretos y pardos	1.194.138	754.195	1.546.356	770.480	1.023.875	835.669	1.342.222
Hombres	2.055.844	1.277.606	2.291.995	1.462.588	1.093.483	62.987	1.942.264
Mujeres	1.067.467	80.891	1.386.584	835.884	1.762.423	1.313.756	1.144.999
PEA total	3.123.312	1.358.497	3.678.579	2.298.472	2.855.905	1.376.743	3.087.263

Fuente: IBGE, microdatos PME. Datos Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

TABLA 26. Promedio de trabajadores por rama de actividad, Brasil 2010 (en número de personas)

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios domésticos	Otros servicios y actividades
Hombres blancos	1.287.732	605.468	1.237.927	1.192.767	773.889	31.126	1.240.684
Mujeres blancas	759.120	53.351	951.582	861.604	1.411.477	573.385	861.856
Blancos	2.046.851	658.819	2.189.508	2.054.371	2.185.366	604.511	2.102.540
Hombres pretos y pardos	1.037.699	952.340	1.120.142	804.606	520.411	45.691	1.122.920
Mujeres pretas y pardas	548.406	39.127	784.731	510.188	861.310	946.953	766.217
Pretos y pardos	1.586.105	991.467	1.904.873	1.314.793	1.381.721	992.644	1.889.137
Hombres	2.348.081	1.565.900	2.379.935	2.018.133	1.307.937	76.867	2.379.489
Mujeres	1.322.519	93.785	1.753.763	1.387.312	2.295.156	1.524.371	1.642.304
PEA total	3.670.599	1.659.685	4.133.698	3.405.445	3.603.094	1.601.238	4.021.793

Fuente: IBGE, microdatos PME. Datos Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota 1: PEA total incluye a amarillos, indígenas y color ignorado.

Nota 2: promedio de los meses de marzo a diciembre para mantener comparabilidad con el año 2002.

personas, con crecimiento del 12,4%); construcción (saldo de cerca de 301.000 personas, con crecimiento del 22,2%) y servicios domésticos (saldo de 224.000 personas, aproximadamente, con crecimiento del 16,3%).

En el caso de los trabajadores blancos de ambos sexos, los mayores saldos en términos de la ocupación por rama de actividad fueron: intermediación financiera, etc. (en cerca de 558.000 personas, 37,3%); otros servicios y actividades (388.000 personas, aproximadamente, 22,7%); administración pública (en cerca de 383.000 personas, 21,3%); industria (alrededor de 147.000 personas, 7,8%); comercio (en cerca de 100.000 personas, 4,8%); servicios domésticos (aproximadamente 69.000 personas, 12,9%) y construcción (en cerca de 61.000 personas, 10,1%).

En el contingente de los trabajadores *pretos* y pardos de ambos sexos los mayores saldos en términos de la ocupación se dieron en las siguientes ramas de actividad: otros servicios y actividades (en cerca de 547.000 personas, 40,7%); intermediación financiera, etc. (en cerca de 544.000 personas, 70,6%); industria (aproximadamente 392.000 personas, 32,8%); comercio (en cerca de 359.000 personas, 23,2%); administración pública (alrededor de 358.000 personas, 35,0%); construcción (en 237.000 personas, 31,5%) y servicios domésticos (en cerca de 157.000 personas, 18,8%).

Considerando el saldo de la PEA metropolitana trabajadora en el periodo 2002-2010, se observa que el 60,0% de este crecimiento fue generado por el incremento dado por los trabajadores y trabajadoras *pretos* y pardos, 29,0% y 31,0%, respectivamente. La contribución dada por los trabajadores y trabajadoras blancas en el saldo de la PEA metropolitana trabajadora fue del 39,5% (hombres 14,7% y mujeres 24,8%).

En el saldo de las ocupaciones segmentado por ramas de actividad económica se observa que los *pretos* y pardos respondieron por el crecimiento en 78,8% de las ocupaciones en la construcción y en el comercio, por 71,6% de las ocupaciones en la industria y por 69,9% de las ocupaciones en el servicio doméstico. En este último caso, las mujeres *pretas* y pardas respondieron por 66,8% del saldo de las ocupaciones en esta rama. Vale destacar que en todos estos

casos la contribución relativa de los *pretos* y pardos en el aumento del número de trabajadores se dio en una proporción superior a la de su contribución en el aumento del número de trabajadores como un todo (60,0%, como se anotó anteriormente). En los sectores de la intermediación financiera, etc. y de la administración pública la contribución relativa de los *pretos* y pardos en el crecimiento del saldo de trabajadores fue, respectivamente, 50,4% y 51,3%.

Los trabajadores blancos contribuyeron al crecimiento del saldo del número de trabajadores en 51,3% en la administración pública, en 50,4% en las actividades de intermediación financiera, etc. y en 41,6% en los otros servicios y actividades. En estas tres ramas la contribución relativa de las personas de este grupo de color o raza al crecimiento de la PEA trabajadora se dio en una proporción superior a la de su contribución en la elevación de la PEA trabajadora como un todo. En las demás ramas de actividad esta contribución se dio en una proporción inferior: servicios domésticos 30,7%; industria 27,0%; comercio 21,9% y construcción 20,1%.

Considerando las diferentes contribuciones de los grupos de color o raza en el saldo de las ocupaciones por rama de actividad económica en el periodo 2002-2010, como resultante ocurrió un proceso de cambio de la composición de color o raza de estos diferentes sectores. Así, en aquel intervalo la presencia de los trabajadores blancos declinó, relativamente, un 5,0% en la industria, un 4,8% en la intermediación financiera, un 4,3% en la construcción, un 3,2% en los otros servicios y actividades, un 2,5% en la administración pública y un 1,1% en los servicios domésticos.

En concordancia con lo anterior, la presencia relativa de los trabajadores *pretos* y pardos en las diferentes ramas de actividad creció de forma casi perfectamente correspondiente al descenso de los trabajadores blancos en los mismos sectores. Así, este crecimiento relativo fue del 5,1% en la intermediación financiera, del 5,0% en la industria, del 4,2% en la construcción, del 4,0% en el comercio, del 3,5%, en los otros servicios y actividades, del 2,5% en la administración pública y del 1,3% en los servicios domésticos.

Otro dato igualmente interesante para ser analizado se refiere al modo a través del cual los diferentes grupos de color o raza y género se distribuyen por ramas de actividad económica (tablas 27 y 28). El lector debe prestar atención a la diferencia de este indicador en relación con el mencionado inmediatamente arriba, que se dedicó a comentar la distribución de color o raza y género de las diferentes ramas de actividad.

En el 2010 la PEA metropolitana trabajadora se distribuía de la siguiente forma: comercio 18,7%; otros servicios y actividades 18,2%; industria 16,6%; administración pública 16,3%; intermediación financiera, etc., 15,4%; construcción 7,5% y servicios domésticos 7,2%.

En el contingente de color o raza blanca la PEA metropolitana trabajadora estaba distribuida de la siguiente manera: administración pública y comercio 18,5%; otros servicios y actividades 17,8%; industria e intermediación financiera, etc., 17,3%; construcción y servicios domésticos 5,1%.

El contingente trabajador de color o raza *preta* y parda, por su parte, estaba distribuido en los siguientes porcentajes: comercio 18,9%; otros servicios y actividades 18,8%; industria 15,8%; administración pública 13,7%; intermediación financiera, etc., 13,1%; construcción y servicios domésticos 9,9%.

Al analizar estas diferentes distribuciones, se verifica que en el 2010 los trabajadores blancos, comparativamente con los trabajadores *pretos* y pardos, presentaban mayor peso relativo en los sectores de la administración pública en (4,7%) intermediación financiera, etc. en (4,3%) e industria en (1,5%) a su vez, los trabajadores *pretos* y pardos, comparativamente con los trabajadores blancos, presentaban mayor probabilidad de ocuparse en el servicio doméstico en (4,8%) en el sector de la construcción en (4,3%); en el de otros servicios y actividades (en 1,0%) y en el comercio (en 0,4%).

A continuación se verán los tres principales campos de ocupación durante el año 2010 para los grupos de color o raza y género. Debido a su naturaleza extremadamente heterogénea, en la jerarquización será excluido el sector de otros servicios y actividades.

Entre los hombres blancos las tres principales ramas de actividad en términos de ocupación fueron: industria (20,2%); comercio (19,4%) e intermediación financiera, etc, (18,7%). Entre los hombres *pretos* y pardos, los tres principales campos de ocupación fueron: comercio (20,0%); industria (18,5%) y construcción (17%).

En el contingente de las mujeres blancas trabajadoras las tres principales ramas de actividad en términos ocupacionales fueron: administración pública (25,8%); comercio (17,4%) e intermediación financiera, etc, (15,7%). En el grupo de las trabajadoras *pretas* y pardas los tres principales sectores en términos del número de ocupaciones fueron: servicios domésticos (21,2%); administración pública (19,3%) y comercio (17,6%).

A lo largo del intervalo 2002-2010 la PEA trabajadora se redistribuyó, con ello que se amplió la importancia de la intermediación financiera (2,5%), de otros servicios y actividades (0,8%) y de la administración pública (0,2%). Por otro lado, perdieron peso relativo en el total de trabajadores: el comercio (2,0%), la industria (1,0%), los servicios domésticos (0,5%) y la construcción (0,1%).

En el mismo intervalo de tiempo, en la distribución de los trabajadores blancos por rama de actividad ocurrió un aumento de la participación relativa en la intermediación financiera, etc, (2,6%), de otros servicios y actividades (0,8%) y de la administración pública (0,7%). En los demás sectores se dio un declive de la importancia relativa como campo de ocupación para los trabajadores de este grupo de color o raza: en comercio (2,1%); en industria (1,5%); en construcción (0,3%); en servicios domésticos (0,2%).

En la PEA metropolitana trabajadora de color o raza *preta* y parda se dio, entre 2002 y 2010, una elevación de la importancia relativa de la ocupación en las ramas de la intermediación financiera (2,8%) y de otros servicios y actividades (0,8%). En este mismo grupo percibieron reducciones relativas como campo ocupacional las ramas del comercio (1,8%); del servicio doméstico (1,3%) y de la industria y construcción (en ambos casos 0,2%). Al contrario de lo ocurrido entre los trabajadores blancos, el peso relativo de *pretos* y pardos en la administración pública se mantuvo igual, tanto en 2002 como en 2010: 13,7%.

TABLA 27. Distribución del promedio de trabajadores por rama de actividad, Brasil 2002 (en % de la rama de actividad)

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios domésticos	Otros servicios y actividades
Hombres blancos	21,5	9,6	22,2	16,1	11,5	0,4	18,7
Mujeres blancas	15,1	1,1	18,5	13,1	26,0	11,6	14,6
Blancos	18,7	5,9	20,6	14,8	17,8	5,3	16,9
Hombres <i>pretos</i> y pardos	18,4	16,6	22,7	12,0	9,8	0,9	19,6
Mujeres <i>pretas</i> y pardas	12,6	1,0	17,9	7,9	19,2	25,6	15,8

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios do- mésticos	Otros servicios y actividades
Pretos y pardos	16,0	10,1	20,7	10,3	13,7	11,2	18,0
Hombres	20,2	12,5	22,5	14,4	10,7	0,6	19,1
Mujeres	14,1	1,1	18,3	11,0	23,2	17,3	15,1
PEA total	17,6	7,6	20,7	12,9	16,1	7,7	17,4

Fuente: IBGE, microdatos PME. Datos Laeser (banco de datos *Tempo en Curso*).

Nota 1: PEA total incluye amarillos, indígenas y color ignorado.

Nota 2: promedio de los meses de marzo a diciembre para poder establecer comparación con el año 2002.

TABLA 28. Distribución del promedio de trabajadores por rama de actividad, Brasil 2010 (en % de la rama de actividad)

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios do- mésticos	Otros servicios y actividades
Hombres blancos	20,2	9,5	19,4	18,7	12,1	0,5	19,5
Mujeres blancas	13,9	1,0	17,4	15,7	25,8	10,5	15,7
Blancos	17,3	5,6	18,5	17,3	18,5	5,1	17,8
Hombres <i>pretos</i> y <i>pardos</i>	18,5	17,0	20,0	14,4	9,3	0,8	20,0
Mujeres <i>pretas</i> y <i>pardas</i>	12,3	0,9	17,6	11,4	19,3	21,2	17,2

	Industria	Construcción	Comercio	Intermediación financiera, etc.	Administración pública	Servicios do- mésticos	Otros servicios y actividades
Pretos y pardos	15,8	9,9	18,9	13,1	13,7	9,9	18,8
Hombres	19,4	13,0	19,7	16,7	10,8	0,6	19,7
Mujeres	13,2	0,9	17,5	13,8	22,9	15,2	16,4
PEA total	16,6	7,5	18,7	15,4	16,3	7,2	18,2

Fuente: IBGE, microdatos PME. Datos Laeser (banco de datos *Tempo em Curso*).

Nota 1: PEA total incluye a amarillos, indígenas y color ignorado.

Nota 2: promedio de los meses de marzo a diciembre para poder establecer comparación con el año 2002.

En ese mismo periodo, entre los hombres blancos ocurrió una ampliación relativa de la ocupación en la intermediación financiera, etc, (2,7%); en otros servicios y actividades (0,8%); en la administración pública (0,7%) y en los servicios domésticos (0,1%). Tuvieron caída relativa en este grupo de color o raza o género las ramas del comercio (2,8%), industria (1,3%) y construcción (0,1%).

En el contingente de los hombres *pretos* y pardos la distribución de la ocupación se orientó hacia la ampliación de la importancia relativa de la intermediación financiera, etc, (2,3%); de los otros servicios y actividades (0,5%); de la construcción (0,4%) y de la industria (0,1%). En este contingente perdieron peso relativo como campo de ocupación las ramas del comercio (2,7%); de la administración pública (0,5%) y de los servicios domésticos (0,1%).

En el intervalo 2002-2010 en el grupo de las mujeres blancas trabajadoras ocurrió una ampliación del peso relativo de la intermediación financiera, etc, (2,7%) y de los otros servicios y actividades (1,2%). En las demás ramas se dieron reducciones en la importancia relativa en el total de las ocupaciones: industria (1,2%); comercio y servicio doméstico (1,1%); administración pública (0,2%); construcción (0,1%).

En la PEA metropolitana trabajadora del sexo femenino de color o raza *preta* y parda ocurrió, en el mismo intervalo de tiempo, una ampliación del peso relativo de la intermediación financiera (3,5 %); de los otros servicios y actividades (1,4%) y de la administración pública (0,1%). Perdieron peso relativo en este grupo las ocupaciones en las ramas del servicio doméstico (4,3%); industria y comercio (0,3%) y de la construcción (0,1%).

Comentarios finales

Conforme se mencionó en la introducción, el objetivo de este artículo consistió un análisis de los ocho años comprendidos durante el mandato del expresidente Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) en términos de sus efectos sobre las desigualdades de color o raza en el acceso al mercado del trabajo metropolitano brasileño.

De hecho, parece inequívoco que el periodo analizado trajo diversas alteraciones en el perfil del dicho mercado, especialmente en términos del ingreso promedio habitual del trabajo principal,

que se orientó a su incremento, y de las tasas de desempleo e informalidad, que se orientaron hacia su reducción. En el contexto de este proceso se puede verificar un hipotéticamente inédito movimiento de declive de las reducciones de las desigualdades de color o raza, bien sea midiendo en términos del ingreso habitual promedio del trabajo o midiendo a partir de los indicadores de desempleo e informalidad.

Este tipo de movimiento podría sugerir que el periodo correspondiente al mandato del expresidente Lula podría haber sido marcado por algo que la literatura económica contemporánea ha clasificado como *Pro-Poor-Growth*, o crecimiento pro-pobre. En este caso, el modelo de crecimiento adoptado por un determinado país se traduciría justamente en elevadas tasas de crecimiento acompañadas por la reducción de la tasa de pobreza o indigencia, así como por la reducción de las desigualdades sociales. Adaptando esta conceptualización para el eje del presente análisis, podría aventurarse la hipótesis de que Brasil estaría caminando hacia de un modelo que podría ser clasificado como *Pro-Afrodescendant-Growth* (crecimiento pro-afrodescendiente).

En un acercamiento más detallado sobre el modo de inserción de los grupos de color o raza por ramas de actividad económica a lo largo de este periodo, habría motivos adicionales para suponer que se estaría caminando en esta dirección.

Así, el hecho de que se diera un aumento más que proporcional de trabajadores *pretos* y *pardos* en el sector industrial (32,8%, frente a 14,2% de los trabajadores blancos) sugiere que tal proceso se habría dado de la mano la nueva inserción de la economía brasileña en la economía mundial, y se habría visto influenciado por el crecimiento del mercado interno brasileño y el proceso de un ya comprobado aumento del poder adquisitivo del sector más pobre de la población residente. Igualmente, el mayor ritmo de crecimiento de la ocupación de los *pretos* y *pardos*, comparativamente con los blancos, en la construcción (crecimiento respectivo en la ocupación del 31,5% y del 10,1%); en el comercio (del 23,2% y del 4,8%); en la intermediación financiera, etc, (del 70,6% y del 21,3%) y en la administración pública (del 35,0% y del 21,3%), también refuerza

esta hipótesis. En la misma dirección podría ser mencionada la reducción del peso relativo de los servicios domésticos en el seno del contingente *preto* y pardo trabajador, especialmente entre las personas de sexo femenino.

Seguramente sería precipitado avanzar en este acercamiento en el presente momento, no solo por una cuestión de espacio disponible para esto, sino por el hecho de que la PME tal vez no sea una base de datos suficientemente amplia, desde el punto de vista de su cobertura geográfica, para permitir la comprobación de semejante suposición. Pero, de cualquier manera, esta reflexión puede sugerir importantes consecuencias analíticas futuras.

Por otra parte, en contra de la hipótesis de que simple y llanamente podría identificarse en el periodo del mandato del expresidente Lula un modelo de crecimiento pro-afrodescendiente, se pueden mencionar dos cosas.

En primer lugar, percíbase que las transformaciones recientes en la forma de inserción de la economía brasileña en la economía mundial no deben ser leídas en un sentido positivo. Se sabe que en las dos últimas décadas la pauta de exportaciones brasileñas representó un crecimiento del sector exportador de *commodities* en detrimento de los productos manufacturados y que la economía brasileña se orientó hacia la ampliación de la participación de la importación de los componentes de mayor sofisticación tecnológica. Así, la cuestión que emerge es si sería propiamente razonable considerar como positiva la mayor inserción de los *pretos* y pardos tanto en la industria como en las demás ramas, justamente dentro de este contexto. O, dicho de otra forma, ¿será que los procesos redistributivos —tanto socialmente como en términos de color o raza— necesitarían darse en un contexto de primarización de la estructura productiva brasileña?

En segundo lugar, a pesar de todos los avances obtenidos en un periodo reciente las formas de inserción de los grupos de color o raza en el mercado de trabajo brasileño siguen siendo pronunciadamente desiguales. Así, recuperando algunos indicadores analizados anteriormente, el hecho es que incluso en el nuevo escenario los blancos todavía respondían por el contingente mayoritario en las ramas de

actividades de la administración pública (60,7%); intermediación financiera (60,3%) e industria (55,8%), mientras que los *pretos* y pardos siguen siendo predominantes en las ramas de la construcción (59,7%) y en los servicios domésticos (62,0%). En el mismo rumbo, las distribuciones y pesos relativos de los diferentes grupos de color o raza en las diversas posiciones en la ocupación igualmente remitían a un escenario de alteraciones, más marginales que propiamente estructurales, de vínculos de trabajadores blancos, *pretos* y pardos con el mercado del trabajo.

En este sentido, se reconoce que determinados factores de fondo de naturaleza estructural (ritmo y forma específica de crecimiento de la economía, inflación bajo control, etc.) pueden contribuir a la reducción de las desigualdades de color o raza en el mercado del trabajo. Y este fue el mayor mérito del gobierno Lula durante este periodo, cuando se piensa en términos de las desigualdades entre blancos, *pretos* y pardos, en lo que respecta a los diversos indicadores relacionados con el ingreso, desempleo y ocupación. Sin embargo, incluso considerando todos los avances, las desigualdades entre los grupos de color o raza siguen siendo bastante fuertes, lo que fortalece la hipótesis de que los vectores estructurales, solos, son incapaces de producir un cambio más sustancial en la realidad de las profundas desigualdades de color o raza que vinieron consolidándose a lo largo de las generaciones.

La hipótesis asumida en este artículo, por tanto, es que la constitución de un modelo de crecimiento que pueda ser clasificado como pro-afrodescendiente solamente podría ser alcanzado en una combinación virtuosa entre el incremento cualitativo en el modo de inserción de la economía brasileña en la división internacional del trabajo, un modelo de crecimiento distributivo desde el punto de vista social y la activa implementación de medidas de acción afirmativas que permitan mejorías progresivas en la forma de inserción de los *pretos* y pardos de ambos sexos en el mercado del trabajo brasileño.

Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil: evidencias empíricas recientes*

A la memoria de Edgard Luiz Lopes y de Ana Maria da Costa Lopes

*Muleque, muleque, quem te deu este beijo, assim tão grandão? /
Teus cabelos, de pimenta do reino? / Teu nariz, essa coisa achatada? /
Muleque, muleque, quem te fez assim? /
Eu penso, muleque, que foi o amor...*

SOLANO TRINDADE

Introducción

El presente artículo tiene por eje el estudio de la mortalidad materna desagregada por los grupos de color o raza de la población femenina residente en Brasil. Su objetivo es el análisis de la práctica de las asimetrías presentes en los indicadores de morbilidad materna en Brasil, develando así elementos para la producción de políticas públicas para el sector. De igual manera, con miras a ser este indicador uno de los que forman las Metas del Milenio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), igualmente, se objetiva, en el texto, a través de las asimetrías de color o raza presentes en la información recolectada, la necesidad evidente de incorporar la perspectiva de color, raza o etnia en el sistema de indicadores poblacionales del conjunto del Sistema de las Naciones Unidas.

* Este estudio contó con la colaboración de Luiz Marcelo Carvano, Irene Rossetto y Fabiana Montovanele, investigadores del Laeser. El presente artículo fue elaborado para el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Indicadores de la mortalidad materna segmentados por sexo raza/color, Proyecto 50.642-001/2009. El autor agradece los comentarios críticos de la profesora Maria Inês Barbosa a la versión preliminar del texto, mismo que fueron incorporados a su versión final. El presente artículo es de entera responsabilidad de su autor.

Los datos utilizados en el texto se tomaron del Sistema de Informação sobre Mortalidade (SIM) y el Sistema de Informações sobre Nascidos Vivos (Sinasc), ambos generados por el Banco de Datos del Sistema Único de Salud (Datasus), vinculado al Ministerio de Salud. También se analizaron algunos indicadores de la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD), realizada por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) y la Pesquisa Nacional de Demografia e Saúde (PNDS), realizada en 2006 por el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebap), por encargo del mismo Ministerio de Salud.

En este momento también cabe señalar que el objetivo original del presente artículo era una investigación sobre la mortalidad materna desagregada por los grupos étnico-raciales, que englobara, además de Brasil, un conjunto de países de América Latina. Sin embargo, en el desarrollo de la investigación se verificó que ocurría el invariable problema de la falta de bases de datos con informaciones que sobre las muertes maternas segmentadas por los grupos étnico y raciales.² Así, considerándose que el presente estudio estaba fundamentado en un abordaje de tipo cuantitativo, fue imposible llevar la investigación más allá de la realidad nacional brasileña. De todas maneras, en la conclusión de este artículo, a la luz de los indicadores

2 Del Popolo (2008) apuntó que en América Latina, además de Brasil, solamente en Nicaragua fueron encontrados indicadores segmentados para los afrodescendientes en investigaciones (encuestas) de demografía y salud. Pero, para fines del presente trabajo, además de las dificultades de acceso a aquellas bases de datos de aquel país, el hecho es que el tema de la mortalidad materna (más allá del tema de la salud reproductiva y comportamiento sexual) solamente tiende a ser captado a partir de los registros de muertes de las madres. Hasta el momento no se tienen noticias de que, aparte de Brasil, existan países latinoamericanos que contengan en su sistema de información de mortalidad la segmentación para los grupos étnico-raciales de la población. A los interesados en comprender sintéticamente el panorama del problema de la mortalidad materna en América Latina, así como algunas recomendaciones en el sentido de su superación, véase el documento editado por el Consenso Estratégico Interagencial para América Latina y el Caribe (consorcio de organismos del sistema de las Naciones Unidas), titulado *Reducción de la mortalidad y la morbilidad maternas* (véase PAHO, 2003).

sociales disponibles de la mortalidad infantil desagregada por los grupos étnico-raciales en países latinoamericanos que incorporaron esta variable en sus estadísticas sociales, se hacen algunos comentarios prospectivos sobre el comportamiento esperado de la mortalidad materna, entre los diferentes contingentes, de los países.

El presente texto se estructura en varias secciones, además de esta introducción, que comprende la primera. En la segunda sección se realiza un breve análisis sobre la importancia del tema, así como de las iniciativas institucionales existentes para reducir la mortalidad materna en Brasil. En la siguiente sección se exponen los aspectos metodológicos del estudio, especialmente en lo que respecta al tratamiento que se dio a las bases de datos del SIM y del Sinasc. En la cuarta parte se analiza el comportamiento de los indicadores de mortalidad materna desagregados por los grupos de color o raza de las mujeres, así como el presente en las bases de datos del Ministerio de Salud de Brasil. A continuación, se muestran algunos indicadores que permiten analizar el acceso de las embarazadas —en parto y después del parto, según su color o raza— a la atención de salud, así como su calidad. Por último, con miras a mitigar, al menos parcialmente, la falta de comentarios sobre la mortalidad materna de los grupos étnico-raciales en América Latina, se hace una breve reflexión sobre los indicadores de la mortalidad infantil en países latinoamericanos que realizaron esta suerte de segmentación en la ronda de censos del año 2000. Finalmente, la última sección se dedica a los comentarios conclusivos del estudio³.

3 Cabe señalar que el abordaje tendrá por eje principal las asimetrías en los indicadores de mortalidad materna de los contingentes blancos, negros y pardos. De esta forma, los grupos amarillo y, principalmente, indígena, no forman parte del objetivo de la actual investigación. Lejos de suponer el tema de las poblaciones como indígenas irrelevante, el hecho es que la incorporación de aquellos pueblos en el presente análisis representaría una complejidad tal que —en virtud del espacio disponible para el presente análisis y las lagunas de comprensión del autor de estas líneas en aquella temática— difícilmente se tendría capacidad de estudiar con profundidad. Sin embargo, el autor expresa su deseo de que tal tarea se realice en un futuro próximo.

Mortalidad materna en Brasil: contexto institucional

El problema de la mortalidad materna a lo largo de las últimas décadas, por razones comprensibles, ha sido una preocupación especial de los Gobiernos de todo el mundo. No es coincidencia que, la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en la constitución de las Metas de Desarrollo del Milenio, instituyó era como su objetivo n.º5 la «mejora de la salud materna», teniendo por objetivo, entre 1990 y 2015, la reducción en tres cuartas partes de la razón de mortalidad materna en los 191 países que suscribieron tal compromiso.⁴

Por otro lado, más allá de la importancia intrínseca del indicador, el tema de la mortalidad materna expresa dimensiones más amplias acerca de la calidad de vida de la población de un determinado territorio.

La mortalidad materna puede ser considerada un excelente indicador de salud, no solo de la mujer, *sino* de la población como un todo. Es también un indicador de inequidades, pues no solamente es elevada en áreas subdesarrolladas o en desarrollo, comparada con los valores de las áreas desarrolladas, así como, *aun* en estas, hay diferencias según los estratos socioeconómicos. (Laurenti et ál. 2004; 2006, 56)

En Brasil, a lo largo de las dos últimas décadas, el tema también ganó creciente espacio en la agenda pública de debates. Ciertamente,

4 El primer país, hasta donde se sabe, que contituyó un Comité de Mortalidad Materna fue Estados Unidos, en la ciudad de Filadelfia en el estado de Nueva York, en el año 1931. En 1952, en Reino Unido, inició la primera Investigación Confidencial sobre Muertes Maternas que generó notables resultados en términos de la prevención de las muertes en aquella nación. Para el conjunto de los países en desarrollo, un marco de esta cuestión vino a ser la Conferencia de Nairobi (Kenia), de 1987, donde se firmó un compromiso internacional para la reducción de la mortalidad materna en los países en desarrollo. En América Latina, Cuba, en 1987, fue pionera en el establecimiento de un órgano de investigación y prevención de muertes maternas. Posteriormente, la 23.^{va} Conferencia Sanitaria Panamericana fue un momento importante de impulso para la preocupación por el tema en el escenario regional. Al respecto véase Soares y Martins (2006) y el *Manual de los Comitès de Mortalidade Materna* (2007).

es importante mencionar la relevancia de los movimientos sociales, especialmente de mujeres (para el caso que nos ocupa merece especial mención el movimiento de mujeres negras), en el sentido de la completa incorporación del tema de la mortalidad materna como un asunto de mayor relevancia, concepción que, posteriormente, vino a ser incorporada en la agenda gubernamental.⁵ Se pueden mencionar algunos momentos destacados institucionalmente: el IV Encontro Internacional Mulher e Saúde, en 1984;⁶ la creación del Comitê Estadual de Mortalidade Materna (São Paulo, en 1988; en Paraná, Rio de Janeiro y Goiás, en 1989)⁷; la creación del Comitê Nacional de Morte Materna, en 1994; la constitución de los comités de mortalidad

-
- 5 «En Brasil, a lo largo de la década del 90, como resultado de la lucha de los movimientos feministas y de la lucha de los profesionales de salud comprometidos con los derechos humanos, el problema de la mortalidad materna pasó a formar parte de la agenda política brasileña» (Soares y Martins 2006, 454).
 - 6 Según Alaerte Martins, «ya en 1984, reconociendo la magnitud de la tragedia de la muerte materna, el IV Encuentro Internacional Mujer y Salud definió el 28 de mayo como Día Internacional de Lucha contra la Muerte Materna / Acción por la Salud de la Mujer. En Brasil, el MS (Ministerio de Salud) refrendó este día, mediante decreto, como Día Nacional de Reducción de la Mortalidad Materna, fecha en que deben ser realizadas evaluaciones de los programas con tal finalidad, reconociendo la necesidad de acciones más amplias para alcanzar ese objetivo» (Martins 2006, 2474).
 - 7 La primicia de los estados de São Paulo, Rio de Janeiro, Goiás y Paraná no deben, sin embargo, ocultar el importante trabajo que ha sido realizado en este último estado, localizado en la región Sur del país. Más allá del comportamiento de los indicadores de la razón de mortalidad materna en el estado de Paraná (reducción de la tasa de mortalidad materna, entre casos notificados y no notificados, durante 1990 y 2003, de 105 para 58 muertes maternas por 100 mil nacidos vivos) —que comprueba en términos prácticos el éxito de las acciones realizadas por aquel comité—, es notorio el esfuerzo de vieja data de los profesionales de la salud y de los activistas de los movimientos feministas y negros en pro de ese tema. En el plano académico, se debe hacer mención al trabajo de la enfermera y académica Alaerte Martins, con especial su disertación de maestría en el tema, defendida en el año 2000. Para una visión sintética de los esfuerzos del Comité Provincial de Prevención de la Mortalidad Materna de Paraná, véase *Vigilar para proteger*, vol 1, 1ª. ed., oct.-dic., (2003).

materna en todo país, en 1998;⁸ la edición de las portarias [ordenanzas] n.º 652 y 653 del Ministério da Saúde, en 2003;⁹ y el Pacto Nacional pela Redução da Mortalidade Materna e Neonatal, en 2004.¹⁰

A comienzos de la década del 2000, por tanto, ocurrió una franca diseminación de los comités de mortalidad materna por todo el país.

Los Comités son organismos de naturaleza interinstitucional, multiprofesional y confidencial que visan analizar todas las muertes maternas y apuntar medidas de intervención para su reducción en la región de cobertura. Representan, también, un importante instrumento de acompañamiento y evaluación permanente de las políticas de atención a la salud de la mujer (Brasil. Ministério da Saúde - Secretaria de Atenção à Saúde 2007, 21)

8 Según el informe de acompañamiento de cumplimiento de las Metas del Milenio de la ONU emitido por la presidencia de la república en Brasil el número de comités de mortalidad materna en todo el país pasó de 495, en 2001, a 951, en 2005. Según el *Manual dos comitês de mortalidade materna* (2007), en 2005 ya estaban instaladas iniciativas de esta naturaleza en los 27 estados brasileños. La misma fuente informa que en aquel momento ya estaban implantados comités de la misma naturaleza en 206 hospitales de todo el país.

9 La portaria [ordenanza] n.º 652, de 28 de mayo de 2003, del Ministerio de Salud, en su artículo 1.º instituye que la muerte materna pasa a ser considerada un evento de notificación compulsoria para la investigación de los factores determinantes y las posibles causas de estas muertes, así como para la adopción de medidas que puedan evitar nuevas muertes maternas. La misma norma instituyó la Comissão Nacional de Mortalidade Materna, de carácter técnico-consultivo, portando las siguientes atribuciones: 1) realizar el diagnóstico permanente de la situación de mortalidad materna en Brasil, enfocando todos sus múltiples aspectos: sociales, económicos, políticos, jurídicos y otros que faculden acciones específicas para su solución; 2) proponer directrices, instrumentos legales y principios éticos que concreten estrategias de reducción de la mortalidad materna; 3) acompañar las acciones del Ministerio de Salud de el proceso de articulación e integración en las diferentes instituciones e instancias relacionadas con la cuestión; 4) ofrecer subsidios para el perfeccionamiento de la Política Nacional de Reducción de la Mortalidad Materna, estableciendo correlaciones con los comités provinciales, regionales y municipales; v) movilizar los diversos sectores de la sociedad afectos a la cuestión, con la finalidad de mejorar la salud de la mujer (*comitê estadual de prevenção da mortalidade materna do paraná 2003 7*).

10 Aprobada el 18 de marzo de 2004 en la Reunión Intergestores Tripartite.

Con las acciones de los comités se espera la reducción de las pérdidas de registros oficiales de muertes de mujeres por embarazo, parto o puerperio, así como el encuentro de soluciones dentro del sistema de salud y la mejoría en las formas de atención, para disminuir el número de eventos fatales relacionados.

A lo largo de las décadas del noventa y del 2000, el avance del tema en la agenda pública, aparentemente, trajo consigo la reducción de la mortalidad materna en todo el país. Así, según el informe gubernamental de acompañamiento del cumplimiento de las Metas de Desarrollo del Milenio, de 2007, la tasa de mortalidad materna, por 100.000 nacidos vivos, fue reducida de 61,2, en 1997, a 53,4, en 2005 (Presidência da República 2007, 79). Por otro lado, pese al reconocimiento de la importancia de la actuación de los comités de mortalidad materna y de la acción gubernamental reciente, la adecuada medición de las muertes de aquella naturaleza todavía presenta otro problema relacionado con la calidad de los datos provenientes del sistema de salud.

De entrada, se deben tener en cuenta las dificultades para la plena universalización de la cobertura legal de los eventos fatales, haciendo que la base de datos oficial de mortalidad (SIM) padezca del problema de subregistros para el conjunto de las causas de muertes.¹¹

En segundo lugar, al analizar la mortalidad materna como vector específico de mortalidad, se identifica que esta tarea también trae dificultades inherentes de medición. Por un lado, el ciclo gravídico-puerperal, por sí solo, eleva el riesgo de vida para las mujeres (riesgo de aborto, hipertensión, hemorragias, etc.) que, así, demandan un acompañamiento médico más constante. Por otro lado, este factor puede asociarse con otros factores de riesgo preexistentes

11 Según Laurenti et ál., «por medio de métodos demográficos, se estima que la cobertura del SIM/MS sea del 85%. Esa subinformación se concentra, casi que exclusivamente, en las regiones Norte y Noreste del país. En los Estados del Sur y Sureste, donde vive la mayor parte de la población brasileña (el 57,4%), la cobertura es muy buena, aproximándose al 100%, principalmente en sus capitales». Sin embargo, continúan los autores, «aún en las regiones con buena o excelente cobertura de registro, se sabe que la declaración de una causa materna como causa de muerte no es totalmente exacta» (2004, 451). Al respecto véase también Oliveira y Albuquerque (s. f.).

o que se puedan desarrollar en ese momento. Más allá de los serios problemas que pueden afectar la salud de la mujer a lo largo del ciclo gravídico-puerperal, en el plan estadístico, si tal realidad no fuera puesta en consideración en el momento de diligenciamiento de las declaraciones de muertes (DM), las causas directas e indirectas de mortalidad podrán no ser identificadas por los médicos que diligencian esas declaraciones, lo que acarrea un riesgo adicional de subidentificación de los casos (Laurenti et ál. 2004, 2006).

Con miras a estimar la proporción de estas pérdidas de registros, Laurenti et ál. (2004), en el primer semestre de 2002, hicieron un nuevo análisis de las DO de 3.265 mujeres, con edades comprendidas entre 10 y 49 años, cuyas muertes ocurrieron en las capitales de estados brasileños y en el Distrito Federal. Los autores analizaron las declaraciones de muertes de mujeres en edad reproductiva (de 10 a 49 años de edad) emitidas entre marzo y mayo de 2002 en todas las capitales brasileñas y en el Distrito Federal. El número mínimo de muertes investigadas en cada uno de estos puntos del territorio fue de 50 casos, dado que, para ser alcanzado este mínimo, en algunas capitales el análisis fue ensanchado para hasta seis meses (por razones técnicas los autores informaron que fueron excluidas dos capitales no descritas, una en el Norte y otra en el Noreste). Así,

para cada caso fue hecha una entrevista en el domicilio donde residía la mujer que había fallecido y llenado un cuestionario, en el cual constaba la identificación completa de la mujer, datos demográficos, composición de la familia, historias de las gestaciones, si estaba embarazada en el momento de la muerte o si estuvo embarazada en los momentos que la antecedieron, atención prenatal, atención médica, hospitalaria, de centro de salud e historia de la enfermedad que llevó a la muerte (autopsia verbal). [De ahí, prosiguen los autores,] «después de la entrevista familiar, fueron hechas consultas con los médicos que cuidaron el caso, lectura de los respectivos prontuarios médicos hospitalarios, de los resultados de exámenes, informes de autopsia, boletín de ocurrencia (BO) policial y otras informaciones pertinentes. (2004, 452)

De esta forma, después de volver a analizar las informaciones, se generaron nuevas declaraciones de muertes que fueron comparadas con las declaraciones originales de la misma naturaleza. Con esto, los autores lograron encontrar un factor de ajuste de las mortalidades maternas para Brasil, 1,40, así como para sus regiones geográficas constitutivas tal como sigue: Norte, 1,08; Noreste, 1,76; Sureste, 1,35; Sur, 1,83, y Centro-Oeste, 1,10 (Laurenti et ál. 2004, 2006). Así, por ejemplo, la razón bruta de mortalidad materna en Brasil en 2005 fue de 53,3 muertes maternas por 100.000 nacidos vivos. Sin embargo, cuando fue recalculada a la luz del factor de corrección llegaba a 74,7¹² (véase más adelante figuras 16 y 17).

Por otro lado, en lo que respecta a la construcción del indicador de la razón de mortalidad materna, se observa que también ocurre el problema de subregistro de los nacimientos, tal como son recolectados por el Ministerio de Salud, en su base de datos, Sinasc. En la figura 12 se indica que, entre 2003 y 2006, comparativamente con los datos de las estadísticas del registro civil recolectados por el IBGE de las notarias, el Sinasc dejó de registrar 1.212.455 nacimientos. Tal realidad, más allá de representar una inestimable pérdida en cuanto a las condiciones de realizaciones de estos partos, también implica que, en cuanto al cálculo de la razón de mortalidad materna, los datos acaban quedando igualmente comprometidos.¹³ Así, un análisis más depurado de la reducción de la razón de mortalidad materna en Brasil en un periodo reciente también implicaría la

¹² Cabe resaltar que el esfuerzo de Laurenti et ál. (2004, 2006) resultó en un factor de ajuste del número de muertes maternas, igual a 1,40, reconocido por el propio Estado brasileño, ganando así carácter oficial. Sin embargo, otros esfuerzos en el mismo sentido han sido adoptados por otros autores. Un conjunto de estas contribuciones puede ser visto en Martins (2004).

¹³ «Desde 1994 —año en que se inicia la divulgación de las informaciones de este sistema—, los registros del Sinasc presentan una tendencia creciente de cobertura hasta llegar a superar aquellos sujetos provenientes de las estadísticas vitales. Sin embargo, a partir del año 1999, se revierte esa tendencia, comenzando a decrecer el número absoluto de registros de nacidos vivos y disminuir, comparativamente, a los registros de nacidos vivos provenientes de las estadísticas vitales y divulgadas por el IBGE» (Cunha y Jakob 2005, 215).

necesidad de una corrección del número total de nacidos vivos, subnumerados por el Sinasc. Sin embargo, no se encontraron estudios que hubieran hecho tal suerte de estimativa, laguna que termina por generar una fuente adicional de imprecisión en los datos usualmente generados en este plan.¹⁴

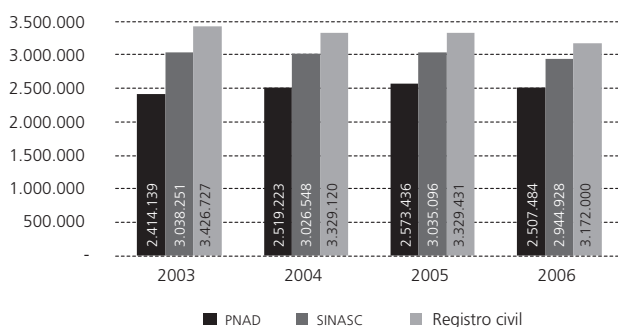


FIGURA 12. Nacidos vivos según la fuente de información (IBGE, Registro Civil y Sinasc), Brasil, 2003-2005 (en número de personas).

Fuente 1: IBGE. Estadísticas del registro civil IBGE (www.ibge.gov.br) y microdatos PNAD.

Fuente 2: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos Sinasc. Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

¹⁴ Otra posibilidad de cálculo de la razón de mortalidad materna en Brasil sería la utilización de los datos de la PNAD, acordando que la base de expansión de la muestra de esta investigación es hecha tomándose por base los datos del censo demográfico (2000) y de la Contagem Populacional (2007). Si se considera que el mes de referencia de la PNAD es septiembre, se puede llegar al número total de nacidos vivos de un determinado año recolectándose los nacidos entre enero y agosto del año x , más los nacidos entre septiembre y diciembre del año $x + 1$ (o sea, en este caso, se usan dos años consecutivos de la misma investigación). Sin embargo, el análisis de los microdatos de la PNAD del periodo 2003-2006 reveló que la población con hasta un año de edad en tales años era inferior a la captada por la Sinasc (en más de 2 millones de personas en la sumatoria 2003-2006) (figura 12). De este modo, si el análisis de la razón de la mortalidad materna fuera hecho tomando como base la PNAD, habría una constante sobrestimación del indicador. Como se verá más adelante, tal problema compensa negativamente la menor proporción de casos de color o raza ignorada en la PNAD (0,02%, de la población femenina en edad fértil en 2007) en relación con el Sinasc (6,1% en 2007).

De hecho, según el documento emitido por la Rede Intergencial de Informação para a Saúde (Ripsa) (2008, 120), las limitaciones del indicador de mortalidad materna tienen que ver con: 1) la exigencia del conocimiento preciso de las definiciones de muerte materna y de las circunstancias de ocurrencia de las muertes, para que las mismas sean clasificadas de forma adecuada. Las imprecisiones en el registro generan la subdeclaración de muertes por causas maternas. Partiendo de que el problema es generalizado, en todos los países, aun para aquellos considerados como portadores de buenos sistemas de recolección de datos, se usa un factor de corrección; 2) en este último caso, tal corrección se obtiene mediante estudios empíricos previos en los cuales se busca captar la razón entre el número de muertes maternas reportado en los certificados de muertes originales (informadas por el médico) y el número de muertes computadas a partir del esfuerzo específico en ese sentido; en este caso, investigando si las mujeres fallecidas entre 10 y 49 años de edad estaban embarazadas en el momento del evento fatal; 3) por otro lado, incluso la aplicación del factor de corrección exige cuidado pues no en todos los lugares el sistema de recolección de datos de mortalidad presenta lagunas, hipótesis que, de verificarse, llevaría a una sobrestimación del número total de muertes maternas; 4) también implica el problema de la confiabilidad en el sistema de recolección de datos del número de nacidos vivos, especialmente en las regiones Norte y Noreste. Si el problema se presenta, también sería necesaria la aplicación de factores de corrección para el número de nacimientos, lo que implica nuevas dificultades metodológicas e imprecisiones, inherentes a las técnicas utilizadas, principalmente en pequeños contingentes poblacionales.

Este conjunto de observaciones permite comprobar que los indicadores de la mortalidad materna de la población brasileña, a pesar de los avances recientes en términos del sistema de recolección de eventos vitales, siguen siendo limitados.¹⁵ Tales

¹⁵ En realidad, aun en países donde el sistema de recolección de indicadores de mortalidad materna es considerado internacionalmente como bueno, el problema de la pérdida de registros se presenta con razonable intensidad, dadas las lagunas provenientes de las

limitaciones que, de un modo u otro, también están presentes para el conjunto de países del mundo. Así, lo que queda es reconocer el carácter aún aproximativo de los datos ante la realidad vigente, sabiendo que «las estadísticas de mortalidad permanecen como la única fuente de datos disponible que posibilita trazar los factores de riesgo a ella asociados» (Melo y Knupp 2008, 778).

De cualquier manera, en la medida en que los datos oficiales, y la propia relevancia del tema, van presentando incrementos, también ganan impulso análisis desagregados de la mortalidad materna para grupos específicos de la población, especialmente los grupos de color o raza cuya variable fue originalmente incorporada a la base del SIM y del Sinasc a partir de 1996.

Mortalidad materna desagregada por color o raza en Brasil: dimensiones metodológicas

El tema de la mortalidad materna desagregada por los grupos de color o raza forma parte de un movimiento que surgió a mediados de los años noventa, dedicado al estudio de las condiciones de salud de la población brasileña desagregadas por aquella variable. Así, esfuerzos emprendidos por Souza (1995); Barbosa (1998); Franco (2000); Zago (2000a y 2000b); Oliveira (2003); Batista (2002); Lopes (2003); Brasil, Fundação Nacional de Saúde (2005; obra colectiva, suscrita por diferentes autores) reflejaron diversos aspectos reportados relacionados con el tema: desde mayores probabilidades de prevalencias específicas de determinadas molestias sobre la población afrodescendiente, hasta cuestiones conectadas a los vectores (genéticos y sociales) de generación y potencialización de tales agravios; esto, pasando por el problema de la calidad diferenciada del tratamiento concedido a las personas de los diferentes grupos de

declaraciones de muertes y las correspondientes causas de mortalidad suscritas por los médicos. Así, Laurenti et ál. (tabla 31, 73), basados en los datos generados por la Organización Mundial de Salud (OMS), señalan que los factores de ajuste para la razón de mortalidad materna llegaban a: 1,4, en Reino Unido; 1,5, en Alemania, Australia, Austria, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Federación Rusa, Holanda, Japón, Noruega y Suecia; 1,9, en Argentina y 2, en Francia.

color o raza y sexo dentro del sistema de salud, especialmente en el Sistema Único de Saúde (SUS),¹⁶ conformando un tema derivado que viene a ser el del racismo institucional¹⁷.

¹⁶ Para un contrapunto crítico a la perspectiva asumida por estos estudios, véase Maio y Monteiro (2005). Posibles contraargumentaciones a este contrapunto crítico pueden ser vistas en Paixão y Lopes (2007). De cualquier manera, se debe destacar que la reciente mención del término genético no ejemplifica propiamente las observaciones críticas de aquellos autores, hecho que se da por un motivo razonablemente simple. El empleo del término genético para apuntar determinadas prevalencias de un agravio sobre determinado segmento de la población implica reconocer que este puede incidir sobre cierto número de individuos de un determinado origen, sin afectar necesariamente a los demás individuos portadores de las mismas marcas raciales (aquí, utilizando el concepto de Nogueira, 1998 [1955]). Entonces, si bien es verdad que enfermedades como, por ejemplo, la anemia falciforme, inciden con mayor probabilidad sobre individuos que tengan ascendencia en determinadas partes de África ecuatorial, no por eso este vector comprende exactamente el conjunto de los afrodescendientes nacidos en Brasil, ni deja de afectar a individuos de los otros grupos de color o raza que no son negros, pero que tengan el mismo origen. De todas maneras, parece existir una enorme laguna en cuanto la comprensión, por parte de los autores que se han dedicado a la crítica de los estudios y de activistas que militan en pro de la causa de la salud de la población negra, frente a la pregunta: ¿Por cuál motivo será que los agravios, real o ideológicamente asociados a los negros, recibieron a lo largo de la historia del sistema de salud pública en Brasil menor atención por parte de las autoridades, comparativamente a las otras formas de agravios que afligen a la población brasileña?

¹⁷ El concepto de *racismo institucional*, o racismo sistemático, fue utilizado por primera vez por Stokely Carmichael y Charles Hamilton en el libro *Poder negro*. Según la definición del Programa de Combate al Racismo Institucional de Brasil, basado en la reflexión seminal de Carmichael y Hamilton, el racismo institucional significa «el fracaso de las instituciones y organizaciones en proveer un servicio profesional y adecuado a las personas debido a su color, cultura, origen racial y étnico. Él se manifiesta en normas, prácticas y comportamientos discriminatorios adoptados en la rutina del trabajo, los cuales son resultantes de la ignorancia, de la falta de atención, del prejuicio o de estereotipos racistas. En cualquier caso, el racismo institucional siempre coloca personas de grupos raciales o étnicos discriminados en situación de desventaja en el acceso a beneficios generados por el Estado y por demás instituciones y organizaciones» (Instituto Amma Pique e Negritude, s. f. 17).

En lo que concierne a los estudios sobre la mortalidad materna desagregada por los grupos de color o raza realizados en Brasil,¹⁸ también se puede decir que ya existe una razonable masa crítica. En realidad, para este caso queda difícil separar con precisión lo que serían los estudios que aluden a la mortalidad materna en su sentido más estricto, de una agenda un poco más amplia que versa sobre derechos sexuales y reproductivos, tema que ha sido debatido con frecuencia, tanto por los investigadores como por los activistas vinculados (o mejor, vinculadas) al movimiento social de mujeres en general, y el de mujeres negras en especialmente.

No obstante, con el ánimo de brindar una mayor objetividad, a continuación la investigación se concentrará en los estudios que tuvieron por eje el tema de las asimetrías raciales en términos de las muertes de mujeres en embarazo, parto o puerperio, o que giraron en torno a los vectores que pueden influir más directamente en las asimetrías de la incidencia de la mortalidad materna sobre los diferentes contingentes de color o raza.¹⁹

Una de las pioneras en esta suerte de estudios vino a ser la enfermera Alaerte Martins, tanto en su disertación (2000), en artículos escritos individualmente (2000, 2004) o en asociación con otras investigadoras (Soares y Martins 2006). En general, los estudios de esta autora versaron sobre el tema de la mortalidad

¹⁸ Los marcos de este estudio, por razones de espacio, estarán limitados al análisis de las desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad en Brasil. Sin embargo, es necesario apuntar la existencia de una amplia literatura internacional, especialmente en Estados Unidos, que explicita las asimetrías raciales existentes en el mismo indicador entre las mujeres blancas y negras. Parte de esta literatura puede ser vista en Martins (2004, 2006); Laurenti et ál. (2004, 2006) y Leal et ál. (2005). Un breve resumen de primera mano de estos estudios se puede leer en el artículo elaborado por el Center for Disease Control and Prevention (1995). Perpétuo (2000) también tejió consideraciones generales sobre el tema, pero teniendo por foco el acceso a los servicios de salud.

¹⁹ Con franqueza, se estuvo lejos de realizar una exhaustiva investigación bibliográfica, de tal manera que los estudios mencionados, ciertamente, forman apenas una parte de la pléyade de contribuciones —y respectivos equipos de investigadores— posiblemente ya existentes sobre el tema.

materna desagregada por los grupos de color o raza en el estado de Paraná (notablemente precursores en este debate), a pesar de que en algunos de estos artículos su centro de análisis, desde el punto de vista territorial, haya sido más amplio.

El equipo de investigadores del Departamento de Epidemiología de la Faculdade de Saúde Pública de la Universidade de São Paulo, en el ámbito de los estudios que llevaron a la generación de un factor de corrección del número de muertes maternas en Brasil, también produjo estimativas diferenciadas de corrección del número total de muertes maternas para los diferentes grupos de color o raza. Estas estimativas, tal como las demás, también fueron realizadas en el año 2002. Así, el factor de corrección sería de 1,32 para las mujeres blancas; de 1,37 para las mujeres negras (*pretas* y pardas); de 1,36 para las mujeres pardas; de 1,44 para las mujeres *pretas*; de 1,65 para las mujeres de color o raza ignorada y, tal como ya se anotó, de 1,4 para el país como un todo (Laurenti et ál. 2004; véase Martins 2004, 10, tabla 2).

Más recientemente, Monteiro et ál. (2008) investigaron sobre las desiguales probabilidades de muertes debidas a abortos que incidieron con mayor intensidad sobre las mujeres de color o raza *preta*, sobre las analfabetas y sobre las residentes en la región Norte de Brasil. De allí los autores cuestionaron los marcos legales en que se asienta el tema en el país, evidenciando que la penalización de los abortos acaba presentando efectos dañinos sobre la población femenina de cualquier condición social.

Más allá de los estudios enfocados en la mortalidad materna, pero que dialogan directamente con el tema, se pueden mencionar los de Leal et ál. (2005)²⁰. Las autoras investigaron las condiciones diferenciadas de atención dentro del sistema de salud en la ciudad de Rio de Janeiro, para las mujeres blancas y negras.

20 En cuanto a su divulgación, este estudio logró un razonable impacto en la sociedad civil. El término «impacto» se refiere aquí al hecho de haber sido citado expresamente en publicaciones relevantes, como, por ejemplo, el *Informe sobre desarrollo humano* de Brasil de 2005, además de haber sido divulgado con alguna importancia en la prensa periodística escrita en nuestro país (véase el periódico *Folha de São Paulo*, 26 de mayo de 2002, «Até na hora do parto as negras são discriminadas»).

Así, con base en el levantamiento de datos hecho a 9.633 puérperas (51,9% blancas; 29,0% pardas y 19% negras, siguiendo aquí la denominación de las propias autoras) atendidas en maternidades públicas en convenio con el SUS entre 1999 y 2001, el equipo de investigadoras identificó que en determinado conjunto de aspectos, la atención dispensada a las embarazadas negras era peor que el verificado para las embarazadas blancas, así: 1) informadas de la importancia del examen prenatal (87,2% embarazadas blancas; 76,6% embarazadas negras, secuencia que seguirá de ahora en adelante); 2) informadas sobre la señal del parto (73,1% frente a 62,5%); 3) informadas sobre alimentación adecuada (83,2% frente a 73,4%); iv) recibieron explicación sobre amamantamiento materno (77,7% frente a 68,3%); 4) informadas sobre los cuidados con el recién nacido (66,6% frente a 57,8%); 6) no recibieron anestesia en el parto normal (5,1% frente a 11,1%), y 7) pudieron quedarse con el acompañante en el cuarto (46,2% frente a 27%).

De esta forma, según las autoras:

la percepción diferenciada en la calidad de la atención recibida entre las menos *instruidas*, con *un grado* creciente para pardas y *pretas*, puede ser vista como expresión de la desigualdad del tratamiento ofrecido por los servicios de salud para los grupos poblacionales más desfavorecidos socialmente, aumentados de una distinción negativa para las mujeres de piel oscura. (Leal et ál. 2005, 106)

Otro estudio que también versó sobre las condiciones de asistencia a la maternidad desagregada por los grupos de color o raza fue desarrollado por Chacham (2001). La autora, basada en la Pesquisa Nacional de Demografia e Saúde (PNDS), de 1996, analizó las diferencias de color o raza en los indicadores de realización de partos cesáreos y de esterilización.

Perpétuo (2000), basándose en la misma PNDS-1996, identificó las diferencias de color o raza en el acceso de las embarazadas y puérperas al sistema de salud. Por otro lado, a pesar de haber reconocido la presencia de asimetrías de color o raza en los indicadores investigados, esta última autora observó que estas desigualdades no se hacían presentes cuando eran estadísticamente controladas por las variables sociales.

Independientemente de las conclusiones alcanzadas por cada una de las investigaciones que estudiaron el tipo de atención dispensada a las embarazadas, parturientas y púerperas dentro del SUS, uno de sus méritos residió en haber evidenciado los desniveles de la calidad de la atención a las mujeres de los diferentes grupos de color o raza. Así, estos indicadores también contribuyeron a la comprensión de las asimetrías de color o raza verificadas en los datos de la mortalidad materna.

Mortalidad materna desagregada por color o raza, Brasil, 2000-2006

Calculando la mortalidad materna²¹

Según el Ripsa (2008, 120), las muertes maternas son causadas por afecciones del capítulo xv de la Clasificación Internacional de Enfermedades, 10.^a revisión (CID-10 - Embarazo, Parto y Puerperio), con excepción de las muertes que corresponden a los códigos El96 y El97. El código El96 corresponde a la muerte por causa obstétrica ocurrida después de 42 días y menos de un año después del parto. Ya el código El97 viene a ser la muerte por causa materna, por secuela de causa obstétrica directa, ocurrida un año o más después del parto. Sin embargo, obedeciendo la metodología de la Organización Mundial de Salud (OMS), estas causas no son incluidas en el sumatorio de las mortalidades maternas por el hecho de que están fuera del llamado ciclo gravídico-puerperal, a pesar de ser consideradas como muertes relacionadas con el embarazo.

21 Esta sección está totalmente basada en el documento producido por la Rede Interagencial de Informação para a Saúde (Ripsa) (2008). *Indicadores básicos a saúde no Brasil: conceitos y aplicações* (120-121), así como el Anexo I, Concepto de muerte materna, (146). Debido a la naturaleza del documento, y para hacer la lectura más fluida, en algunos momentos se incluirán citas literales de aquel texto sin la preocupación de su inserción entre comillas, tal como se ha hecho a lo largo del presente artículo. Otras fuentes útiles para el desarrollo de este estudio, que versan sobre fuentes de acceso a los datos estadísticos poblacionales, son Hakkert (1996) y Januzzi (2003).

Por otro lado, a las muertes maternas listadas en el Grupo O se suman las afecciones causadas por vectores encuadrados en otros capítulos de la CID-10, desde que hayan victimado mujeres que estaban embarazadas, dando a luz o dentro del periodo del puerperio. Estas causas (los códigos CID-10 siguen entre paréntesis) se dividen en dos:

- Tétano obstétrico (A34), trastornos mentales y comportamentales asociados al puerperio (F53) y osteomalacia puerperal (M83.0). En los casos en que la muerte ocurrió hasta 42 días después del término del embarazo (campo 44 de la declaración de muerte, DM, señalado «sí») o en los casos sin información sobre el tiempo transcurrido entre el término del embarazo y la muerte.
- VIH (B20 a B24), fuente hidatiforme maligna o invasiva (D39.2) y necrosis hipofisaria posparto (Y23.0). Desde que la mujer estuviera embarazada en el momento de la muerte o hubiera estado embarazada hasta 42 días antes de la muerte. Para eso deben ser considerados los casos en que el campo 43 de la DO (muerte durante embarazo, parto y aborto) esté marcado «sí» o el campo 44 de la DO (muerte durante el puerperio) señalado «sí, hasta 42 días». Además de aquel conjunto de afecciones, también se consideran muertes maternas aquellas que ocurren como consecuencia de accidentes y violencias durante el ciclo gravídico puerperal, desde que se compruebe que esas causas interfirieron en la evolución del embarazo, parto y puerperio. Sin embargo, de acuerdo con el Ripsa, esas muertes, para efecto del cálculo de la razón de mortalidad materna, no son incluidas. Eso se debe tanto a la baja frecuencia de la ocurrencia como a la dificultad de su identificación en la base de datos de mortalidad.²²

22 En los últimos años hubo un aumento de audacia en el sentido de reducirse los casos de subnotificación de muertes maternas presentes en los registros oficiales. Tal esfuerzo se dio en todo el mundo. Así, «por sugerencia de la OMS, los países pasaron a incluir, en las respectivas DO, uno o dos ítems en los cuales son solicitadas respuestas a las cuestiones “si la mujer estaba embarazada” o “si estuvo embarazada en los últimos doce meses”, en relación con la fecha de la muerte. En la DO en vigor en Brasil, desde 1996 esas preguntas están en los ítems 43 y 44. Lo que se pretendía era tener

En el estudio del tema de la mortalidad materna, además del número total de muertes causado por el embarazo, parto y puerperio, hay también otro importante indicador: la razón de mortalidad materna, también llamada tasa o coeficiente. La razón de mortalidad materna corresponde al cociente del número de muertes maternas, dividido por 100.000 nacidos vivos, durante un periodo de un año, dentro de un espacio geográfico específico. Por otro lado, una vez más de acuerdo con el Ripsa, este indicador corresponde a una aproximación del efectivo número total de mujeres que estuvieron embarazadas en el periodo, con miras al nacimiento de gemelos, trillizos, etc. (Ripsa 2008).

Teniendo en cuenta, por tanto, la forma como la mortalidad materna es definida, la razón de mortalidad materna estima la frecuencia de muertes femeninas desde la concepción hasta 42 días después del término del embarazo, por afecciones atribuidas a causas asociadas con el propio embarazo, el parto y el puerperio, y su correspondiente peso relativo en relación con el número total de nacidos vivos. Visto desde otro ángulo, el indicador expresa la probabilidad de supervivencia de una mujer a lo largo del ciclo gravídico-puerperal.

En el presente estudio se siguió la metodología de la oms y de la Ripsa. Así, fueron levantados los registros de mortalidad materna y de nacidos vivos, respectivamente, en los microdatos del sim y del Sinasc. Estos registros se obtuvieron directamente en el portal del Datasus²³. El periodo de análisis correspondió a los años comprendidos entre 2000 y 2007, último año en que ambas bases, en su formato de microdatos, se encuentran disponibles en la página electrónica del Datasus. Como en ambas bases está contenida la variable de color o raza, fue posible que el estudio se realizara llevando en cuenta esta variable. Los datos tabulados por el equipo del autor fueron posteriormente validados en la página del Datasus.

un indicativo de muerte materna, visto que la declaración médica de esas causas (parte I y II) es muy insatisfactoria en cuanto a su diligenciamiento, como referido» (Laurenti et ál. 2006, 58).

23 <http://tabnet.datasus.gov.br/cgi/tabcgi.exe?sinasc/cnv/nvuf.def>

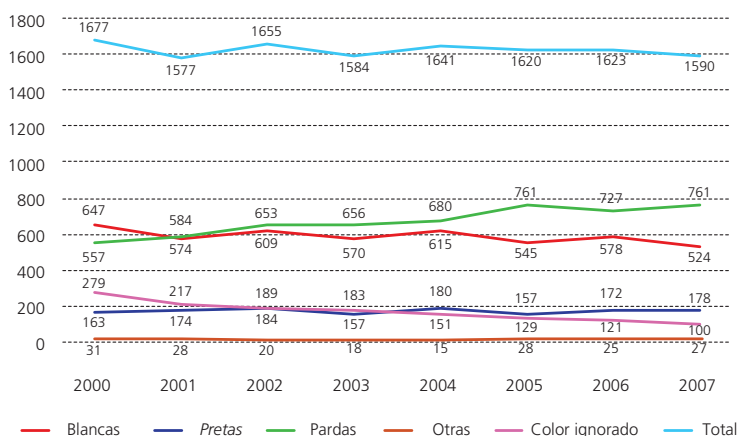
Acerca de la variable de color o raza el Datasus utiliza las mismas denominaciones del IBGE, que son: blanca, *preta*, parda, amarilla e indígena. Por otro lado, tanto en el SIM como en el Sinasc (cuya información se refiere al color o raza del nacido vivo), si bien se presenta un movimiento descendente, se verifica una razonable proporción de documentos con campo vacío, es decir, sin respuesta, en lo que respecta a la pregunta sobre el color o raza. Así, en 2007 los casos de color o raza ignorada para las afecciones que corresponden a la mortalidad materna llegó al 6,3%, en el SIM, y a 6,1%, en el Sinasc.²⁴

Mortalidad materna en Brasil según los grupos de color o raza

De acuerdo con la figura 13, entre 2000 y 2007 el número bruto de mujeres muertas en todo el país, víctimas de problemas ocurridos durante el embarazo, el parto y el puerperio, pasó de 1.677 a 1.590 casos. A lo largo de este periodo pudo ser computado un total de 12.967 muertes por causas obstétricas en Brasil.

Al analizar la figura, según los grupos de color o raza, se verifica que, entre 2000 y 2007 fallecieron por afecciones generadas en el ciclo de embarazo y puerperio un total de 4.662 mujeres blancas; 1.365 mujeres *pretas*; 5.379 mujeres pardas; 57 mujeres de color o raza amarilla y 135 mujeres indígenas, además de 1.369 mujeres de color o raza ignorada. Visto desde otro ángulo, solamente en el año 2007 fallecieron por motivos relacionados con la maternidad 70 mujeres *pretas* y pardas por mes, o 2,3 mujeres de aquellos mismos dos grupos por día. En el caso de las mujeres blancas, la media de muertes por motivos maternos fue de 49 fallecimientos por mes; 1,6 por día.

²⁴ La relativa coincidencia en el número de casos de color o raza ignorada en el SIM y en el Sinasc no supone estar necesariamente a favor de los resultados alcanzados cuando se calculan las razones de mortalidad materna. Para que eso ocurriese sería preciso que las pérdidas de registros, en una y en otra base de datos, incidiera de forma igual entre los cinco grupos de color o raza, hipótesis que no tiene cómo ser previamente comprobada. En este sentido, se entiende que las limitaciones presentadas corresponden a importantes pérdidas en el proceso de construcción del indicador y que esas limitaciones tendrán que ser tomadas en consideración para la efectiva comprensión del significado de los resultados alcanzados por el presente estudio.



Nota: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

FIGURA 13. Mortalidad materna según el color o raza de la mujer, Brasil, 2000-2007 (en número de muertes).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM. Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

A lo largo del periodo 2000-2007 se dio una progresiva caída en el número total de mujeres victimadas por causas maternas cuyo color o raza hubiese sido ignorado. Así, este porcentaje, que aquel primer año fue del 16,6%, en 2007 descendió hasta el 6,3% (figura 14).

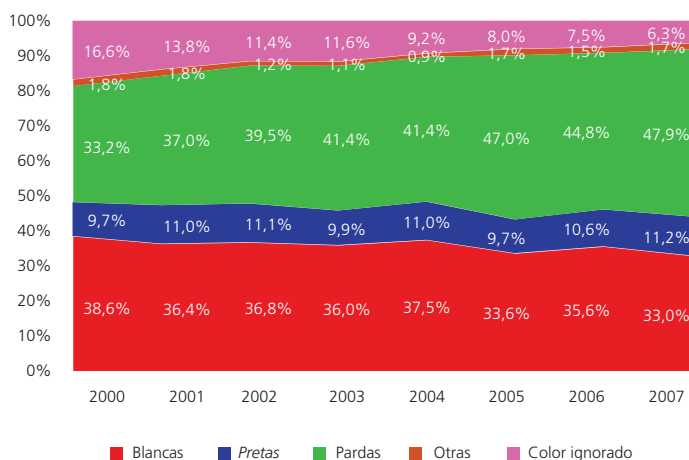
Alternativamente, en la medida en que el porcentaje de casos de color o raza ignorada declinó, progresivamente también quedó evidenciado el mayor peso relativo de las muertes de embarazadas, parurientes y púrperras *pretas* y *pardas* sobre la muerte materna total. De este modo, en el año 2000, del total de muertes causadas por problemas maternos el 42,9% correspondió a casos de mujeres *pretas* y *pardas*. Ya en 2007, del total de eventos fatales por aquella razón, 59,1% responde a las mujeres de este grupo de color o raza (figura 14).

Gracias a la información suministrada en la figura 15 se verifica que en 2007, del total de casos de muertes maternas de color o raza ignorada el 67% estaba localizado en la región Norte y Noreste, puntos del territorio en donde la presencia de las *pretas* y *pardas* supera el 70% de la población. Es de suponer, por tanto, que a medida que los casos de color o raza ignorada se reduzcan el peso de las muertes de

las mujeres *pretas* y pardas, en el total de las mortalidades maternas, aumente proporcionalmente aún más.

En la misma figura 15 se puede ver la distribución de la mortalidad materna en Brasil entre sus cinco regiones geográficas para el año 2007. A continuación se comparará la distribución relativa de la mortalidad por causas obstétricas con la distribución de la población femenina en edad fértil (10 a 49 años de edad) entre las cinco regiones geográficas de Brasil.

La región Norte aparece sobrerrepresentada en términos de su peso relativo en la distribución regional de la mortalidad materna (11,6%) frente a su peso en la población de aquel grupo de sexo en todo el país (8,3%). Desproporción semejante ocurría en el Noreste, que respondía por el 35,2% de las muertes maternas y por el 27,6% de la población femenina en edad fértil. En las demás regiones del país estas proporciones se invertían. Así, tomando en cuenta la población femenina víctima de muertes maternas, el Sureste (34% y 42,5%), el Sur (12,1% y 14,3%) y el Centro-Oeste (6,1% y 7,3%) presentaron un



Nota: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

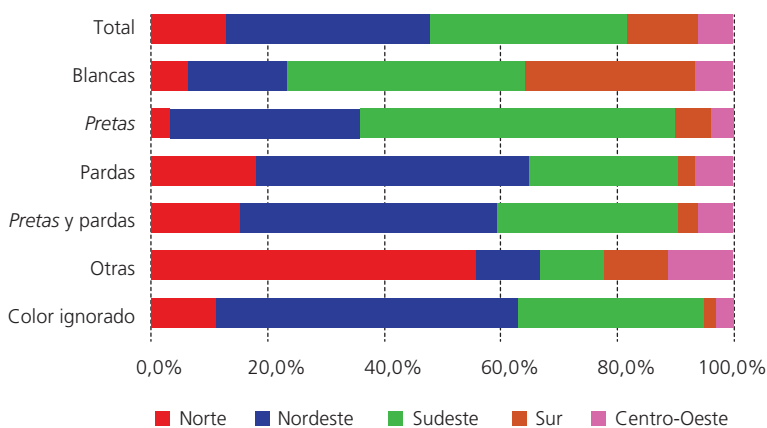
FIGURA 14. Mortalidad materna según participación relativa de los grupos de color o raza, Brasil, 2000-2007 (en % de número de muertes).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

peso relativo en el número total de muertes por causas obstétricas, inferiores a sus correspondientes pesos relativos en la población femenina en edad fértil del país como un todo (figura 15 y tabla 29).

Cuando estos indicadores son leídos según los grupos de color o raza se comprueba que, en 2007, entre las blancas victimadas, 70,2% de las muertes maternas estaban concentradas en las regiones Sur-Sureste. Tal proporción era superior a la de las mujeres blancas en edad fértil residiendo en estas regiones, que totalizaban 56,8%. Ya en el caso de las mujeres *pretas* victimadas, del total de muertes maternas el 53,9% ocurrieron en el Sureste (frente a un peso relativo de residentes de este grupo en edad fértil 47,8%) y 32,6% en el Noreste (frente a un peso relativo de residentes de este grupo en edad fértil 31,3%). Entre las pardas victimadas, las principales regiones de concentración de casos de mortalidad materna fueron el Noreste (46,9%) y el Sureste (25,6%). En estos casos también ocurrían discrepancias en relación con su distribución en el territorio brasileño (39,8% en el Noreste y 32,8% en el Sureste) (figura 15 y tabla 29).



Nota: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

FIGURA 15. Mortalidad materna de acuerdo con la distribución relativa entre las regiones geográficas según los grupos de color o raza, Brasil, 2007 (en % del número de muertes maternas).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

TABLA 29. Distribución relativa entre las regiones geográficas de la población residente del sexo femenino en edad fértil según los grupos de color o raza, Brasil, 2007 (en %)

	Norte	Noreste	Sureste	Sur	Centro-Oeste	Brasil
Blancas	4,5	16,7	50,0	22,9	6,1	6,1
Pretas	5,7	31,3	47,8	8,5	6,5	6,5
Pardas	13,2	39,8	32,8	5,5	8,8	8,8
Pretas y pardas	12,1	38,5	35,1	5,9	8,4	8,4
Otras	17,0	17,7	41,8	11,2	12,3	12,3
Color o raza ignorada	0,0	28,0	17,4	42,4	12,2	12,2
Total	8,3	27,6	42,5	14,3	7,3	7,3

Fuente: IBGE, microdatos PNAD.

Nota 1: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: Población femenina en edad fértil y teóricamente comprendida entre los 10 y 49 años de edad.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

Finalmente, en la tabla 30 se puede observar la distribución de las muertes maternas, según los grupos de color o raza, por franjas etarias seleccionadas. En todo el país, en 2007, 13,8% de las muertes maternas habían víctimas niñas de hasta 19 años de edad. En las franjas etarias seleccionadas, el intervalo modal de la mortalidad materna se daba entre la de 25 a los 29 años (22,1%), seguida por las franjas de los 30 a 34 (19,6%) y de los 20 a los 24 años de edad (19%).

Entre las mujeres blancas, las muertes hasta los 19 años de edad correspondieron a 13,8% de los casos. Entre las *pretas* este porcentaje fue del 7,5% y entre las pardas del 14,9%. Ambas, *pretas* y pardas, de hasta 19 años de edad, respondieron por el 12,6% del total de muertes maternas ocurridas dentro del grupo. La franja modal de mortalidad materna de las mujeres blancas (26,1%) fue de los 25 a los 29 años de edad. Entre las *pretas*, la franja etaria modal de mortalidad fue la de los 30 a los 34 y la de los 35 a los 39 años de edad (en ambas

TABLA 30. Distribución de muertes maternas según los grupos de color o raza por franjas de edad seleccionadas, Brasil, 2007 (en %)

	10 a 14 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años	50 años o más
Blancas	0,8	13,0	15,6	26,1	20,2	14,5	5,9	2,1	1,7
<i>Pretas</i>	0,6	7,9	16,9	19,1	20,2	20,2	11,2	3,9	0,0
Pardas	0,8	14,1	21,8	21,7	18,9	14,8	6,6	0,7	0,7
<i>Pretas y pardas</i>	0,7	12,9	20,9	21,2	19,2	15,9	7,5	1,3	0,5
Otras	0,0	14,8	22,2	14,8	25,9	14,8	7,4	0,0	0,0
Color o raza ignorada	0,0	16,0	18,0	12,0	19,0	20,0	10,0	3,0	2,0
Total	0,7	13,1	19,0	22,1	19,6	15,7	7,1	1,6	1,0

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM.

Nota 1: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: Población femenina en edad fértil y teóricamente comprendida entre los 10 y 49 años de edad.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

franja 20,2%). Entre pardas, las franjas modales de las muertes estaban entre los 20 y los 24 años y de los 25 a los 29 años de edad (21,8% y 21,7%, respectivamente). La franja etaria más común de mortalidad materna de las *pretas* y pardas fue la comprendida entre los 25 y los 29 años de edad (21,2%) (tabla 30).

Razón bruta de mortalidad materna 2000-2007

Conforme a lo ya mencionado, la razón de mortalidad materna es resultante del cociente entre el número total de muertes por embarazo, parto y puerperio, dividido por el número total de nacidos vivos, multiplicado por 100.000. Cuando estos datos no pasan por algún factor de corrección son llamados: de razón bruta, cuando lo hacen, se denominan: de razón de mortalidad ajustada o corregida.

De acuerdo con la figura 16, es claro que entre 2000 y 2007 la razón de mortalidad materna en Brasil se elevó de 52,3 a 55 muertes por 100.000 nacidos vivos. Este indicador, que aparentemente estaría en contra de un movimiento, ya comentado, de reducción de la mortalidad materna en nuestro país en el último periodo, solamente

puede ser comprendido a la luz hecho de que ocurrió una mejoría en los sistemas de recolección estadísticos —aquí, una vez más, se hace mención al importante trabajo de los comités de mortalidad materna esparcidos por todo el país (Melo y Knupp 2008)—.

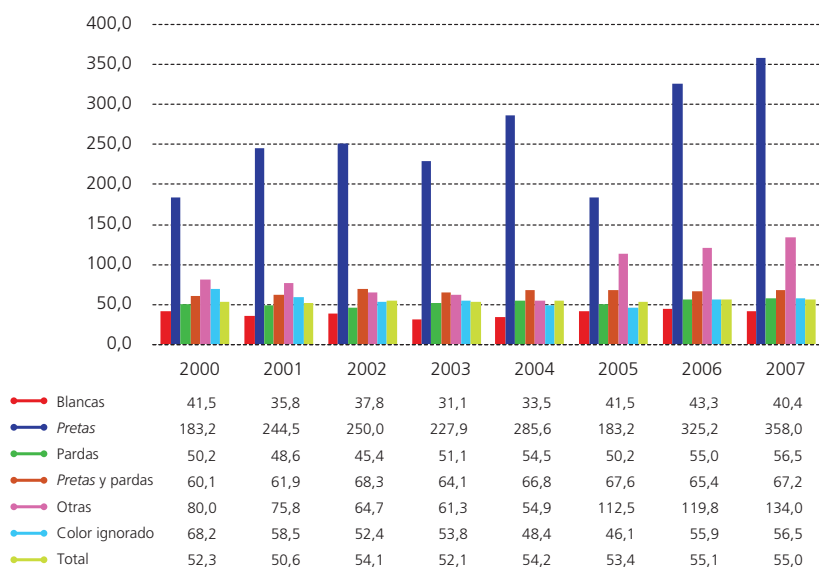
Cuando la razón bruta de mortalidad materna se analiza de forma desagregada para los grupos de color o raza, se comprueba que en todo el país, entre 2000 y 2007, en las mujeres blancas la evolución fue de 41,5 a 40,4 muertes por 100.000 nacidos vivos; en las *pretas*, de 183,2 a 358 muertes por 100.000 nacidos vivos; en las pardas, de 50,2 a 56,5 muertes para cada 100.000 nacidos vivos, y en las *pretas* y pardas, de 60,1 a 67,2 muertes por 100.000 nacidos vivos (figura 16).

Si se analiza solamente el último año de la serie (2007) con los indicadores presentados por las mujeres blancas, se observa que el riesgo relativo de muerte materna por parte de las mujeres pardas era 1,4 veces superior; por parte de las mujeres *pretas* era 8,87 veces superior y por parte de las mujeres *pretas* y pardas era 1,67 superior (leído de otra manera, en este último caso era 67% superior) (figura 16)²⁵.

En el proceso de análisis de estas evoluciones en el periodo 2000-2007, pese a que se constató un movimiento de elevación de las asimetrías de color o raza, vale insistir en que es preciso ser cautelosos frente al incremento de los respectivos indicadores. No necesi-

25 A lo largo del presente texto se han podido observar claras discrepancias en las razones de mortalidad materna entre los indicadores de las mujeres negras y de las mujeres pardas. El comportamiento de este indicador obedece a una variación semejante a lo que ocurre dentro del SIM como un todo, en el cual la mortalidad de las mujeres negras (así como también en los hombres) es, en general, sensiblemente superior a la mortalidad de las mujeres pardas, y a la de las mujeres blancas. Los motivos de esta discrepancia pueden estar asociados con: 1) determinados aspectos divergentes de los patrones de vida de las mujeres negras en relación con las pardas y blancas; 2) problemas de escape de registros de los grupos pardos, para los negros; 3) alguna eventual mayor probabilidad de pérdida de los registros de las pardas, en comparación con los de las negras, a pesar de que en Paixão y Carvano (2008) sea posible ver que tal discrepancia no puede ser asociada a su dimensión regional, dado que el problema se presenta en todas las regiones brasileñas. Para una profundización sobre el debate véase también Batista (2002) y Paixão (2006).

Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil...



Nota: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

FIGURA 16. Razón bruta de mortalidad materna según los grupos de color o raza, Brasil, 2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.
Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

riamente estos estarían expresando la elevación de las desigualdades, porque igualmene podrían estar revelando una mejoría en el sistema de recolección de los datos, dejando una la realidad configurada por los indicadores oficiales.²⁶

Razón de mortalidad materna corregida 2000-2007

Conforme a lo ya mencionado, algunos estudios se realizaron en Brasil con miras a obtener un factor de ajuste de las muertes maternas, buscando la subidentificación de los eventos de esta naturaleza. De las propuestas presentadas, el estudio de Laurenti et ál.

²⁶ Esta misma excepción, también susceptible a de ser movilizada para el análisis de otros indicadores generados por el SIM, puede ser vista en Paixão y Carvano (2008).

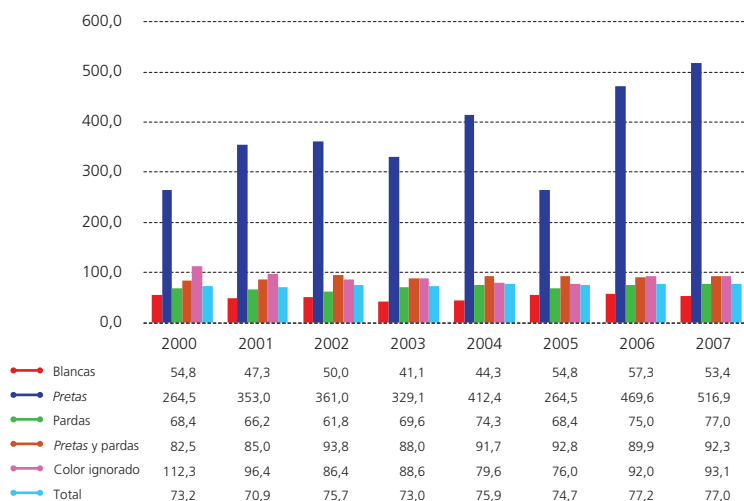
(2004, 2006) recibió validación incluso en el plano oficial. Se recuerda que, para todo el país, el factor de ajuste era igual a 1,4.²⁷

Como ya se mencionó, el mismo grupo de investigadores también llegó a diseñar una evaluación de este factor de ajuste desagregado por los grupos de color o raza: 1,322, para las blancas; 1,444 para las *pretas*; 1,362 para las pardas; 1,373 para las *pretas* y pardas, y 1,647 para las de color o raza ignorada (Laurenti et ál. 2004; véase Martins 2004). Cabe destacar que en la investigación bibliográfica no fue posible localizar ninguna otra propuesta alternativa de factor de ajuste de las muertes maternas segmentadas por los grupos de color o raza.

En la figura 17 se muestran las razones de mortalidad materna en todo el país, desagregadas por los contingentes de color o raza y los respectivos factores de ajuste señalados en el párrafo anterior. Así, cuando se aplican los factores de ajuste de las muertes maternas segmentadas por los grupos de color o raza, se ve que, en todo Brasil, la razón de mortalidad (muertes maternas por 100.000 nacidos vivos) entre 2000 y 2007 pasó de 73,2 a 77. En el caso de las mujeres blancas, el mismo indicador habría pasado de 54,8 a 53,4. El indicador de las *pretas* habría cambiado de 264,5 a 516,9; el de las pardas, de 68,4, a 77, y el de las *pretas* y pardas, de 82,5, a 92,3. Así, de los datos obtenidos para el 2006 se verifica que en relación con las mujeres blancas el riesgo relativo de muertes maternas de las mujeres *pretas* podría ser 9,69 veces superior; el de las mujeres pardas podría ser 1,44 superior y el de las mujeres *pretas* y pardas podría ser 1,73 superior (73% superior).

27 En opinión del autor, no tendría sentido aplicar el mismo factor de corrección de 1,4, válido para todo el país, en el caso de los diferentes grupos de color o raza. Si así se hiciera, se estaría incurriendo en una contradicción en relación con la propia hipótesis central del estudio, que viene a ser la efectiva presencia de asimetrías de color o raza en el indicador. Por eso, concibió que valía la pena el esfuerzo de incorporar factores de ajustes diferenciados, aun sabiendo que la literatura dedicada al tema haya dado pocas pruebas de una plena validación del indicador generado por Laurenti et ál. (2004) y citado por Martins (2004).

Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil...



Nota 1: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: Factor de corrección del total igual a 1.400 total; 1.322 blancas; 1.444 pretas; 1.362 pardas; 1.373 pretas y pardas; 1.647 para color o raza ignorada, tomado de Laurenti et ál., 2004; véase Martins, 2004. (Los autores no hicieron estimativos para las amarillas e indígenas).

FIGURA 17. Razón de mortalidad materna corregida según los grupos de color o raza, Brasil, 2000-2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo corregido por factor de corrección).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

Antes de que se llegue a conclusiones apresuradas sobre los indicadores recién listados, cabe señalar que se tienen las siguientes reservas: 1) los factores de ajuste utilizados para la confección de la figura 17 no fueron utilizados y comentados por ninguna otra fuente que no fuese Martins (2004), lo que sugiere que pudieron no haber sido tan consensual o inequívocamente aplicados como lo fueron los factores de ajuste generados por el equipo de Laurenti et ál. Para Brasil como un todo. Visto de otro modo, hay motivos para entender que aquellos factores de ajuste pueden haber sido considerados como solo prospectivos; 2) los factores de ajuste para los grupos de color o raza se mantuvieron inelásticos con respecto a las variaciones de la calidad de los sistemas de recolección de los datos de la mortalidad materna, lo que puede ser considerado un factor limitante con miras

a las ya comentadas mejorías ocurridas en las formas de identificación de las muertes maternas; 3) acorde con el segundo motivo, la serie contenida en la figura 17 tampoco capta las reducciones en los casos de color o raza ignorada; recuérdese que esta reducción se asoció con el subsecuente crecimiento relativo de las muertes maternas de las *pretas* y de las pardas.

Dado el conjunto de limitaciones metodológicas que se ha señalado, en las segmentaciones por edad y región, que serán vistas a continuación, se trabajará solamente con las razones brutas de mortalidad materna y no con los datos ajustados.

Razón bruta de mortalidad materna por franjas de edad

En la tabla 31 se indica la razón bruta de mortalidad materna para las mujeres de los diferentes grupos de color o raza, correspondientes a los grupos etarios de Brasil en 2007.

Del conjunto total de mujeres del país se percibió que a partir de los 25 años de edad la probabilidad de muerte por alguna afección generada en el ciclo gravídico-puerperal era creciente. También se destacaba que la razón de mortalidad materna era mayor para las niñas embarazadas entre 10 y 14 años de edad frente a las franjas etarias de los 15 a los 24 años de edad.

Al analizar las razones brutas de mortalidad de los diferentes grupos de edad, se observa que las mujeres de color o raza *preta*, en todas las franjas, presentaban probabilidades de muertes maternas razonablemente superiores a los de las mujeres de los grupos blanco y, aun, pardo. En lo que respecta a las mujeres pardas de los diferentes grupos etarios, sus razones brutas de mortalidad materna eran superiores a las de las blancas en el conjunto de las franjas de edad, con excepción en los extremos de las series: de los 10 a los 14 y de los 45 a los 49 años de edad (tabla 31).

Cuando se analizan los grupos *preto* y pardo en conjunto, se observa que el riesgo relativo de muerte materna dentro de las respectivas agrupaciones etarias era superior al de las blancas en los siguientes valores: 15 a 19 años, 10,6%; 20 a 24 años, 66,2%; 25 a 29 años, 31,6%; 30 a 34 años, 84,6%; 35 a 39 años, 110,5%; 40 a 44 años, 99,4%. Ya el riesgo relativo de muerte materna de las mujeres blancas

era superior al de las *pretas* y pardas en 7,9%, entre los 10 y 14 años, y 10,1%, en la franja de los 45 a los 49 años de edad (tabla 31).

Razón bruta de mortalidad materna por región geográfica

En el país durante el año 2007 las mayores probabilidades de muertes por causas maternas (por 100.000 nacidos vivos) ocurría en las regiones Norte (64,8) y Noreste (63,6). La razón bruta de mortalidad materna en el Sur alcanzó 52,9 muertes; en el Sureste, 48,1 y en el Centro-Oeste, 45,1 (tabla 32).

En las cinco grandes regiones geográficas del país las razones brutas de mortalidad por causas obstétricas de las mujeres *pretas* fueron superiores a las los grupos de color o raza blanca y parda. En el caso de las mujeres pardas, se verifica que su razón de mortalidad materna era inferior al de las blancas en el Norte; semejante en el Noreste y razonablemente superior en las otras tres regiones. Esta aparente paradoja puede ser analizada a la luz de la figura 15, donde

TABLA 31. Razón bruta de mortalidad materna según los grupos de color o raza y franjas etarias seleccionadas, Brasil, 2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo)

	10 a 14 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años	Total
Blancas	44,3	30,6	23,4	40,5	45,5	66,0	106,8	682,4	40,4
Pretas	211,9	146,9	208,1	282,2	469,1	861,7	1527,9	7865,2	358,0
Pardas	36,2	33,8	38,9	53,4	84,0	139,0	213,0	270,7	56,5
Pretas y pardas	41,0	37,1	44,5	61,9	100,5	174,3	282,5	619,8	67,2
Otras	0,0	86,2	108,2	94,3	246,0	241,8	365,6	0,0	134,0
Color o raza ignorada	0,0	54,0	37,7	26,1	59,9	125,1	243,6	1119,4	56,5
Total	39,3	35,9	35,8	49,6	69,9	114,1	193,3	662,9	55,0

Nota 1: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: Población femenina en edad fértil y teóricamente comprendida entre 10 y 49 años de edad.

Nota 3: En la declaración de nacido vivo es registrado el color o raza del hijo.

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

se verificó que, justamente, en las regiones Norte y Noreste se concentraba la mayor proporción de muertes maternas de color o raza ignorada. O sea, puede ser que en este caso la subnotificación de los casos fatales en aquella región pueda estar afectando con mayor intensidad a las pardas, cabe señalar, por supuesto que tal constatación solamente puede ser aceptada en tanto hipótesis.

En términos de los riesgos relativos de mortalidad de las mujeres *pretas* y pardas en comparación con las blancas, se observó que estos eran superiores en las correspondientes regiones, lo que arrojó los siguientes valores relativos: Noreste, 15,4%; Sureste, 145,7%; Sur, 178,9% y Centro-Oeste, 53,9%. En la región Norte el riesgo relativo de muerte materna para las mujeres blancas era 27,7% superior al de las mujeres *pretas* y pardas (tabla 32).

TABLA 32. Población de sexo femenino entre 10 y 49 años con declaración de muerte por embarazo, parto y puerperio de acuerdo con las franjas seleccionadas de edad de las madres, según los grupos de color o raza, grandes regiones, Brasil, 2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo)

	Norte	Noreste	Sudeste	Sur	Centro-Oeste
Blancas	71,7	55,6	32,3	45,9	36,3
<i>Pretas</i>	240,2	557,4	354,2	137,7	403,7
Pardas	54,3	56,1	57,4	123,7	49,9
<i>Pretas y pardas</i>	56,2	64,1	79,4	128,0	55,9
Otras	168,9	72,1	113,4	248,8	92,3
Color o raza ignorada	490,6	77,6	35,2	510,2	18,4
Total	64,8	63,6	48,1	52,9	45,1

Nota 1: La población total incluye individuos de color o raza amarilla, indígena e ignorada.

Nota 2: En la declaración de nacido vivo se registra el color o raza del hijo.

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.

Mortalidad materna incorporando las muertes tardías

Conforme a lo mencionado arriba, en los estudios sobre mortalidad materna existe una diferencia conceptual entre muertes por causas maternas y muertes maternas relacionadas con el embarazo.

Por un lado, según la OMS, las muertes maternas engloban todas las causas de mortalidad que ocurrieron hasta 42 días después del parto; por tanto, incorporando además del capítulo xv, o grupo O de la CID-10, las demás causas presentes en otros capítulos de la CID-10 que están asociadas con las diversas etapas de la maternidad, tal como ya fue posible listar.

Por otro lado, las muertes relacionadas con el embarazo engloban todas las causas de mortalidad que forman parte del capítulo xv, o grupo O de la CID-10. Es decir, además de las muertes obstétricas ocurridas dentro del ciclo de embarazo-puerperal este grupo también capta las muertes maternas ocurridas tardíamente.

«La evolución tecnológica, incluyéndose la terapéutica, hizo que graves complicaciones ocurridas en el ciclo de embarazo-puerperal no llevaran a la muerte antes del término del puerperio (42 días), pero que ellas vinieran a ocurrir más tardíamente, a veces mucho tiempo después. Eso hizo que la OMS incluyera en la CID-10 códigos para “muerte por cualquier causa obstétrica que ocurre más de 42 días, pero menos de un año después del parto”; estas son las llamadas “muertes maternas tardías” (El96) y “muertes por secuela de causas obstétricas, que ocurren un año o más después del parto (El97)”, (Laurenti et ál., 2006, 57)

Laurenti et ál. también afirman que «en cuanto al cálculo de la razón de mortalidad materna, es importante recordar que la OMS, para comparaciones internacionales, propone siempre su cálculo llevando en cuenta las muertes verificadas durante la gestación y dentro de los 42 días del puerperio». Sin embargo, prosiguen los estudiosos, «para propósitos nacionales, puede ser calculada otra razón, en que se consideren también las muertes ocurridas en el puerperio tardío (además de 42 días después del término de la gestación)» (Laurenti et ál. 2004, 459).

De este modo, siguiendo las recomendaciones del equipo de investigadores de la Universidade de São Paulo, en la presente subsección se expondrán y analizarán los indicadores de mortalidad materna, abarcando las causas tardías listadas en los códigos El96 y El97 del grupo O de la CID-10.

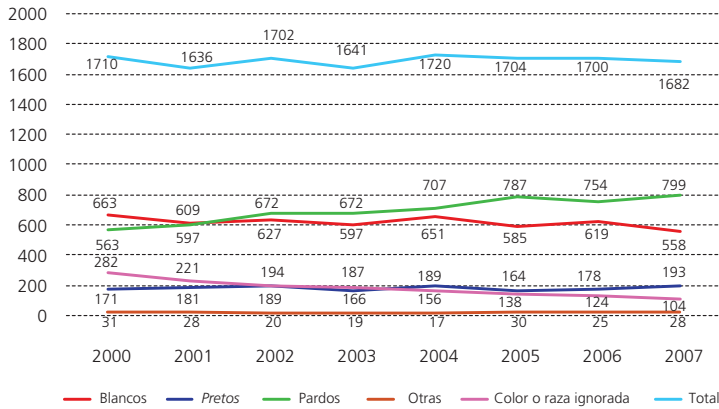
La figura 18 indica el comportamiento del número total de muertes maternas, incluidas las relacionadas con el embarazo, desagregado por la variable de color o raza, para todo Brasil, en el periodo 2000-2007. Así, en todo el país el número total de muertes pasó, en dicho lapso de 1.710 a 1.682 casos. En cuanto a las mujeres blancas, en el mismo periodo el número de fallecimientos por ese motivo pasó de 663 a 558 casos; en las mujeres *pretas*, de 171 a 193 casos; en las mujeres pardas, de 563 a 799 casos, y en las mujeres de color o raza ignorada, de 282 a 104 casos.

Desde el punto de vista de la composición de color o raza del indicador, se verifica que el peso relativo de las *pretas* y pardas avanzó, entre 2000 y 2007, de 42,9% a 59%. Una vez más se comprobó que esta proporción avanzó en contra de la reducción de los casos de mortalidad de color o raza ignorada, cuyos registros, desde el punto de vista relativo, descendieron del 16,5% al 6,2% del total (figura 18).

En la figura 19 se puede observar la evolución de las razones brutas de mortalidad materna, incluyendo las muertes relacionadas con el embarazo, de los grupos de color o raza. En todo el país, entre 2000 y 2007, el indicador pasó de 53,3 a 58,2 muertes por 100.000 nacidos vivos.

En términos del comportamiento de los indicadores de los respectivos grupos de color o raza, se observa que, en todo Brasil, durante los años 2000 y 2007, entre las mujeres blancas el indicador pasó de 42,5 a 43 muertes por 100.000 nacidos vivos. En el mismo lapso, entre las mujeres *pretas* el mismo indicador pasó de 192,2 a 388,2 por 100.000 nacidos vivos. En el caso de las mujeres pardas, la razón bruta de mortalidad materna pasó de 50,7 a 59,3 por 100.000 nacidos vivos. Finalmente, en el caso de las mujeres de color o raza ignorada, acompañando su ya comentado declive relativo dentro de la base de datos, el indicador pasó de 68,9 a 58,8 por 100.000 nacidos vivos (figura 19).

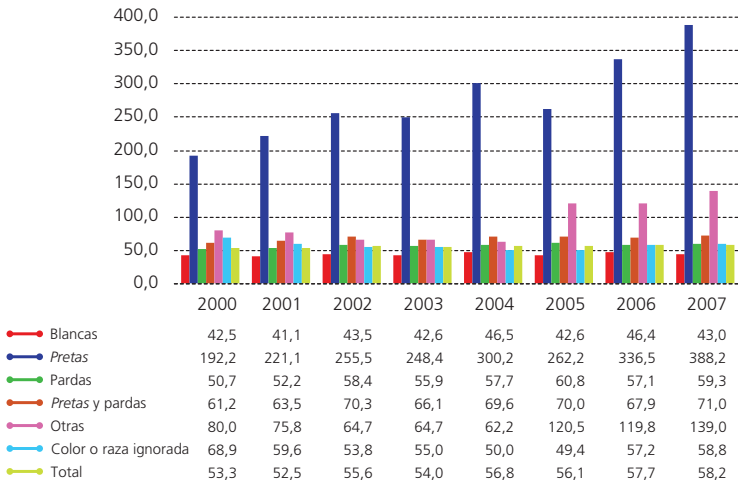
Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil...



Nota: Outras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

FIGURA 18. Mortalidad materna bruta incluyendo muertes relacionadas con el embarazo según el color o raza de la mujer, Brasil, 2001-2007 (en número de muertes).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM.
Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.



Nota: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

FIGURA 19. Razón bruta de mortalidad materna (incluyendo muertes relacionadas con el embarazo), según los grupos de color o raza, Brasil, 2001-2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.
Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

Segmentación de las causas de mortalidad materna

En la presente sección se llevará a cabo un análisis más detenido sobre la composición de las causas de mortalidad materna de los diferentes grupos de color o raza en todo Brasil para el año 2007.

La mortalidad materna, además del periodo de su ocurrencia (tardía y no tardía), también puede ser segmentada en causas obstétricas directas, causas obstétricas indirectas y causas obstétricas no especificadas.²⁸

Según Laurenti et ál. (2006, 72), las muertes obstétricas directas son aquellas resultantes de complicaciones obstétricas en el embarazo, en el parto o en el puerperio, derivadas de intervenciones, omisiones, tratamientos incorrectos o a una cadena de eventos resultantes de cualquiera de las causas mencionadas. Las muertes obstétricas indirectas son aquellas resultantes de enfermedades existentes antes del embarazo o de enfermedades que se desarrollaron durante el embarazo y que no son derivadas de causas obstétricas directas, pero que fueron agravadas por los efectos fisiológicos del embarazo. Así, según los mismos autores, «cuando la mortalidad es baja, ella es casi que totalmente representada por las causas obstétricas indirectas; cuando la tasa/razón de mortalidad materna es alta, la mayor parte es representada por las obstétricas directas» (Laurenti et ál., 2006, 56).

En la tabla 33 se observan los indicadores de la mortalidad materna en todo el país para el año 2007, desagregado, por grupos de color o raza. Cabe anotar que en esa tabla se incorporan todas las causas de mortalidad materna, contenidas en el grupo O de la CID-10 (por tanto, comprende las muertes tardías y aquellas por secuela), así como los vectores de mortalidad materna presentes en otros grupos.

De acuerdo con la fuente, 69,8% del total de las muertes maternas ocurridos en todo Brasil aquel año lo fueron por causas directas. Por su parte las causas indirectas correspondieron al 22,3% del total. Las

²⁸ Según el Ministerio de Salud, dentro de la CID-10 las muertes maternas obstétricas directas corresponden a los códigos: E00.0 a E08.9, E11 a E23.9, E24.4, E26.0 a E92.7, D39.2, Y23.0, F53 y M83.0. Las muertes maternas obstétricas indirectas corresponden a los códigos: E10.0 a E10.9, E24.0 a E24.3, E24.9, E25, E98.0 a E99.8, A34, B20 a B24, y las muertes obstétricas no especificadas, al código E95.

muerter ocurridas a partir del día número 42 después del parto correspondieron al 5,5% y las causas no especificadas al 2,4%.

En 2006, entre las mujeres blancas fallecidas por causas maternas en el país, las causas directas de mortalidad correspondieron al 66% de los casos. Entre aquellas causas, aparecieron con mayor importancia los trastornos hipertensivos, 17,6%; las complicaciones en el trabajo de parto y el parto, 15,1%, y las complicaciones del puerperio, 13,8%. Las causas indirectas representaron el 24,4% de los casos; las muertes ocurridas fuera del periodo del puerperio, 6,1% y las causas no especificadas un 3% de los casos (tabla 33).

Entre las mujeres *pretas* que fallecieron en 2007 en Brasil por causas maternas, las debidas a causas directas de mortalidad materna ascendieron al 69,4% de los casos. Los trastornos hipertensivos aparecían como la causa principal, teniendo una correspondencia del 18,7%. Las complicaciones del trabajo de parto y parto (18,1%) y las complicaciones del aborto (9,8%) aparecían como otras dos importantes causas de mortalidad de mujeres *pretas* por causas maternas. En este mismo grupo, las causas indirectas de mortalidad correspondieron a 22,8% del total; aquí con especial mención a las enfermedades causadas por el VIH que acarrearón el 6,7% del total de muertes de mujeres *pretas* en el ciclo de embarazo-puerperal (tabla 33).

En esa misma tabla, en el caso de las mujeres pardas fallecidas en todo el país en 2006 por causas maternas, se verificó que las causas directas de mortalidad correspondieron al 74,8% del total de casos de fallecimientos. De estas, los trastornos hipertensivos representaron 22,2% del total de casos; las complicaciones del trabajo de parto y parto el 18,3% y las complicaciones del puerperio 14,8%. Las causas indirectas de mortalidad materna produjeron el 18% de los casos de muertes maternas en este grupo. Las muertes obstétricas ocurridas fuera del puerperio correspondieron al 4,8% y las causas no especificadas al 2,4%.

Si se compara la distribución de las causas de mortalidad materna dentro del grupo de las mujeres blancas, de un lado, y mujeres *pretas* y pardas, de otro, se puede llegar a las siguientes constataciones: las causas directas de mortalidad materna fueron más expresivas en el grupo de las *pretas* y pardas (73,8%) que en el grupo

TABLA 33. Población de sexo femenino con declaración de muerte por embarazo, parto y puerperio (inclusive causas de muertes relacionadas con la maternidad) de acuerdo con la causa de mortalidad, según los grupos de color o raza seleccionados (blancas, *pretas* y pardas y color ignorado), Brasil, 2007 (en % de las declaraciones de muerte)

Causas de mortalidad / Color o raza	Blancas	<i>Pretas</i> y pardas	Color o raza Ignorada	Total
Causas obstétricas directas de mortalidad	66,5	73,8	70,2	69,8
Complicaciones de aborto (O00 – O08)	7,3	8,7	4,8	7,9
Trastorno hipertensivos (O10-O16)	17,6	21,5	25,0	19,1
Otros trastornos relacionados con el embarazo (O20-O29)	5,2	2,9	3,8	3,6
Problemas relacionados con el feto, membranas y placenta (O30-O48)	7,3	7,8	8,7	7,7
Complicaciones de trabajo de parto y parto (O60-O75)	15,1	18,2	15,4	17,2
Complicaciones de puerperio (O85-O92)	13,8	14,4	12,5	14,1
Mola hidatiforme maligna o invasiva (D39.2)	0,2	0,1	0,0	0,1
Necrosis hipofisaria posparto (E23.0)	0,0	0,0	0,0	0,0
Trastornos mentales y comportamentales asociados con el puerperio (F53)	0,0	0,2	0,0	0,1
Ostomelacia puerperal (M83.0)	0,0	0,0	0,0	0,0
Causas obstétricas indirectas de mortalidad	24,4	19,0	23,1	22,3
Causas obstétricas indirectas (O98-O99)	18,3	14,5	13,5	15,7
Demás causas obstétricas indirectas grupo O (O10, O24, O25)	2,5	0,8	2,9	2,9
Tétano obstétrico (A34)	0,0	0,1	0,0	0,1
Enfermedades causadas por el VIH (B20 a B24)	3,6	3,5	6,7	3,7
Causa obstétrica de mortalidad no especificada (O95)	3,0	1,9	2,9	2,4
Muertes ocurridas fuera del periodo de puerperio (O96-O97)	6,1	5,3	3,8	5,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM.

Nota 1: Población femenina en edad fértil y teóricamente comprendida entre los 10 y 49 años de edad.

Nota 2: La población total incluye los individuos de color o raza amarilla e indígena.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

de las mujeres blancas (66,5%). Tal indicador parece reflejar las observaciones ya hechas por Laurenti et. ál. relativas a la relación existente entre las causas directas de mortalidad y su mayor incidencia en términos absolutos. Entre las causas directas de mortalidad se resaltaban otras diferencias en los grupos. Las mujeres *pretas* y pardas estaban proporcionalmente más sujetas a las muertes por complicaciones de abortos (8,7% frente a 7,3%, ocurrido entre las mujeres blancas) y por los trastornos hipertensivos (21,5% frente a 17,6%, ocurrido entre las mujeres blancas) (tabla 33).

En la distribución de las causas de mortalidad materna entre los grupos las afecciones obstétricas indirectas tuvieron un peso relativo mayor en el total de muertes de mujeres blancas (24,4%) que en el caso de mujeres *pretas* y pardas (19%). Tal realidad también se hizo presente en las muertes ocurridas fuera del periodo del puerperio, 6,1% del total de muertes de mujeres blancas, frente a 5,3% entre las mujeres *pretas* y pardas. En las múltiples causas de mortalidad indirectas la casi igualdad proporcional verificada entre las mujeres blancas (3,6%) y *pretas* y pardas (3,5%) no debe ocultar la especial incidencia de las afecciones causadas por el VIH/SIDA junto a las mujeres de color o raza *preta* en específico (tabla 33).

En la tabla 34 se incluyen las razones de mortalidad materna por 100.000 nacidos vivos, los grupos de causas de muertes en todo el país; indicadores del 2007. Las causas obstétricas directas de mortalidad aparecerían como las que presentaron la mayor razón de muertes, 40,6, mientras que las causas obstétricas indirectas presentaron razón de mortalidad de 13 por 100 mil nacidos vivos. De las causas —con código de dos dígitos— analizadas, el vector modal lo constituyeron los trastornos hipertensivos, con razón de mortalidad de 13 por 100.000 nacidos vivos.

Las causas obstétricas directas de mortalidad alcanzaron, en el grupo de las mujeres blancas, 28,6 por 100.000 nacidos vivos. De estas, los trastornos hipertensivos presentaron razón de mortalidad de 7,6; las complicaciones de parto y parto y las complicaciones del puerperio 5,9. Las causas obstétricas indirectas de mortalidad presentaron una razón de 10,5 muertes por 100.000 nacidos vivos (tabla 34).

TABLA 34. Población de sexo femenino con declaración de muerte por embarazo, parto y puerperio (incluye causas de muertes relacionados a la maternidad) de acuerdo con los vectores de mortalidad, según los grupos de color o raza seleccionados (blancas, *pretas* y pardas, y color o raza ignorada), Brasil, 2007 (en número de declaraciones de muerte por 100.000 declaraciones de nacido vivo)

Causas de mortalidad / Color o raza	Blancas	<i>Pretas</i> y pardas	Color o raza Ignorada	Total
Causas obstétricas directas de mortalidad	28,6	52,4	41,3	40,6
Complicaciones de aborto (O00 – O08)	3,2	6,2	2,8	4,6
Trastornos hipertensivos (O10-O16)	7,6	15,3	14,7	11,1
Otros trastornos relacionados con el embarazo (O20-O29)	2,2	2,1	2,3	2,1
Problemas relacionados con el feto, membranas y placenta (O30-O48)	3,2	5,5	5,1	4,5
Complicaciones de trabajo de parto y parto (O60-O75)	6,5	13,0	9,0	10,0
Complicaciones de puerperio (O85-O92)	5,9	10,2	7,3	8,2
Mola hidatiforme maligna o invasiva (D39.2)	0,1	0,1	-	0,1
Necrosis hipofisaria posparto (E23.0)	-	-	-	-
Trastornos mentales y comportamentales asociados con el puerperio (F53)	-	0,1	-	0,1
Ostomelacia puerperal (M83.0)	-	-	-	-
Causas obstétricas indirectas de mortalidad	10,5	13,5	13,6	13,0
Causas obstétricas indirectas (O98-O99)	7,9	10,3	7,9	9,1
Demás causas obstétricas indirectas grupo O (O10, O24, O25)	1,1	0,6	1,7	1,7
Tétano obstétrico (A34)	-	0,1	-	0,0
Enfermedades causadas por el VIH (B20 a B24)	1,5	2,5	4,0	2,1
Causa obstétrica de mortalidad no especificada (O95)	1,3	1,4	1,7	1,4
Muertes ocurridas fuera del periodo de puerperio (O96-O97)	2,6	3,8	2,3	3,2
Total	43,0	71,0	58,8	58,2

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM y Sinasc.

Nota 1: La población total incluye los individuos de color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: En la declaración de nacido vivo se registra el color o raza del hijo.

Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

En el grupo de las mujeres *pretas* y pardas se precisa una reserva preliminar. De los datos de la tabla 34 se puede concluir que en casi todas las causas de mortalidad las razones de muertes por 100.000 nacidos vivos de las mujeres de color o raza *preta* fueron significativamente superiores a los indicadores presentados por los demás grupos, inclusive las pardas. Dado que el comportamiento de este indicador ya fue escenario de reflexiones aquí no se va a volver sobre el tema. De todas maneras, es imposible dejar de comentar que en este grupo las razones de mortalidad por 100.000 nacidos vivos alcanzaban: 269,5 para las causas obstétricas directas; 38,2 para las complicaciones del aborto; 72,4 para los trastornos hipertensivos; 70,4 para complicaciones del trabajo de parto y parto, y 50,3 para complicaciones del puerperio. Otro indicador que también llamó la atención estaba constituido por las razones de mortalidad maternas asociadas con el VIH, en el caso responsable por una tasa de 26,1 por 100.000 nacidos vivos.

En conjunto, las razones de mortalidad de las mujeres *pretas* y pardas alcanzaron 52,4 por 100.000 nacidos vivos en las causas obstétricas directas (riesgo relativo 1,83 veces superior al de las blancas); 15,3 para los trastornos hipertensivos (riesgo relativo 2,02 veces superior al de las blancas); 6,2 para complicaciones del aborto (riesgo relativo 1,95 veces superior al de las blancas); complicaciones de trabajo de parto y parto (riesgo relativo 2 veces superior al de las blancas) y 10,2 para complicaciones del puerperio (riesgo relativo 1,73 veces superior al de las blancas). En el caso de las muertes maternas asociadas al VIH, el riesgo relativo de las mujeres *pretas* y pardas era 1,63 veces superior (tabla 34).

Nota sobre las muertes por aborto inducido

Según el Sistema de Información Hospitalaria del Sistema Único de Salud (SUS), ingresan en promedio 1.054.243 mujeres por año en Brasil debido a complicaciones vinculadas con abortos inducidos. Se sabe, sin embargo, que esa información no expresa el total de abortos sino solo los casos con complicaciones que exigieron internación, incluso los realizados en los márgenes de los marcos legales vigentes que criminalizan la práctica.

En la base de datos del SIM, en el apartado sobre causas de muertes por aborto, existen cinco subgrupos: aborto espontáneo (código El3); aborto por razones médicas y legales (código El4); otros tipos de aborto (código El5); aborto no especificado (código El6) y fallo de tentativa de aborto (código El7). De este modo, fueron entendidos como probablemente legales las muertes por causas incluidas en los códigos O3, O4 y algunos subtópicos del O7²⁹. Alternativamente, se consideraron con alguna probabilidad de que hayan sido realizados de modo paralelo a los actuales marcos legales las muertes en situaciones tipificadas en los códigos O5, O6 y algunos subtópicos del O7³⁰. La figura 20 muestra el total de muertes causadas por complicaciones de abortos inducidos desagregado por los grupos de color o raza de la mujer victimada.

Siguiendo esta metodología, en la base de datos del SIM fue posible depurar, entre 2000 y 2007, 552 casos de muertes de mujeres por aborto inducido y complicaciones. La segmentación por color o raza revela que, en aquel periodo, 183 mujeres blancas (33,2%); 76 mujeres *pretas* (13,8%); 266 mujeres pardas (48,2%); 342 mujeres *pretas* y pardas (62%) y 64 mujeres de color o raza ignorada (11,6%) murieron por secuelas de abortos inducidos (figura 20).³¹

29 Fueron estos: 1) El7.1 fallo de aborto provocado por razones médicas, complicado por hemorragia tardía o excesiva; El7.2 fallo de aborto provocado por razones médicas, complicado por embolia; El7.3 fallo de aborto provocado por razones médicas con otras complicaciones o con complicaciones no especificadas; El7.4 fallo de aborto provocado por razones médicas, sin complicaciones.

30 Fueron estos: 1) El7.5 otras formas, y las no especificadas, de fallo en la provocación de aborto, complicadas por infección del tracto genital y por infección de los órganos pélvicos; 2) El7.6 otras formas, y las no especificadas, de fallo en la provocación de aborto, complicadas por hemorragia tardía o excesiva; 3) El7.7 otras formas, y las no especificadas, de fallo en la provocación de aborto, complicadas por embolia; 4) El7.8 otras formas, y las no especificadas, de fallo en la provocación de aborto, con otras complicaciones o con complicaciones no especificadas, y 5) El7.9 otras formas, y las no especificadas, de fallo en la provocación de aborto, sin complicación.

31 El análisis aquí se limitará al número absoluto de casos. De hecho, en cierta medida, contrariando argumentos que apuntan a que por año ocurren

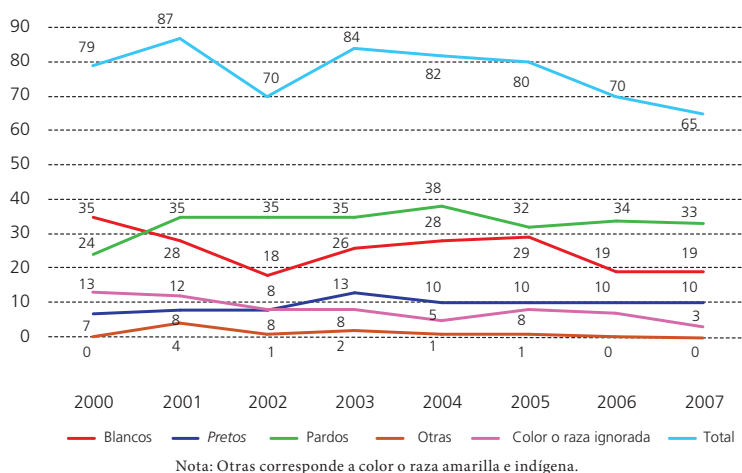


FIGURA 20. Mortalidad materna por abortos posiblemente provocados según grupos de color o raza, Brasil, 2000-2007 (en número de muertes).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos SIM. Tabulación Laeser. Ficha de las desigualdades raciales.

Naturalmente, existen buenos motivos para desconfiar de la efectiva cobertura de este tipo de casos por parte de los registros

miles de muertes de mujeres por abortos clandestinos en Brasil, de los datos encontrados en la base de datos del SIM, la escala de los valores llega al orden de las decenas. En el plan normativo, en opinión del autor, estos números no deberían ser motivos de poca preocupación, pues aun en esta escala, con base en sus cálculos, en seis años habrían muerto más de 500 brasileñas por prácticas de abortos inducidos, vidas que habrían sido salvadas si se tuviera un cuadro legal que amparara, en vez de amenazar, a personas que bajo múltiples aspectos vivencian varias formas de trastornos en el plano personal y psicológico en este momento de sus vidas. En el plano analítico, la fundamentación del análisis se basa en el abordaje de Laurenti et. ál, quienes acerca del uso de los números absolutos (no obstante, dentro de otra discusión) señalaron que: «Una cuestión que se necesita tener en mente es que, aun cuando las tasas/razones son elevadas, el número de muertes por causas maternas es, generalmente, pequeño. Así, cuando es distribuido por características (edad, región, etc.), no siempre es posible que se llegue a las conclusiones. En esos casos, se sugiere que el seguimiento de esas causas sea hecho por medio de los propios números absolutos y no de las tasas» (Laurenti et ál. 2006, 57).

oficiales. Esto, con miras a ir más allá de los problemas que suelen ser observados en este indicador, es decir: los constreñimientos personales y legales envueltos en este tipo de situación. No obstante, aun considerándose todas las lagunas del dato, el hecho es que la criminalización del aborto obliga a las mujeres que incurren en la práctica a su realización, en condiciones bastante difíciles, lo que, ciertamente, las expone, de forma todavía más grave, al riesgo de perder sus vidas. Tal problema suele afectar especialmente a las mujeres más pobres. Así pues, parece evidente que las más afectadas negativamente por los marcos legales vigentes sobre la práctica del aborto en Brasil son justamente las mujeres negras.

Acceso de embarazadas y puérperas al sistema de salud

A lo largo de esta sección, de forma sintética, se observará el comportamiento de algunos indicadores de acceso al sistema de salud por parte de las embarazadas, mujeres en labor de parto y puérperas de los diferentes grupos de color o raza. Estos indicadores fueron obtenidos del Sinasc y de la PNDS-2006. Desde la perspectiva del autor de este documento, esos indicadores son importantes para ayudar, aunque de forma indirecta, en la comprensión del comportamiento verificado en las desigualdades presentes en los indicadores de la mortalidad materna en Brasil.

Realización de exámenes prenatales

Hay un consenso en la literatura sobre el tema de los derechos reproductivos con respecto a considerar que la principal forma de evitar o reducir el número de muertes maternas es por la vía preventiva a través de la realización de los exámenes prenatales. Según el Ministerio de Salud, seis consultas prenatales son la mínima cantidad recomendada para una mujer que esté embarazada; preferentemente una consulta en el primer trimestre, dos en el segundo y tres en el tercer trimestre de gestación (Lago y Lima, 2008).

De hecho, según Leal et ál.:

La asistencia prenatal se ha mostrado como uno de los principales factores de protección contra el bajo peso al nacer, parto pre-

maturo y muerte perinatal en Brasil y en otros países en desarrollo, aunque la gestación sea entendida como un fenómeno fisiológico y su evolución se dé, en la mayoría de las veces, sin irregularidades. [...] La asistencia prenatal se basa en tres líneas de actuación: en el rastreo de las embarazadas de alto riesgo, en acciones profilácticas específicas para la embarazada y el feto, así como en la educación en salud. La identificación de la embarazada de alto riesgo representa el principal elemento en la prevención de la morbi-mortalidad materna e infantil, demandando un acompañamiento especializado, aunque las otras funciones de profilaxia y seguimiento del embarazo, desarrolladas durante la asistencia prenatal, constituyen prácticas de promoción de la salud y preparación para la maternidad. (2004, 563)

En la figura 21 se puede observar la distribución relativa del número de consultas prenatales de las madres de todo el país que tuvieron sus hijos a lo largo del año 2007.³² Así, en ese momento, el 56,1% de las madres había hecho 7 consultas o más; 33,1%, entre 4 y 6 consultas; 8% solo de 1 a 3 consultas y 1,9%, ninguna consulta.

Entre las madres blancas, el 71% había tenido más de 7 consultas; 23% entre 4 y 6 consultas; 4,4% entre 1 y 3 consultas, y el 1% ninguna consulta. En el caso de las mujeres *pretas* y pardas, el 42,6% había tenido más de 7 consultas (28,6 puntos porcentuales inferiores a lo que ocurría entre las mujeres blancas), 42,4% había tenido entre 4 y 6 consultas, 11,3% entre 1 y 3 consultas y 2,8% ninguna consulta (proporción casi tres veces mayor a lo presentado entre las mujeres blancas) (figura 21).³³

32 Curiosamente, pese a que el Ministerio de Salud recomienda seis exámenes como número mínimo de prenatales durante la gestación, en el cuestionario del Sinasc los campos de respuestas incluyen los siguientes campos cerrados: ninguna, de 1 a 3; 4 a 6; 7 o más e ignorado. Por tanto, desde la propia base del Sinasc, no hay cómo llegar de forma precisa a este número mínimo recomendado por el propio Ministerio.

33 En la PNDS-2006 el porcentaje de mujeres blancas, *pretas* y pardas que habían tenido seis consultas o más fue del 82,5% en el caso de las blancas y del 74,5% en el caso de las *pretas* y pardas (en la sumatoria de todas las mujeres que tuvieron hijos, 74,3%). Este indicador es compatible con los datos presentados por el Sinasc del mismo año y refuerza la sospecha de que una mayor proporción de embarazadas *pretas* y pardas no practica

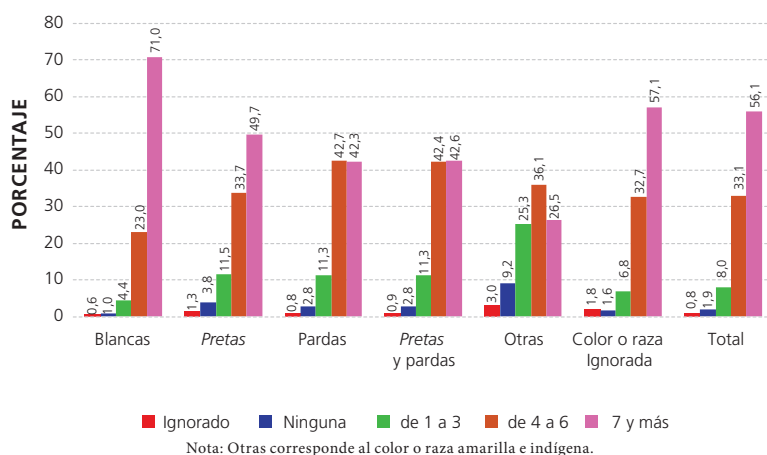


FIGURA 21. Exámenes prenatales según el color o raza de la madre, Brasil, 2007 (en franjas de números de exámenes).

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos Sinasc.

Tabulación Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

Así, al ser la mortalidad materna, en parte, función del número de exámenes prenatales realizados, por estos indicadores recién presentados se tienen motivos para creer que, parte de las desigualdades en las razones de mortalidad materna entre embarazadas blancas, *pretas* y pardas, es producto de las desigualdades verificadas en términos del acceso a este tipo de exámenes preventivos.

Edad de la madre en los partos

La literatura que trata del tema de la mortalidad materna señala que uno de los principales factores de riesgo de vida en la fase gravídico-puerperal reside en la franja etaria de la embarazada (Leal et ál. 2004), especialmente en los extremos del periodo de vida fértil, o sea, en la adolescencia y a partir de los 40 años de edad, cuando las probabilidades de mortalidad tienden a ser más elevadas que en las demás franjas.³⁴

En la tabla 35 vemos que en todo el país, del total de mujeres que tuvieron hijos en 2007, un 21,1% los tuvo hasta los 19 años; un 29,2%

el número mínimo de exámenes prenatales (25,5%), en relación con las embarazadas blancas (19,5%). A este respecto véase Lago y Lima (2008).

³⁴ Véase también la tabla 31 de este estudio en la página 251.

entre los 20 y los 24 años; un 24,5% entre los 25 y los 29 años; un 15,4% entre los 30 y los 34 años; un 7,5% entre los 35 y los 39 años y el 2% restante, después de los 40 años de edad.

Aquel año, en la totalidad del país país, en el grupo de las madres de color o raza blanca el porcentaje de las que tuvieron hijos hasta los 19 años de edad fue del 17,8%. Entre las *pretas* y pardas este porcentaje fue del 24,7%, es decir 6,9 puntos porcentuales por arriba. La franja etaria de los 20 a los 24 años fue responsable del 27% de los partos de madres blancas, frente al 31,6% del total de los partos ocurridos entre las madres *pretas* y pardas. Dentro del total de mujeres que fueron madres en 2007, había algunas con hasta 24 años de edad, 56,1% de las embarazadas eran *pretas* y pardas, y 44,8% de las embarazadas eran blancas (tabla 35).

Es de amplio conocimiento que las razones de mortalidad materna tienden a ser mayores en las franjas etarias más avanzadas. Así, sabiendo que las embarazadas blancas, en comparación con las embarazadas *pretas* y pardas, tienen hijos más tarde, en principio sería de esperarse que aquellas fueran más vulnerables a los riesgos del ciclo gravídico-puerperal. Sin embargo, los indicadores analizados con respecto a las diferencias de color o raza en el indicador de mortalidad materna no corroboraron tal suposición. De esta forma, incluso teniendo los hijos más temprano, las madres *pretas* y pardas están sujetas a mayores riesgos de vida a partir del momento de la concepción.

Estado civil de las madres

La condición civil de la madre a lo largo del ciclo gravídico-puerperal también guarda relación con los riesgos de vida asociados a ese momento. Esto, debido a las mayores o menores dificultades materiales, emocionales y afectivas que la presencia o ausencia de un compañero estable puede acarrear.

Leal et. ál., al estudiar las desigualdades de color o raza en las condiciones de gestación de las madres, constataron la relativa mayor ausencia del padre del bebé en el domicilio de las madres negras, en una proporción mayor de lo que se encontró entre las madres blancas. Según las autoras, tal realidad se traducía en mayor situación de desamparo emocional y económico en aquellas mujeres,

TABLA 35. Edad de las madres al momento del parto por franjas etarias agrupadas, según los grupos de color o raza seleccionados de los nacidos vivos (blancos y *pretos* y pardos), Brasil, 2007 (en % de las declaraciones de nacidos vivos)

	10 a 14 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años
Blancas	0,7	17,1	27,0	26,0	17,9	8,9	2,2	0,1
<i>Pretas</i>	0,9	19,2	29,0	24,2	15,4	8,4	2,6	0,2
Pardas	1,2	23,5	31,7	23,0	12,7	6,0	1,7	0,1
<i>Pretas</i> y pardas	1,2	23,3	31,6	23,0	12,8	6,1	1,8	0,1
Otras	2,6	23,0	27,5	21,1	14,1	8,2	2,7	0,7
Color o raza Ignorada	0,8	16,7	27,0	25,9	17,9	9,0	2,3	0,3
Total	1,0	20,1	29,2	24,5	15,4	7,5	2,0	0,2

Nota 1: La población total incluye los individuos de color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: En la declaración de nacido vivo se registra el color o raza del hijo.

Fuente: Ministerio de Salud, microdatos Sinasc / Datasus

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

esto sumado a la mayor presencia de maltrato físico durante la gestación (Leal et ál. 2005) (tabla 36).

En la tabla 36, en datos hasta cierto punto sorprendentes, se puede observar que, del total de madres en el año 2007, 60,6% tuvieron sus hijos dentro de una condición civil de solteras. Las casadas y aquellas que vivían en régimen de unión consensual totalizaron solo 36,1%. Los demás casos, incluyendo los ignorados, correspondieron a 3,3%.

Cuando los datos contenidos en la tabla 36 se segmentan por color o raza, se observa que igualmente presentan notorias diferencias. De las madres de color o raza blanca, 44,9% estaban casadas o vivían en régimen de unión consensual. Entre las *pretas* y pardas este porcentaje era del 27,6%. Las madres solteras blancas correspondían a 50,9% del total de progenitoras, mientras que las madres solteras *pretas* y pardas totalizaban 70,1%, 19,2 puntos porcentuales por encima.

TABLA 36. Población residente de mujeres en labor de parto, de acuerdo con la condición civil de las madres y según los grupos de color o raza de los hijos (blancos y *pretos* y pardos), Brasil, 2007
(en % de declaraciones de nacidos vivos)

	Soltera	Casada	Viuda	Separada legalmente	Unión consensual	Ignorado
Blancas	50,9	43,2	0,3	1,4	1,7	2,6
<i>Pretas</i>	70,9	24,8	0,3	0,7	1,2	2,1
Pardas	70,0	26,1	0,2	0,5	1,6	1,6
<i>Pretas y pardas</i>	70,1	26,0	0,2	0,5	1,6	1,6
Otras	53,2	40,5	0,2	0,3	1,0	4,9
Color o raza Ignorada	57,2	36,8	0,2	1,0	0,7	4,0
Total	60,6	34,5	0,2	0,9	1,6	2,2

Nota 1: La población total incluye los individuos de color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: En la declaración de nacido vivo se registra el color o raza del hijo.

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos Sinasc.

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

Si se toma en cuenta que los vínculos civiles y afectivos son elementos importantes en términos de la salud de las embarazadas y madres, parece que los indicadores extraídos del Sinasc en lo referente a las condiciones de la mayoría de las mujeres brasileñas — en especial lo encontrado entre las mujeres *pretas* y pardas— están distantes de ser favorables.

Condición de escolaridad de las madres

El último indicador del Sinasc que será analizado, y que se refiere a las condiciones socioeconómicas de las embarazadas brasileñas, será el de la escolaridad de las madres. Una vez más, parece evidente que tal cuestión también se asocia con la salud de las embarazadas y madres en la medida en que puede ser tomado como un índice de la capacidad de aquellas mujeres para obtener y apropiarse de información relevante para el buen desarrollo de sus gestaciones, partos y puerperios (Leal et ál. 2004, 2005).

Por los indicadores presentes en la tabla 37 se observa que, en todo el país, de las mujeres que tuvieron hijos en 2007 1,9% nunca había estudiado; 8,4% tenía de 1 a 3 años de estudio (primer ciclo de la enseñanza fundamental incompleto o analfabetas funcionales); 30,9% tenía de 4 a 7 años de estudio (desde primer ciclo de enseñanza fundamental completo, hasta segundo ciclo de enseñanza fundamental incompleto); 41,2% tenía de 8 a 11 años de estudio (desde enseñanza fundamental completa hasta bachillerato incompleto o completo) y 14,7% había 12 años o más (bachillerato completo hasta superior incompleto o completo).

Segmentando aquellos indicadores por grupos de color o raza, se observa que, entre las madres blancas, el porcentaje con ningún año de estudio era del 0,8%. Entre las madres *pretas* y pardas, el porcentaje de las que nunca habían estudiado llegaba al 2,7%. La franja que poseía entre 1 y 3 años de escolaridad correspondía a la situación del 5,1% de madres blancas y del 11,6% de las madres *pretas* y pardas. El intervalo de los 4 a 7 años de estudio representaba la situación del 25,2% de las madres blancas y del 37,1% de las madres *pretas* y pardas. La franja de los 8 a 11 años correspondía al escenario del 45,6% de las madres blancas y del 37,7% de las madres *pretas* y pardas. Finalmente, la franja de los 12 años de estudios o más era la realidad del 20,7% de las madres blancas y de 8,9% de las madres *pretas* y pardas (tabla 37).

Los indicadores contenidos en la tabla 37, por tanto, muestran que las madres blancas presentan condiciones de escolaridad superiores a las de las madres *pretas* y pardas. De entre las tantas conclusiones posibles que pueden ser obtenidas de esta información, cabe resaltar que tal estadística se relaciona con los indicadores encontrados más allá de la distribución etaria de los partos, pues mientras más tarde el nacimiento de los hijos mayor es la probabilidad de que una mujer logre alcanzar niveles más avanzados de escolaridad. Otra asociación posible es, naturalmente, la que se da con los propios indicadores de mortalidad materna observados.

Condición de realización de los partos

En esta parte se analizarán algunos indicadores sobre las condiciones generales del embarazo, del trabajo de parto y del

TABLA 37. Población residente de mujeres en labor de parto, de acuerdo con las franjas seleccionadas de años de estudio de las madres y según los grupos de color o raza de los hijos (blancos y *pretos* y pardos), Brasil, 2007 (en % de declaraciones de nacidos vivos)

	Ignorado	Ninguno	1 a 3 años	4 a 7 años	8 a 11 años	12 y más
Blancas	2,6	0,8	5,1	25,2	45,6	20,7
<i>Pretas</i>	2,5	3,1	11,4	39,1	35,6	8,2
Pardas	1,8	2,7	11,6	37,1	37,8	9,0
<i>Pretas</i> y pardas	1,8	2,7	11,6	37,1	37,7	8,9
Otras	6,7	15,2	21,7	32,2	16,4	7,9
Color o raza Ignorada	13,4	1,0	6,2	22,8	39,2	17,3
Total	2,9	1,9	8,4	30,9	41,2	14,7

Nota 1: Otras corresponde al color o raza amarilla e indígena.

Nota 2: En la declaración de nacido vivo se registra el color o raza del hijo.

Fuente: Ministerio de Salud, Datasus, microdatos Sinasc.

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

puerperio de las mujeres que tuvieron hijos por lo menos una vez en los últimos cinco años de referencia de la investigación. Se entiende que estos datos, por enriquecer la cantidad de información disponible sobre las condiciones generales de vida durante el ciclo gravídico-puerperal, pueden ser sumados al conjunto de indicadores ya estudiados provenientes del SIM y del Sinasc. La base de análisis es la PNDS realizada en el año 2006 por el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebap), por encargo del Ministerio de Salud.³⁵ Debido a los problemas relacionados con el

³⁵ La PNDS fue encomendada por el Ministerio de Salud a través de un edicto, al Cebap, que la realizó en asociación con otras cinco entidades: Núcleo de Estudos de População (NEPO); Departamento de Medicina Preventiva de la Facultad de Ciencias Médicas, ambas conectadas a la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp); Núcleo de Investigações em Educação y Salud de la Facultad de Salud Pública de la Universidade de São Paulo (USP); Laboratorio de Nutrición del Departamento de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de Ribeirão Preto (USP) y el Instituto

tamaño de la muestra, los indicadores de las mujeres de color o raza *preta* y parda serán analizados solamente en conjunto.

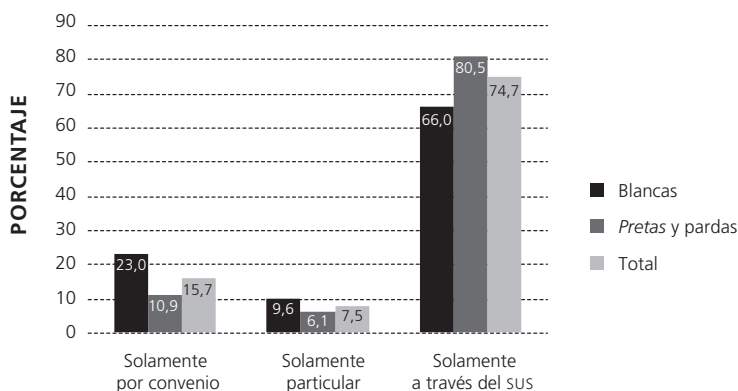
Por intermedio de la figura 22 se hace evidente que la amplia mayoría de las madres brasileñas (74,7%) contó con los establecimientos del sus para la atención prenatal. Sin embargo, cuando se segmenta por grupos de color o raza, se observa que las embarazadas *pretas* y pardas dependen en forma pronuncia (80,5%) del servicio prestado por el Estado. En el caso de las embarazadas blancas, las que solo fueron atendidas por el sus constituía el 66%. El porcentaje de las que contaron con atención de maternidad a través de convenio hospitalario con el sus correspondió al 10,9% de embarazadas *pretas* y pardas, y al 23% de las embarazadas blancas. Los servicios médicos particulares se prestaron al 6,1% de las embarazadas *pretas* y pardas, y al 9,6% de las embarazadas blancas.

En la figura 23 se ve la proporción de embarazadas que utilizaron servicios de salud para la realización de exámenes prenatales de acuerdo con la naturaleza del alcance preventivo: pago o sin pago. En el conjunto de las embarazadas brasileñas, solamente el 15,1% pagaron por la realización de los exámenes prenatales. Entre las embarazadas *pretas* y pardas, las que pagaron por exámenes prenatales correspondieron al 12,2%, mientras que entre las embarazadas blancas el 19,1% pagó por el acceso al mismo servicio de salud.

En la figura 24 aparecen los porcentajes de mujeres que tuvieron hijos de acuerdo con el tipo de institución que atendió el parto. Una vez más quedó evidenciado que la gran mayoría de las embarazadas brasileñas demanda fuertemente el servicio público, en este caso, para la realización del parto, 75,9% tuvo sus hijos en establecimientos del sus, 14,8% en hospitales con convenio y 7,4% en clínicas de maternidad particulares.

Entre las mujeres *pretas* y pardas en labor de parto, la proporción de las que tuvieron sus hijos a través del sus fue aún más

Brasileiro de Opinião Pública e Estatística (Ibope). Para la investigación se entrevistó a 15.000 mujeres entre 15 y 49 años de edad en todo el país y aproximadamente 5.000 niños menores de cinco años. Mayores detalles metodológicos de este estudio se pueden localizar en su informe de actividades, editado por el Ministerio de Salud en 2008.



Nota 1: Mujeres que tuvieron hijos en los últimos cinco años.

Nota 2: Sumatoria de respuestas diferentes al 100%, corresponde a respuestas que cubren más de un establecimiento.

FIGURA 22. Tipo de institución de realización del examen prenatal según el color o raza de la madre, Brasil, 2006 (en %).

Fuente: Ministerio de Salud, PNDS, microdatos.

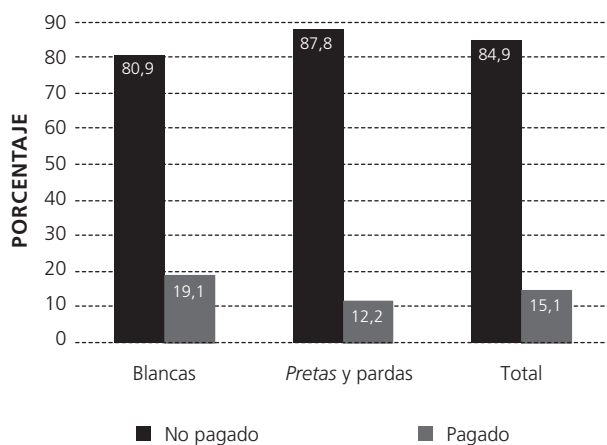
Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

acentuada: 80,9%. En el caso de las mujeres blancas en labor de parto el 68,1% dio a luz en establecimientos de salud del SUS. Los hospitales que sostenían convenio con el SUS fueron el lugar de atención del 14,8% de las mujeres *pretas* y *pardas* en labor de parto y del 20,6% de las mujeres blancas en la misma situación. Por último, en el caso de los hospitales particulares, los datos de la PNDS solamente tuvieron consistencia estadística para las mujeres blancas en labor de parto (10,2%). La inconsistencia estadística de este indicador para las madres *pretas* y *pardas* tan solo revela que relativamente pocas mujeres de este grupo contaron con este tipo de servicio (figura 24). De cualquier forma, mediante la información contenida en la figura 25 se puede tener una cierta idea de la, proporcionalmente, baja relevancia de los servicios privados de atención a las maternas para la población *preta* y *parda*. Así, de este grupo solamente un 8,8% había dado a luz pagando por el servicio de atención, proporción que, entre las mujeres blancas en labor de parto, representaba casi el doble.

En la tabla 38 se observa otro conjunto de indicadores de atención a las mujeres embarazadas, en labor de parto y puerperas de todo el

país, que tuvieron hijos por lo menos una vez en los últimos cinco años de referencia de la PNDS-2006. En la misma tabla, en la última columna, se pueden ver los valores *P* obtenidos de la aplicación de la prueba *qui-cuadrado*, o prueba de independencia estadística, que mide el grado de asociación o independencia de dos fenómenos. Así, cuanto más altos sean los valores *P* mayor es la probabilidad de que no exista asociación entre aquellas dos variables, y viceversa.

Entre los indicadores seleccionados que no presentaron asociación (*P*-valor > 0,05) con los grupos de color o raza, se puede mencionar: 1) el porcentaje de nacidos vivos que fueron puestos en contacto con la madre en la primera media hora después del nacimiento (78,1% entre las maternas blancas y 77,3% entre las *pretas* y pardas); 2) la proporción de los nacidos vivos que se quedaron con la madre en la habitación hasta el alta hospitalaria (90,6% entre las maternas blancas y 88,5% entre las *pretas* y pardas); 3) la proporción de embarazadas que habían sido pesadas durante el embarazo (98,6%, tanto para las blancas como para las *pretas* y pardas); 4) fue medida



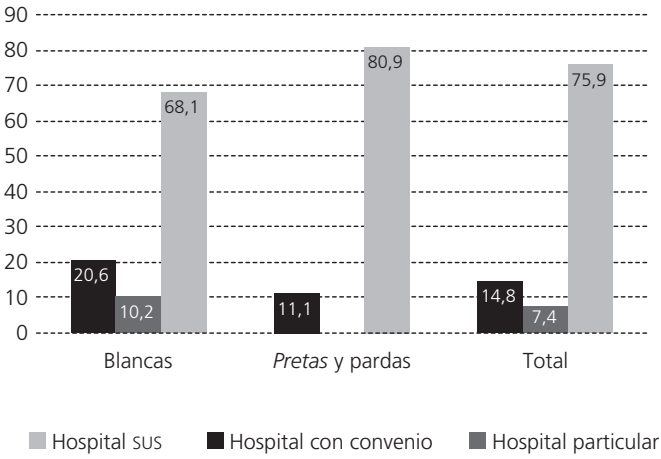
Nota: Mujeres que tuvieron hijos en los últimos cinco años.

FIGURA 23. Proporción de nacidos vivos cuyo examen prenatal fue pagado, según el color o raza de la madre, Brasil, 2006 (en %).

Fuente: Ministerio de Salud, microdatos del PNDS.

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil...



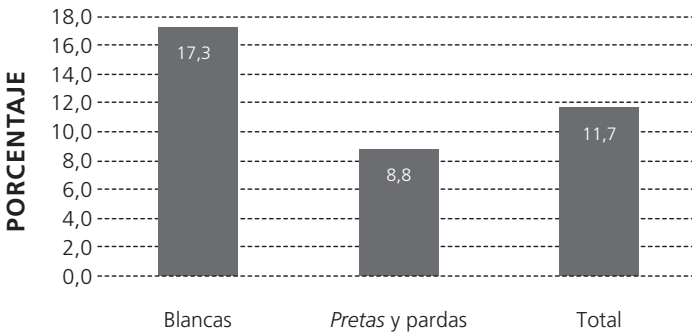
Nota 1: Mujeres que tuvieron hijos en los últimos cinco años.

Nota 2: Los indicadores de la opción de hospital particular para las mujeres pretas y pardas no presentaron consistencia estadística.

FIGURA 24. Nacidos vivos por tipo de institución de realización del parto, según el color o raza de la madre, Brasil, 2006 (en %).

Fuente: Ministerio de Salud, microdatos del PNDS.

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales



Nota 1: Mujeres que tuvieron hijos en los últimos cinco años.

Nota 2: Los indicadores de la opción de hospital particular para las mujeres pretas y pardas no presentaron consistencia estadística.

FIGURA 25. Proporción de nacidos vivos cuyo parto fue pagado, según el color o raza de la madre, Brasil, 2006.

Fuente: Ministerio de Salud, microdatos del PNDS.

Tabulación Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

TABLA 38. Indicadores seleccionados de la PNDS sobre tratamientos proporcionados a las mujeres embarazadas, en labor de parto o púerperas, según los grupos de color o raza seleccionados (blancas y *pretas* y pardas), Brasil, 2006 (en % del total de partos ocurridos en los últimos cinco años)

	Blancas	<i>Pretas</i> y pardas	Total	P Valor
Maternas en los últimos cinco años que hicieron examen de sangre en el período prenatal	90,0	92,7	91,3	0,12
Maternas en los últimos cinco años que hicieron examen de sangre en el periodo prenatal pagando por el servicio	22,3	16,1	18,5	0,04
Maternas en los últimos cinco años que hicieron examen de orina en el periodo prenatal	84,1	88,1	86,3	0,11
Maternas en los últimos cinco años que hicieron examen de orina en el periodo prenatal pagando por el servicio	20,4	15,5	17,5	0,11
Maternas en los últimos cinco años que hicieron exámenes prenatales y fueron orientadas sobre a dónde dirigirse en el momento del parto	65,8	58,7	61,8	0,02
Maternas en los últimos cinco años que hicieron exámenes prenatales y fueron pesadas	98,6	98,6	98,5	0,92
Maternas en los últimos cinco años que hicieron exámenes prenatales y fueron medidas	84,5	85,0	84,1	0,05
Maternas en los últimos cinco años que hicieron exámenes prenatales y cuya presión arterial fue medida	99,7	99,0	99,2	0,08
Maternas en los últimos cinco años que fueron atendidas en el primer lugar al que se dirigieron en el momento del parto	89,1	87,6	88,1	0,65
Nacidos vivos que fueron puestos en contacto con la madre en la primera media hora después del nacimiento	78,1	77,3	77,5	0,91
Nacidos vivos que se quedaron en la habitación con la madre hasta el alta hospitalaria	90,6	88,5	89,4	0,44
Maternas en los últimos cinco años cuyo parto fue cesárea	48,6	39,8	43,6	0,01
Maternas en los últimos cinco años cuyo parto fue cesárea con fecha marcada con antelación	52,5	42,4	45,8	0,05
Maternas en los últimos cinco años cuyo parto fue normal	51,4	60,2	56,4	0,01
Maternas en los últimos cinco años cuyo parto fue normal y que recibieron anestesia para aliviar el dolor	31,6	25,2	27,7	0,11

Desigualdades de color o raza en los indicadores de mortalidad materna en Brasil...

	Blancas	Pretas y pardas	Total	P Valor
Maternas en los últimos cinco años que tuvieron acompañante en el cuarto	20,4	14,3	16,2	0,01
Maternas en los últimos cinco años a quienes se les afeitaron los vellos púbicos para el parto	46,4	33,2	37,9	<0,001
Maternas en los últimos cinco años a las que se realizó lavado intestinal antes del parto	23,6	19,4	21,6	0,03
Maternas en los últimos cinco años a las que se les realizaron exámenes ginecológicos hasta dos meses después del parto	46,0	34,7	38,9	0,00

Nota 1: La población total incluye los individuos de color o raza amarilla, indígena y color o raza ignorada.

Nota 2: Mujeres que tuvieron hijos en los últimos cinco años.

Nota 3: P valor < corresponde a la prueba de *Qui-cuadrado*, método de Pearson. Cuanto menor sea el valor, mayor será la significancia estadística en términos de las diferencias de los promedios demostrados por los respectivos grupos de color o raza.

Fuente: Ministerio de Salud, microdatos PNDS.

Tabulaciones Laeser. Fichas de las desigualdades raciales.

la presión arterial durante el embarazo (en 99,7% de las embarazadas blancas, y en 99,0% de las embarazadas *pretas* y pardas); 5) fue medido el peso de las embarazadas: 98,6%, en las embarazadas *pretas*, pardas y blancas; 6) mujeres en labor de parto que fueron atendidas en el primer lugar en el que buscaron atención (89,1% entre las blancas y 87,6% entre *pretas* y pardas); 7) madres que tuvieron hijos en los últimos cinco años, cuyo parto fue normal y que recibieron anestesia para aliviar el dolor (31,6% entre las madres blancas y 25,2% entre las madres *pretas* y pardas).

De los datos contenidos en la tabla 38, en algunos indicadores las mujeres *pretas* y pardas, en comparación con las blancas, aparecían con mejor situación. Sin embargo, en la mayoría de aquellos indicadores las desigualdades de color o raza tampoco expresaron asociación (P-valor > 0,05). Estos fueron los casos de los siguientes grupos de indicadores: 1) se realizó examen de sangre durante el periodo prenatal en 92,7% de las madres *pretas* y pardas y en 90,0% de las madres blancas; 2) se llevó a cabo examen de orina en el periodo prenatal en 88,1% de las madres *pretas* y pardas y en 84,1% de las madres blancas.

Los indicadores que mostraron P-valor $< 0,05$, revelando asociación, se presentan a continuación:

- Madres que hicieron examen de sangre en el periodo prenatal pagando por el servicio, 22,3% entre las embarazadas blancas que hicieron el examen y 16,1% entre las embarazadas *pretas* y pardas que hicieron el examen.
- Madres que tuvieron hijos en los últimos cinco años, que hicieron exámenes prenatales, y que fueron informadas sobre a dónde dirigirse en el momento del parto y 65,8% entre las blancas; 58,7% entre las *pretas* y pardas.
- Proporción de embarazadas que habían sido medidas durante el embarazo (84,5% entre las blancas y 85% entre las *pretas* y pardas).
- Proporción de las madres que dieron a la luz con parto normal: 51,4% entre las maternas blancas y 60,2% entre las maternas *pretas* y pardas.
- Mujeres en labor de parto que tuvieron sus hijos a través de cesáreas, 48,6% entre las embarazadas blancas y 39,8% entre las embarazadas *pretas* y pardas.
- Maternas que dieron a la luz por cesárea y que programaron la operación con antelación, 52,5% entre las embarazadas blancas que tuvieron hijos de esta forma y 42,4% entre las embarazadas *pretas* y pardas.
- Madres que tuvieron hijos en los últimos cinco años y que pudieron quedarse con un acompañante mientras convalecían, 20,4% entre las embarazadas blancas y 14,3% entre las embarazadas *pretas* y pardas.
- Madres que tuvieron hijos en los últimos cinco años y cuyos vellos púbicos fueron afeitados para el parto, 46,4% entre las embarazadas blancas y 33,2% entre las embarazadas *pretas* y pardas.
- Madres que tuvieron hijos en los últimos cinco años y que se realizaron lavado intestinal antes del parto, 23,6% entre las embarazadas blancas y 19,4% entre las embarazadas *pretas* y pardas.
- Madres que tuvieron examen ginecológico hasta dos meses después del parto, 46,0% entre las embarazadas blancas y 34,7% entre las embarazadas *pretas* y pardas.

Señalar que las diferencias verificadas arriba en términos de la calidad en la atención a la gestación, parto y puerperio entre las madres de los dos grupos de color o raza poseen relevancia estadística, no implica el señalamiento automático del vector de estas desigualdades. Por tanto, las asimetrías pueden ser efecto de condiciones socioeconómicas desiguales que podrían estar influyendo en la calidad de la atención a las madres blancas y de las *pretas* y pardas. De cualquier manera, el hecho es que los indicadores analizados también pueden contener indicios de procedimientos diferenciados de las madres de los diversos grupos de color o raza frente a situaciones semejantes. Así, siguiendo en esta hipótesis, durante todo el ciclo gravídico-puerperal se estaría presentando un tratamiento diferenciado de las mujeres de acuerdo con el color de la piel y la apariencia física (marcas raciales). En este caso, la definición que podría ser dada a aquellas diferencias es que estas serían producto del racismo de naturaleza institucional.

Breve reflexión sobre los indicadores de mortalidad infantil y mortalidad en la infancia en América Latina

Conforme ya fue mencionado al comienzo de este artículo, en este momento existe en el conjunto de los países de América Latina una generalizada insuficiencia en cuanto a la generación de indicadores sociales que contengan información segmentada por grupos étnicos y raciales. Tal vacío también incluye los indicadores sociales del área de la salud de la población. Esta ausencia, de hecho, impidió la reflexión sobre el tema de la mortalidad materna en los otros países del hemisferio. De todas maneras, de la ronda de censos del año 2000, Brasil, Costa Rica, Ecuador, Guatemala y Honduras levantaron datos segmentados para las poblaciones afrodescendientes. De estas fuentes, y a partir de estimativas indirectas realizadas por los demógrafos de la Cepal/Celade, fue posible obtener informaciones sobre la incidencia de la mortalidad infantil (hasta un año de edad) y en la infancia (hasta cinco años de edad) también para aquellos contingentes. Así, con base en aquellos indicadores, se intentará la formulación de algunas especulaciones acerca de cuál podría ser

el comportamiento de la mortalidad materna en aquel conjunto de países.

En realidad, los datos de la tabla 39 fueron obtenidos de Rangel (2006). Así, la autora solamente procedió a hacer la segmentación de la población de los cinco países latinoamericanos entre afrodescendientes y el resto no indígena de la población. Por tanto, habrá que limitarse a aquella fuente, tal como estaba diseñada originalmente en aquel artículo. Por otro lado, dado que Rangel, además de sus formas físicas, también analizó los grupos afrodescendientes de América Latina que poseían como referente de identidad dimensiones étnico-lingüísticas y étnico-territoriales (como es el caso de los garífunas guatemaltecos y hondureños, así como de los negros ingleses o creoles, estos últimos solo de Honduras), por este motivo tuvo más sentido definir estos contingentes afrodescendientes como grupos étnico-raciales.³⁶

No obstante, de acuerdo con los datos contenidos en la tabla 39, en el año 2000 se daba en Brasil una sensible diferencia (del 50,4%) en la incidencia de la tasa de mortalidad infantil (por mil habitantes) entre los *pretos* y pardos, frente al resto no indígena de la población. En las áreas urbanas esta diferencia de los *pretos* y pardos, en relación con los blancos y amarillos, era superior en un 50,6% y en las áreas rurales llegaba a ser superior en un 37,6%. Al analizar los indicadores de la incidencia de la mortalidad en la infancia (por mil habitantes), las superiores de los *pretos* y pardos en relación con el resto no indígena de la población eran del 56,7% en el país como un todo, del 57,5% en las áreas urbanas y del 44% en las áreas rurales.³⁷ De esta

³⁶ Para una profundización a este respecto, véase Paixão (2009).

³⁷ Aquí vale destacar que los datos obtenidos por Rangel (2006) se refieren a los generados por el levantamiento censal brasileño realizado en el año 2000. Sin embargo, fue posible verificar que a lo largo de esta misma década ocurrieron significativas reducciones en las desigualdades de color o raza en los indicadores de la mortalidad materna. Así, aunque los indicadores de los *pretos* y pardos hayan permanecido superiores a los de los blancos, entre 1995 y 2005, las diferencias en la tasa de mortalidad infantil, entre uno y otro grupo, habían caído del 74% al 25,7%, movimiento que fue observado de manera semejante en los indicadores de mortalidad en la infancia. Esos datos fueron calculados por Leila Ervatti, especialmente para el *Relatório*

TABLA 39. Tasa de mortalidad infantil y de menores de cinco años de edad, según el área de residencia, países y pertenencia a un grupo étnico-racial (ronda de censos del año 2000)

	Tasa de mortalidad infantil (menores de un año) (por mil nacidos vivos)			Tasa de mortalidad infantil (de 1 a 4 años) (por mil nacidos vivos)		
	Total	Urbana	Rural	Total	Urbana	Rural
Brasil						
Afrodescendiente (1)	37,6	35,1	45	46,7	43,3	57,6
Otros	25	23,3	32,7	29,8	27,5	40
Costa Rica						
Afrodescendiente (2)	16,2	13,4	21,3	18,6	15,1	25
Otros	16,5	15,5	17,6	19	17,7	20,3
Ecuador						
Afrodescendiente (3)	32,6	29,3	39,4	s/d	s/d	s/d
Otros	25,8	21,3	32,9	s/d	s/d	s/d
Guatemala						
Afrodescendiente (4)	29,2	24	47,1	35,3	28,5	60,8
Otros	40,3	34,6	45,8	50,6	42,5	58,8
Honduras						
Afrodescendiente (5)	27,2	25,7	28,6	32,6	30,7	34,6
Otros	29,3	21,6	35,5	35,3	25,3	43,7

Nota: (1) *Preto* + pardo; (2) Afrocostarricense o negro; (3) Negro + mulato; (4) Garífuna; (5) Garífuna + negro inglés (creol). La categoría «ignorada» fue excluida. La categoría «otros» no incluye a los indígenas. Los censos brasileño, costarricense y hondureño se realizaron en el año 2000. El censo ecuatoriano se llevó a cabo en 2001, y el guatemalteco, en 2002.

manera, leyendo estas informaciones con el conjunto de indicadores analizados a lo largo del presente texto, es razonable establecer una asociación entre las peores condiciones de gestación, parto y puerpério de las mujeres de los diferentes grupos de color o raza, con los

indicadores tan íntimamente conectados, como los referentes a los de la mortalidad infantil e infancia, en los que las desigualdades se mostraron igualmente notorias. De este modo, el interés se centra ahora en saber cómo los indicadores de la mortalidad infantil y mortalidad en la infancia, segmentados por contingentes étnico-raciales, se comportaron en los países estudiados por Rangel (2006), y si los mismos podrían estar indicando un movimiento semejante al verificado en el caso brasileño.

En Ecuador, donde solo se consiguió obtener indicadores para la mortalidad infantil, la tasa por mil habitantes de los afrodescendientes era 26,4% superior al resto no indígena de la población, siendo la diferencia de este mismo indicador superior entre los afrodescendientes, en comparación con el resto de la población no indígena, del 37,6% en las áreas urbanas y del 19,8% en las áreas rurales (tabla 39). De esta forma, en lo que respecta a la mortalidad infantil (por mil habitantes), se puede considerar que el caso ecuatoriano sigue el comportamiento general de las desigualdades étnico-raciales, tal como se verificó en Brasil. Por consiguiente, suponer que los datos de la mortalidad materna segmentados por grupos étnico-raciales de aquel país se orientan en el mismo sentido que fue verificado en el caso brasileño, constituye una fuerte hipótesis que debe ser considerada.

Cuando se analizan los indicadores de los demás países de América Latina estudiados por Rangel (2006), los tres localizados en el istmo de América Central (Costa Rica, Guatemala y Honduras), se observa que los indicadores de la mortalidad infantil y en la infancia segmentados por grupos étnico-raciales no presentaron un comportamiento tan uniforme y tampoco siguieron necesariamente el comportamiento general de los indicadores brasileños. Como las asimetrías en los indicadores de la mortalidad infantil y en la infancia en aquellos países presentaron direcciones convergentes, aquí solo se comentarán las tasas de mortalidad infantil por mil habitantes.

En el caso de Costa Rica, los afrodescendientes presentan indicadores de mortalidad infantil (por mil habitantes) inferiores al resto no indígena de la población, del 1,8% en el país como un todo y del 13,5% en las áreas urbanas. En las áreas rurales la tasa de morta-

lidad infantil (por mil habitantes) de los afrodescendientes era 21% superior al promedio del resto no indígena de la población (tabla 39).

En Guatemala la tasa de mortalidad infantil (por mil habitantes) de los afrodescendientes era 27,5% inferior al resto no indígena de la población. Esta diferencia tenía el mismo comportamiento en las áreas urbanas, donde el indicador entre los afrodescendientes era 30,6% inferior a los demás. Sin embargo, en las áreas rurales la tasa de mortalidad infantil (por mil habitantes) de los afrodescendientes, en comparación al resto no indígena de la población, era 2,8% superior (tabla 39).

Finalmente, en Honduras se observó que los afrodescendientes presentaban tasas de mortalidad infantil (por mil habitantes) 7,2% inferior es al promedio presentado por el resto no indígena de la población. También en las áreas rurales los afrodescendientes presentaban promedios inferiores al resto no indígena (19,4%). Sin embargo, en las áreas urbanas la tasa de mortalidad infantil (por mil habitantes) de los afrodescendientes era 19% superior (tabla 39).

Lo que estos indicadores parecen revelar es que, con excepción de Ecuador, en los otros tres países, al menos a primera vista, no se llegó propiamente a un comportamiento específico de las desigualdades étnico-raciales en lo que respecta a la mortalidad infantil y en la infancia. Así, dependiendo de la nación y de su respectiva área (urbana o rural), los afrodescendientes mostraban indicadores más o menos graves, tanto en la tasa de mortalidad infantil como de mortalidad en la infancia. Por otro lado, más allá del direccionamiento específico de aquellas informaciones, el desafío que surge es entender las posibles asociaciones entre los datos de la mortalidad infantil y en la infancia con los indicadores de la mortalidad materna segmentados por los diferentes grupos étnico-raciales de la población, donde sería muy razonable suponer que también podrías hallarse desigualdades entre los diferentes contingentes. Entonces, independientemente de cuál grupo sea el mayor perjudicado de aquella base de informaciones, corresponderá a los investigadores y formuladores de políticas públicas analizar las causas de las diferencias y buscar los medios para su pronta superación.

Consideraciones finales

A lo largo del presente estudio fue posible constatar la mayor incidencia relativa de la mortalidad materna sobre las mujeres *pretas* y pardas. Esta prevalencia diferenciada pudo ser comprobada a través del número total de muertes, por las razones de mortalidad por 100 mil nacidos vivos y por la composición de color o raza de las muertes maternas. De cualquier manera, una vez constatadas las claras diferencias, la pregunta que permanece es: ¿Por qué estos indicadores presentaron tal comportamiento?

De entrada, cabe alejar la necia discusión sobre si estas desigualdades pueden estar fundamentadas en cuestiones biológicas. En este caso, las diferencias verificadas serían producto de una naturaleza física diferente entre las mujeres de los distintos grupos de color o raza que, de esta forma, generarían diferentes probabilidades de sobrevivencia a lo largo del ciclo gravídico-puerperal. Ahora bien, en la literatura revisada a lo largo de este estudio no se identificó ningún argumento que respaldara aquella perspectiva. De otra parte, «Atrash et. ál. afirman que ser miembro de una minoría étnica en sí aún no explica la razón para esa disparidad en la mortalidad materna; sin embargo, es importante tener tal información cuando se trabaja la prevención» (véase Martins 2006, 2475). Lo que esta cita señala es que el hecho de pertenecer a una agrupación humana de determinado origen no trae consigo, intrínsecamente, un factor específico de elevación o reducción de riesgos de mortalidad materna. Esto, con la excepción de que se cuestionen las diferentes condiciones de vida de los individuos pertenecientes a estos diferentes orígenes y formas físicas, y el modo como ellos están insertados en la sociedad; en este caso es obligatorio que se tengan en cuenta los patrones de relaciones sociorraciales o socio-étnicas vigentes.

El hecho es que en Brasil existen patrones de relaciones raciales fundamentados en la jerarquización social de las personas basada en su apariencia física. Así, el hecho de que una persona porte trazos fenotípicos más próximos o distantes de un africano subsahariano puede reducir o ampliar sus perspectivas de éxito en varios planos de la vida personal, familiar, profesional y social. Estas diferentes pro-

babilidades se fundamentan en la persistencia de ideologías racistas que insisten en asociar determinadas apariencias con iguales criterios de menor o mayor cualificación, habilidad, inteligencia, capacidad, sagacidad, belleza física, entre otros atributos. De esta forma, tal como una profecía que se autorrealiza, será más fácil encontrar personas de colores o razas diferentes en diversos espacios sociales, reforzando así las propias ideologías racistas. Dicho de otro modo, tal patrón naturaliza los papeles sociales ejercidos por los portadores de las diferentes apariencias, haciendo bastante sólidos los vínculos entre las líneas de color o raza y las líneas de clase presentes en la sociedad brasileña.

En el plano social, tal perfil contribuye notablemente a fortalecer las desigualdades sociales vigentes en el país como un todo. En el plano político, este modelo obstruye el proceso organizativo y de reivindicación de sus víctimas, puesto que sus demandas se fundan sobre un hecho que no debería ser contestado pero sí tomado como algo normal en nuestra realidad social. En el plano institucional, el patrón de relaciones raciales vigente contribuye al tratamiento diferenciado, por parte de las personas vinculadas a los diferentes grupos de color o raza, en el contacto con las diversas instituciones estatales, sobre todo las que se encargan de los servicios públicos (educativo, de salud, policial, etc.). Dicho de otro modo, en este último plano, en el contacto con el aparato del Estado, los afrodescendientes tienen que enfrentar el problema adicional del racismo institucional.

De esta manera, las desigualdades de color o raza verificadas en los indicadores de la mortalidad materna expresan diferencias en el modo de inserción de las mujeres blancas y de las *pretas* y pardas (además de las indígenas y amarillas, no tratadas en este texto) dentro de la sociedad brasileña, incluyendo sus derivaciones en el plan institucional. De esta forma, se vislumbra un abordaje de carácter holístico en el cual a las diferentes condiciones socioeconómicas portadas por las madres (recursos económicos, educativos, familiares) se suman factores referidos al prestigio social de las portadoras de las diferentes formas físicas que las lleva a tener asimétricas capacidades para tener acceso de los recursos públicos

existentes, así como diferentes probabilidades de conseguir un tratamiento adecuado dentro del sistema de salud (y, en algunos casos, incluso dentro del ambiente familiar) para cubrir sus demandas.

De acuerdo con Malta et ál. (2007), de las afecciones causantes de mortalidad materna, son consideradas muertes por causas evitables los siguientes vectores: VIH/SIDA (códigos CID-10: B20 a B24; reducibles por adecuada atención a la mujer en la gestación; tétano obstétrico (código CID-10: A34; reducibles por acciones de inmunodepresión) y el conjunto de las causas del grupo O de la CID-10 (reducibles por adecuadas medidas de prevención, control y atención a las causas de muerte materna). Así, de la combinación de esta clasificación con los indicadores contenidos en la tabla 33, se puede observar que en el año 2007 el 97,4% de las afecciones generadoras de mortalidad materna puede ser considerada como evitable mediante intervención adecuada del poder público para su superación. Si se tiene en cuenta que entre las embarazadas, maternas y púerperas blancas que fallecieron en el 2007, el porcentaje de muertes por causas evitables fue del 99,8% y el de las *pretas* y pardas fue ligeramente inferior, 98%, incluso así las desigualdades de color o raza observadas en el indicador, tal como fueron estudiadas a lo largo del presente texto, no dejan margen de duda en cuanto a la incidencia desigual del problema, que afecta sobre todo a las últimas. De igual manera, además de influir de manera considerable sobre las mujeres *pretas* y pardas, no se pueden considerar sino como tardías las acciones del poder público en la adopción de medidas mitigadoras de los muertes maternas —recuérdese que, contando a partir del momento de la conclusión de este texto, la institución nacional de los comités de mortalidad materna poseían menos de diez años—.

No obstante, independientemente de los problemas verificados a lo largo de nuestra historia reciente, en los últimos años el Estado brasileño avanzó por la senda adecuada al escuchar el reclamo de la sociedad civil e incorporar el tema dentro de su lista de prioridades. Así, del conjunto de iniciativas adoptadas tal vez la que ha tenido mayor importancia es la que macó el inicio de la implementación de un proceso sistemático para tratar los datos estadísticos sobre esta

afección. Esto, porque si el poder público no tiene ni siquiera la disponibilidad sobre las estadísticas sociales, difícilmente tendrá capacidad de producir acciones coordinadas y eficaces contra el problema social que se desea superar. Con certeza, esta medida favorecerá a todas las mujeres brasileñas, lo que la hace aún más meritoria. Pero no hay cómo negar la importancia de la segmentación de los datos por grupos de color o raza y su papel en términos de la legitimidad de una antigua lucha del movimiento de mujeres negras. Tal como relata Alaerte Martins:

Para las mujeres negras, la existencia del aspecto color en los documentos oficiales fue el primer paso para la reducción de las desigualdades; sin embargo aún son necesarios el entrenamiento y la sensibilización de los profesionales de salud sobre la importancia de la atención a la salud, registro y análisis de los datos sobre raza/color/etnia. (Martins 2006, 2478)

Volviendo a un tema discutido en las secciones iniciales de este artículo, es importante la movilización de los indicadores de la mortalidad materna en Brasil con miras a la discusión, tanto de la forma de producción de datos estadísticos dentro de los países como de la elaboración de compromisos internacionales pactados entre las naciones que forman el Sistema de las Naciones Unidas, especialmente en el hemisferio americano. El hecho es que la mayoría de los países de América Latina no recolecta sus indicadores sociales segmentados por la variable étnico-racial. De igual manera, son pocas las veces que el tema de las desigualdades entre los grupos étnicos y raciales dentro de los países acaba siendo escenario de una reflexión más detallada en la agenda de debates de la ONU. En este sentido, el propio hecho de que las Metas del Milenio hayan sido diseñadas solo con base en promedios nacionales (es decir, dejando de lado la incidencia de determinadas heridas sociales sobre contingentes específicos de la población), acaba siendo, quierase o no, un mecanismo de invisibilidad de los grupos históricamente discriminados (indígenas, afrodescendientes, minorías religiosas, etc.).

Además de los problemas intrínsecos que este vacío presenta, tal cuestión, cuando es referida al modelo de relaciones raciales vigentes

en Brasil, y posiblemente en la mayoría de los países latinoamericanos, acaba reforzando la ideología de la invisibilidad de las heridas sociales que afectan a los grupos históricamente discriminados, como en los casos de los afrodescendientes y de los indígenas. Dicho de otro modo: el reconocimiento de que en países como Brasil (así como, posiblemente, en toda América Latina) el racismo se alimenta de la naturalización de los roles sociales ejercidos por los portadores de los diferentes colores o apariencias físicas (raciales), hace evidente que cualquier acción que venga a reforzar esta invisibilidad, como la ausencia de datos estadísticos de los diferentes grupos, de un modo o de otro acaba actuando como refuerzo de las desigualdades sociales y raciales. Lo mismo se puede decir de los programas e iniciativas tomados por el conjunto de organismos de las Naciones Unidas.

Los indicadores analizados a lo largo del presente trabajo sobre el tema de la mortalidad materna, además de su relevancia intrínseca, pueden, por tanto, brindar valiosas reflexiones sobre la forma de calcular la efectividad de las Metas del Milenio en cada país (cabe recordar que el indicador forma el objetivo n.º 5 de las referidas Metas). En la medida en que algunos contingentes estén expuestos a determinados dramas sociales con una intensidad superior a los demás grupos (o a los promedios nacionales), es de esperarse que sean establecidas metas igualmente diferenciadas para estos colectivos. Así se favorecería que el deseado incremento de los promedios generales de todo el país pudiera asociarse con la constante reducción de las distancias que separan la calidad de vida de los diferentes grupos existentes dentro de las sociedades de cada realidad nacional.

La Santa Alianza: estudio sobre el consenso crítico en las políticas de promoción de la equidad racial en Brasil*

Aparentemente todos os caminhos são diferentes.

Sim. Mas vão dar todos no mesmo lugar

RAUL SEIXAS Y PAULO COELHO, *Caminhos*

Introducción

La polémica en torno a las políticas de acción afirmativa y de la adopción del sistema de cuotas para el ingreso en las universidades públicas —y secundariamente en el empleo público— tuvo una notable capacidad de dividir las opiniones con referencia a su aprobación en Brasil. Por un lado, los partidarios de la corrección de semejante política acentúan su carácter difusor de la igualdad de oportunidades para los individuos portadores de las diferentes marcas raciales, su dimensión redistributiva en términos financieros, políticos y simbólicos, y el valor inestimable de la diversidad que debe estar presente en las escuelas, empresas y universidades. Por su parte, los detractores de las políticas de promoción de la igualdad racial igualmente movilizan un conjunto de argumentos centrados en las más variadas fundamentaciones de orden teórico, filosófico, jurídico y político.

* Este artículo fue originalmente presentado en el 30.^{vo} Encontro Anual da Associação Nacional de Pós Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs), Grupo de Trabajo 20: Relações Raciais e Etnicidade. Caxambú / MG, llevado a cabo el 24 al 28 de octubre de 2006. Después fue publicado en el libro. *Ações afirmativas no ensino superior brasileiro*, editado por J.Zoninsein y J. Feres en el año 2008.

El presente artículo busca reflexionar, justamente, sobre los distintos argumentos expuestos por los autores que se posicionan en cada uno de los lados de la trinchera de esta revuelta, en especial, de los que están en contra de la pertinencia de la adopción de políticas de la igualdad racial. Sin embargo, el objetivo no es exactamente responder cada uno de los argumentos contrarios a las acciones afirmativas. Antes, aunque sabiendo que tal perspectiva no estará del todo ausente en este texto, se tiene por eje central problematizar la convergencia interna presentada por aquel conjunto de argumentaciones, especialmente intentando evaluar su coherencia desde el punto de vista de sus matrices teóricas. Como el presente artículo tiene por objetivo analizar el fundamento de los discursos contrarios a las políticas de promoción de la igualdad racial en Brasil, lo hará a partir de una serie de cuestionamientos relacionados que se encuentren con: 1) las concepciones de fondo que alimentan esta suerte de críticas; 2) las articulaciones que esas formulaciones guardan entre sí y 3) el mutuo grado de coherencia —y de incoherencia— que ese conjunto de vectores contiene.

El texto está dividido en dos partes más, aparte de su introducción y de una conclusión. Así en la segunda parte se describe brevemente el conjunto de matrices teóricas que alimentan las críticas a las políticas de promoción de la igualdad racial. De modo que serán analizados los discursos: liberal, democrático-racial, nacionalista, culturalista contemporáneo, funcionalista, marxista y geneticista. Con ello se busca entender el modo por el cual cada postura o matriz ha fundamentado sus consideraciones contrarias a las políticas de promoción de la igualdad racial. En la tercera parte, se busca comprender los conflictos existentes en cada una de estas matrices, para tratar de entender cómo esa fundamentación ecléctica —y no raramente contradictoria— acaba reflejándose en el discurso de aquel conjunto de autores. Por último, en la conclusión se intentará entender el significado de ese conjunto de matrices argumentativas que se presentan contrarias a las acciones promotoras de la igualdad racial.

¿Hay acción afirmativa? ¡Estoy en contra!

Tal y como se expuso en la introducción, existen diferentes argumentos que son movilizados actualmente en el sentido de combatir la validez de las políticas de promoción de la igualdad racial. Por tanto, el esfuerzo pasa a ser la localización del origen teórico de cada una de aquellas formulaciones, con miras a comprender de qué concepciones se nutren filosófica y moralmente. Ya se tuvo la oportunidad de destacar que se deslindarán siete visiones: liberal, democrático-racial, nacionalista, culturalista contemporánea, funcionalista, marxista y geneticista.

Fundamentaciones liberales

La primera crítica a las políticas de promoción de la igualdad racial y a las acciones afirmativas que se estudiará será la proveniente de la fundamentación liberal. Aquí vale destacar de entrada que ese orden de críticas no existe solamente en Brasil, siendo común en diversos países donde se debate en la actualidad.

La concepción liberal se fundamenta primordialmente en el concepto de la igualdad jurídica de todos los individuos frente a las leyes y al Estado. Como tal, el cuerpo legal que regula la vida social —válido, por tanto, para todos los individuos— es abstracto. Aun dentro de este aporte, al menos teniendo en cuenta el término del filósofo inglés del siglo xvii John Locke, la principal tarea del Estado sería velar por la garantía de la propiedad privada, condición esencial para la propia vida y el desarrollo material de la sociedad. Sin embargo, incluso en Rousseau, en *El contrato social*, donde la posesión de la propiedad privada se subordina a los dictámenes de la voluntad general, las leyes deberían tener un carácter válido para todos, siendo así universales. Por este motivo, una de las grandes restricciones que suelen hacerse a las acciones afirmativas y al conjunto de medidas promotoras de la igualdad racial, reside en el hecho de que tales medidas comprometerían ese principio.

En lo que respecta al proceso de construcción de los estratos sociales, puede decirse que la concepción liberal cree que los activos adquiribles —tales como la experiencia personal y profesional y,

especialmente, la educación formal— deben constituirse en los principales factores de movilidad social ascendente de cada individuo. Así, de acuerdo con esta argumentación, el criterio esencial para la construcción de las desigualdades sociales residiría en el principio del mérito. De tal modo, al contrario de la fundamentación analizada en el párrafo anterior, de carácter jurídico y político, la base meritocrática se nutre de un discurso de tipo económico, en especial el proveniente de la tradición teórica neoclásica. De esa manera, los individuos más capaces logran ampliar la productividad marginal de sus activos (trabajo, tierra o capital), escalando a niveles de ocupación más prestigiosos y con elevados ingresos.

El discurso racial-democrático

La segunda vertiente argumentativa que será analizada y que es contraria a las políticas de promoción de la igualdad racial gira alrededor de un viejo término muy conocido, tanto en la larga trayectoria del pensamiento social brasileño como en el sentido común presente en nuestra sociedad: se trata del mito de la democracia racial.

La democracia racial suele ser directamente identificada con el sociólogo pernambucano Gilberto Freyre. Guimarães (2002) destaca cuánto ese término se encuentra prácticamente ausente en la vasta obra de ese autor, a pesar de que él mismo haya usado y abusado del ideario de la expresión democracia étnica, al menos en obras clásicas como *Ordem e Progresso*, *Novo Mundo nos Trópicos* y *Além do Apenas Moderno*, como un medio de narrativa de la sociedad brasileña. No obstante, el hecho es que la idea de Brasil como una nación libre de las formas más arraigadas de prejuicios y odio racial ciertamente tiene su origen en un periodo que antecede en, como mínimo, un siglo la obra del sociólogo Gilberto Freyre.

Por otro lado, cabe resaltar que en la obra de Freyre se hace énfasis en aspectos de esta democracia racial que en otros autores precedentes acaban asumiendo un esquema menos sistemático. Ese aspecto reside en la concepción principalmente comunitarista del autor.

Más de un autor ya destacó que en la obra de Gilberto Freyre hay una permanente defensa de los valores culturales y morales de la

vieja sociedad patriarcal. O sea, en la obra del maestro de Apipucos el proceso de modernización brasileña no se daría de forma adecuada en el caso de que no movilizara lo mejor de las tradiciones provenientes de la antigua sociedad azucarera nordestina. En otras palabras, tal proceso implicaría la defensa ideológica de una sociedad al mismo tiempo moderna y tradicional, en aquello que el propio autor, en *Ordem e Progresso*, clasificaría de *tercer tiempo social*, es decir, una mezcla entre las sociedades progresista, de la moderna y tradicionalista de los viejos periodos colonial e imperial. Más allá de los aspectos propiamente relacionados con el campo cultural (arquitectura, estilo urbanístico, culinaria, modo de hablar, etc.), hay una comprensión de que en Brasil, más que todo por cuenta de la índole mestiza de su pueblo, las relaciones sociales acababan naturalmente asumiendo un carácter paternalista y jerarquizado tanto en el plano social como en el plano racial. Como tal, las relaciones sociorraciales incorporaban un carácter asimétrico (y violento) e íntimo (y sensual), siendo esta doble característica, inclusive, el término responsable por el mestizaje blanqueante (Benzaquém 1994).

Así, al contrario de lo que predicaría el ideario individualista liberal, donde el conjunto de la vida social sería dominado por el principio del interés material, en la obra de Freyre se destacan antes los valores típicamente comunitarios de un mundo ordenado por estamentos y jerarquías, en donde el conjunto social sería más valorado, por las personas, que sus partes aisladas. En suma, un mundo donde todas las personas ya conocerían de antemano cuál sería su lugar, sin sus caprichos individuales como determinantes de las relaciones humanas.

Otra variante de este discurso, afirmando de manera explícita por Medeiros (2004), señala que dado el elevado grado de mestizaje alcanzado por el pueblo brasileño no sería factible deslindar quién sería *preto* o blanco. Según Góes,

la interpretación racialista ve un país que o es *preto* o es blanco, aunque Brasil sea generalizadamente *mestizo*. Ignora las particularidades históricas de la sociedad brasileña y *no cree* en la inteligencia del trabajo ajeno. El pueblo brasileño inventó centenares de

autodesignaciones para huir de clasificaciones raciales rígidas y a esa verdadera obra de arte colectiva se da el nombre de alienación (Góes 2003, 7)

Allí Kamel, por su parte, contrario al Estatuto de la Igualdad Racial, expresa en los siguientes términos su discordancia:

En un país en que nadie sabe ciertamente quién es blanco y quién es *preto*, la medida es de difícil aplicación. Pero lo peor es que ella podrá ser un estímulo para el surgimiento de rencores en grupos y personas que se sientan concurridas, algo que desconocemos hasta aquí hoy» (29/11/2005)

En este pasaje de Kamel es posible ver una derivación del discurso democrático-racial, destacado por Medeiros (2004), que remitiría a las dificultades de implantar políticas de promoción de la igualdad racial en Brasil, con miras a superar las dificultades de la población en reconocerse como blanca o negra. En este caso, por tanto, la dificultad saldría de su dimensión política y acabaría desembocando prácticamente en su sentido técnico.²

2 Simon Schwartzman (1999), basado en el cuestionario abierto Pesquisa Mensal de Emprego (PME), que fue realizado por el IBGE en julio de 1998, reproduce este argumento sustentado en datos más precisos. Es importante mencionar que esa investigación tuvo un suplemento en el que se formulaban preguntas de carácter semiestructurado sobre las formas de autclasificación racial y los correspondientes orígenes raciales y étnicos mencionados por parte de los brasileños. De este modo, la gran mayoría de los entrevistados respondió con referencia al último aspecto, simple y llanamente, que su origen era brasileño. Eso sirvió de base para que el IBGE no incluyera el aspecto en el Cuestionario Suplementario (02) del censo de 2000. Aunque el objetivo del presente texto sea hacer un análisis de los discursos contrarios a las políticas de promoción de la igualdad racial, sin pretender hacer objeciones al contenido de estas formulaciones, es difícil resistir la tentación de un pequeño comentario irónico. El argumento de diversos autores antiacción afirmativa basado en las dificultades autclasificadoras debería ser más preciso y señalar que la dificultad de los brasileños está en definirse cuando se remite fundamentalmente a los *pretos*. Tal realidad resulta bastante claro cuando se observa el hecho innegable de en la que solamente cerca de 13% de los *pretos* (*pretos* y *pardos*) acaba

No obstante, cabe destacar que el sentido más profundo del argumento democrático-racial es de orden sociológico. En otras palabras, en Brasil la ausencia del racismo y del prejuicio racial en Brasil, que está asociado con el consenso establecido de que los *pretos* son peores que los blancos (mestizos o no) en términos estéticos, culturales e intelectuales, demuestra la existencia de un patrimonio cultural nacional inmaterial. Así, cualquier iniciativa que venga a comprometer este activo nacional solamente puede ser considerada, por aquellos autores, como sumamente perniciosa.

La fundamentación nacionalista

Las políticas de promoción de la igualdad racial también encuentran severas restricciones por parte de los autores que se anclan en una perspectiva nacionalista. Esta reflexión es indisoluble del modo por el cual fue forjado ideológicamente el modelo desarrollista que, grosso modo, se prolongó desde la década de los treinta hasta las finales de la década de los setenta.

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx Brasil forjó un gran consenso acerca del proyecto nacional-desarrollista, impulsado por la gran locomotora del Estado. Tal como relata Benjamin César (1994, 23-24),

tuvimos, hasta un periodo reciente, una gran utopía, la de la industrialización y la del desarrollo. Ella conquistó los corazones de nuestros padres, que experimentaron la sensación de que Brasil era el país del futuro que estaba siendo construido: de aquel desarrollo industrial resultaría la superación del subdesarrollo y de la pobreza.

La literatura clásica que versa sobre el tema de las nacionalidades señala en consenso que, desde la segunda mitad del siglo xix, el concepto de Estado moderno estuvo conectado a una determinada concepción de nación constituida a partir de un determinado territorio

asumiéndose como tal, en ese caso, mediante la autoclasificación dentro de la categoría *pretos*. De otro lado, la abrumadora mayoría de los blancos, 55% de los que autodeclaran su color a los investigadores del IBGE, no parece tener mayores dificultades en encontrar su grupo racial, haciendo uso de términos intermedios.

y de un determinado pueblo.³ De hecho, en Brasil tal realidad no fue diferente, estando presente el optimismo del modernismo brasileño —puesto en la agigantada cantidad de tierras formadoras de las tierras brasileñas— íntimamente asociado a la concepción forjada sobre lo que sería la hipotética esencia mestiza del pueblo brasileño. El mismo Benjamin, en otro artículo, deja bastante claro que «la fusión de subgrupos humanos, acelerada en la modernidad, fue más radical en Brasil que en cualquiera otra parte del mundo. Sociedad reciente, nacemos en el exacto momento en que el reencuentro se aceleró» (2002, 36).

Es importante mencionar que el argumento nacionalista se diferencia del democrático-racial, analizado en la sección anterior, por el hecho de que evidencia la dimensión instrumental que la cultura posee en términos del proyecto de construcción del Estado-Nación. De este modo, si es verdad que el argumento democrático-racial asume una dimensión fuertemente culturalista, siendo ese mismo culturalismo válido por sí mismo, los autores aquí tipificados como nacionalistas, de la democracia racial, se nutren más propiamente de una fundamentación política y económica. De ahí que, para estos últimos, la especificidad cultural brasileña acaba teniendo un papel estratégico en términos de la construcción de un ambiente ideológico y cultural propicio para el desarrollo económico e institucional de Brasil. En el límite, la inspiración teórica última de estos autores sería la tradición teórica proveniente de la Alemania del siglo XIX: tanto el romanticismo (en cuanto movimiento literario, musical y político) como las notables contribuciones del economista Friedrich List (1986 [1855]), autor que analizó las condiciones necesarias para que una nación de industrialización retardataria, tal como la Prusia de aquel periodo, pudiera alcanzar los niveles económicos e institucionales de los países industrializados, principalmente Gran Bretaña y Francia.

Por tanto, el argumento proveniente de los autores nacionalistas que son contrarios a las políticas de promoción de la igualdad

3 Al respecto, entre otros textos clásicos, véase el *Dicionário de Política* organizado por Bobbio, Matteucci y Pasquino (1999 [1983]).

racial acaba siendo diferenciado del argumento democrático-racial culturalista por sus fines últimos. Así, para los primeros las especificidades culturales son fundamentalmente importantes por cuenta de ser instrumentos para la modernización de una nación portadora de estructuras políticas y económicas *atrasadas*.

***La leyenda de la modernidad encantada*⁴**

Esta sección expone los argumentos contrarios a las políticas de promoción de igualdad racial provenientes de la tradición culturalista contemporánea. En realidad, a primera vista, podría parecer que ese tipo de desdoblamiento de la argumentación culturalista no tendría sentido, con miras tanto a la concepción originada en los años treinta y cuarenta, como a la desarrollada en el periodo contemporáneo, que comparten la comprensión básica de Brasil como una democracia racial. Con todo, lo que se desea es justamente destacar una importante inflexión ocurrida entre los dos momentos de esta misma comprensión.

En la formulación clásica de Freyre, por un lado, y de Pierson y otros autores de la Escuela de Chicago, por otro, había una comprensión básica de que Brasil sería un país libre de la mancha de la discriminación racial y del racismo, habiendo a lo sumo casos aislados de ejemplos de prejuicio, aun así solamente de color y jamás raciales. De este modo, la sociedad patriarcal sería principalmente rígida y, sin embargo, abierta al ascenso social de los mestizos o, más específicamente, de los mulatos, término del maestro de Apipucos en *Sobrados e Mucambos*. Por otro lado, en contraste con aquel raciocinio, se puede observar que en la argumentación culturalista contemporánea ocurre un efectivo reconocimiento de que en Brasil existe la discriminación racial y el racismo, y que este último, no raramente, asume una variante abiertamente racial.

Dicho de otra manera, en la comprensión culturalista contemporánea es evidente el reconocimiento de que la democracia racial

4 Título del capítulo 6 de mi tesis de doctorado *Crítica da Razão Culturalista: relações raciais e a construção das desigualdades sociais no Brasil*. Paixão, M. (2005a).

es efectivamente un mito. Tal como se puede desprender de la argumentación de Lilia Schwarcz cuando dice:

Así como no es posible negar el racismo —que en Brasil se afirma por una jerarquía muy internalizada y no exclusivamente por la división de las clases sociales—, tampoco se puede dejar de hablar de las singularidades de esa sociedad mezclada. No me refiero solo a la mezcla biológica, sino sobre todo al mestizaje de las costumbres, de la mezcla y de la religión» (Schwarcz, 1999, 179)

Fry, igualmente destaca el hecho de que en Brasil la democracia racial sea un ente inexistente:

El Brasil vive «brotes» de particularismo dentro de su universalismo constitucional y consentido; finalmente, como reza el refrán popular, «en la práctica la teoría es otra». Pero ni por eso necesitamos descartar la «democracia racial» como ideología falsa. Como mito, en el sentido en que los antropólogos emplean el término, es un conjunto de valores poderosos que hacen que el Brasil sea el «Brasil» para aprovechar la expresión de Roberto DaMatta. Como tal, es seguramente nada desinteresante en un mundo asolado por los particularismos «raciales», «étnicos» y «sexuales» que en otras partes producen sufrimiento y muerte en el pretendido camino de la igualdad. (Fry 1995/1996, 134)

Se percibe, por tanto, que los científicos sociales que apuestan por la validez del mito de la democracia racial hacen un balance entre los pros y contras del modelo de contactos raciales, llegando a la conclusión de que, incluso portando tantos problemas, el patrón de relaciones entre blancos y negros vigentes en Brasil debería ser valorado (Grin 2001a, 2001b, Sansone 1992). En este sentido, lo que más importa es cómo entender los fundamentos del recorrido realizado por aquellos autores.

Cuando se asevera que existe una «leyenda de la modernidad encantada», lo que se quiere decir es que la visión culturalista contemporánea cree que Brasil ha logrado alcanzar el estatus de una sociedad moderna e industrializada evitando el desencantamiento de las relaciones humanas, tal como ocurrió en los países de tradición

liberal.⁵ Así, si en los países más desarrollados el adelanto se estuvo acompañado de un distanciamiento entre quienes eran diferentes entre sí, y la reducción de las relaciones humanas a la mera práctica instrumental, en el caso brasileño habría ocurrido la preservación de determinados espacios propicios para la interacción de blancos, negros y mestizos. De esta forma, en aquellas localidades, los contactos interraciales podrían ocurrir sin mayores fricciones, generando un sentimiento colectivo de deseo de paz interracial y de rechazo a las formas abiertas de racismo. Por este motivo, la argumentación culturalista contemporánea apunta a que sean impertinentes las políticas de promoción de la igualdad racial. Esto, porque tales políticas, en nombre de la promoción de la equidad, podrían poner en riesgo los principios de la paz interracial vigentes en nuestro medio.

**Antes pobres que negros:
concepciones funcionalistas**

El tema de las relaciones raciales, y la correspondiente posición social tradicionalmente ocupada por los afrodescendientes brasileños dentro de la sociedad, poseen una larga tradición tanto en el pensamiento social brasileño como en el de los académicos provenientes de otras realidades que se empeñaron en el análisis de la realidad local. El núcleo de la cuestión, en sentido estricto, se dirige hacia la tentativa de una explicación entre el evidente hecho de que a lo largo de las generaciones los negros se mantuvieron en las posiciones sociales de menos prestigio, permaneciendo así en la base de la pirámide social. Así las cosas, ¿cómo conciliar esta incuestionable realidad que insistía en persistir en la tierra de la democracia racial?

Este tema, evidentemente, fue tratado por Gilberto Freyre, especialmente en su trilogía de la *História Patriarcal no Brasil*⁶. En aquellos

5 Aquí, por tanto, la referencia a, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Weber, es explícita.

6 Formados por los libros *Casa Grande e Senzala* (1992 [1933]); *Sobrados e Mucambos* (2000 [1920]) y *Ordem e Progresso* (2000 [1957]), que analizan la sociedad brasileña desde sus orígenes coloniales lusitanos hasta los años 1920.

textos el sociólogo avanzó en una importante comprensión teórica sobre la dinámica del proceso de movilidad social de los mestizos brasileños (en el capítulo XI de *Sobrados e Mucambos* este proceso fue llamado «Ascensão do Bacharel e do Mulato»), facilitados por la presunta ausencia de prejuicios raciales en nuestro medio. De todos modos, sin soslayar los términos de Freyre acerca de este asunto — incluso para la sociedad brasileña posterior a 1930—, tal vez no sea una exageración decir que las contribuciones más significativas sobre la dinámica asumida por la pirámide sociorracial soteropolitana (y, así pues, brasileña), en plena era de la modernidad, partieron de los teóricos de la Escuela de Sociología de Chicago⁷. Aquí se prestará especial atención a los términos presentados por Donald Pierson en su, pionero para la época, *Pretos e Brancos na Bahia*.

Según Donald Pierson (1971 [1942]), el modelo brasileño de relaciones raciales vigentes, calcado en los parámetros de la sociedad multirracial de clases, no sería responsable por la construcción de las disparidades sociorraciales, por consiguiente es necesario buscar sus determinantes en los siguientes factores: 1) el corto periodo transcurrido desde el fin del sistema esclavista (en la época de su investigación de campo, cerca de 50 años) —este pequeño lapso de tiempo tendría especiales efectos sobre los *pretos*, justamente el grupo que habría ingresado en el mundo del trabajo libre a partir de un nivel más bajo en la escala profesional y educativa—; 2) el número limitado de oportunidades de movilidad social ascendente mediante mejorías en el patrón de ocupación en el casi estancado Salvador de los años treinta; 3) la limitada oferta de oportunidades de movilidad social ascendente a través de la vía de la educación formal, a causa de los límites del sistema de enseñanza y del *prejuicio social*, principalmente entre los hijos de los más pobres, hecho que los desestimularía a ingresar en la escuela o a la continuar con sus estudios; 4) al contrario de la sociedad estadounidense, el hecho de que la sociedad soteropolitana, y brasileña, no se haya organizado a partir de parámetros de segregación, no

7 Para una comprensión sintética de los términos de la Escuela de Sociología de Chicago véase Pierson (1965 [1945]).

impulsó la movilidad social ascendente de los negros motivada por la dinámica interna de este grupo, es decir, de forma colectiva, en tanto *minoría nacional*. «Todo ciudadano es considerado, ante todo como brasileño, y el brasileño se enorgullece de todos los brasileños, independientemente de su origen racial» (1971 [1942], 259).⁸

Este conjunto de conclusiones, pese al ya distante periodo en que fueron formuladas, acabó asumiendo un carácter verdaderamente paradigmático a lo largo del siglo xx en la comprensión acerca de los motivos por los cuales los negros se mantuvieron como los más pobres, los menos escolarizados y los llamados a ocuparse en las profesiones más degradadas y desvalorizadas. Los negros vivirían crónicamente en estas condiciones por cuenta del pasado esclavista, nunca suficientemente distante para revertir las disparidades de las dotaciones iniciales entre los exesclavos, negros, y los hombres libres, mestizos y blancos. En corcondancia con lo anterior existe también la visión de que, por ser más pobres que la media nacional, sobre los hombros de los afrodescendientes pesaría el nefasto peso del *prejuicio social*, jamás el racial. Finalmente, en esta concepción la condición negra se remontaría al tema de la pobreza y no al de las barreras motivadas por mecanismos discriminatorios derivados de su raza. Así se llega a una curiosa conclusión: quien porta las marcas raciales negras es, en general, pobre, pero la pobreza misma, no tendría color.

Otro momento importante del presente debate reside en las conclusiones de los economistas neoclásicos afiliados a la teoría del capital humano. Grosso modo, la teoría del capital humano apunta a que existe una correlación positiva entre la inversión de cada trabajador en su escolarización y formación profesional y su respectivo nivel de ingreso. Eso ocurriría, por un lado, a causa del aumento de la productividad marginal del trabajador y, por otro

8 Cabe destacar que estas tesis son básicamente seguidas por los compañeros de la Escuela teórica de Pierson (1965 [1945]), igualmente estudiosos de la realidad brasileña a lo largo de los años cuarenta y cincuenta. Estos serían: Wagley, Landes y Frazier, todos partidarios de la teoría de que en Brasil las relaciones entre blancos y negros ya habrían superado la fase de los conflictos, encontrándose en un pleno escenario asimilativo.

lado, especialmente en los países en desarrollo, por el hecho de que este tipo de trabajador más calificado tiende a ser más escaso en el mercado de trabajo (Ehrenberg y Smith 2000 [1994]).

En Brasil, el primer texto que analizó las desigualdades sociales fundadas en esta concepción fue el clásico libro de Geraldo Langoni (1973), *Distribuição de Renda e Desenvolvimento Econômico do Brasil*. Cabe señalar que en el modelo presentado por Langoni tampoco había espacio para el análisis de factores tales como la segmentación y discriminación en el mercado de trabajo, hecho facilitado por la ausencia del aspecto de color/raza en el cuerpo de investigación del censo de 1970. El estudio de Langoni acabaría teniendo un carácter seminal a pesar de haber sido un verdadero paradigma para las posteriores formulaciones sobre el problema de las desigualdades sociales realizadas dentro del aporte neoclásico; es decir, el núcleo esencial de las disparidades sociales en Brasil residiría en la dotación desigual de escolaridad, insumo básico de la formación del capital humano. Los demás vectores (especialmente los de naturaleza histórico-estructural) acabarían asumiendo caracteres meramente subsidiarios.

En los años ochenta y noventa, estos estudios ampliaron su grado de complejidad temática y metodológica en términos de la comprensión de los determinantes de las desigualdades sociales brasileñas (Ramos y Reis 1991). Sin embargo, estos mismos estudios, muy raramente, atribuían a las relaciones raciales una importancia más significativa, aun teniendo en cuenta las posibilidades analíticas traídas con la introducción del aspecto color/raza en el cuerpo básico de la PNAD/IBGE, a partir de 1987. En consonancia con lo anterior, a mediados de los años noventa, dos autores conectados al IPEA, fundamentados en el aporte del capital humano, llegarían a la conclusión de que la variable color/raza explicaría solamente el 2% de las desigualdades verificadas entre los niveles salariales en Brasil, tal como se muestra en la tabla 40.

Es posible, por tanto, percibir un punto de encuentro involuntario entre los antiguos sociólogos de la Escuela de Chicago y los modernos economistas afiliados al aporte del capital humano. Para estos, el cuadro de extremadas desigualdades sociales encontrados

TABLA 40. Determinantes de la desigualdad salarial en Brasil

Motivos de diferenciación social	Importancia relativa en la generación de la desigualdad
Escolaridad	35 a 50%
Ocupación en diferentes ramos de actividad	5 a 15%
Ocupación en el sector formal o informal	5 a 10%
Tiempo de permanencia en la empresa	10%
Región geográfica de Brasil donde trabaja	2 a 5%
Nivel de experiencia profesional	5%
Discriminación de género	5%
Discriminación por raza	2%

Fuente: Paes y Barros y Mendonça (1995).

en Brasil sería producto, básicamente de la desigualdad individual en términos del acceso a los activos educativos derivados de factores económicos e institucionales (acceso a las correctas informaciones provenientes del mercado de trabajo y mal uso por parte del Gobierno del presupuesto asignado a los menos necesitados). De otra parte, para autores como Donald Pierson las desigualdades sociales existentes entre blancos y negros no serían atribuibles al modelo local de contactos interraciales, pero sí se relacionarían con una dimensión social de carácter más amplio. De este modo, las desigualdades raciales brasileñas serían productos espontáneos causados por la mayor concentración de los afrodescendientes en la población más pobre.

Proletarios y sus colores

De acuerdo con la célebre sentencia de Marx y Engels, la evolución de la historia humana es interpretada desde las formas específicas como los hombres ganaron y ganan sus vidas en el plano material. Estas formas conducen al concepto de modo de producción, siendo este determinado por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas —capacidad transformadora de la naturaleza por parte del trabajo humano— y de las relaciones sociales de producción —concepto que se remonta a las formas de posesión y no posesión, propias de determinadas colectividades, que determinan dentro de

las sociedades las interacciones entre los medios de subsistencia y de producción. Por su parte, las relaciones sociales de producción están directamente asociadas a la categoría de clases sociales. La tradición marxista también presenta una interpretación acerca de la larga evolución de la historia humana basada en el principio de las contradicciones. Así, esencia de estas reside en las luchas entre las clases sociales. Esto sucedería porque en determinados momentos de la trayectoria humana el grado de desarrollo de las fuerzas productivas se hace incompatible con las antiguas formas asumidas por las relaciones sociales de producción, lo que daría inicio a un periodo de revoluciones sociales.

Más allá de los conflictos, durante los enfrentamientos entre clases se inicia un periodo de crítica, por parte de las nuevas clases emergentes, de las visiones de mundo que configuraban ideológicamente la antigua sociedad. Se generan nuevas formas de mentalización para la nueva sociedad emergente, asumiendo así la condición de nueva forma ideológicamente dominante. Sin embargo, hasta el momento en que la humanidad venga a alcanzar el socialismo, en la larga prehistoria humana —que se inició en los inmemorables tiempos tribales y se extendió hasta el mundo capitalista—, el ser humano tan solo hizo la historia, ciertamente como un acto de sus manos y voluntades, pero siempre camuflado detrás de máscaras sociales que le impedían ver la verdadera naturaleza de sus relaciones para con el mundo físico y para consigo mismo en sociedad. Es decir, en este interminable periodo, por su incapacidad de dominio colectivo sobre la totalidad de la vida social, el ser humano es dominado por formas mentales fantasiosas (desde las tradicionales formas de divinización de la naturaleza hasta el fetiche de la mercancía y del capital en el sistema capitalista), por tanto, ideológicas o epifenómicas.

Cabe destacar que, en la concepción marxista, el término esencial de las contradicciones del sistema capitalista reside en la lucha entre los obreros (en algunas lecturas contemporáneas: clase trabajadora), dueños de la mercancía fuerza de trabajo, y los capitalistas que, en la calidad de propietarios de los medios de subsis-

tencia y de producción, son dueños del capital. En este sentido, el principal conflicto del modo de producción capitalista, fuera de las reivindicaciones de la clase obrera y todas las demás formas de lucha (campesinas, nacionales, étnicas, de las mujeres o raciales) acabarían encontrando límites históricos insuperables, teniendo en cuenta el límite que intenta crear barreras artificiales a una ley tendencial del sistema que reside en la transformación de todas las personas no pertenecientes a la burguesía (y fracciones de las clases dominantes no burguesas, resquicios de una antigua sociedad estamental, feudal, etc.) en proletarios. Además, existirían determinadas luchas —tales como la antisexista, antirracista o en pro de la preservación ambiental— que solamente podrían ser realmente solucionadas después de la superación de la sociedad capitalista. Así, en el límite, las demandas de aquellas colectividades subalternas no proletarias, o protoproletarias, acabarían asumiendo un carácter puramente mistificado y, en el límite, incluso reaccionario, con miras a dividir la clase obrera o trabajadora. Tal comprensión acaba asociándose con la crítica estándar que la concepción marxista hace al movimiento negro y a su agenda. Como relata Buonicore (2005) en un lúcido artículo,

[SI] existe una gran confusión en el seno de las organizaciones de izquierda, en torno al movimiento negro o antirracista, eso, en gran medida, se debe a la poca (o ninguna) atención dada al tema por los clásicos del marxismo —me refiero aquí especialmente a Marx y Engels—. Una laguna que fue mantenida por sus herederos teóricos más importantes como Kautsky, Plekhanov, Lenin y Gramsci. Por lo tanto, el estudio entre nosotros de la llamada «cuestión racial» es reciente... y problemático.

Evidentemente, no se ignora que la tradición marxista incorpora varias corrientes y que, por consiguiente, en su interior podemos encontrar diversos autores vinculados a este aporte que leen el racismo, por ejemplo, como un elemento estructural del sistema capitalista: Oliver Cox, Jean P. Sartre, Frantz Fanon, Herbert Blaumer y, en el caso de intelectuales marxistas brasileños,

Leôncio Basbaum y Florestan Fernandes.⁹ De cualquier manera, no parece ser esta la concepción maestra que hegemonizó tal corriente, especialmente en Brasil donde, con excepción parcial de estos dos últimos, simplemente no existe un intelectual de mayor reconocimiento que haya visto la cuestión de la superación de las desigualdades raciales, dentro de la teoría de la revolución brasileña, como un tema estratégico, independientemente de su sesgo de clase.

Del mito a las mitocondrias

El racismo moderno fue, en gran medida, una concepción que creía que los seres humanos portadores de las diferentes formas y culturas eran jerarquizables desde el punto de vista racial. Esto sería derivado de factores biológicos que determinarían los patrones étnicos de los individuos de las diferentes razas, así como sus respectivas capacidades en términos físicos, intelectuales y morales. De hecho, la humanidad tardó hasta la mitad del siglo xx para librarse de la hegemonía de semejante ideario. Tal cambio de escenario correspondió no solo a los avances científicos en el campo de la genética, sinotambién a las alteraciones éticas de la percepción del asunto. De este modo, contrariando una idea común en boga durante la segunda mitad del siglo xix y de la primera mitad del siglo xx, en el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial se forjó un consenso sobre el carácter inaceptable y atroz de proyectos que tuvieran como objeto el prejuicio, la segregación y la eliminación de seres humanos de los diferentes grupos étnicos, religiosos o raciales. De todos modos, es un hecho que en las ciencias sociales desde finales del siglo xix las principales corrientes sociológicas y antropológicas ya venían alejándose de la concepción racial y tendieron a aproximarse a aportes de naturaleza más propiamente demográfica, determinados por vectores forjados culturalmente (Schwarz 1993; Chor Maio 1997; Santos 1998 [1996]).

No obstante, volviendo a los términos de las ciencias naturales, a lo largo del siglo xx se dio un claro progreso en el campo de los

9 La referencia al historiador Leôncio Basbaum se hizo a partir de la lectura de Buonicore (2005).

estudios genéticos de los seres vivos, lo que, evidentemente incluyó al ser humano. Así, en la primera mitad de los años cincuenta fue descubierta la estructura del ADN en términos de su composición química y física, descrita de la siguiente manera:

Como las poblaciones humanas forman parte de una especie biológica, el ADN contenido en las células humanas puede ser analizado a partir de técnicas y conceptos moleculares con miras a describir y comprender mejor la constitución y formación genética de cada uno de los diferentes tipos de población humana que poblaron y pueblan este planeta. (Waizbort, 2003, 1105)

En el caso de Brasil, los principales estudios referentes a sus orígenes genéticos partieron del equipo de investigadores coordinado por el profesor Danilo Pena, de la UFMG. De este modo, a partir de un análisis del ADN de 200 individuos (247 para el ADN mitocondrial), distribuidos en cuatro de las cinco principales regiones geográficas del país, los estudiosos obtuvieron

muestras de ADN (cosechadas con permiso y codificadas para garantizar total anonimato) de individuos no relacionados, todos autoclasificados como blancos, escogidos al azar entre universitarios y pacientes que se sometieron a estudios de pruebas de paternidad.

A partir de esta muestra el equipo de geneticistas, sintéticamente, avanzó en la siguiente constatación: «La inmensa mayoría (probablemente más del 90%) de los patrilinajes de los blancos brasileños es de origen europeo, mientras la mayoría (aproximadamente 60%) de los matrilineajes es de origen amerindio o africano». De esta forma, los científicos concluyen que

varios autores, entre los cuales repuntan [...] Prado, Freyre, Holanda y Ribeiro enfatizaron en la naturaleza híbrida de la población brasileña, a partir de los amerindios, europeos y africanos. Los datos que obtuvimos dan respaldo científico a esa noción y añaden un importante detalle: la contribución europea fue básicamente a través de hombres, y la amerindia y africana fue principalmente a través de mujeres. (Pena et ál., 2000, 21, 23 y 25)

De estos argumentos se puede inferir que los estudios sobre los orígenes genéticos del pueblo brasileño acabaron siendo incorporados instrumentalmente para la fundamentación de uno de los lados del debate sobre políticas correctivas para la promoción de la equidad racial, es decir, del campo contrario a tales medidas. Resulta claro, pues, que la movilización instrumental de la genética como un insumo en este debate está asociado con la tentativa de deslegitimación del discurso del oponente, racialmente discriminado, a través del cuestionamiento de su sencilla existencia como actor social colectivo.

Síntesis de las matrices discursivas

Trazos convergentes de las matrices

En la sección anterior fueron analizadas siete matrices discursivas, existentes en la actualidad en Brasil, que se postulan contrarias a las políticas de acción afirmativa y de promoción de la equidad racial en general, estas son: liberal, democrático-racial, nacionalista, culturalista contemporánea, funcionalista (dicho de forma grosera), marxista y geneticista. Por tanto, a partir de esa —literalmente— pléyade de argumentaciones, en la presente subsección se estudiará la convergencia y la divergencia teórica de aquellos manantiales discursivos.

Parece evidente que cada una de aquellas vertientes posee contenidos muy específicos, siendo, por consiguiente, distintos por su propia naturaleza. Sin embargo, en diversos casos se puede ver que las matrices guardan una efectiva relación de solidaridad.

De hecho, tanto el argumento liberal como el funcionalista (al menos lo que reposa en los términos de la Escuela de Sociología de Chicago y la teoría del capital humano) son complementarios, apuntando cada cual a aspectos de una teoría que, finalmente, tiene su núcleo esencial en la concepción de que una sociedad competitiva es forjada por la asociación de individuos autointeresados.

Dimensiones complementarias pueden ser identificadas entre los argumentos democrático-racial, nacionalista y el culturalista contemporáneo (*Leyenda de la Modernidad encantada*). En este

caso —dependiendo de la inflexión radicalizante que el discurso nacionalista pueda percibir en lo que respecta al problema de las extremadas asimetrías sociales (que podría contraponerlo a una visión más conservadora de estilo freyriana)—, es notorio que todas aquellas visiones comparten la comprensión de que el modelo brasileño de relaciones raciales es fundamentalmente virtuoso, bien sea porque la democracia racial correspondería a la realidad de las cosas; sea a causa de las voluntades sociales benéficas que el mito hipotéticamente expresaría, o, por sus efectos sistemáticos en términos de la fundamentación ideológica del modelo desarrollista. Otro elemento que haría aquellas matrices coherentes sería el peso conferido por cada una de ellas a las especificidades culturales del país, única en términos planetarios además tanto, positiva por ese sencillo motivo.

El discurso nacionalista y el marxista también pueden ser vistos como complementarios. En ese caso, la complementariedad transcurre de la realidad dependiente y periférica del sistema capitalista brasileño. De este modo, si es verdad que en los escritos de Marx, y de algunos de sus ilustres seguidores como Leon Trotsky, Rosa Luxemburgo y André Gunder Frank, el sistema capitalista y la clase obrera son entendidos desde su realidad internacional, por otro lado, es sabido que dentro del campo marxista la *cuestión nacional* (que envolvía la lucha de los obreros y campesinos de las naciones incorporadas a los grandes imperios y de las colonias de la otra parte del mar) posee una larga trayectoria. Por tanto, si se toma en cuenta la larga trayectoria de la tradición marxista, no hay por qué, necesariamente, entender tales matrices como disociadas.

Finalmente, en lo relacionado con las contribuciones provenientes del campo del geneticismo, desde cierto ángulo, igualmente ocurre una identificación básica con las otras seis matrices analizadas. Esto ocurre porque todas ellas comparten la concepción de que las razas no forman una realidad biológica ni son determinantes en las trayectorias de individuos o colectividades humanas. Lo mismo puede ser dicho de una comprensión que comparten las demás vertientes acerca del carácter esencialmente mestizo del pueblo brasileño.

Las matrices discursivas en sus trazos contradictorios

Una vez tomados en consideración aspectos de las convergencias de las siete matrices estudiadas, no se puede dejar de percibir que en múltiples aspectos estas son absolutamente contradictorias entre sí. En las próximas subsecciones se analizarán algunas de estas contradicciones.

Contradicción entre el discurso liberal y el democrático-racial

La primera contradicción reside en la tentativa de la asociación entre el discurso liberal y el discurso demócrata-racial. La búsqueda de asociación entre las dos vertientes implica la suposición de que, en Brasil, existe efectivamente una sociedad competitiva, aunque los individuos disputarían las oportunidades existentes para la movilidad social sin estar marcados por criterios de selección originados en las calidades socialmente atribuidas a los individuos derivadas de sus respectivas etnias o razas. Al respecto, Reis (1997, 224) señala la contradicción entre la desiderata liberal y la preservación de las jerarquías raciales. El autor, reflexionando sobre las ventajas intrínsecas del mito de la democracia racial, apunta que

de esa perspectiva transcurre una consecuencia importante para la discusión de las relaciones raciales en Brasil. Se trata de la revalidación que ella permite de la ideología «oficial» brasileña de la democracia racial. Es común la denuncia de esa ideología como mistificación y enmascaramiento de una realidad de racismo y discriminación y, por tanto, como algo de lo que la sociedad brasileña debería liberarse para poder venir a contar con mejoría real en el plano de la relación entre las razas.

De ahí, inmediatamente después el científico político afirma que «[con] todo, tomada como caracterización de la meta a ser buscada, la ideología de la democracia racial se revela no solo adecuada: ella es realmente insustituible, precisamente por afirmar una condición en que las características raciales se hacen irrelevantes».

Yvonne Maggie (2001a, 2001b) es una autora que claramente encuentra puntos en común entre el discurso culturalista democrático-racial, moderno y contemporáneo, con la perspectiva

liberal. En su investigación sobre el movimiento de «Pré-Vestibulares para Negros e Carentes (PVNC)¹⁰, la autora clasifica su objeto de investigación como: *nuevos licenciados*. Así, a pesar de todas las evidencias empíricas acerca del contenido de aquellos movimientos, donde la dimensión solidaria de las clases de refuerzo de los alumnos ya formados para los que aún se están preparando para los exámenes se asocian a una práctica social marcadamente crítica al modelo brasileño de relaciones raciales (y no sería el término *necesitado* el que desdiría esta sentencia), la autora consiguió entender justamente lo contrario. Es decir, la mera aceptación de la propia selectividad como medio de acceso a las universidades y la incorporación de la variable *necesitados* a los *negros*, los haría obedientes adeptos, de la jerarquía racial vigente, y de a las reglas del juego de carácter meritocrático y, por ende pues, liberal:

Entre el favor y el privilegio, los estudiantes que conocí en esas aulas inconfortables de los suburbios cariocas apuestan al mérito y rechazan cualquier salida que los «favorezca». Por eso están en contra de cualquier tipo de acción afirmativa (sic). Rechazan la lógica del favor, del hechizo, de la rosca y buscan romper el círculo vicioso afirmando la creencia en sus propias habilidades individuales. (Maggie, 2001b, 73)

De otra parte, Grin (2001, 191) ve entre el discurso de Fábio W. Reis y el de Roberto DaMatta (y puede que se añada también el de Maggie) distinciones esenciales entre el individualismo Yvonne Maggie (2001a, 2001b) y el universalismo epistemológico del primer autor y el holismo metodológico y el relativismo epistemológico del segundo —la tercera—. De cualquier forma, pese a la efectiva discrepancia metodológica y epistemológica de los abordajes liberales y comunitaristas, cabe apuntar que para fines prácticos concuerdan en lo esencial: el modelo brasileño de relaciones raciales basado en el mito de la democracia racial es una

¹⁰ Se trata de cursos de preparación para el examen de ingreso al sistema de educación superior brasileño (*exame vestibular*), llamado oficialmente Exame Nacional do Ensino Médio (ENEM), cursos dirigidos a negros y necesitados (*carentes*). [N. de los T.]

idealización y una vía directa para la realización del proyecto liberal. Conclusión que, desde el punto de vista lógico, es simplemente inaceptable.

Ahora, si el discurso liberal y su correspondiente universalismo epistemológico apuntan hacia una sociedad de individuos que compiten por recursos y oportunidades, basados en sus méritos e ingenios, cualquier elemento que impida la realización de esa realidad debería ser removido. Cualquier aceptación de la persistencia de mecanismos discriminatorios, que impidan la plena movilidad social por parte de los individuos, hierde de muerte el proyecto liberal con miras a generar asimetrías sociales prorrogables a lo largo del tiempo, derivadas de las determinaciones adscritas, tales como raza, etnia, región de nacimiento, etc. Por otro lado, ¿qué reza la moderna tradición culturalista al respecto de esta cuestión?

En los años treinta, Gilberto Freyre llegó a suponer que la movilidad social de los mestizos en Brasil ocurría con razonable facilidad. En realidad, leyendo algunos pasajes de la vasta obra del autor se ve que el tal franqueamiento de oportunidades sí era más probable para los mestizos más claros, tal como se desprende de este iluminador pasaje del libro *Sobrados e Mucambos*: «Nos referimos, es evidente, al mulato más claro: la situación del más oscuro, cuando a su favor no intervengan motivos espaciales, es casi igual a la del negro» (Freyre 2000 [1936], 1359). En otros pasajes de la obra del autor es posible entender que la verdadera superación de las desigualdades raciales brasileñas no pasaba por la efectiva igualación de los portadores de las diferentes marcas en el plano económico, político y simbólico, aunque sí por el progresivo blanqueamiento de la población brasileña. De esta forma, tal como ya ocurriría con los indígenas, una vez extintos los negros sí tendríamos una nación plenamente integrada desde el punto de vista social. En *Além do Apenas Moderno*, obra publicada en los años setenta, el sociólogo expuso sus idilios en cuanto al tipo nacional del mañana:

El brasileño eugénico del futuro será, probablemente, en el mayor número de casos, dado, por un lado, al creciente mestizaje arianizante y, por otro lado, a la creciente integración de gentes en una ecología tropical también amorenizante, amarillo-claro, ama-

rillo rosado o amarillo-pardo en sus cromáticos de piel; y no color de rosa como un alemán de Baviera o un holandés del norte de Holanda. Y ese amarillo, rehabilitando lo que hay de desdeñable, para algunos observadores más objetivos, en el actual «amarelinho» (amarillito) y reforzando lo que se presenta de potencialmente positivo, a los ojos de otros conservadores y por la consagración del folclore en el mismo «amarelinho» (amarillito) actual, será un amarillo saudosamente, auténticamente, telúricamente ecológico, a ser distinguido del amarillo patológicamente verdoso del enfermo de malaria, de anquilostomiasis, de esquistosomiasis. (Freyre 1973, 239)

Cabe destacar que Freyre, siendo brillante en la narrativa de un mito (por tanto, de una realidad falseada), realmente creía, o parecía creer, en su propia fantasía. Es un hecho que la obra de ese autor marcó todo un periodo de la historia intelectual del país y logró consolidar una tendencia que venía tomando cuerpo desde los años veinte, esta consistió en retirar el temario de los grandes problemas brasileños de los manuales de medicina reinstalándolos en los libros de antropología y sociología (DaMatta 1987). Por consiguiente, gústese o no del maestro de Apipucos, este sociólogo cumplió, en su momento, un notable papel en términos de la constitución del proyecto moderno de Brasil como nación. En aquellos tiempos, por tanto, el mito narrado por Freyre cumplió una función ideológica importante, incluso por el hecho de que, para aquel contexto histórico, ni para el autor ni para sus lectores, aquellas fábulas aparecían como una sencilla realidad falseada. Infortunadamente, no puede decirse lo mismo de sus notables seguidores contemporáneos, partidarios de la «Leyenda de la Modernidad encantada».

Asumir que el mito de la democracia racial es una idealización, que no encuentra correspondencia alguna en la realidad, implica un riesgo que los culturalistas contemporáneos parecen no percibir. Ahora bien, si las empíricamente constatables desigualdades raciales, eternamente prorrogadas, no pueden tener desdoblamientos en el plan normativo, ¿por qué es que una realidad inexistente (una mentira, en suma) lo puede? ¿Sería porque las idealizaciones democrático-raciales apuntan hacia un mundo

tolerante entre los diferentes? Ahora, si eso es realidad, ¿por qué tanta intolerancia a la adopción del principio de la igualdad racial? ¿Por qué ese principio acaba siendo entendido como potencialmente demoleedor de la paz racial brasileña? ¿no era para ser justamente lo contrario? Finalmente, ¿cómo creer que la democracia racial pueda ser considerada una meta por alcanzar, si los mismos autores que formulan esta sentencia, normativamente, están en desacuerdo con la validez de la adopción de medidas que puedan, justamente, llevar al alcance de la meta?

De todos modos, de la tentativa de acomodación del proyecto liberal en el lecho de Procusto de la democracia racial, puede verse que realmente el liberalismo en Brasil es, definitivamente —al decir de Schwarz (1973)—, una *idea fuera de lugar*. Parece evidente que si el racismo y la discriminación étnico-racial efectivamente no existen en una sociedad competitiva (abstrayendo el grado de dinamismo de la movilidad social circular y los pasajes intergeneracionales de estatus social), en este caso ocurre una efectiva aproximación del tipo ideal liberal, en el cual la estratificación social es fundamentalmente determinada por los talentos y por los años de estudio de cada persona. Pero esta realidad no puede ocurrir hipotéticamente, míticamente o idealmente. O ella existe realmente o no. No operar en el plano normativo sobre una determinada asimetría generada por factores discriminatorios por cuenta de concepciones que solamente existen en el platónico mundo de las ideas es lo mismo que desistir del propio proyecto liberal que, definitivamente, exige que todos los individuos —independientemente de su fisonomía, orígenes, etc.— tengan las mismas posibilidades de acceso a las oportunidades de movilidad social ascendente.

Por tanto, es un liberalismo *sui generis* aquel que en nombre de una desiderata de igualdad, acaba preservando justamente lo contrario. O dicho de otro modo, parece claro que la mayoría de los liberales *made in Brazil* están interesandos en la paz de los cementerios de la resignación de los negros, donde estos se calmen eternamente conformados con su lugar social natural. Por eso, incluso la movilización del término de la paz sociorracial no parece ser coherente con la proyección liberal, y es por un motivo sumamente simple: las

grandes teorías liberales de constitución del Estado —en especial la contractualista— reconocen que la fundación del gobierno civil, y la correspondiente igualdad de los derechos y deberes de los individuos (y aquí el autor se permitirá la inclusión de la frase: portadores de las diferentes marcas raciales), es el medio más racional para evitar la guerra de todos contra todos. Así, la tentativa de asociación entre la concepción liberal y la tradición democrática-racial no tiene que ver con eclecticismo o contradicción dialéctica. Es realmente pura contradicción lógico-formal.

Contradicciones en las formulaciones nacionalistas

Dentro del conjunto de argumentos contrarios a las políticas de promoción de la equidad racial también fue posible percibir la mutua convivencia entre los discursos liberal y nacionalista. Acerca de ese consorcio, no es necesario invertir muchas líneas para demostrar que ambos aportes son mutuamente excluyentes; uno apunta hacia una perspectiva universalista y el otro hacia una concepción particularista, en este caso, sintetizada por los intereses de la nación. De todos modos, más allá de esas observaciones de orden general, es interesante explorar algunas de las contradicciones de estos aportes en sus críticas a las políticas de promoción de la igualdad racial.

La principal contradicción presentada entre las fundamentaciones liberales y nacionalistas, en lo que respecta a las políticas en pro de la equidad racial, está en el propio significado de las políticas de acción afirmativa. Por tanto, para un liberal la oposición a tales medidas es motivada por su discordancia en relación con las acciones que remiten al principio de los derechos colectivos —visto como fuente de privilegios y de ineficacias en la asignación de recursos—, y no individuales. En este caso, *ceteris paribus* que fue debatido en párrafos anteriores, su crítica a las políticas de promoción a la igualdad racial podría ser entendida desde este fundamento. Sin embargo, el discurso nacionalista no tiene la misma primacía.

La fundamentación, nacionalista apunta a que el proceso de desarrollo de una nación atrasada depende de medidas protectoras a la industria doméstica, porque, utilizando el clásico argumento

de List, solamente después de un largo periodo resguardado de la competencia de las firmas más poderosas, económica y tecnológicamente, las industrias domésticas podrían prosperar y, así, en un momento posterior, competir en el mercado con aquellas empresas de punta en condiciones de efectiva igualdad. Por tanto, la concepción nacionalista posee en el núcleo esencial de su discurso la plena convicción de que los desiguales, en este caso y en términos económicos y financieros, deben ser tratados desigualmente. En otras palabras, el principio normativo que lleva a la adopción de políticas industriales es el mismo que justifica las acciones afirmativas. Por consiguiente, parece obvio que cuando los nacionalistas, en nombre de la preservación de algún patrimonio cultural inmaterial típicamente brasileño, se oponen a las políticas promotoras de la equidad racial, más allá de justificar las tradicionales jerarquías sociorraciales presentes dentro de la sociedad brasileña, están siendo coherentes con un principio plenamente reconocido en aquel origen. Y tal reflexión no puede ser disociada del propio tema del modelo de desarrollo y de su carácter históricamente excluyente y concentrador, en términos sociales y raciales, tal como se verifica de la experiencia brasileña a lo largo de todo el siglo xx.

Esa aseveración, por tanto, aborda directamente las contradicciones entre los aportes nacionalistas y el discurso democrático-racial. Si bien no es enseñado en las escuelas, es un hecho que las estrategias de las élites económicas y políticas brasileñas, a lo largo de todo el siglo xx, apostaron a que el brasileño del futuro se blanquearía (o «desennegrecería») paulatinamente a lo largo del tiempo. Ciertamente, la forma como esa desiderata blanqueante ocurriría variaba según el autor. En Nina Rodrigues, por mera sustitución poblacional. En Oliveira Vianna, por mestizaje arianizante y darwinismo social. En Gilberto Freyre y en el conjunto de intelectuales modernistas, por mestizaje amorenizante e incorporación, por parte de la élite eurodescendiente amorenada, del patrimonio cultural de los indígenas y de los negros. Sin embargo, en todos esos autores el principio fue el mismo: para que Brasil pudiera alcanzar el estado de una sociedad plenamente desarrollada era preciso que Brasil fuera predominantemente blanco. La «blanquitud», era vista

como sinónimo de progreso, desarrollo, capitalismo. El discurso democrático-racial, tal como se lee en el pasaje de Freyre en *Além do Apenas Moderno*, no superó ese modo de comprenderlo, porque el mismo es compartido por amplios segmentos sociales, incluso en la izquierda del espectro político brasileño.

Los negros e indígenas son valorados en el discurso culturalista clásico, especialmente cuando es apropiado por la tradición nacional-desarrollista, por sus contribuciones en el distante pasado cuando la nacionalidad brasileña habría sido forjada. En ese entonces habrían contribuido con su modo de ser, su culinaria, su religiosidad y su contoneo. Sin embargo, se percibe bien, la contribución habla de un distante pasado. No del futuro. Por eso, en el país del futuro, lo más común es que en la sociedad brasileña se dé, casi naturalmente, la identificación de aquellos contingentes con el misticismo, la superstición, el atraso, la esclavitud. Con el subdesarrollo, finalmente. Partiendo de estos fundamentos filosóficos no hay por qué extrañarse de que las desigualdades sociales —y raciales— sean tan persistentes en Brasil. Tal perfil no forma parte de un subproducto indeseable de un modelo esencialmente virtuoso en términos económicos y sociales. Antes, forma parte de la naturaleza del modelo. De todos modos, una vez realizada la gran obra de modernización del país, ¿cuál es el saldo del proceso? Pronunciados abismos sociorraciales marcan el paisaje brasileño, un cuadro de extremos atentados a los derechos humanos en el que la tasa de mortalidad por homicidio de los afrodescendientes del sexo masculino es 57,9% superior a la de los hombres blancos. Niveles extremos de pobreza e indigencia incidien sobre la población, en cuya abrumadora mayoría están los descendientes de los antiguos esclavos. Tal cuadro, en realidad, difícilmente moviliza a la élite intelectual y académica brasileña de ambos cuadrantes ideológicos. Sin embargo, bajo el riesgo de poner en jaque los propios fundamentos de la nacionalidad brasileña, ese escenario no puede ser menospreciado o naturalizado.

Las anteriores reflexiones dan pie para pasar a otro aspecto relacionado con las contradicciones entre la formulación democrático-racial y la lectura que interpreta que la cuestión de las asimetrías raciales sería solucionada a través del equiparamiento

de la problemática social. Tal formulación jamás podría haber sido aceptada como una premisa, sino tan solo como una hipótesis de investigación. De hecho, es una hipótesis que el tiempo trató de negar. Al respecto, será usado como ejemplo el insospechado Manuel Diegues Jr., que en un texto escrito en la década de los cincuenta acerca del acceso de los eurodescendientes a los altos escalafones de la representación política en nuestro país apuntó:

En el Congreso de los municipios, realizado en abril de 1950, la presencia de alcaldes y concejales municipales de las varias regiones brasileñas permitió observar el contraste social y étnico entre los elementos de procedentes del sur y los de procedencia nortea o nordestina; aquellos casi siempre claros, de ojos azules, con acento nítidamente extranjero, trayendo en el apellido la ascendencia de antiguos inmigrantes o colonos —Zanchi, Vizioli, Melzer, Ravazzi, Pezzolo, Picarelli, Grubba, Brunetti, Zimermann, Gehlen, Froeglich, Krause—, mientras los otros, conservando la procedencia lusitana, o mejor, luso-brasileña, en la coloración menos clara, ostentaban los apellidos legítimamente portugueses o ya hoy tradicionalmente brasileños —Silva, Ribeiro, Amaral, Silveira, Costa, Cabral, Albuquerque, Castro, Lopes—. (Diegues Jr. 1975 [1972], 199)

Tal relato deja poco margen de duda sobre el evidente hecho de que los inmigrantes europeos, habiendo llegado a Brasil en condiciones económicas extremadamente precarias, en poco más de una generación ya se encontraban al comando de ayuntamientos, asumían puestos de representación y negociaban de igual a igual con la antigua élite luso-descendiente. Ahora bien, ¿por qué los negros, tan pobres cuanto los inmigrantes de otrora, no lograron alcanzar las mismas condiciones a lo largo de este periodo? incluso en condición de pobreza, para un brasileño promedio será mejor ser blanco, pues de esta forma, aparte de las barreras de clase, se evita una segunda barrera que sería derivada de los motivos raciales.

El modo de los contactos interraciales presente en Brasil apunta hacia un pueblo débil, dividido, puesto que confirma jerarquías, asimetrías e injusticias. Tales resultados forman parte de la esencia del propio modelo brasileño de relaciones raciales existente. Las

desigualdades estaban presentes en el origen del modelo, no solamente como algo natural, sino también, como algo deseado. Y esa situación desemboca, cincuenta años después de tasas records mundiales en cuanto crecimiento económico, en el aumento de tales discrepancias, lo que confirma aquello que un día fue pronosticado.

No obstante, la cuestión en este momento remite menos al pasado que al futuro. ¿Qué hacer de aquí en adelante con esas asimetrías? A juicio del autor de este documento, una de las principales tareas consistiría simplemente en terminar con la asociación mórbida entre modernización y blanqueamiento, hecho que se llevó a cabo por amplios sectores de la élite intelectual brasileña. Para recomponer un proyecto de nación fundado en el principio de que la mayor riqueza del pueblo brasileño reside en su diversidad cultural, regional e, inclusive, fisinómica. Así las cosas ¿por qué no asentar en ese principio un nuevo proyecto de nación?

Contradicciones del aporte marxista

En primer lugar, cabe destacar las diferencias esenciales presentes en las formulaciones funcionalista y neoclásica, por un lado, y marxista y estructuralista, por el otro, en lo que respecta al modo de comprensión del motor dinámico de las desigualdades sociales. En el caso de la tradición neoclásica y funcionalista, se da la defensa de una focalización de los recursos sociales junto a los segmentos más pobres de la población. Tal postura, en aquella visión, representaría una mayor eficacia en la asignación de recursos, evitándose que los escasos recursos provenientes del Estado fueran desperdiciados en actores sociales que podrían adquirir los servicios públicos en el mercado. Dicho de otro modo, dado que los más ricos comprarían los bienes sociales en el mercado, la política sería universal porque el Estado (directamente o por intermedio de la ONG o a través de entidades filantrópicas) se encargaría de garantizar esos mismos servicios a los más pobres. Cuando ocurriera lo contrario, la ineficacia en la distribución de recursos en el sector público y privado respondería a amplios fallos en el mercado, lo que generaría, entre otras secuelas, desigualdad social y pobreza.

Ya en la concepción marxista y estructuralista ocurre la defensa de una perspectiva clasista. De todos modos, igualmente en estas matrices ocurre la defensa del principio universalista de las políticas sociales. El mayor problema, con todo, es que no siempre queda muy claro el significado del universalismo dentro de estas concepciones, puesto que en los fundamentos teóricos de aquellas vertientes lo que se entiende por universalismo, muchas veces, se remite solo a las políticas que son direccionadas universalmente hacia los trabajadores ocupados en el sector formal del mercado de trabajo. Es decir, dado que habría una tendencia del sistema capitalista en proletarizar a todas las personas, eso implica que suministrar servicios públicos para los trabajadores ya sería una forma por excelencia de alcanzar a toda la población. Incluso las medidas que busca proteger a los trabajadores desempleados involuntariamente, más propias de los países del Primer Mundo, no escapan a esa concepción fundamental, con miras a ser desarrolladas desde la perspectiva del mundo del trabajo. Por tanto, tales medidas poseen un carácter universalista, siempre que dentro de este universo supongamos que todos los contingentes de la población estén igualmente vinculados al mercado de trabajo, inclusive en términos de la incidencia del preconceito y correspondiente discriminación en términos de género, étnica, raza, etc.

En segundo lugar, la perspectiva marxista dialoga con el problema social desde el ángulo de la lucha de clases. Los proletarios, organizados colectivamente según el propio modo de organización del sistema fabril, desarrollan una identidad fuertemente constituida en torno a los valores solidarios, en donde la concepción individualista, típica del mundo burgués y que tiene en el rompimiento su expresión más singular, es repudiada casi como inmoral. Naturalmente, la concepción neoclásica dicta lo opuesto, defiende la natural perspectiva de que las individualidades y el individualismo representan la mónada de toda sociedad.

De allí que la resolución de los problemas de los sectores oprimidos de nuestra sociedad, negros e indios, no resolvería el problema de los millones de jóvenes que se quedan fuera de las instituciones de enseñanza superior. Pero ¿quienes son los jóvenes más intensi-

vamente excluidos del acceso a la universidad, sino los vinculados a los sectores más oprimidos de nuestra sociedad? Resulta interesante percibir que si la defensa del mérito académico no recibe mayores críticas lo contrario ocurre con las acciones afirmativas, criticadas por no resolver los problemas estructurales de Brasil y del mundo.

Finalmente, esta última reflexión acaba llevando directamente al punto más crítico de toda esa historia: ¿Cómo fue que el marxismo brasileño trató el propio mito de la democracia racial? El hecho es que, análogamente a lo que ocurrió con los autores liberales, el mito de la democracia racial acabó siendo instrumentalmente útil para los marxistas tupiniquins. Así, si para los liberales era interesante operar con aquella mitificación con miras a sus discordancias con el principio de los derechos colectivos, en el caso de los marxistas el mito fue operacionalizado para demostrar la unicidad existente dentro del proletariado. De este modo, en la medida en que el prejuicio y el racismo a la brasileña serían de orden social, y no racial, antes aun de que el capitalismo se difundiese en el territorio brasileño (condición sociológica esencial para la superación de los particularismos y de constitución de los trabajadores en una misma clase social), los no dueños de los medios de producción ya estarían, a causa del mito de la democracia racial, plenamente unificados en una única realidad común. Con eso, la absoluta priorización del tema proletario —y, secundariamente, campesino— en detrimento de las cuestiones transversales, acabó siendo una ganzúa. De este modo, la adopción acrítica del mito de la democracia racial impidió a los teóricos revolucionarios reflexionar sobre la conspicua realidad de las desigualdades raciales, así «podemos afirmar que existió un atraso por parte de los comunistas en comprender la importancia de la lucha antirracista en Brasil» (Buonicore, 2005, 12).

Críticas a la inflexión geneticista

Conforme fue posible analizar, en cierto modo todas las seis vertientes teóricas anteriormente analizadas concuerdan con la perspectiva proveniente de los estudios derivados del geneticismo. En este caso, la concordancia es doble. Por un lado, se concuerda que la diversidad fisonómica existente entre los diferentes grupos

humanos no es suficientemente amplia, al punto de que se han generado subespecies entre los *homo sapiens*. Por tanto, el discurso racializado, que cree asociar íntimamente características físicas con atributos físicos, culturales y mentales, desde el punto de vista de la ciencia biológica está simplemente desautorizado. Por otro lado, hay también concordancia en el hecho de que los orígenes genéticos del brasileño son plurales, que nuestro pueblo es en realidad pronunciadamente mestizo y que las distinciones entre quienes son blancos y negros acaban siendo una dificultad adicional en estas costas. De todos modos, conforme lo visto, en relación con este segundo aspecto, el discurso centrado en el geneticismo sufre una inflexión, de modo que tal realidad físico-biológica acaba siendo usada instrumentalmente como una vía de deslegitimación del propio movimiento negro como actor social relevante. Sobre ese punto se deben hacer dos observaciones.

En primer lugar, cualquier tentativa de desconfigurar el movimiento negro como actor colectivo fundado en los parámetros biológicos estará predestinada al fracaso. Para los contingentes discriminados, poco importa que la realidad efectiva de las cosas desautorice la discriminación racial —a pesar de que las razas, en tanto realidad biológica, sean inexistentes—, si continúan siendo constantemente discriminados por personas con mejor posición social (en términos financieros, políticos y simbólicos), puesto que los comportamientos sociales no guardan sus orígenes en los genes, sino en los comportamientos sociales heredados.

En segundo lugar, más allá de los méritos científicamente intrínsecos de los estudios provenientes de la genética, el hecho es que la entrada de esa variable en el actual estado del arte de este debate en Brasil puede ser considerada un tanto cuestionable. Irónicamente, se reimportaron, por la puerta de atrás, los argumentos racializados que un día las ciencias sociales lograron jubilar. Por tanto, cualquier tentativa de deslegitimar las banderas de determinados movimientos sociales, por cuenta de la *verdadera esencia de los hechos* estructurados en torno a variables biológicas, no pasa de ser una postura positivista de clara inspiración, esta sí, racializante. Lo mejor es que ese campo de estudios se limite a responder

por aquello que es capaz, o sea, la naturaleza. El prejuicio y la discriminación racial son productos sociales originados por factores históricos, económicos, políticos, sociológicos y psicológicos. Su superación tan solo pasa por estas arenas.

De todos modos, la movilización de los experimentos del campo de la genética para articular discursos contrarios a las demandas del movimiento negro, utilización instrumental que es efectivamente empeñada por las demás seis matrices teóricas, acaba salpicando de racialismo un debate que, desde sus contenidos esenciales, prescinde de semejante fundamentación.

Conclusión

A lo largo del presente artículo se pudo apreciar la manera como siete matrices teóricas se movilizaron para fundamentar discursos contrarios a las políticas de promoción de la equidad racial. Por un lado, se evidenció que no siempre tales vectores eran contradictorios entre sí, habiendo dimensiones complementarias entre algunas de aquellas verbalizaciones. Por otro lado, sin embargo, fue notorio el hecho de que diversas matrices acaban siendo contradictorias entre sí, mucho más allá de comulgar una misma identidad en oposición a una determinada medida por parte del poder público. Así, se observó que todas las diferencias teóricas contenidas entre autores liberales, comunitaristas, funcionalistas, nacionalistas y marxistas no fueron suficientemente fuertes para hacer que cada uno de ellos se desviase de la ruta que, a fin de cuentas, acabó llegando rigurosamente al mismo lugar. Parece que tal convergencia denota una especie de mutuo reconocimiento racial camuflado, en aquello que los autores que participaron del libro organizado por Iray Carone y Maria Aparecida Bento (2003) llamaron *identidad blanca*, tal vez siendo esa la propia esencia de la convergencia argumentativa de aquel conjunto de siete matrices.

Esa reflexión lleva a otro punto sumamente importante para ser tratado en las líneas que restan. Por razones más o menos obvias, el presente artículo tampoco podría dejar de reflexionar sobre el hecho de que aquel conjunto de matrices también abriga argumentos favorables a las políticas de promoción de la equidad

racial. Así, existiría una alianza alternativa que también reuniría liberales, funcionalistas, nacionalistas, culturalistas y marxistas en torno a la defensa de tales medidas. En realidad, Costa y Werle (1997) tocan ese punto apuntando las diferencias conceptuales entre los autores partidarios de políticas correctivas de acción afirmativa fundadas en los aportes liberal y comunitarista. De todos modos, ¿hasta qué punto aquellos argumentos no serían mutuamente contradictorios? Sin la pretensión de dar una respuesta definitiva a esa pregunta, es posible adelantar dos reflexiones al respecto.

En primer lugar, parece evidente que en ninguno de aquellos campos teóricos mencionados los defensores de las medidas correctivas promotoras de la igualdad racial son hegemónicos. Por ejemplo, ni Carlos Hasenbalg (1979), cuya tesis de doctorado está notoriamente influida por el aporte marxista, ni Nelson do Valle Silva (1980), cuya tesis de doctorado está claramente anclada en la teoría del capital humano, lograron ser, a lo largo de sus exitosas carreras académicas, hegemónicos dentro de sus respectivos campos teóricos en Brasil. Lo mismo se puede decir de los nacionalistas Guerreiro Ramos y Abdias do Nascimento o para el caso del antropólogo José Jorge do Carvalho. como fue mencionado, incluso distintos periodistas posicionados en diversos campos ideológicos, que se anuncian favorablemente hacia las políticas de promoción de la equidad racial, no son exactamente mayoritarios en las empresas donde trabajan y, en general, escriben sus consideraciones sobre el tema a partir de opiniones de carácter estrictamente personal.

En segundo lugar, tal vez las contradicciones presentes dentro de las matrices que defienden las políticas de promoción de la equidad racial son menos agudas que las que les son contrarias. Así, nada impide que un autor pueda entender la situación de penuria de los afrodescendientes brasileños como una realidad motivada por factores estructurales reportados tanto a su economía de estilo dependiente y periférico, como al hecho de que el prejuicio y la discriminación racial son funcionales a ese tipo de economía y sociedad. Así, el proceso de proletarización de la población negra fue parcial y fragmentado, restando amplios sectores de ese contingente al margen del mercado formal de trabajo.

No obstante, en las líneas que faltan, el autor intentará hacer un pequeño ejercicio donde se combinarán de forma ecléctica aspectos del discurso de cada una de las siete matrices teóricas estudiadas a lo largo del presente texto.

Un proyecto de nación democrático debe considerar la promoción de la equidad racial como parte integrante de su pauta de demandas —articulándola con los demás aspectos dramáticos de la vida nacional (derechos humanos, cuestión agraria, trabajo infantil, pobreza e indigencia)— de la cual es parte indisociable. La cultura brasileña, en aquello que posee de generosa, pasa a ser valorada en aquellos aspectos suyos que apuntan al estratégico principio de la diversidad del pueblo brasileño, que tan efectivo fue en otros espacios sociales como el fútbol y la vida cultural como un todo, y puede ser perfectamente expandida a todos los ámbitos de la vida nacional, como el mundo académico, empresarial, de representación política, etc. Tales acciones ocurrirían en un contexto de propaganda masiva en pro de la mutua convivencia entre los diferentes, desde la esencial condición de su equiparación en términos económicos, políticos y simbólicos. El crecimiento del mercado interno, causado por la entrada masiva de los afrodescendientes en la sociedad de consumo, traerá un círculo virtuoso en el cual la reducción de las desigualdades sociorraciales se combinará con un modelo de desarrollo económico nuevo. En esa nueva sociedad prevalecerá el principio del mérito y del ingenio, sin con eso dejar que los menos aptos se arruinen por el desaliento. La ciencia genética será usada para fines puramente ilustrativos, diciéndonos, finalmente, cuáles son los diversos orígenes de la brava gente brasileña.

Tal proyecto, por tanto, incorporaría un poco de aquello que sería lo mejor de cada una de tales matrices teóricas. Sinceramente, tal formulación no parece contradictoria. Pero en cuanto a eso, necesariamente, el autor deberá esperar las críticas, positivas y negativas, a este texto, una vez expuesto a la luz de la mirada ajena. Solamente así será factible tener plena certeza de que las presentes hipótesis son robustas o que lo son lo suficiente como para ser presentadas ante el mayor jurado de todos los jurados: el de la historia.

Antropofagia y racismo: una crítica al modelo brasileño de relaciones raciales*

Só a antropofagia nos une.

Socialmente. Economicamente. Filosoficamente.

OSWALD DE ANDRADE, Manifesto Antropófago

El arte de comer gente

Uno de los principales debates contenidos en aquello que pasó a ser denominado como pensamiento social brasileño consiste en la reflexión sobre nuestra modalidad de relaciones interraciales. Ciertamente, algunos aspectos de esta cuestión acabaron caducando a lo largo del tiempo. Por ejemplo, salvo una u otra opinión aislada, las angustias sobre nuestro futuro en cuanto pueblo y nación, derivadas de alguna incapacidad genética innata, ya no están presentes en nuestra reflexión teórica y académica. Sin embargo, esto no implica que el tema, en su conjunto, se haya vuelto anacrónico. Así, la discusión acerca de nuestros trazos culturales comunes, las peculiaridades del patrón brasileño de interacción entre grupos étnicos y raciales diferentes y el contacto existente entre las desigualdades sociales y las raciales perduran hasta hoy. Cabe destacar que, en medio del actual escenario de profundización de la internacionalización del capital y de las modalidades imperialistas de

* Este artículo fue originalmente publicado en Musumeci y Ramos (2005), *Elemento suspeito: abordagem policial e discriminação na cidade do Rio de Janeiro* (283-322). Rio de Janeiro: Ed. Civilização Brasileira, y constituye la conclusión del proyecto *Pesquisa Abordagem Policial e Estereótipos Raciais e Sociais*, realizado por el Centro de Estudo de Segurança e Cidadania (Cesec) del cual el autor fue consultor.

dominación simbólica, así como frente al escenario de desgaste de nuestro tejido social, tal agenda de reflexiones se vigorizó y trajo consigo diversas controversias y disputas en varios terrenos.²

Una de las principales conclusiones sobre el modelo brasileño de relaciones raciales trata sobre su carácter asimilacionista. Es decir, en nuestra nación, por las buenas o por las malas, los diferentes pueblos y etnias que aquí llegaron, y llegan, han sido integrados en el gran crisol que fundió diferentes orígenes étnico-raciales, mezclándolos en una misma totalidad. Así pues, *Cristo Redentor, brazos abiertos sobre Guanabara*, nuestro modelo sería más tolerante, integrativo y generoso que la realidad vigente en otros campos marcados por la intolerancia, la xenofobia y las formas explícitas y convencidas de racismo. A este respecto, el intelectual austriaco Stefan Zweig, en *Brasil, país de futuro*, libro publicado en nuestro país en 1941, diría:

Mientras que en Europa ahora más que nunca domina la quimera de querer crear seres humanos “puros”, en cuanto a la raza, como caballos de carreras o perros de exposición, la nación brasileña hace siglos se asienta en el principio de la mezcla libre y sin estorbo, de la completa equiparación de preto, blanco, rojo y amarillo. (Zweig 1941, 16)

Los brasilianistas norteamericanos que visitaron y estudiaron el paisaje brasileño en los años cuarenta y cincuenta, teniendo como fondo las prácticas segregacionistas blancas contra los negros de su país, nutrirían semejante admiración por la solución brasileña para el problema racial (ver Park 1950 [?]; Pierson 1967 [1942]; Landes 2002 [1947]). Ante tan ilustres entusiastas lo que nos resta es buscar comprender de modo más profundo los caminos y descaminos de esta solución.

Científicos sociales modernos, como Roberto DaMatta (1984), vieron en el significado patrio del acto de comer una asociación no

2 Al respecto, véase la edición número 24 de la revista *Estudos Afro-Asiáticos* dedicada a la controversia centrada en el texto *Sobre as artimanhas da razão imperialista*, de los sociólogos franceses Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant.

solo con la alimentación en sí misma, sino con una gran variedad de significados extras en el plan sexual, cultural y existencial. En este caso, haciéndose transitivo el verbo comer en todos aquellos planos, se iría a asociar con el deseo del brasileño de incorporar, absorber e integrar al otro. En otras palabras, según el antropólogo DaMatta, la fuerza del verbo residiría en nuestro propio modo de ser, en suma, en la propia identidad asimilacionista que amoldaría una de las identidades culturales básicas de este país.

De hecho, una reflexión más detenida sobre la historia brasileña nos enseña que el ritual de la «comilança» (comilona) no fue una novedad traída ni por los blancos portugueses ni por los negros africanos. Quienes sí la cultivaron de un modo propio fueron algunas naciones indígenas. Eso no significa que para los portugueses o africanos no existieran *folkways* propios a la alimentación que, a fin de cuentas, en todos los pueblos y culturas siempre representa un momento de convivencia e interacción social. Sin embargo, esta práctica, tal como era cultivada por diversas tribus indígenas brasileñas, contenía un aderezo, un condimento muy especial que versaba al respecto de un noble arte: la antropofagia. El arte de devorar seres humanos no estaba asociado fundamentalmente con una necesidad alimentaria. En realidad, eran devorados los enemigos de la tribu capturados en combate. Olvidando posibles orgullos civilizatorios (y del paladar), su significado tenía un trazo casi humanista.

El arcabucero Hans Staden, después de una serie de peripecias vividas en el continente americano, sería capturado por los indios tupinambás en enero de 1554. Prisionero, fue llevado hacia Ubatuba donde viviría cautivo por nueve meses y medio. En este ínterin se le brindó como a todos los guerreros que aquella estirpe capturaba: buena comida, refugio, intimidad con las más bellas mujeres de la tribu. Todo esto hasta cierto tiempo. Pasado el tiempo de engorde, las víctimas eran servidas, como manjar, en el banquete ritual de los silvícolas. De este modo, no solo se alimentaban, sino que, así mismo creían que estaban apropiándose de los mejores atributos de su enemigo: su coraje, su virilidad, su combatividad. El alemán consiguió escapar para contarnos su historia, porque, al percibir el

significado de la egregia festividad, toda vez que estaba a punto de ser golpeado, no luchaba. Lloraba y gemía. Así que, comportándose como una gallina, se hacía indigno de ser devorado. Consiguío entonces capar y en 1555 publicó sus historias en Europa, su libro obtuvo éxito entre el público y la crítica.³

Esta historia es interesante, pues ella nos revela uno de los trazos más destacados de la identidad nacional brasileña. Con miras a que buscaban no solo destruir al enemigo, sino, igualmente, aprovechar sus mejores propiedades, los indígenas de la nación tupinambá al mismo tiempo que se nutrían demostraban, una profunda admiración por el objeto de su aversión. Aquí no hay espacio para el odio entre los diferentes. Si bien envolvía la destrucción física del oponente, tal práctica, en el fondo, no dejaba de ser un modo de adorar al otro.

Pasados 446 años desde la distante experiencia de Hans Staden, Brasil, naturalmente, ya posee otra fisonomía. Sus aldeas se convirtieron en ciudades. Su verde vegetación dio lugar a plantaciones, cañones y carreteras. Los indígenas, a lo largo de cinco siglos, por la destrucción de aldeas, por vía de las violaciones masivas, por la diseminación de enfermedades occidentales, por la destrucción de sus mitos religiosos y originarios, entre otras formas de limpieza étnica, casi se extinguieron por completo. Su aporte cultural (el nombre de los ríos y ciudades, los hábitos necesarios para la vida confortable en medio del trópico brasileño, el conocimiento de los caminos y lugares, el reconocimiento y el modo de preparación de los alimentos, los medios de defensa de animales y plantas venenosas) acabarían siendo incorporados por los blancos dominadores. Se estima que en el año 1550 su población llegaba a 2 millones de personas (y, naturalmente 100% de la población local), en el censo de 2000, los autodeclarados indígenas llegaban a solo 701.462 almas, menguadas a 0,4% del total de brasileños (Petrucelli 2002).

En realidad, este indicador demográfico guarda el riesgo de eludir un importante aspecto de la realidad en cuanto al destino

3 Esta historia fue retirada de la enciclopedia *Historia de Brasil*, coordinada por Eduardo Bueno y editado por el periódico *Zero Hora* / RBS Jornal.

histórico de los indígenas. Pena et ál. (2000) realizaron una investigación con 200 brasileños de la raza/color blanco. En sus estudios los investigadores verificaron que el 90% de los patrilinajes de los brasileños blancos eran de origen europeo. En lo que respecta a los matrilineajes, los investigadores confirmaron que, en su mayoría, los blancos poseían origen indígena (33%) y africano (28%). Por tanto, la herencia genética de los indígenas (o mejor de las indígenas), corre hoy por las venas de más de un tercio de los brasileños blancos; en rigor, por tanto, mestizos. Así, la realidad de las cosas es que, sea en términos culturales o en términos genéticos, la energía, el conocimiento, la fuerza vital de los antiguos indígenas, al parecer, se transfirieron al cuerpo de sus verdugos. Esta es la ironía de la historia. De modo inverso, el antiguo rito caníbal de los tupinambás se actualizó con el transcurrir de los siglos. Los indígenas fueron los que acabaron siendo devorados.

Después de siglos de ritual antropofágico, algunos pocos centenares de miles de indígenas sobreviven, con cintas más o menos largas alrededor de sus cuellos, como grupos exóticos inasimilables. Aún hoy, sus tierras son invadidas y sus culturas menospreciadas por la sociedad brasileña, lo que nos permite anticipar que nuestro modelo de relaciones raciales, de pacífico no tiene nada. La realidad de estos contingentes, por sí sola, daría para escribir todo un artículo. Sin embargo, no será sobre estos que la presente reflexión proseguirá. Nos inclinaremos sobre sus compañeros de martirio histórico. Los negros y negras, los descendientes de los antiguos esclavos.

El modelo brasileño antropofágico de relaciones étnicas y raciales también envolvió a los afrodescendientes en sus rituales. No obstante, de modo inverso a lo ocurrido con los indígenas, los negros y las negras, concomitantemente a su devoración, prosiguieron en cuanto importante contingente —en términos demográficos, económicos, sociales, culturales y políticos— en el seno de la población brasileña. En este sentido, si bien no menos tormentosas, las relaciones entre negros y blancos se prolongaron en el tiempo y en el espacio, lo que impidió que el drama contenido en esta relación pudiera ser encuadrado como exótico o anacrónico. En suma, el ritual

prosiguió y aún hoy se lleva a cabo delante de nuestros ojos. La relación entre blancos y negros en Brasil fue, es y será.

A la luz del paradigma antropofágico, el objetivo del presente artículo es plantear algunas consideraciones críticas sobre el patrón brasileño de relaciones raciales, especialmente entre blancos y negros. En las secciones siguientes de este artículo se hará, por tanto, una reflexión entre el *ethos* asimilacionista —de ahora en adelante antropofágico— y el racismo a la brasileña. ¿Cuál es el estado del arte sobre la comprensión del modelo de relaciones raciales en Brasil? ¿Cómo este debate se asocia con las cuestiones, y las dificultades, actuales sobre el desarrollo político, económico y social de nuestra nación? ¿Qué implicaciones trae este modelo para los que luchan por la causa de los derechos humanos y civiles, así como por su efectiva implantación en medio de nuestro pueblo? Son estos, en últimas, los cuestionamientos que nos moverán a lo largo de este texto.

Cabe recordar que este recorrido tiene como finalidad principal dialogar con la *Pesquisa Abordagem Policial e Estereótipos Raciais e Sociais* (investigación sobre el enoque policial y los estereotipos raciales y sociales), realizada por el Cesec. En este sentido, el autor del presente estudio opina que la movilización de un cuadro teórico más amplio sobre la problemática del racismo a la brasileña siempre puede ser extremadamente útil. Por un lado, en la búsqueda de una comprensión más aguda de los indicadores sociodemográficos de naturaleza cuantitativa, tal como es el caso por el Cesec. Por otro lado, en la imperiosa exigencia del encuentro de políticas públicas que puedan ser eficaces y adecuadas —¡Ah, los sueños...!— para la reversión de este triste cuadro social que algunos ya no tienen más pudores en clasificar conceptualmente como barbarie (Menegat 2003).

Finalmente, amigo lector y amiga lectora, en caso de concordar con los términos de este artículo, les deseamos entonces: ¡Buen apetito!

La carne más barata del mercado...

La tradición del pensamiento social brasileño indica que el patrón de relaciones raciales entre blancos y negros en Brasil es más flexible y tolerante que en otros lugares como Estados Unidos

y Sudáfrica. Tal perfil conformaría, justamente, uno de nuestros trazos identitarios básicos y comunes.

Para comenzar, no parece absurda la idea de que el modelo brasileño, de hecho, guarde pronunciadas diferencias en relación con el modelo en vigor en otros países. Con miras a analizar el objeto que está siendo debatido, el autor deja de lado los procesos históricos y políticos, que son singulares e irreproducibles, los cuales deben tenerse en consideración en su conjunto como uno de los telones de fondo del análisis, sabiéndose que los mismos entrelazan sus influencias hasta el presente y marcan indeleblemente los aportes culturales de cada nación y de sus diversas regiones. Sin embargo, partiendo de esta premisa, la cuestión es saber si realmente esta singularidad se hace merecedora de los símbolos y valores que le son atribuidos.

Para fines analíticos, no cabe la menor duda acerca de que la presente reflexión podría ser sumariada con el uso de indicadores sociodemográficos de los diferentes grupos de raza/color que hacen parte de nuestra realidad. Hoy la mayoría de los estudios al respecto son de buena calidad y razonablemente conocidos. Todos, invariablemente, concuerdan en que las desigualdades sociorraciales entre blancos y negros en Brasil están presentes en todas las regiones geográficas y en todos los indicadores de comparación que son movilizados (mercado de trabajo, escolaridad, acceso a bienes de uso colectivos, ingreso, nivel de pobreza e indigencia, calidad de vida, mortalidad infantil, esperanza de vida, etc.). De igual manera, el uso de series estadísticas para el análisis de esta cuestión muestra que las desigualdades sociorraciales brasileñas raramente se reducen —esto cuando no aumentan— a lo largo del tiempo. Investigaciones más recientes han ampliado cada vez más su alcance analítico y su sofisticación metodológica. Tales adelantos tan solo confirman los resultados consagrados por los estudios anteriores (Oliveira et ál. s. f.; Hasenbalg y Silva 1988; Valle e Silva y Hasenbalg 1992; Henriques 2001, Paixão 2003a y 2003b, Telles 2003).

Estos estudios de aporte *ecológico*, que guardan una importancia muy grande en develar los abismos sociorraciales en Brasil, pueden y deben ser complementados con análisis que incorporen

elementos de corte más cualitativo, tales como los sentidos morales (*mores*) que puntúan estas relaciones. Dicho de otro modo, contrariamente a las conclusiones de Lilia Schwarcz (1999), el autor no está de acuerdo con que los resultados de los estudios cuantitativos (uso de indicadores sociodemográficos) y cualitativos (modo subjetivo de existencia de las relaciones raciales en nuestro medio) puedan ser leídos como no separar o intercambiables entre sí. De este modo, partiendo del estado del arte sobre los estudios que medirán las desigualdades sociorraciales en Brasil, considera que será más productivo que se lance una mirada sobre el modo como algunos estudios, que siguieron el método cualitativo (corte socioantropológico), percibieron las relaciones entre blancos y negros en nuestro país. Conforme podrá ser visto, incluso en la tradición culturalista brasileña, estudios hoy presentados como clásicos refuerzan la convicción en cuanto a la íntima relación existente entre el modelo brasileño asimilacionista (antropofágico) de relaciones raciales y el lugar ocupado por blancos y negros dentro de la jerarquía social brasileña.

En la tradición culturalista de nuestro país, tal vez el más importante estudio hecho sobre el modelo brasileño de relaciones raciales partió del trabajo elaborado por el sociólogo paulista Oracy Nogueira (1998 [1955]; 1985 [1979]; *passim*). Según este autor, Brasil y los Estados Unidos guardarían modalidades específicas, tipos ideales de relaciones entre negros y blancos. Brasil portaría una modalidad de prejuicio contra los negros, clasificada como *prejuicio racial de marca*. Esta modalidad sería diferente de lo que ocurriría en Estados Unidos, donde la modalidad de prejuicio contra los negros fue clasificada como *prejuicio racial de origen*.

De acuerdo con el aporte de Nogueira, lo que diferenciaría ambas modalidades de prejuicio sería el peso atribuido socialmente a los antepasados raciales de los individuos y a las consecuencias que esto acarrearía para sus descendientes. En el caso norteamericano, sería automáticamente segregada para un grupo del mismo nombre una persona cuyo origen racial, incluyese, de manera probada, a una persona negra. Así, un individuo, a causa de su origen, aunque portara características raciales próximas al tipo caucásico, podría sufrir discriminaciones y dificultades específicas en sus propósitos

de movilidad física y social. Naturalmente, una persona que portara atributos físicos marcadamente negroides sería discriminada en la suma de sus orígenes y de su apariencia. En aquel país, como los grupos raciales serían rígidamente definidos, la discriminación sería inflexible. Sin mediaciones intersubjetivas. Por eso, el contacto entre los miembros de los diferentes grupos raciales no pasaría del plano categórico. De igual manera, el modelo norteamericano alimentaría la aversión entre los grupos, haciendo comunes los actos explícitos de violencia y de conflictos raciales. Finalmente, en el caso de Estados Unidos, aún por cuenta de la situación de separación y segregación, los negros tendrían más estímulos para la organización colectiva y, por tanto, para el desarrollo de organizaciones políticas, comunitarias, asistenciales y religiosas marcadamente fundadas sobre parámetros de pertenencia racial.

Pro siguiendo con el aporte de Nogueira, en Brasil la intensidad del prejuicio se relacionaría con los fenotipos de cada individuo. Entre estos fenotipos se incluyen: la tonalidad del color de la piel, el tipo de cabello, la forma de los pómulos, de la nariz, de los labios y de las nalgas. Por tanto, mientras más próximas sean las características personales de un individuo en relación con un tipo *negroide*, mayor será la probabilidad de que esa persona sea discriminada a lo largo de su ciclo de vida. Naturalmente, mientras más próximos fueran los trazos de un individuo mestizo con el patrón caucásico, menor sería la probabilidad de que esa persona sufriese alguna suerte de discriminación. De este modo, para Oracy Nogueira, el prejuicio brasileño contra los negros sería más contra el color (que pasa a ser un término sintético del conjunto de las marcas) que contra la raza, una vez que el factor determinante del prejuicio no sería la «pureza» de la sangre, sino la apariencia física de los individuos. Dicho de otro modo, contrariamente a lo que ocurre en Estados Unidos, en Brasil una persona con características físicas más o menos próximas al tipo caucásico podría ser aceptada socialmente como blanca aunque se sepa que ella tenga en sus orígenes (aun inmediatos como su padre o madre) personas negras.

En el aporte *nogueirano* el prejuicio racial de marca guardaría un fuerte componente situacional. Esto envuelve dos dimensiones.

En primer lugar, el prejuicio racial de marca permite a las personas afrodescendientes que no tengan características tan marcadamente africanas, o a través de la movilidad social ascendente, un correcto o total blanqueamiento; por ejemplo, con la alteración de determinados trazos físicos, tales como el alisamiento del cabello, el uso de cosméticos o incluso la realización de cirugías plásticas para la modificación de algunas partes del rostro. Por otro lado, a través de cambios en determinadas costumbres, lo que abarca el cambio del lugar de residencia, la selección más rigurosa de los tipos humanos que frecuentarán, sus círculos íntimos de relaciones, la adhesión o abandono de determinados grupos religiosos, clubes, hábitos de consumo y ocio.

En segundo lugar, una persona abierta o encubiertamente prejuiciosa puede mantener contactos de *simpatía* (empatía, consideración, camaradería, amistad y, en el límite, relaciones afectivas) con determinada cantidad restringida de personas que pertenezcan a los grupos de raza/color de su habitual aversión. De este modo, Hanchard (2001), dentro de un contexto de hegemonía racial blanca, en Brasil la gran mayoría de personas en el contacto personal (incluso con un extraño a primera vista) buscaría evitar identificar a alguien, identificarse y ser identificado con el peor extremo del color que vendría a ser el grupo negro. Por negro o *preto*, y el conjunto de estereotipos que al principio los definirían, serían designados, por tanto, los miembros de este grupo racial o de color que no estuvieran en el círculo de relaciones de esta determinada persona. Así, frente a individuos con una inequívoca tez oscura (que no se limita al color de la piel, sino que comprende el conjunto de los trazos fenotípicos de las marcas raciales) no se hablaría explícitamente, de su color/raza o de asuntos correlacionados. De esta forma, el modo de funcionamiento del modelo brasileño crea reglas de etiqueta propias para la dinámica de las relaciones entre los componentes de los diferentes grupos raciales.⁴ Por otro lado, ante situa-

4 Gilberto Freyre apunta que esta regla de etiqueta se deriva del hecho de que las personas no quisieran acordarse de sus orígenes esclavos. Así, el problema sería más de origen social (ser descendiente de un esclavo; una clase o rango social inferior) que racial (ser negro, miembro de un grupo de estatus tenido como inferior). En opinión del autor de este documento, estas

ciones de efectiva discriminación siempre habrá otro motivo alegado y, generalmente, aceptado por el discriminador y el discriminado para justificar la preterición de los negros en los distintos momentos de la vida social.

Por este motivo, en aquello que Florestan Fernandes y Roger Bastide (1971 [1955]) clasificarían como la propiedad característica del brasileño, o sea, *el prejuicio de no tener prejuicio*, difícilmente un acto abiertamente discriminatorio contra un negro (más probable por parte de una persona socialmente blanca o mestiza clara, sin embargo, no raramente por mestizos de tez razonablemente oscura) será explicitado en cuanto tal, siendo tal actitud reprobada socialmente. Tal realidad será más verdadera en las situaciones no conflictivas. No obstante, el simple hecho de llamar a alguien *negro* ya sería motivo de ofensa para esta persona. A este respecto existe cierto consenso acerca de que la mayoría de las veces los deseos del propio discriminado se inclinan a ser designado, preferiblemente con otras expresiones (135, tal como las investigadas por la PNAD/IBGE en 1976), como oscurito(a), moreno(a), mestizo(a), cabrocha, mulato(a), etc.

Marvin Harris (1952), autor que en cierta medida comprendió las relaciones raciales en un sentido próximo a Oracy Nogueira, diría que el sistema brasileño de clasificación racial basado en la continuidad de color tendría un papel fundamental en acomodar los posibles conflictos. De este modo, en el caso de un contacto *categorico* —o, usando un término exacto de Roberto DaMatta (1997), en el mundo *de la calle*— un blanco tenderá a tratar a un negro de modo estereotipado, subordinado y, no raras veces, hostil. O sea, lo tratará como un *preto*. Ya en el caso del contacto con simpatía —es

modalidades están lejos de ser antagónicas y pueden perfectamente actuar en sintonía. De todos modos, su punto de vista diverge profundamente de Freyre cuando este minimiza el problema del prejuicio y de la discriminación racial en nuestro medio. Por eso, a su modo de ver, la regla de etiquetas en cuanto a las denominaciones que se les dan a las personas negras corresponde a una exigencia de mantenimiento de las distancias sociales, típico de relaciones racialmente asimétricas, y no fruto de la realización de una improbable democracia racial.

decir, en el espacio *damattiano* de la *casa*—, desde el punto de vista del potencialmente discriminador, un negro podrá ser visto de mejor manera. Así, las posturas se cambian. Si no en el sentido de la conformación de relaciones igualitarias, al menos en la posibilidad de la apertura de algún grado de contacto amistoso entre los diferentes. Dicho en otros términos, desde que opere en su propia mente una transfiguración del negro de su círculo de relaciones a uno no negro (en un tipo más valorado de mestizo), un blanco (o una persona que se evalúe como no negra) podrá establecer contactos más o menos íntimos con otro individuo de un grupo racial.

Lívio Sansone (1998 [1996], 210), transitando implícitamente las veredas abiertas por Oracy Nogueira, al estudiar la realidad vigente en el municipio de Salvador/BA en la década de los noventa, vendría a caracterizar esta maleabilidad como correspondiente a dos tipos ideales de espacios de ocurrencia de las relaciones raciales: las áreas *suaves* y las áreas *duras*. Las áreas *suaves* de las relaciones raciales serían los espacios del

ocio, en particular la taberna, el dominó, el bar, la charla con los vecinos en la esquina, el sambão, el carnaval, el São João (las cuadrillas, el forró, las visitas a los vecinos), la hinchada, la serenata y, naturalmente, la propia multitud —grupo de “iguales” con los cuales se comparte buena parte del ocio en público—.

Las áreas *duras* corresponderían al espacio del trabajo y de la búsqueda de empleo, el mercado matrimonial y del ligue, así como los contactos con la policía. Abriendo un paréntesis, el autor no concuerda con Sansone cuando este no incluye en la lista de las áreas *duras* el espacio escolar. Con miras a lo que dicen determinadas teorías que abordan las desigualdades sociales, tales como la del capital humano o la de la segmentación del mercado de trabajo —y que confieren un papel tan destacado a la escolarización formal en la determinación de los niveles de ingreso y estatus ocupacional de una persona—, no ve cómo minimizar la incidencia del prejuicio racial en el aula y en el ambiente escolar, ni sus secuelas sobre los jóvenes afrodescendientes. De todos modos, hay que destacar que aún para Sansone, un autor que en la sumatoria de pros y contras

del modelo asimilacionista brasileño tiende a encontrar un saldo positivo, ya se puede prever la conexión existente entre este mismo modelo y la construcción de nuestros abismos sociorraciales.

Otro trabajo realizado dentro de los marcos del aporte culturalista, y que lanza interesantes reflexiones sobre la cuestión de las relaciones raciales brasileñas, partió de la pluma del antropólogo Roberto DaMatta (1981). Según él, ideológicamente, la formación del pueblo brasileño estaría anclada en el *mito de las tres razas*. En realidad, las bases de este mito ya provenían de la primera mitad del siglo XIX. En 1843 el naturalista alemán Carl F. P. von Martius fue vencedor del primer concurso de monografías del recién creado Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (IHGB). Como argumento central de su estudio se deriva una sentencia que se haría básica en los libros y artículos sobre Brasil: el pueblo brasileño es producto del cruce de tres razas, blanca-portuguesa, indígena y africana (Monteiro 1998 [1996]). Tal formulación tendría una larga vida en nuestro imaginario colectivo.

Para DaMatta, el mito de las tres razas se asocia con uno de los aspectos centrales de la identidad brasileña marcada por una perspectiva inclusiva o asimilacionista. De este modo, en Brasil cada individuo tendería a ser incorporado en la sociedad en su conjunto, ya sea por permanecer a alguno de esos tres grupos raciales, o por ser mestizo (mestizo, zambo, mulato, pardo, mestizo de mulato y negro, etc.) derivado de aquellas matrices. De todos modos, cada uno de los integrantes de la nacionalidad pertenecería a una misma totalidad social y cultural, a fin de cuentas, brasileña. La plena comprensión del significado de esta sentencia exige que una vez más se recurra al ejemplo estadounidense, donde, en vigor del modelo segregacionista de relaciones raciales, negros y blancos formarían totalidades paralelas. Por este motivo, aquello que sería absolutamente común en Estados Unidos la existencia de espacios paralelos de socialización —escuelas, clubes, restaurantes, espacios de ocio—, oficialmente exclusivos de blancos o negros sería inconcebible, inclusive en el plano legal, en Brasil.⁵

5 Esto, aun a sabiendas de que existen diversos tipos de estos espacios en

Para DaMatta es importante destacar, reconocidamente desdoblado las tesis originales de Oracy Nogueira, que la sociedad brasileña, no obstante su perspectiva asimilacionista, actuaría de forma que produjera y legitimara las jerarquías sociales. Estas jerarquías dialogarían con el continuo de color encontrado en nuestro país, haciendo que el tipo blanco «puro» se localice en el tope de la pirámide social y los negros también «puros» se queden en su base. Entre estos extremos seguirían los otros tipos resultantes de la mezcla racial. Así, este modelo, que habría sido creado en el periodo esclavista, fue actualizándose hasta el presente haciendo que hoy la perspectiva incluyente: somos todos brasileños, conviva con una igualmente fuerte tradición jerarquizadora de las relaciones sociales y raciales que termina naturalizando el papel de cada grupo racial dentro de la pirámide social.

En realidad, el mito *damattiano* de las tres razas es una de las derivaciones del mito principal que viene a ser el de la democracia racial. En nuestra sociedad, diría el mito, el racismo y el prejuicio contra los negros serían inexistentes o de baja intensidad. En gran medida esto sería favorecido por el mestizaje y la correspondiente continuidad de los colores que, penetrando dentro de las familias, impediría modalidades más escandalosas de intolerancia racial y segregación. Por este motivo, al contrario de lo que ocurre en Estados Unidos donde los negros formarían un grupo de estatus aparte (en la concepción de Robert Park, en la transición de un rango para una minoría nacional)—, Brasil sería una sociedad multirracial de clases. Es decir, en nuestro país las distinciones entre las diferentes capas de la sociedad serían ocasionadas por factores adquiridos (es-

nuestro país que, en la práctica, por las condiciones económicas y del prejuicio racial, los negros simplemente no frecuentan. O, alternativamente, aun sabiéndose que existen a lo largo del Brasil diversas asociaciones recreativas negras, muchas creadas por la falta de acceso de los negros a los clubes de la élite blanca. De todos modos, la argumentación de DaMatta puede anclarse en el hecho de que legalmente ningún espacio público puede ser restringido a ser frecuentado por determinados grupos raciales. Este argumento puede ser acusado por pecar de un tono excesivamente jurídico, pero, tal vez, una pizca de Durkheim pueda ayudar a comprender este término más allá de su ámbito puramente formal.

colaridad, profesión e ingreso) y no por factores atribuidos o innatos (especialmente la raza o color). De igual manera, el evidente hecho de que los negros aún ocuparan las peores posiciones en la sociedad era atribuido al pequeño espacio de tiempo transcurrido desde los estertores de la esclavitud en nuestro país (Pierson 1967)⁶.

Para el autor del presente estudio, el debate sobre el papel social ocupado por blancos y negros dentro de la sociedad brasileña, así como la forma como estos papeles se imbrican con las clases sociales, forma uno de los más ricos debates contenidos en el pensamiento social brasileño, tanto en su vertiente cultural-funcionalista, como en la tradición marxista y weberiana. Cuando nos acordamos que el debate sobre la revolución brasileña (tanto la nacional-democrática como la socialista) —que copiosas páginas generó sobre su naturaleza, contenido y actores sociales— simplemente ignoró este tema, podemos tener una buena idea de los nefastos efectos del racismo a la brasileña sobre la inteligencia colectiva.

No obstante, la extrema admiración de Pierson por el paisaje racial brasileño lo llevó a creer que la mera posibilidad del ascenso social para los negros en Brasil (especialmente en Salvador, en Bahía, escenario de uno de sus principales estudios en nuestro país) significaba lo mismo que creer que esto pudiera ocurrir con igual probabilidad a lo que ocurría con los blancos. Como ya se anotó, el uso de indicadores sociodemográficos muestra cabalmente la falacia de que, en Brasil, negros y blancos posean iguales oportunidades de movilidad social. Sin embargo, incluso en la tradición culturalista, que muchas veces terminó prescindiendo de indicadores de cuño estadístico, tal realidad ya fue debidamente analizada y comprendida. En otras palabras, el proceso de movilidad social ascendente de los negros, en su conjunto, se dificulta, en una intensidad mayor a lo que sucede en el caso de los blancos, por el prejuicio racial de marca que siempre tenderá a clasificarlo dentro de posiciones subalternas (ver Nogueira 1998; DaMatta 1981; Azevedo 1996 [1954]; 1975).

6 Una excelente lectura de la obra de Donald Pierson y de su concepción de la sociedad bahiana (y, de cierto modo, de todo Brasil) como una sociedad multirracial de clases, puede encontrarse en Guimarães (1999).

Por tanto, hasta en aquellos autores que estudiaron las relaciones raciales brasileñas a través de un aporte socioantropológico hay un pleno reconocimiento de las secuelas del racismo a la brasileña sobre las condiciones de vida de los negros y de las negras de esta nación. En este sentido, no hay el menor motivo para que pueda ser considerada como científicamente válida la concepción de que la sociedad brasileña pueda ser resumida al carácter de multirracial de clases, y que los dilemas raciales de Pindorama se agotan o se resumen a un problema menor, totalmente sintetizado en su clave social. En Brasil, de hecho, los negros no constituyen un rango apartado de los otros grupos raciales y tampoco pueden ser clasificados como una minoría nacional (en el sentido de que sean un pueblo aparte). Esto no debe ser motivo para eludir el hecho de que, siendo convencidos brasileños, y aun perteneciendo a diferentes clases sociales (obreros, independientes, campesinos, empleadores, etc.), incluso así los socialmente identificados como negros tendrán que lidiar, de múltiples formas, con los problemas e impedimentos derivados de este reconocimiento, puesto que la existencia de un patrón de relaciones raciales impone a este grupo racial o de color la naturalización del ejercicio de papeles sociales subordinados, de bajo prestigio, gozando de una pésima calidad de vida y viviendo en situaciones no pocas veces violentas y humillantes. Así las cosas, se confirma la hipótesis de que los negros encuentran claras dificultades en su proceso de movilidad social, derivadas de sus trazos fenotípicos (y no reducibles a los prejuicios específicos por causa de la pobreza o de su pertenencia a los escalafones de la mano de obra de la clase trabajadora); estos también formarían un grupo de estatus específico tal y como ya ha sido definido, de forma bastante consistente, por Thales de Azevedo (1996 [1954]; 1975) y su intérprete Antônio S. Guimarães (1999).

Con respecto a esta cuestión, existe una suerte de sentencia, consagrada tanto dentro del pensamiento social brasileño como entre los brasilianistas, que estima la existencia en el país de una oportunidad de movilidad social diferenciada entre *los pretos y los pardos*. El brasilianista Carl Degler (1976 [1971]) conceptualizaría tal diferencia mediante el término *válvula de escape del mulato*.

Correspondiendo a la realidad de los hechos, tal salida haría de *pretos* y *pardos* grupos de estatus diferentes.

Esta concepción sería brillantemente refutada por Nelson do Valle e Silva (1980), autor que, cabe destacar, no comulga con la tradición culturalista. No obstante, Valle e Silva, basado en informaciones de la muestra del 1% del censo de 1960, demostró que las diferencias en las condiciones de vida de los *pretos* y de los *pardos* eran bastante reducidas. Ya las diferencias que separaban a *pretos* y *pardos* de los blancos eran invariablemente significativas. Con este hallazgo cayó una de las grandes lagunas del mito de la democracia racial que consistía en afirmar la existencia de un lugar aparte para el mulato o para el mestizo oscuro en nuestro medio. Así, independientemente del grado de color que estos usen subjetivamente para autodefinirse —y para disgusto de los admiradores de nuestro modelo de relaciones raciales—, es científicamente factible la lectura agrupada de los indicadores sociales y demográficos de los *pretos* y de los *pardos* en un solo contingente; lo que muchos investigadores, tal como el autor de estas líneas, hacen a través del uso de la *etiqueta*: negro, afrobrasileño o afrodescendiente (el término *no blanco* ha sido progresivamente abandonado).

Sin embargo, en opinión del autor de este documento, los definitivos argumentos de Nelson do Valle e Silva no llegan a contraponerse, al menos completamente, con aspectos de la formulación culturalista. En realidad, es preciso que se haga una observación: en el contingente autodeclarado *blanco* existen muchos que son, en realidad, mestizos, o sea, *blancos sociales*. Tal realidad tendería a ser poco improbable en otros contextos como en Estados Unidos o en Sudáfrica, donde el *passing* (paso) es más difícil para los descendientes (por *octoroon*⁷ que sean) de los negros. Así, el autor de estas líneas cree que la tesis de Valle e Silva responde al aporte de Carl Degler, específicamente en lo que tiene que ver con la existencia de una salida para el *mulato*. Pero debe destacarse

7 Esa palabra es originaria de Estados Unidos. En la antigua ideología racista, alude a una persona de origen mestizo que, en teoría, tendría alrededor de un octavo de sangre negra.

que tal hecho no debe eludir la realidad de una efectiva válvula de escape para el mestizo claro, es decir, para las personas que, aun de reconocido origen africano (incluso parcial), porten trazos fenotípicos mezclados o totalmente caucásicos. En realidad, estos forman una considerable parte de aquellos que responden que poseen el color blanco en las investigaciones demográficas, por eso sus condiciones de vida están mezcladas con la información suministrada por los blancos no mestizos. El reconocimiento de la existencia de este hecho no implica una positivación de nuestro modelo de relaciones raciales: solo significa la comprensión del grado de complejidad y especificidad del cuadro encontrado en nuestra sociedad (como acaba siendo el proceso de relación interracial de cualquier país).

De este modo, se debe destacar que las reglas de etiquetas en los patrones de relación intersubjetiva entre los grupos raciales en Brasil dialogan con el patrón racialmente jerarquizado descrito antes. Así, el modelo brasileño de relaciones raciales que integra a todos en una misma totalidad, lo hace de modo más armonioso desde las jerarquías. Esto quiere decir que, en Brasil la ausencia del conflicto depende, en gran medida, del conocimiento y de la adhesión de los diversos grupos de raza/color a sus lugares idealmente previstos, lo que, en otras palabras, ubica a: los blancos en las posiciones de prestigio más elevado e intermediario, y a los negros (aquellos que portan trazos acentuadamente africanos), en las posiciones inferiores. En suma, hacer explícito el conflicto racial no tiende a ocurrir donde el negro sepa, voluntariamente, cuál es su lugar (Fernandes 1978 [1965]).

Por eso no puede considerarse una simple coincidencia el hecho de que la mayor parte de las situaciones donde el conflicto racial en Brasil se hace explícito, es decir, donde las reglas de etiqueta se rompen, ocurra en el mercado de trabajo (búsqueda de empleo, ascensos, despidos, definición de niveles salariales) y en el ambiente escolar, no por azar, espacios cruciales en el proceso de movilidad social. Estos conflictos abiertos también suelen acontecer en situaciones de disputas y discordancias en la cotidianeidad (peleas de tráfico; discusiones más ásperas entre vecinos; en las situaciones

en que el tipo sospechoso del abordaje policial es un negro bien vestido o que conduce un vehículo de cierto estatus; o cuando el policía o funcionario público es negro, y la persona que él intenta disciplinar es blanca, etc.), cuando una vez más se ponen en jaque las jerarquías raciales vigentes (Guimarães 2002). Es en el proceso de movilidad social ascendente de una persona negra, o durante los infundados choques personales del día a día, que los conflictos raciales tienden a evidenciarse. ¿La razón? Porque el solo proceso de desplazamiento de los negros de su posición social original, o sus tentativas de imponer una igualdad de hecho en el plano de las relaciones humanas, ya es, en sí, para los estándares brasileños, el quebrantamiento de una importante regla de etiqueta social.

Hay una idea común en la sociedad brasileña que señala que en las clases más bajas existe un grado de convivencia mayor entre los diversos grupos raciales que se hace extensivo al campo de las relaciones familiares y afectivas. Al respecto, cabe destacar que si, de hecho, en el seno de las clases populares estas relaciones son más constantes, están lejos de ser armónicas, pues, aun en el seno de la población más pobre, el hecho de que una persona sea blanca le da un conjunto de ventajas simbólicas que las personas negras pobres no tienen, pues aumenta su oportunidad ingreso al mercado de trabajo, de ascenso escolar y de aceptación social en las clases medias y altas. Por otro lado, en medio de una sociedad en donde la valoración de los individuos se asocia con la tonalidad de sus pieles y con el formato de sus rostros y cabellos, ser blanco y pobre, en el seno de negros pobres, no deja de ser un motivo de distinción para aquellas personas. De este modo, asumir que el modelo brasileño de relaciones raciales funciona actualizando permanentemente a las jerarquías es lo mismo que decir que la oportunidad de un, blanco pobre para salir de la pobreza es mayor que la que tiene un afrodescendiente del mismo grupo social de avanzar en el mismo sentido.

Uno de los más fuertes pilares del mito de la democracia racial reside en la idea de que el pueblo brasileño no es prejuicioso o racista a causa de su mayor posibilidad de mezcla. Aunque sea un hecho evidente que en el seno de la población brasileña su

gran mayoría está conformada por mestizos, resultado de cruces interraciales, esto no implica que este intercurso se haya dado de forma armoniosa. Roger Bastide (1971 [1955]), comentando el intercurso sexual en la época de las *Casas Grandes*, ya había alertado sobre el equívoco de confundirse con ausencia de prejuicio racial la mera atracción física de los hombres del grupo racial dominador en relación con las mujeres de los grupos raciales subordinados. Esto puede ser comprobado por el hecho de que difícilmente estas relaciones trascendían el estricto plano del contacto sexual en dirección al establecimiento de relaciones estables.

En un periodo más reciente, Thales de Azevedo (1996 [1954]) avanzó en una dirección que reporta el hecho de que las uniones interraciales en Brasil tienden a ser más estables y formales cuando involucran a un hombre negro que posee una buena condición económica y a una mujer blanca de baja posición social. Lo contrario difícilmente ocurriría. De otro lado, las relaciones estables entre hombres blancos de buena posición social y mujeres negras de precaria condición financiera, serían poco comunes. En este caso, para el hombre blanco habría una reducción del estatus social. Así, resulta más frecuente que blancos de buena posición social se relacionen afectivamente con negras a partir de situaciones inestables, como encuentros fortuitos o relaciones de amancebamiento.

Petrucelli (1999), utilizando indicadores demográficos de la PNAD/IBGE de las décadas de los ochenta y los noventa, verificó que la tasa ajustada de endogamia racial entre las parejas brasileñas era del 78,2% (77,3% entre los blancos; 72,3%, entre los pardos y 85,1% entre los *pretos*). Tales indicadores muestran que, en la práctica, la sociedad brasileña se distancia la idea común que indica la amplia difusión de la boda interracial en nuestro medio. Al confirmar, al menos parcialmente, la tesis de Azevedo, Petrucelli demostraría que la tasa de exogamia es mayor entre los negros y los pardos del sexo masculino con mayor nivel de escolaridad y, por tanto, de ingresos.

De otra parte, las consideraciones de Hasenbalg (1979), también externas a la tradición culturalista, son muy pertinentes, en especial aquella que destaca el papel estructurante del racismo, en cuanto *made in Brazil*, en las concepciones vigentes sobre los pa-

peles y desniveles sociorraciales encontrados en este medio. Por esto, en nuestro modelo, las situaciones de subciudadanía de los negros acaban operando como una profecía que se autorrealiza. Lo anterior, si se toma en cuenta, tal como se cree comúnmente, que los negros y negras nunca lo lograrán, sentencia que parece determinar el hecho de que ellos jamás conseguirán cambiar su posición subordinada dentro de nuestra sociedad. De este modo, el hecho de que los negros no consigan incidir sobre esta realidad en las alteraciones cualitativas, acaba reforzando la creencia común.

De acuerdo con las referencias de Nogueira, el patrón brasileño de relaciones raciales también envolvería una baja frecuencia de tolerancia frente al comportamiento de los discriminados que insistan en dar cuenta de una determinada situación de discriminación en un significado más amplio o conflictivo. De esta forma, se puede considerar que el dilema racial brasileño casi siempre fue resuelto como un problema doméstico y particular de cada uno — esto vale tanto para discriminadores como para discriminados—, sin llegar a convertirse en una cuestión pública. De todos modos, este pasaje es importante pues nos ubica frente a una cuestión clave en todo este debate: la relación entre el tipo de discriminación racial practicada en Brasil y la ausencia crónica de políticas públicas para los afrodescendientes en nuestro país.

Evidentemente, en este modelo de relaciones raciales, los movimientos colectivos de reivindicación de los negros tienden a ser vistos como algo extraño a nuestro medio, dadas sus demandas casi siempre olvidadas en cuanto al proceso de orquestación de las luchas sociales colectivas (por partidos políticos, sindicatos, asociaciones de habitantes) y la formulación de políticas públicas. En este último caso, como la regla de etiqueta consiste en negar la mera existencia del problema, no tendría sentido hacer políticas para una demanda que, en rigor, ni siquiera existiría. Así, a pesar de los indicadores empíricos ya disponibles sobre el tema, el dilema de que los negros estén invariablemente ausentes de los medios masivos de comunicación, del mundo empresarial, de la representación política, de las publicidades partidarias, de las agendas sindicales, de las ONG, de las políticas de reforma agraria, del combate

al trabajo infantil, de los derechos humanos, etc., solo evidencia la creencia generalizada de que su ausencia se justifica porque, supuestamente, ninguno de esos espacios correspondería su verdadero lugar. Porque no tiene sentido que existan programas positivos para este tipo de personas al no existir racismo en Brasil... Así, el verdadero conflicto racial brasileño, más allá de sus modos esporádicos de manifestación en los entreveros de lo cotidiano, de verdad se queda implícito, oculto en el modelo que mistifica las relaciones raciales haciendo de las disparidades entre blancos y negros, así como el bajo nivel de vida de estos últimos, una cosa perfectamente natural y hasta esperada. En el fondo, al leer los últimos argumentos contrarios a las políticas de acción afirmativa, el autor de este estudio pasa a creer que tal perfil, para algunos intelectuales y editorialistas de la mayoría de nuestros órganos de prensa, es algo realmente deseado.

... es la carne negra

En la sección anterior se realizó una especie de síntesis de algunas de las obras más significativas, contenidas en las ciencias sociales brasileñas, acerca de la naturaleza de las relaciones raciales en nuestro país. Se pudo ver que corresponde solo parcialmente a la realidad decir que los estudios de tipo cuantitativo y las investigaciones de aporte cualitativo forman un todo incomunicable. Así pues, no hay motivo para que se disocie nuestro modelo de relaciones raciales del cuadro de profundas desigualdades socio-raciales actualmente verificado en nuestro medio. No obstante la relevancia de esta ponderación, cabe recordar que el presente artículo fue propuesto como una reflexión antropofágica y hasta el momento no se ha descrito cómo los negros se relacionaron con nuestro modelo devorador.

En realidad, en gran medida, la historia del pensamiento social brasileño y el modo como este comprendió a la población afrodescendiente en nuestro país pueden ser definidos a partir de la evolución de una prolongada reflexión antropofágica. A final de cuentas, ¿qué decir del proyecto de blanqueamiento de la nación brasileña en el periodo posterior a la abolición?

El brasilianista Thomas Skidmore (1976 [1974]) anota que, cuando comenzó a escribir su célebre *Preto no branco*, tuvo por intención realizar una obra que retratara un conjunto de intelectuales brasileños en el periodo comprendido entre 1870 y 1930. Buscaba tejer una lectura sobre las principales corrientes de pensamiento de la época y a lo largo de su investigación, vio que sería imposible realizar este menester sin hacer una compilación de la trayectoria histórica del pensamiento racial de nuestra élite eurodescendiente. Específicamente a partir del fin del sistema esclavista, el autor se daría cuenta de que, después de haber adherido al ideario racista de Europa de la segunda mitad del siglo XIX, hubo un amplio consenso por parte de las clases dominantes locales en cuanto a la búsqueda de la transición demográfica racial de la población brasileña.

Marinho de Azevedo (1987), en su libro *Onda negra, medo branco*, demostró los equívocos de las tesis clásicas de Florestan Fernandes y de sus compañeros de la USP, al anclar la explicación de los motivos de la intensificación de la inmigración europea, a finales del siglo XIX, en una explicación puramente ecológica. Lo que implica, a causa de las secuelas del sistema esclavista, se daría una falta de capacidad de los negros y de las negras para competir en el mercado capitalista de trabajo. Con eso los caficultores paulistas, y posteriormente la burguesía industrial de este estado, habrían sido impulsados a importar inmigrantes europeos con miras al abastecimiento de fuerza de trabajo en condiciones compatibles con el ritmo de la acumulación de capital.

La autora fundamenta el ideal del blanqueamiento en los siguientes hechos: 1) miedo de la élite paulista (inclusive la del Oeste paulista) por los crecientes levantamientos y manifestaciones de rebeldía de los esclavos, máxime, a partir de la década 1860-1869, cuando el sistema esclavista comenzó a descomponerse moralmente y hubo un aumento de la venta de esclavos del Nordeste al Sudeste. Este último hecho habría llevado a la ruptura de antiguos lazos familiares de los esclavos vendidos, una vez que estos fueron obligados a abandonar sus antiguas regiones de pertenencia; 2) recelo en cuanto al grado de adhesión al orden social, rígidamente estratificado, por parte de los liberados y de los futuros liberados

(después de la abolición), así como la existencia de un cierto temor en cuanto a las posibles acciones colectivas con miras a la indemnización por los daños causados por el sistema esclavista; 3) adhesión por parte de esta misma élite al ideario racista, entonces hegemónico en Europa, que la llevó a juzgar improbable que los descendientes de los esclavos pudieran incorporarse productivamente al nuevo régimen de trabajo y que el país pudiera desarrollarse siendo formado por una ralea de mestizos y negros.

La combinación de estos factores es la que habría llevado a la élite brasileña a la importación masiva de inmigrantes europeos y a la búsqueda de un cambio en el perfil racial de Brasil. Por este motivo, y no incentivado por una incapacidad cultural o biológica innata, la población descendiente de los antiguos esclavos, después de la abolición, se vio *al margen de la historia de la república*, tanto en el medio urbano como en el medio rural. En las ciudades, los negros fueron dejados en la penuria generada por el subempleo y por la falta de asistencia social, sanitaria y educativa. En el campo, especialmente en las áreas estancadas de la nación (Norte y Nordeste), esta misma población permanecería sometida a las prácticas de contratación de la fuerza de trabajo fundada en condiciones semiserviles.

De cualquier manera, lejos de corresponder al optimismo de Stefan Zweig o de Donald Pierson, la mirada que lanzó a los contingentes originarios de los esclavos la élite económica y política eurodescendiente, a comienzos del siglo xx, combinó una mezcla de miedo (siendo el principal, el concerniente a las posibilidades de reproducción en Brasil de la Revolución de Santo Domingo) y desprecio (a fin de cuentas, para la clase dominante el país y la nación estaban formados por semibárbaros). Alternativamente, dialogando con las grandezas de Brasil, las clases dominantes eurodescendientes, desde la independencia de Portugal, cultivaron sentimientos triunfalistas que las llevaban a creer que este era un país lleno de potencialidades y de recursos naturales para ser explorados y ganancias para ser embolsadas. Así, con tal ideología vigente, la élite brasileña llevó a la práctica la concepción de que el desarrollo económico del país era imposibilitado por el perfil étnico-racial de nuestra gente. Es decir, con un país repleto de

negros y de mestizos (de africanos y de indígenas), Brasil estaría condenado al estancamiento, si condenado a la desaparición, tal y como auguraba el del embajador francés en la corte de D. Pedro II, el conde de Gobineau.

De todos modos, el hecho de que la élite eurodescendiente brasileña haya incorporado la problemática racial europea no implica que esta adhesión haya ocurrido de modo irrestricto. En realidad, estas ideas se fueron adecuando a nuestro contexto. Por eso, por más de que el Código Penal de 1890 haya tipificado como un crimen diversas manifestaciones culturales típicas de los afrodescendientes (batuque, capoeira, espiritismo, samba), este mismo código no creó una explícita duplicidad jurídica separando a negros y blancos como dos realidades legales diferentes. De igual manera, en el Brasil republicano no fueron aprobadas leyes que prohibieran la boda interracial o que permitieran explícitamente la creación de áreas residenciales exclusivas para negros o para blancos. No es que tales propuestas no existieran. Tales medidas, en la transición del siglo XIX para la centuria del XX, llegaron a ser seriamente defendidas por Nina Rodrigues y por la Escuela de Medicina de Bahia. Con todo, acabó siendo vencida por una concepción más liberal, es decir, que preveía la igualdad jurídica entre todos los individuos (Schwarcz 1993).

Ciertamente, nuestros juristas de comienzo de siglo no adoptaron una postura liberal por una concepción antirracista *avant la lettre*. Si lo hicieron, fue porque su *liberalismo*, en razón a las exigencias de control legal de la población negra, mestiza y pobre, era más realista y eficiente. De resto, tales medidas difícilmente habrían sido acatadas en nuestro medio, pues, además de que chocaban con las *costumbres* existentes en el país al respecto (como fue visto en la subsección anterior), ellas no necesitaron ser sancionadas legalmente. Por esto, donde la pompa legal y jurídica era (y es), por razones morales, obligada a callarse, la realidad efectiva de las cosas —condiciones económicas diferentes, anticipaciones de las expectativas de negros y blancos en cuanto a los comportamientos socialmente sancionables (conocer su lugar), etc.— acababa (y acaba) realizando con destreza su papel.

De todos modos, es importante verificar cómo el modelo brasileño de relaciones raciales, asimilacionista y antropofágico, logró persistir en medio de un escenario, teóricamente, tan hostil a la asimilación. En realidad, la pompa legal que vimos en los párrafos anteriores solo expresa que las estrategias de los grupos dominantes en Brasil jamás buscaron la adhesión a una filosofía segregacionista, tal como se venía practicando en Estados Unidos desde el fin de la Guerra de Secesión. Skidmore (1976), convincentemente, resalta que las élites brasileñas, en el periodo posterior a la abolición, siempre acuñaron el sueño de que, en el largo plazo, la población negra, tal como ocurrió con la indígena, iría siendo paulatinamente absorbida —¡devorada!— por el largo proceso de mestizaje que, hace siglos, ya operaba naturalmente en el país. Con eso, nuestra población iría *limpiándose*. Blanqueándose progresivamente. Sería esta nuestra vía rumbo al desarrollo y a la civilización. Tal como en las palabras de Theodore Roosevelt, nuestra solución para el *problema negro*.

Es menester comprender por qué en la mente de las élites eurodescendientes brasileñas el proceso de mestizaje llevaría a un proceso de blanqueamiento y no al contrario, es decir, a un oscurecimiento (pardeamiento o ennegrecimiento) de la población local. En realidad, este tipo de concepción solamente podría ser tomado en serio si hubiera la suposición de que en el contacto entre los genes de los blancos, *civilizados y superiores*, y los genes de los negros e indígenas, *semibárbaros inferiores*, habría, en el proceso de competición en el útero de las madres, una mayor cantidad de material genético caucásico que, así, terminaría prevaleciendo. Tal ideario no es, por tanto, difícil de entender. Representa una incorporación adaptada de la concepción racista de la élite europea a nuestro medio: de todos modos, por más de que fuera coherentemente antropofágica, tal adaptación, restringida y parcial, no dejaba de ser problemática. Si nuestros autoengaños nos llevaban a esperar un futuro prometedor con el mestizaje y el blanqueamiento, la teoría, en tanto originaria de la matriz, era bastante explícita en cuanto a su escepticismo en lo que respecta a las posibilidades de que un país formado por negros y por mestizos escalara hasta el nivel de la

civilización. Por este motivo, el blanqueamiento, es decir, el ritual antropofágico de la élite brasileña, no estaría completo sin que algunos condimentos adicionales fueran incorporados.

El espacio disponible no permite ir muy lejos en lo que concierne a los grandes autores antropofágicos del pensamiento social brasileño y al modo como los negros fueron insertados en esta, digamos, *feijoadada* ('frijolada'). Para fines del desarrollo del presente argumento nos limitaremos a algunas palabras sobre tres autores, cada uno destacado en sus respectivas épocas, con el fin de ver el modo antropofágico por el cual entendieron el problema, son ellos: Sílvio Romero, Gilberto Freyre y, como contrapunto, Oliveira Viana.

Para la segunda mitad del siglo XIX, Sílvio Romero daría un sentido específico a la soldadura racial brasileña. Así, decía el autor en sus *Estudos sobre a Poesia Popular no Brasil*:

la obra de transformaciones de las razas entre nosotros aún está lejos de completarse y de haber dado todos sus resultados. Aún existen los tres pueblos diferentes en la cara de unos y otros; aún existen blancos, indios y negros puros. Solo en los siglos que nos han de seguir la asimilación se completará.

De ahí prosigue nuestro egregio pensador,

lo que se dice de las razas se debe repetir en las creencias y tradiciones. La extinción del tráfico africano cortándonos un gran manantial de miserias, limitó la competencia *preta*; la extinción gradual del mestizo va también concentrando la fuente india; el blanco debe quedarse dentro de poco con la preponderancia absoluta en el número, como ya la tiene en las ideas. (Romero, 1977 [1888], 39)

Según Sílvio Romero, en cuanto raza más fuerte, los blancos progresivamente a través del mestizaje —ayudados por el fin del tráfico de esclavos y por la paulatina extinción de los silvícolas— prevalecerían sobre los negros e indígenas. Aquí reside la diferencia entre este autor y los racistas clásicos europeos que veían solo daño en el mestizaje, pues tal proceso sería fundamental para los propios europeos en su proceso de adaptación a los trópicos.

Así, el proceso civilizatorio brasileño tendría como vencedores a los blancos mestizados y, justamente por eso, preparados, genética y culturalmente para soportar los rigores del medio tropical. De este modo, la élite blanca brasileña simplemente incorporaría el patrimonio existencial de los otros grupos raciales, absorbiendo sus mejores cualidades. Lograrían tener la potencialidad intelectual y moral de los caucásicos y la resistencia física de indígenas y negros. Los blancos, *en passant*, igualmente heredarían y depurarían la tradición cultural de estos pueblos utilizándolos como un medio para la construcción de su propia identidad a partir de este momento nacional. Algo, simple y llanamente antropofágico.

A pesar de que Sílvio Romero haya sido para la élite eurodescendiente un autor destacado en su época, el hecho es que en el siglo xx sus obras fueron relegadas a un plano menor. En realidad, el gran teórico del modelo asimilacionista (antropofágico) brasileño vendría a ser Gilberto Freyre. En verdad, es bastante difícil hablar en pocas líneas de un autor complejo y con una obra tan vasta como la del sociólogo de Apipucos. Intentaremos, solamente, destacar algunos aspectos que, juzgamos, pueden servir como elemento de argumentación frente al tema central de este artículo.

Es reconocida la gran influencia ejercida por Sílvio Romero sobre Gilberto Freyre, por ejemplo, solo en *Casa Grande e Senzala*, este es citado quince veces. En realidad, si retiráramos la verborrea del literato sergipano contra los indígenas y los negros, explícitamente citados como genéticamente inferiores a los blancos, tal vez pudiéramos afirmar que la obra de Freyre fuera tan solo una extensión y profundización de la obra de Romero. De hecho, Gilberto Freyre, influido por la tradición culturalista —en especial de Franz Boas, su maestro y director en su disertación de maestría en la Columbia University— indica que los factores determinantes del modo de ser brasileño estaban basados en factores culturales y no raciales o genéticos.⁸

8 No siempre la formulación freyriana fue coherente con el origen culturalista. Así, en no pocos momentos el autor recurre a términos típicos de la tradición racialista, siendo frecuente en sus textos tanto el término

Freyre, especialmente en *Casa Grande e Senzala*, adopta la idea de que Brasil y su pueblo estaban formados por tres razas fundamentales: portuguesa, negra e indígena. Según el modelo de este autor, en la formación de Brasil, los portugueses, en cuanto colonizadores, se situaron como pueblo dominante. Con eso se impusieron en lo más alto de la jerarquía social, dominando de entrada a los indígenas y, posteriormente, a los negros. Debido a factores históricos, ecológicos y culturales, al contrario del colonizador inglés, holandés, francés y, en alguna medida, español, los lusitanos habrían sido un pueblo especialmente abierto para la convivencia amistosa con pueblos subyugados provenientes de otras razas y etnias. Esto valdría tanto para los negros e indígenas como para los europeos no portugueses, cuya única exigencia para la aceptación social era que fueran católicos. Lo que, caracterizaría el área de dominio de la colonización lusitana como asimilacionista.

Esta apertura se manifestaría en el plano del intercambio cultural (apropiación sincrética de patrimonios culturales acumulados por los pueblos subordinados) y, especialmente, en el campo de las relaciones sexuales (vía de regla a través del intercurso de los varones lusitanos con indígenas, negras y mestizas esclavizadas o subordinadas). Tal perfil terminaría favoreciendo el mestizaje de nuestro pueblo. Con eso, paulatinamente, la sociedad brasileña —y en rigor, toda y cualquier sociedad colonizada por los lusitanos— fue construyéndose como un mundo multirracial. Así, *en el mundo que el portugués creó* habría sido forjada una sociedad de estilo holístico, donde cada grupo racial tendría un lugar predefinido en la totalidad social.

En *Casa Grande e Senzala* se encuentran las bases del mito funcional de Brasil. Diría su autor:

como la preocupación con la cuestión de la eugenesia del pueblo brasileño. A este respecto, ver Costa Lima (1989). Igualmente Benzaquen de Araújo (1994), reflexionando sobre las posiciones de este autor, dejó interesantes observaciones acerca del racismo en el pensamiento de Gilberto Freyre. Una síntesis de este debate entre Luiz da Costa Lima y Ricardo Benzaquen de Araújo se puede encontrar en Souza (2000).

Todo brasileño, aun el blanco, de cabello rubio, trae en el alma, cuando no en el alma y en el cuerpo —hay mucha *gente de jenipapo* o *mancha mongólica*⁹ por el Brasil— la sombra, o por lo menos la pinta, del indígena o del negro. (Freyre 1987 [1933], 283)

Nos quedamos con la sensación de que, en esta sentencia, estarían englobados todos los brasileños. Tendríamos, todos, entonces, un mismo origen. Sin embargo, una relectura más atenta de *Casa Grande*, o un análisis de otras obras del autor, nos pone delante de una conclusión menos generosa. El sociólogo pernambucano no hablaba de todos y, tampoco, para todos. Sus interlocutores eran los que tenían el mismo fenotipo de Freyre: blanco. Aunque, muy posiblemente, tuvieran alguna sangre, marca o influencia simbólica —negra, indígena o mestiza— en las venas, en la piel o en el alma, Freyre, finalmente, cultivaría las mismas desideratas históricas de Sílvio Romero.

En *Além do Apenas Moderno* es posible constatar cuánto Gilberto Freyre compartiría el proyecto histórico de las élites eurodescendientes acerca del progresivo blanqueamiento del brasileño del mañana:

El *brasileño* eugenésico del futuro será, probablemente, en el mayor número de casos —dado, por un lado, el creciente mestizaje arianizante y, por otro lado, la creciente integración de gentes en una ecología tropical también amorenizante, amarillo-claro, amarillo rosado o amarillo-pardo en sus cromáticos de piel, y no color de rosa como un alemán de Baviera o un holandés del norte de Holanda. (Freyre 1973, 239)

Es evidente que solo una cita, de un autor que generó una obra tan vasta, no tendría el poder de probar la adhesión de Freyre a este o aquel proyecto. Sin embargo, la mención al *Além do Apenas Moderno*, editado por primera vez en 1973, resulta interesante. Se trata de un libro producido por un escritor ya en plena madurez, con

9 Se refiere a una mancha azul-negra en las nalgas o en la cintura, tenida como un indicio de mestizaje. [N. de los T.]

sus ideas fundamentales ya cristalizadas después de décadas de esfuerzo de elaboración. Así, la movilización de otros tantos estudios no deja margen de duda en cuanto a la idea de que, para el autor, en el futuro, el pueblo de este país no tendría en su interior personas negras.¹⁰ Tal vez para algunos admiradores del sociólogo Freyre, tal constatación pueda bordear la verdad. Ahora bien, podría argumentar se que, para un autor que vio con ojos tan tiernos el proceso de mestizaje, sería natural que el futuro soñado del brasileño fuera exactamente la uniformización de todos con un cariz mestizo. Así, mediante los intercurso, el negro se volcaría mulato y moreno, y el indígena se convertiría en mameluco o mestizo, en un proceso progresivo de «abrasileñamiento» físico y cultural de nuestra gente. Pero tal respuesta no agota por completo la cuestión y tampoco evidencia su gravedad.

En el libro *Sobrados e Mucambos*, Gilberto Freyre teje algunas consideraciones sobre una de las principales controversias teóricas acerca del la realidad brasileña, trabajo que incluye los puntos de vista de algunos estudiosos norteamericanos. Se trata de la polémica entre Franklin Frazier y Melville Herskovits acerca del carácter asumido por la familia negra y por los ritos religiosos de origen africano en la ciudad de Salvador/BA.

Frazier (1942, 1943) no encontraría elementos suficientes para decir que la familia negra en Bahia, dada la amplia presencia del matriarcado, fuera marcadamente diferenciada de la familia blanca. Lo mismo valdría para la ritualística religiosa africana, a aquella altura ya bastante alterada por el sincretismo con la ritualística católica. Así, de acuerdo con Frazier, por cuenta del proceso de colonización de Brasil y de la franca difusión del mestizaje,

¹⁰ Por ejemplo, en el libro *Nordeste*, obra de los años treinta, entre las páginas 190 y 191 es posible ver la fotografía de aquello que Freyre juzgaba ser un tipo mestizo eugenésico de aquella región del país. Vale destacar que tal tipo eugenésico en nada contenía algo que recordara las marcas raciales de un afrodescendiente. De este modo, se puede ver que incluso para el sociólogo de Apipucos, la desiderata blanqueante permeó toda su trayectoria, lo que de cierto modo es coherente con lo que se debate en la nota a pie de página anterior.

la familia negra y la ritualística del candomblé no representaban una continuidad de trazos africanos en nuestro país, pero sí una recreación local de hábitos, moralidades y creencias igualmente compartidas por los blancos.

Herskovits (1943), por su parte, criticaría estas conclusiones de Frazier y tendría reservas ante los resultados semejantes de las investigaciones realizadas por la antropóloga Ruth Landes en el mismo sitio. Según este investigador, había fuertes evidencias en cuanto a la existencia de incontables puntos de contacto entre los rituales de los terrenos de candomblé de Bahia con las prácticas religiosas celebradas en espacios semejantes en África (especialmente en la región bañada por el Golfo de Benin). Por eso, las manifestaciones religiosas de origen africano en Salvador serían irreductibles a las prácticas culturales occidentales, siendo el sincretismo una pura estrategia de supervivencia, debido a las históricas limitaciones institucionales a los cultos afrobrasileños. De igual manera, Herskovits no concordará con la conclusión acerca de la no especialidad de la familia negra en el contexto de Salvador de los años cuarenta. Para el antropólogo, el sistema matriarcal era bastante evidente en el seno de la familia negra bahiana y visiblemente diferenciado del modo de funcionamiento de las familias blancas.

Esta polémica, en realidad, ya provenía del origen. Incluso en el análisis de la realidad de los negros en Estados Unidos, Herskovits y Frazier ya habían demostrando semejantes divergencias sobre el peso del pasado negro en la explicación de los comportamientos y expectativas de este grupo en el presente.¹¹ Tal vez un análisis más detenido de ambas formulaciones nos lleven a creer que, desde el punto de vista de sus contenidos, existan posibilidades de síntesis y que estos términos no son mutuamente excluyentes. Lo que importa, de todos modos, es la posición de Gilberto Freyre en medio de esta controversia. En el libro *Sobrados e Mucambos* (1933), Freyre no llega a explicitar su posición personal sobre tal agitación. Sin embargo, el sociólogo implícitamente aprueba las conclusiones de Roger Bastide y de René Ribeiro, quienes, en el seno de la polémica se manifestaron

¹¹ A este respecto, véase Herskovits (1941) y Frazier (1969).

abiertamente a favor de las posiciones de Herskovits. De todos modos ¿qué tiene que ver esto con nuestro debate?

Al adoptar la posición de Herskovits, Freyre se posiciona junto a aquellos intelectuales que estudian al negro con la mirada del ser exótico. Así, al adherirse a la tesis de los resquicios de las africanidades, el sociólogo pernambucano, tal como el *mainstream* socioantropológico brasileño, acaba entrando en una seria contradicción. O en Brasil las etnias y razas son permanentemente engullidas por el crisol racial que hace homogéneas las culturas originarias, sin conferir mucha importancia al color o raza de los individuos (cualquiera que ella) —hipótesis de la democracia racial rigurosamente llevada hasta su extremo máximo con Frazier—, o estas mismas etnias y razas continúan preservando, parcial o totalmente, antiguos trazos raciales y culturales, tal como en las formulaciones de Herskovits. Lo que implica que sigan existiendo francas zonas de no asimilación. Podría decirse que, siendo verdadera la última hipótesis, el mismo *exotismo* que anima los estudios antropológicos puede alimentar las acciones colectivas promovidas por el movimiento negro. Dicho de otro modo, a partir del momento en que los negros, así sea parcialmente, preservan sus antiguos aportes culturales, pasan a ser definidos como un grupo de estatus específico (tal como ya fue debatido). Si este colectivo derivará sus actividades hacia acciones políticamente orientadas o permanecerá en su estricto plan religioso y artístico, cándidamente a la espera de un antropólogo que las interprete, es una cuestión puramente formal.

De todos modos, la gravedad de la adhesión de Gilberto Freyre a la visión de Herskovits es que ella deja implícito el contenido antropofágico de su formulación. Mientras que sean negros, de cuerpo y de alma, estas personas no serán brasileñas. Para serlo es preciso que dejen atrás los trazos culturales y los rasgos físicos de los afrodescendientes. Por este motivo es que, en este contexto, ser negro y ser brasileño son términos incompatibles.

Entre los años cuarenta, cincuenta y sesenta, tanto Franklin Frazier como Guerrero Ramos fueron enfáticos en creer y apostar respectivamente, en un proceso de radical integración de los negros en nuestra sociedad. Así, Guerrero Ramos (1995 [?]), criticando la

patología del blanco brasileño, decía: *negro es pueblo*. La riqueza de la formulación de Guerrero Ramos, en opinión del autor del presente estudio, iba bastante más allá de simplemente sentenciar que la pobreza fuera el trazo distintivo de la raza negra o que en la pobreza todos se volvieran negros. Lo que estaba en juego era la propia idea de que para formar parte de la nacionalidad brasileña ningún negro debería dejar de ser lo que era, es decir, físicamente negro. Tratarlo como exótico, tal como hacían los antropólogos, era lo mismo que comportarse como extranjero en el seno del propio país, aunque la plebe brasileña, en su mayoría, era descendiente de africanos, siendo que esta otra mayoría aún conservaba visiblemente los trazos faciales de sus antepasados esclavos. Aunque desde la perspectiva actual sea posible hablar de las limitaciones de las formulaciones de aquellos autores (Guerrero y Frazier), máxime su eurocentrismo —que veía en las manifestaciones culturales y religiosas africanas modos de expresión primitivos y atrasados, así fuese importando el blanqueamiento cultural y simbólico por la puerta de atrás—, lo que ellos buscaban expresar era una profunda discordancia en cuanto a las tentativas de alienación, en el negro, del seno de la nacionalidad y su transfiguración en una cosa extraña en su interior. Así, para Guerrero Ramos la asimilación debería ser entendida como una perspectiva de integración ciudadana (¡ciudadanía!) para los negros.

Alternativamente, en el pensamiento *freyriano* la asimilación no representa una integración social de los afrodescendientes. Más bien, es pura antropofagia. Continúa siendo vista tan solo como una solución para el *problema negro*, tal como ya lo había sido para el problema indígena, y no para el *problema del negro* (aquí la preposición hace mucha diferencia). Su lenta incorporación implica el propio proceso de su desaparición. Ciertamente, esta desaparición, al contrario de lo ocurrido con los indígenas en el Viejo Oeste norteamericano, no se haría sin dejar vestigios. Estos proseguirían en la música, el canto, la mímica, los gestos, la religiosidad, la *ginga*, la sensualidad, la culinaria, la afectividad, la alegría, la espontaneidad, las leyendas, el modo de ser, la samba, la *capoeira*, el barroco, el *maracatu*, en el *xaxado*, el *frevo*, el carnaval, el *baião*, el *forró*, el modo de jugar balón, el *chorinho*, en

el *lundum*, en la *modinha*, la *feijoada*, el *bumbado*, el *reisado*, el *vatapá*, el *caruru*, el *bobó*, el *dendê*, el *carimbó*, en suma, en prácticamente todos los planos de la cultura nacional. *Demasiado negro en el corazón*. Sin embargo, la *contribución* de los afrodescendientes sería apropiada concomitantemente al proceso de su fin. Como premio de consolación para indígenas y negros está el hecho de tener su creatividad transformada en la base de la formación de la nacionalidad, aunque se encuentren estratégicamente excluidos de esta. Peter Fry, antes de vivenciar su corte epistemológico, ya había destacado este hecho. El modelo de relaciones raciales brasileño producía una permanente incorporación de los aportes culturales de los grupos subordinados en valores y símbolos nacionales, o, dicho de otro modo, en activos culturales de la élite blanca o mestiza clara brasileña, listas a su proyecto de dominación (Fry 1982). De este modo, se percibe que Gilberto Freyre puede ser listado como un autor que, con gallardía, forma parte de la galería de nuestros grandes intelectuales antropofágicos.

Freyre es reconocido tanto en la derecha como en la izquierda de nuestro espectro político como fundador de una nueva forma de identificarse en el Brasil. Esto tiene una fuerte relación con las transformaciones económicas y sociales que la nación venía operando desde la Revolución de 1930. Vale recordar que cuando fue publicada *Casa grande e senzala* simplemente no había ningún país del mundo que fuera al mismo tiempo no blanco e industrializado y económicamente desarrollado. En este caso, no sirve de contraejemplo siquiera Japón que, más que económica, era básicamente una potencia militar. Así, por la vía de la socioantropología, Gilberto Freyre, aun involuntariamente, logró forjar los fundamentos ideológicos de nuestro proyecto nacional-desarrollista (revolución pasiva) que se extendió desde la década del treinta hasta la década del ochenta (Ortiz 1994 [1985]). A fin de cuentas, usando el término de Elide Rugai Bastos (1986), a partir de la obra del sociólogo pernambucano, la élite eurodescendente ganó un pueblo. Pero, ¿por qué ganó un pueblo?

Utilizando los instrumentales teóricos del culturalismo, y operando la transición de la variable racial a la variable cultural,

Freyre consiguió probar a los brasileños mestizos claros (los socialmente blancos) que ellos, y solamente ellos, no eran inferiores genéticamente y no conformaban una raza inviable. Además, que mediante reformas sociales, si bien bajo el control de los coroneles y hacendados, sería posible que estos mestizos empalidecidos pudieran anhelar la industrialización y el desarrollo económico y social tan soñado y defendido, hasta aquel momento, solamente por las naciones blancas (Europa Occidental, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y, en la época, Argentina, Uruguay y Chile).

Lo que los censos del siglo xx (tabla 41) indicaron fue, justamente, el éxito de esta estrategia promovida por la visible mano del Estado. De este modo, los autodeclarados *pretos*, en 130 años (entre 1872 y 2000), pasaron del 19,7% al 6,2% de la población brasileña. Leído de otro modo, vemos que entre el censo realizado en la segunda mitad del siglo xix y el último censo llevado a término en los 1900, la caída porcentual de *pretos* fue ininterrumpida. En realidad, tal reducción solamente vendría a ser ligeramente revertida en el censo del año 2000. Los pardos, en el mismo lapso de tiempo, pasarían del 42,2% al 39,2%. Ya los blancos, en el mismo periodo, crecieron proporcionalmente, del 38,1% al 53,8%. ¿Nos habríamos vuelto, entonces, una nación blanca? ¿Esto es digno de ser celebrado? En caso de ser así, ¿por qué?

En este sentido, parece evidente que el destino previsto por las élites eurodescendientes brasileñas para los negros era igual al vivido por los indígenas: progresiva disminución vegetativa, expropiación de los valores culturales considerados incorporables (para permitir a los blancos la creación de símbolos comunes de existencia con el fin de legitimar su papel como élite de todo el pueblo); destrucción de la autoestima y del trasplante de los «inintegrables» hacia «reservas» distantes desde el punto de vista físico o moral y con bajas probabilidades de una existencia materialmente adecuada (Paixão 2004).

No obstante, el proceso antropofágico brasileño no consiguió realizar su intento en relación con los negros, al menos no plenamente. Estos, a fin de cuentas, paralelamente a la apropiación de su patrimonio cultural y simbólico, resistieron por el simple derecho de que pertenecían a este país en cuanto personas dignas. O dicho de otro modo, los negros y negras no consintieron de

TABLA 41. Distribución de la población brasileña de acuerdo con el color/raza según los censos generales de la población brasileña

Población/Año	1872	1890	1940	1950	1960	1980	1991	2000
Blanca	38,1	44,0	63,5	61,7	61,0	54,8	51,7	53,8
Parda	42,2	41,4	19,4	26,5	29,5	38,4	42,6	39,2
Preta	19,7	14,6	14,6	11,0	8,7	5,9	5,0	6,2

Fuente: Censo general de la población; IBGE (a partir del Censo de 1940).

En los censos de 1900, 1920 y 1970 no fue registrado el color/raza de la población.

No están incluidas otras categorías (amarillos, mestizos e indígenas).

modo pasivo esta infame estrategia de Estado. Lucharon luchan, luchamos finalmente, para que crezcamos juntos en un país que igualmente nos pertenece. Luchamos, para no ser los despojos de un banquete en el cual entramos, para satisfacción ajena, como cantantes, danzarines, animadores y... como plato principal. De todos modos, así como marchan las cosas en el mundo actual, existe una cuestión especialmente grave acechando en el horizonte y que requiere ser vista con mucha atención.

La obra de Gilberto Freyre representó un momento no solo de fundación mítica de los sentidos colectivos de la nacionalidad, sino que también se entrelazó con un vigoroso proceso de expansión de la economía nacional. Tal proceso, al mismo tiempo que amplió las desigualdades sociorraciales en Brasil, tendió a dar un uso económicamente funcional (si bien no raras veces únicamente como reserva de fuerza de trabajo) para una vasta cantidad de personas que constantemente llegaban a las grandes ciudades o al mercado de trabajo en busca de oportunidades ocupacionales. Hoy, en tiempos neoliberales, esta realidad ha pasado por grandes transformaciones. El Estado, otrora de suculentas tetas, actualmente se vio en medio de una grave crisis de financiación de sus deudas externas e internas. La capacidad de formulación de políticas sociales se redujo en múltiples planos. Por lo anterior, la economía brasileña en los últimos veinte años no logró crecer más del 2,2% al año, dado que, en el mismo periodo, *per cápita*, el PIB permaneció prácticamente estancado. El ejército industrial de reserva,

antes de carácter mayoritariamente flotante, pasó a tomar un perfil latente y estancado, además de tener que asumir el gran aumento del *lumpen proletariado*.

Por eso, vale la pena que observemos rápidamente el modo antropofágico contenido en la reflexión de Oliveira Viana. Tal como Sílvio Romero y Gilberto Freyre, el jurista fluminense creía en el potencial blanqueador como medio de redimir a la población brasileña de sus heridas raciales. Sin embargo, Viana, un hombre de Estado, no pierde tiempo con rodeos folclóricos y va directo al asunto. La minoría de los negros, con alguna élite genética y a través del mestizaje, iría siendo absorbida por los blancos a lo largo de las sucesivas generaciones. Para los demás, la desaparición se daría por medio de las férreas leyes biológicas y naturales, así,

parte de esos mestizos, bajo la influencia regresiva de los atavismos étnicos, y, con efecto, eliminada por la degeneración o por la muerte, por la miseria moral o por la miseria física. Otra parte, sin embargo, minoría diminuta, es sujeta, en virtudes de selección favorables, a “purificaciones” sucesivas y, después de la cuarta o quinta generación, pierde sus sangres bárbaras y se clarifica. (Viana 2000 [1920], 1012)

Por este motivo, nuestro modelo asimilacionista (antropofágico), favoreció los sentidos más profundos de la identidad cultural de Brasil e igualmente trajo en su *software* determinadas perspectivas más grotescas. Este modelo puede asumir, simplemente, el cariz de una máquina de moler carne, de moler gente. Una notable muestra de ello aparece cuando pensamos en la evolución reciente de los indicadores de seguridad pública. Veamos algunos breves ejemplos.

Según el IBGE, en Brasil, entre 1980 y 2000, la media de homicidios fue de 30.000 personas por año. Estas estimativas dan cuenta de que solamente el 2,6% de los casos consigue la condena de los autores. En términos prácticos, nos transformamos en una sociedad constituida por agentes 007, con licencia para matar. Por otra vía, cuando leemos los indicadores del Sistema de Informação sobre Mortalidade (SIM) vemos que, en todo Brasil, en la media del

trienio 1998-2000, en la franja etaria entre 15 y 25 años, el 78,7% de los blancos de sexo masculino murieron por causas externas. El homicidio causó la muerte del 38% de los hombres jóvenes de este grupo racial. Entre los negros de sexo masculino, del mismo grupo de edad, el engranaje consumió proporcionalmente más vidas: de este contingente el 82,2% de las muertes fueron por causas y motivos externos y el 52,2% correspondió fallecieron asesinados.¹² Por tanto, ¡más de la mitad de los jóvenes negros que fallecen son víctimas de homicidas!

Recordando las viejas leyes biológicas de Oliveira Viana, y en vista de los nublados días modernos —globalizados y neoliberales—, la gran angustia que expresa el autor de este documento tiene que ver con los términos por los cuales el modelo asimilacionista brasileño opera actualmente. Pues la antropofagia tiene vida propia y guarda un reclamo pleno sobre sus dominios. Si un día sirvió instrumentalmente al proyecto desarrollista, vale destacar que no nació con él. Es decir, la antropofagia, incluso en un contexto económico de bajo dinamismo, perpetúa su motivo continuo. Lo que se constata en el tiempo presente, por tanto, se enfrenta a que el modo de funcionamiento de la máquina antropofágica ya comenzó a prescindir de rituales, magias y leyendas. Dejó de venir acompañada de alegorías y aderezos. Pasó a manifestarse de forma dura y cruda por la abreviación del tiempo medio de vida de los seres humanos (en especial de los negros).

De esta manera, la máquina moledora de humanos, *made in Brazil*, ha servido para salvar al Estado brasileño de aquello que debería ser su responsabilidad en el plano de la generación de empleos, escuelas, hospitales, aparatos asistenciales, reforma agraria y, especialmente, en la cosecha de la distribución de renta y patrimonio de los millonarios (mayoritariamente blancos), en detrimento de los más pobres (mayoritariamente negros). Así, en tiempos de exceso no funcional de carne negra, finalmente la proteína más barata, el abatimiento está distante de ser un problema. Finalmente, ¿no era

12. Estos indicadores están en un texto inédito, escrito por el autor, titulado *Contando vencidos: diferenciais de esperança de vida e de anos de vida perdidos segundo los grupos de raça/cor e sexo no Brasil e Grandes Regiões*.

esto lo que los afrodescendientes siempre anhelaron? ¿Una política de Estado especialmente dedicada para ellos? El exterminio, de este modo, se presenta como una coherente solución.

¿Zumbi or not Zumbi? That is the question

En la generación de los modernistas, Oswald de Andrade fue el que más se encantó con la antropofagia. *¿Tupi or not tupi? That is the question*, este hijo rebelde de la élite eurodescendiente brasileña mostró pleno conocimiento sobre el hecho de que la cultura de Brasil estaba formada por la permanente devoración de los elementos ajenos a nuestra realidad y su posterior apropiación transfigurada a los términos locales. También notó cuánto era necesario conocer la creatividad del pueblo, con miras igualmente, a devorarla. *Ley del antropófago: solo me interesa lo que no es mío*. ¡Grandes antropófagos fueron los modernistas brasileños! Pero estos, socios periféricos de la clase y del grupo racial dominante, fueron antropófagos menores. Tal vez la laguna de Oswald y de los modernistas resida en que, siendo un patrimonio patrio, el arte de devorar jamás fue compartido por todos. Devora quien puede. Y esto ya había sido anunciado por el modernista conservador Gilberto Freyre. Quienes sí pudieron más fueron los socios mayores: la clase y la raza económica y políticamente dominante.

Antropófaga por excelencia fue la élite económica y política brasileña. Por una parte motivada por el nativismo, que veía en los indígenas el origen de la identidad brasileña y, por otra parte, inspirada en el mito del buen salvaje, de Jean-Jacques Rousseau; de este modo la élite lusodescendiente brasileña del siglo XIX pasó a cultivar su hipotética ascendencia indígena (Monteiro 1998). ¿Hasta qué punto estos egregios señores habrían sido marcados por la vieja leyenda antropofágica? Siendo imposible, en este exiguo espacio, responder a esta cuestión, vale recordar que Fernando Morais nos cuenta que el viejo magnate de los medios masivos, Assis Chateaubriand, decía que solamente colaboraría para la confección de su biografía en caso de que el candidato a biógrafo aceptara una modesta exigencia: comenzar el libro narrando uno de sus delirios: él, junto con su hija, Terezoca, sentados en la desembocadura del río

Coruripe, desnudos, comiendo obispos portugueses. Este sería un modo de adorar aquello que el magnate consideraba sus orígenes (Morais, 1994).

Así las cosas, la identidad nacional brasileña, una vez fundada en estos parámetros, difícilmente dejará de serlo. El modelo asimilacionista no vino por pura casualidad, correspondiendo a las necesidades históricas de su proyecto de dominación, tal modelo fue una forma que las élites patrias produjeron para mirar el país que, a fin de cuentas, ellos poseen y controlan. Por otro lado, el modelo difícilmente sería diferente, pues el propio pueblo, en cierta medida, entronizó tal ideario y lo convirtió un referente de construcción de su propia identidad.

El brasileño promedio, por tanto, se definiría como alegre, espontáneo y abierto a la incorporación de las diferentes gentes, provenientes de los más distantes pueblos y etnias, a su medio. Siempre, finalmente, presto a una saludable «devoración» (apropiación) por parte del extranjero. De igual manera, es evidente que contrarían costumbres locales prácticas abiertamente discriminatorias o segregadoras contra grupos étnicos y raciales específicos, incluso sabiéndose que tales prácticas ocurren con frecuencia en lo cotidiano, listas para quien tenga ojos, y estómago, para ver. Sin embargo, son estas mismas costumbres las que terminan siendo movilizadas para atacar las políticas de acción afirmativa vueltas hacia la promoción del modo de vida de los afrodescendientes. En este caso, es común decir que tales medidas podrían comprometer la calidad de nuestro modelo de relaciones raciales, al incorporar aspectos supuestamente conflictivos y, hasta el momento, extraños a nuestra realidad. Al respecto, dejemos en esta parte de las conclusiones dos provocaciones.

En primer lugar, es preciso que sea destacado cuánto las ponderaciones neoculturalistas brasileñas, contrarias a las acciones afirmativas, han sido marcadas por los parámetros de la tradición cultural del país y en mayor medida por el uso de determinados términos de la antigua tradición de la Escuela de Chicago. En sí mismo, esto no implica daño alguno. Tal Escuela representó una de las principales corrientes del pensamiento sociológico a lo largo del

siglo xx y, de cierto modo, hasta los días actuales su influencia se hace sentir en el ambiente intelectual brasileño. Por consiguiente, la crítica realizada en el momento se dirige prioritariamente al uso acrítico de determinadas visiones canónicas de aquella perspectiva teórica. Veamos.

De acuerdo con los investigadores vinculados a la Escuela de Chicago, las luchas existentes entre los grupos humanos siempre están permeadas por a las disputas en torno al estatus social. En realidad, era exactamente en estos términos que los viejos autores de la tradición de Chicago respondían por la existencia del conflicto racial en Estados Unidos. Los negros en aquel país, a lo largo de los siglos xix y xx buscaron incesantemente ampliar el rango de su prestigio social. Con eso acabaron inflando reacciones contrarias por parte de los blancos, especialmente los pobres, recelosos de perder su estatus frente a los integrantes de un grupo tenido como inferior (Park 1950, Pierson 1965 [1945]). Lo curioso es que este viene a ser el mismo argumento de los autores que actualmente se oponen a las acciones afirmativas para los negros y negras en Brasil.

De este modo, pese a las relevantes contribuciones de los autores culturalistas norteamericanos de las tres primeras décadas del siglo xx a las ciencias sociales, el caso es que el uso de sus conceptos —y de su concepción de mundo darwinista, sin ninguna reserva— no solo confiere hoy al argumento de los socioantropólogos contemporáneos un grado increíble de anacronismo, como lo prueba el hecho de que —coherentemente con el origen conceptual que los informa— ellos solo consiguen ver en la apuesta por la promoción de la calidad de vida de los afrodescendientes un juego de suma cero. Así, pasados 116 años después de la abolición, aún hoy ninguna política de integración social para los millones de negros y negras en este país se ha hecho efectiva. Los descendientes de los antiguos esclavos son los que en la actualidad engrosan nuestras tristes estadísticas de desempleo, violencia, pobreza y malas condiciones de vida. ¿Será mera coincidencia? El neoculturalismo brasileño olvidó la irrefutable realidad de que la mala fortuna de los negros a lo largo del siglo xx está íntimamente asociada con la esencia de gran parte

de los problemas sociales brasileños, entre otros, el de la propia agenda democrática y el de las reformas sociales progresistas. Por este motivo, los indicadores cuantitativos y cualitativos existentes permiten llegar a la conclusión de que sin la realización de inversiones masivas en la mejora de las condiciones de vida de los descendientes de los antiguos esclavos tal plataforma sería irrealizable. ¿Será, entonces, la agenda del movimiento negro, contradictoria con las aspiraciones más nobles y generosas de esta nación?

En segundo lugar, debe hacerse una última observación en cuanto a las dificultades del modelo brasileño de relaciones raciales. Mônica Grin (2001), en su tesis de doctorado, señaló la existencia de un desafío para el multiculturalismo en Brasil. Este desafío consistiría en cómo producir políticas racialmente orientadas sin introducir en nuestro medio tensiones raciales y prácticas xenófobas. Devuelvo, por tanto, la duda y la provocación: ¿No será el principal desafío actual, justamente, el enfrentado por el modelo asimilacionista?

Durante casi todo el siglo xx se aseguró que nuestro modelo de relaciones raciales sería mejor que en otras partes en virtud de que este no dejaría margen para el racismo ni para la segregación. Ni siquiera el hecho de decir que esto era un mito, sin correspondencia con la realidad, abatió a los defensores del asimilacionismo. Estos dijeron que el mito en sí era lo que importaba y si, en medio de un mundo cada vez más xenófobo, la mitología rezaba la cartilla de la tolerancia, el mito ya sería intrínsecamente válido (Fry, 2000). De igual manera, a causa del mito, nuestros actuales demócratas raciales afirman que en Brasil, hipotéticamente, habría mayor posibilidad de éxito para campañas de esclarecimiento público en cuanto al contenido atroz de las prácticas racistas. Finalmente, los defensores de la solución brasileña para el problema racial se muestran completamente reacios a cualquier propuesta de acción pública de inclusión social dirigida específicamente a los afrodescendientes. De este modo, lo que se da es la simple reproducción del argumento que reza: las políticas *color blind* son más eficaces para la superación del problema de las desigualdades sociales puesto que, virtualmente, incluirían a todos, sin traer consigo los maleficios de un supuesto conflicto racial.

Al presentar estos argumentos, con miras a denunciar la gravedad de los problemas actuales que los negros y negras de este país enfrentan y el grado de injusticias históricas que se acumularon, nuestros antropófagos contemporáneos demuestran un grado de insensibilidad social que llega a ser preocupante. Brasil tuvo un siglo para probar la eficacia de las políticas sociales *color blind* para la resolución de nuestro escenario de exclusión y desigualdades sociorraciales. Aunque la mayoría de las políticas sociales conducidas por el Estado brasileño hacia las carencias de la población haya sido insuficiente, aun así, solamente la mala fe podría hacer dudar del hecho de que esta insuficiencia impactó más a los afrodescendientes. Es mas, si se mira hacia atrás, un balance más detenido del siglo pasado podría llevar a la conclusión de que las políticas sociales brasileñas siempre fueron focalizadas para el contingente racialmente hegemónico de la población (lo que es diferente a decir que ellas fueron universales o, tal vez, incluso *color blind*). No se hicieron universales porque esto hubiese dicho una *costumbre* local que apuntaba a lo justo de la preservación de los negros y de las negras —a la espera de ser devorados— en la base de nuestra estructura social.

En realidad, las evidencias sugieren que, en el paraíso racial, los contactos más amistosos entre los diferentes, así como el buen funcionamiento del crisol de los pueblos y culturas, solamente logra su viabilidad en un escenario de relaciones racialmente asimétricas, donde, en obediencia a las mutuas expectativas de comportamiento de los sujetos, cada cual —desde su grupo racial de pertenencia— ya sabe de antemano su lugar. Por tal razón sería un acto casi subversivo el comportamiento desviado por parte de un negro o de una negra, o de todo este contingente poblacional, que insista en querer ocupar un papel social diferente al que le ha sido originalmente impuesto. Si tal sospecha se confirma, el modelo asimilacionista, infortunadamente, corre el riesgo de hacerse intrínsecamente incompatible con la propia existencia de una sociedad capaz de convivir con un mínimo de justicia sociorracial, donde sean minimizadas las disparidades en las condiciones de vida de todos los grupos raciales y las oportunidades de progreso personal y material sean accesibles a todos.

Dicho de otra forma, la formulación asimilacionista acabó produciendo en la mente de sus formuladores un innecesario *trade-off* entre el combate al racismo y el combate a las desigualdades. Como si la lucha contra las desigualdades raciales tuviera que desembocar necesariamente en un crecimiento de los conflictos raciales. Como si estas disparidades no fueran generadas por el modelo específico de racismo y el prejuicio racial efectivamente existente en nuestro país. Como si las desigualdades sociorraciales no fueran, ellas mismas, fuentes de resentimientos y, por tanto, de conflicto. En este sentido, la agenda del movimiento negro, más allá de cualquier límite de orden práctico (*praxis*), parece (a los ojos del autor de este estudio) la que mejor consigue resolver este problema, en la medida en que busca realizar el idilio de la plena integración racial en todos los cuadrantes de la vida social, es decir, más allá de los fugitivos instantes de las fiestas populares. En el mercado de trabajo: en el acceso a la escuela, a la seguridad pública y a los bienes de uso colectivos; en síntesis, en todas las áreas duras de las relaciones raciales.

De todos modos queda planteada la sugerencia: ¿Por qué los más legítimos representantes de la perspectiva asimilacionista no osan intentar solucionar esta ecuación teórica y práctica? ¿Tendrá el modelo asimilacionista capacidad de sobrevivir en medio de un contexto de desnaturalización de los papeles sociales tradicionalmente ocupados por los diferentes grupos de raza/color en nuestro país? ¿podrá sobrevivir en medio de un radical rechazo de la estrategia de blanqueamiento de Brasil y de la relativización del parámetro europeo como base simbólica de estructuración de los patrones científicos, estéticos y culturales? ¿Desistirá de las desideratas de la absoluta uniformización étnica y física de todas las personas, aprendiendo a valorar la generosa perspectiva de la diversidad entre los grupos humanos (o incluso de los brasileños)?

Tal provocación no quiere decir que veamos el modelo segregacionista, tal como el norteamericano, como modelo para Brasil. En primer lugar (y sigue expresándose aquí el autor de este documento), porque jamás se me pasaría por la cabeza defender cualquier forma de prejuicio y discriminación, ni el asimilacionista ni tampoco el

segregador. Parece evidente que las formas de prejuicio y discriminación practicadas en otros lugares no pueden ser usadas como ejemplo para nada (no se copian actos atroces). Pero, lo mismo no puede ser dicho en cuanto al estudio de las soluciones encontradas por cada uno de los países (Estados Unidos, Sudáfrica, India, etc.) para superar las desigualdades étnicas y raciales en su medio. No veo por qué tales acciones no deban ser vistas con atención y, en el límite, como inspiradoras de medidas que porten una concepción semejante (con miras a la aplicación del valor universal de la lucha por la diversidad) dentro de nuestro contexto específico.

Finalmente, antes de que vengan a decirme que nuestra realidad multirracial es más compleja una vez dadas sus ambigüedades, apunto que el estado del arte sobre el tema, tanto en Brasil como en otros países, ya demostró cabalmente que, simplemente, no existe un lugar donde las relaciones étnicas y raciales no sean complejas, variando solamente la calidad de esta complejidad. Así, el modelo brasileño de prejuicio, basado en las marcas, puede ser considerado tan bizarro como el modelo norteamericano basado en el origen. Por ejemplo, en Brasil, un mestizo de piel oscura y de trazos faciales caucásicos puede discriminar a una persona marcadamente negra, solamente a causa de estas marcas. Ya en Estados Unidos un *wasp* puede venir a discriminar a personas con evidentes trazos caucásicos, solamente en razón de su origen no europeo. ¿Por qué un caso sería mejor, más ambiguo, más difícil de entender (o más fácil de justificar) que el otro?

Para concluir este artículo me gustaría socializar una última duda. ¿Habrán sido antropófagos solamente los indígenas de los 1500 y la élite portuguesa y blanca colonizadora? ¿Será que, en alguna medida, no hubo una vía antropofágica negra para la construcción de nuestros patrones culturales?

En realidad, cuando pienso en la recreación de la escultura barroca y musical por las muy nobles manos de Aleijadinho, Mestre Valentim y del Padre José Maurício; en el realismo de Machado de Assis y en el simbolismo de Cruz e Souza; en la vanguardia literaria modernista de Lima Barreto y en la jerga tajante de mi amigo Paulinho Lins. En la recreación del *football* inglés, rudo deporte bretón;

en el lindo arte de los *dribles* desconcertantes del Mané Garrincha; en la corta luz de Pelé; en la hoja seca de Didi y en la bicicleta de Leônidas; en la recreación del catolicismo en las fiestas de reyes y del congado, coco y del maracatu; en la recreación de la guitarra y de la flauta en el llorar de Calado, Pixinguinha, Banden Powell y Paulo Moura. En los saltos a las estrellas del João do Pulo y del doble *twist* carpado de Diane dos Santos; en el lirismo, la rebeldía y la melancolía de Cartola, Candeia y Cavaquinho a los *sertões* rebeldes e irreverentes de Jackson do Pandeiro, Luiz Gonzaga y João do Vale; en la loca lucidez del Bispo do Rosario ronca plenitud de la voz y de los escritos de Clementina y Carolina, ambas de Jesús. ¿Habrían sido revolucionarios menores: Zumbi dos Palmares, los Irmãos Vinagre, el Preto Cosme, Luiza Mahin, Mariana Crioula y João Cândido? ¿Habrían, otros, luchado en situaciones peores y correrían riesgos mayores que los que estos vivieron y pasaron? ¿Algunos abolicionistas menores son Rebouças y Patrocínio? ¿Algún republicano menor es Luís Gama? ¿Algunos nacionalistas menores son Abdias Nascimento y Guerrero Ramos? ¿Algunos rebeldes menores son Itamar Assunção, Elza Soares y Luiz Melodía? ¿Algunas feministas menores son Lélia Gonzáles y Beatriz Nascimento? ¿Socialistas menores habrían sido Solano Trindade y Osvaldão? ¿Algún intelectual secundario Milton Santos?

Y más allá de los grandes nombres, ¿qué segmento de la población expresó los sueños de esta nación con más ternura?, ¿con más vivacidad?, ¿con más generosidad? Entonces pienso que tal vez los negros sean un tipo especial de antropófagos. Que devoramos y digerimos este país con la misma hambre con la cual una abeja devora el polen de una flor. Casi todo lo que este país hizo, en los términos más profundos de su singularidad, es de origen negro. Nosotros, entonces, ¿tendremos realmente que desaparecer viabilizando nuestra transfiguración en una Europa tropical? ¿Por qué ningún gobierno brasileño, explícitamente, ha desistido de esta desiderata infame, teniendo en cuenta la existencia de deliberaciones anteriores en este sentido, provenientes del propio Estado brasileño? De hecho, no hablo solamente de las políticas gubernamentales. ¿Y los sindicatos, los partidos políticos, las organizaciones de lucha por la reforma agraria,

las ONG; finalmente, las comunidades de la sociedad civil brasileña? ¿Por qué nunca somos honestamente defendidos? ¿Por qué nunca somos retratados? ¿Por qué menosprecian nuestras demandas? Durante siglos, ¡hasta hoy!, fuimos llamados inferiores. ¿Quién, hasta hoy, se juzga superior? ¿En qué hechos basa sus méritos? ¿Tendrá este mejores resultados, civilizatorios y morales, para exponer?

La antropofagia brasileña, mórbida desde los eurodescendientes, no lo fue por nuestras manos. Por tanto, solamente cuando los descendientes de los esclavos tengan condiciones de releer y transformar a Brasil, en alianza con otros sectores, el antiguo delirio oswaldiano tendrá algún sentido. Con la certeza de que sin nosotros, sin nuestra mirada, sin nuestro protagonismo no habrá cambio cualitativo alguno de la nación brasileña. *Porta bandeira, capoeira desfilando vão cantando: ¡Libertade!* Si el nombre de este banquete se llama revolución democrática, entonces la utopía brasileña estará en marcha. Siendo así, manos a la obra. Ya urge el tiempo.

¡La *senzala*¹³ interpreta y así transforma el Brasil!

¹³ *Senzala* era un lugar o construcción que se destinaba para la morada de los esclavos de los ingenios brasileños.

Referencias

- Akder, A. H. (1994). A means to closing gaps: disaggregated Human Development Index. *Occasional Paper*, 18. Recuperado de UNDP/ PNUD - <http://www.undp.org/hdro> - el 4/2/2000 (9 p.).
- Anderson, B. (2008 [1991]). *Comunidades imaginadas: reflexões sobre a origem e a difusão do nacionalismo*. D. Bottman (Trad.). São Paulo: Companhia das Letras.
- Andrade, O. (1972). *Do pau-brasil à antropofagia e outras utopias*. (Obras Completas vi). Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Andrews, G. (2007). *América Afro-Latina: 1800-2000*. M. Lopes (Trad.). São Carlos: Ed. UFscar.
- Antón, J. y Del Popolo, F. (2008). Visibilidad estadística de la población afrodescendiente de América Latina: aspectos conceptuales y metodológicos. *Serie Población y Desarrollo*, 87, 13-38. Santiago de Chile: Cepal.
- Azevedo, F. (1963). *A cultura brasileira*. Brasília: UNB.
- Azevedo, T. (1975). *Democracia racial: ideologia e realidade*. Petrópolis: Vozes.
- . (1996 [1954]). *As elites de cor numa cidade brasileira: um estudo de ascensão social*. Salvador: EDUFBA EGBA.
- Barbari, O. y Urrea, F. (Eds.). (2004). *Gente negra en Colombia: dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Cali, Colombia: Editorial Lealon / Cidse / Univalle / IRD / Colciencias.
- Barbosa, M. (1998). *Racismo e saúde*. (Tesis de doctorado). São Paulo: USP / Faculdade de Saúde Pública.
- Bastide, R. (1971 [1955]). Manifestações do preconceito de cor. En R. Bastide y F. Fernandes, *Branços e negros em São Paulo* (3.ª ed., vol. 305). São Paulo: Editora Nacional - Col. Brasileira.
- Bastide, R. y Fernandes, F. (1971 [1955]). *Branços e negros em São Paulo* (3.ª ed., vol. 305). São Paulo: Editora Nacional - Col. Brasileira.

Referências

- Batista, L. (2002). *Mulheres e homens pretos: saúde doença e morte*. (Tesis de doctorado). Araraquara: Unesp-FCL.
- Bello, A. (2005). Ciudadanía y derechos indígenas en América Latina. *Notas de Población*, 3(79), 53-84. Santiago, Chile: Cepal.
- Bello, A. y Rangel, M. (2002). La equidad y la exclusión de los pueblos indígenas y afrodescendientes en América Latina y Caribe. *Revista de la Cepal*, 76, 39-54.
- Benavides, M., Torero, M. y Valdívía, N. (2006). *Pobreza, discriminación social e identidad: el caso de la población afrodescendiente en Perú*. Serie: Más allá de los promedios: afrodescendientes en América Latina. Washington DC: World Bank. 91 p.
- Benjamin, C. (1994). Decifra-me ou te devoro. En E. Sader (Org.), *Idéias para uma estratégia de esquerda à crise brasileira* (pp. 9-32). Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- . (2002). Tortuosos caminos. En *O bom combate* (pp. 33-37). Rio de Janeiro: Contraponto.
- Bento, M. (2003). Branqueamento e branquitude no Brasil. En I. Carone y M. Bento (Orgs.), *Psicologia social do racismo*. Petrópolis: Vozes.
- Benzaquém de Araújo, R. (1994). *Guerra e paz: Casa grande y senzala e a obra de Gilberto Freyre nos anos 30*. Rio de Janeiro: Ed. 34.
- Berquó, E. (1987). Nupcialidade da população negra no Brasil. *Textos Nepo*, 11, 8-46.
- Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. (1999 [1983]). *Dicionário de política*. J. Ferreira (Coord. de trad.). Brasília: Ed. UnB.
- Botelho, T. (2005). Censo e construção nacional no Brasil Imperial. *Tempo Social: Revista de Sociologia da USP*, 17(1), 321-341.
- Brasil. Fundação Nacional de Saúde. (2005). *Saúde da população negra no Brasil: contribuições para a promoção da equidade*. Brasília, DF: Funasa.
- Brasil. IBGE (Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística). PNAD (Pesquisa Nacional de Amostra por Domicílios). (1982). Questionário de Educação. Disponible en: http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco302.pdf.
- . (1983). Questionário Suplementar de Mão-de-Obra e Previdência. Disponible en: http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco314.pdf.

- _____. (1984). Suplemento de Fecundidade. Disponible en: http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco317.pdf.
- _____. (1985). Suplemento Sobre a Situação do Menor. Disponible en: http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco324.pdf.
- _____. (1986). Questionário Suplementar. Disponible en: http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco329.pdf.
- _____. (1987). Questionário de Mão-de-Obra. Disponible en http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco333.pdf.
- _____. (1997). Questionário da Pesquisa. Disponible en http://biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/instrumentos_de_coleta/doco386.pdf.
- Brasil. Ministério da Saúde. (2004). *Pacto nacional pela redução da mortalidade materna e neonatal*. Brasília, DF.
- _____. (2008). *Pesquisa Nacional de Demografia e Saúde da Criança e da Mulher*. (Informe). Brasília, DF.
- Brasil. Ministério da Saúde - Secretaria de Atenção à Saúde / Departamento de Ações Programáticas Estratégicas. (2007). *Manual dos comitês de mortalidade materna*. Brasília, DF: Editora do Ministério da Saude.
- Brasil. Ministério da Saúde - Secretaria de Vigilância em Saúde / Departamento de Análise em Situação em Saúde. (s. f.). *Nota técnica sobre a vigilância de morte materna*. Brasília, DF.
- Brasil. Presidência da República. (2007). *Objetivos de Desenvolvimento do Milênio: relatório nacional de acompanhamento*. Brasília, DF: IPEA / Secretaria de Planejamento e Investimentos Estratégicos.
- Bucheli, M. y Cabella, W. (2006). *Perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial*. Montevideo: Encuesta Nacional de Hogares Ampliada (INE). 62 p.
- Bueno, E. (Ed.) (s/d). *História do Brasil*. [s. l.]: Zero Hora / RBS Jornal.
- Buonicore, A. (2005). Reflexões sobre o marxismo e a questão racial. *Revista Espaço Acadêmico*, 53. 24 p.
- Carone, I. y Bento, M. (Orgs.). (2003). *Psicologia social do racismo*. Petrópolis: Vozes.
- Center for Disease Control and Prevention. (1995). Differences in maternal mortality among black and white women - United States, 1990. *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 44 (01), 6-7; 13-14.

Referências

- Chacham, A. (2001). Cesárea e esterilização no Brasil: condicionantes socioeconômicos, etários e raciais. *Rede Saúde*, 23, 44-47.
Recuperado de: www.redesaude.org.br.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina). (2005). *Población indígena y afroecuatoriana en Ecuador: Diagnóstico sociodemográfico a partir del Censo 2001*. Santiago de Chile: Cepal.
- Chor Maio, M. (1997). A história do projeto Unesco: estudos raciais e ciências sociais no Brasil. (Tesis doctoral en Ciencia Política). Rio de Janeiro: Iuperj.
- Chor Maio, M. y Santos, R. (Orgs.). *Raça, ciência e sociedade* (1ª. reimpr.). Rio de Janeiro: Fiocruz/CCBB.
- Colombia, una nación multicultural: su diversidad étnica (2006). Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE).
- Comité Provincial de Prevención de la Mortalidad Materna de Paraná. (2003). *Vigilar para proteger* (vol. 1, 1.ª ed.).
- Costa Lima, L. (1989). *A aguarrás do tempo*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Costa, S. y Werle, D. (1997). Reconhecer as diferenças: liberais, comunitaristas e as relações raciais no Brasil. *Novos Estudos*, 49, 159-178.
- Cox, O. (1948). *Race, caste and class*. New York / London: Modern Reader Paperbacks.
- Cunha, E. y Jakob, A. (2005). Diferenciais raciais nos perfis e estimativas de mortalidade para o Brasil. En *Saúde da população negra no Brasil: contribuições para a promoção da equidade*. Brasília, DF: Fundação Nacional de Saúde (Funasa).
- DaMatta, R. (1981). *Relativizando: uma introdução à antropologia social*. Petrópolis: Vozes.
- . (1984). *O que faz do brasil: Brasil?* Rio de Janeiro: Rocco.
- . (1987). A originalidade de Gilberto Freyre. *BIB – Boletim Informativo e Bibliográfico de Ciências Sociais*, 24, 3-10.
- . (1997 [1978]). *Carnaval, malandros e heróis* (6.ª ed.). Rio de Janeiro: Rocco.
- Degler, C. (1976 [1971]). *Nem preto nem branco: escravidão e relações raciais no Brasil e nos Estados Unidos*. F. Wrobel (Trad.). Rio de Janeiro: Editorial Labor do Brasil.

- Del Popolo, F. (2008a). *Los pueblos indígenas y afrodescendientes en las fuentes de datos: experiencias en América Latina*. Colección Documentos de Proyectos. Santiago, Chile: Cepal. 36 p.
- . (2008b). Los pueblos indígenas y afrodescendientes en los censos de población: experiencias, oportunidades y desafíos del nueva ronda. En M. Kain (Ed.), *Informe sobre participación indígena: los pueblos indígenas y la Ronda de Censos de 2010*. Memorias del IX Encuentro Internacional de Estadísticas de Género: la Ronda de Censos de 2010. Aguascalientes, México: Unifem.
- Diegues Jr., M. (1975 [1971]). *Etnias e culturas no Brasil*. São Paulo: Círculo do Livro.
- Dijk, T. (2008). Introdução. En T. Dijk (Org.), *Racismo e discurso na América Latina* (pp. 11-24). São Paulo: Contexto.
- Ehrenberg, R. y Smith, R. (2000 [1994]). *A moderna economia do trabalho*. S. Stancatti (Trad.). São Paulo: Makron Books.
- Fernandes, F. (1978 [1965]). *A integração do negro na sociedade de classes* (2 vols.). São Paulo: Ática.
- Ferranti, D., Perry, G., Ferreira, F. y Walton, M. (2004). *Inequality in Latin America: breaking with history?* Washington DC: World Bank.
- Folha de São Paulo. (02/06/1997). Negro vive como no Zimbábue, diz estudo.
- . (13/07/2001). Até na hora do parto negra é discriminada.
- Franco, L. (2000). Diabetes mellitus. *Manual de doenças mais importantes por razões étnicas na população brasileira* (pp. 65-86). Brasília: UnB / Ministério da Saúde.
- Frazier, F. (1942). The Negro family in Bahia, Brazil. *American Sociological Review*, 7(4), 465-478.
- . (1943). Rejoinder. *American Sociological Review*, 8, 402-404.
- . (1969). *On race relations*. Chicago: University of Chicago Press (selected paper edited by G. Franklin Edwards).
- Freyre, G. (1937). *Nordeste*. Rio de Janeiro: José Olympio Ed.
- . (1973). *Além do apenas moderno: sugestões em torno de possíveis futuros do homem, em geral, e do homem brasileiro em particular*. Rio de Janeiro: José Olympio Ed.
- . (1992 [1933]). *Casa grande e senzala*. Rio de Janeiro / São Paulo: Record. Ed. 34.

Referencias

- _____. (2000 [1936]). Sobrados e mucambos. En S. Santiago (Org.), *Intérpretes do Brasil* (vol. 2, pp. 729-1464). Rio de Janeiro: Nova Aguilar.
- _____. 2000 [1963]). *Novo mundo nos trópicos*. Rio de Janeiro: Topbooks.
- _____. (2000 [1957]). Ordem e progresso. En S. Santiago (Org.), *Intérpretes do Brasil* (vol. 3, pp. 8-898). Rio de Janeiro: Nova Aguilar.
- Fry, P. (1982). Para inglês ver: Identidade e política na cultura brasileira. Rio de Janeiro: Zahar Editores.
- _____. (1995/1996). O que a Cinderela Negra tem a dizer sobre a «política racial» no Brasil. *Revista USP*, 28, 122-135.
- _____. (2000). Politics, nationality, and the meanings of «race» in Brazil. *Daedalus*, 129(2), 83-118.
- Gibson, C. y Jung, K. (2002). Historical census statistics on population totals by race, 1790 to 1990, and by Hispanic origin, 1970 to 1990, for the United States, Regions, Divisions and States. Washington DC: US Bureau Census (Population Division). *Working Paper*, 56.
- Góes, J. R. (22/12/2003). O governo ficou fora da lei. *O Globo*, Opinião, p. 7.
- González, M. (2006). *Los Afrohondureños*. Serie Más allá de los promedios: afrodescendientes en América Latina. Washington DC: World Bank.
- Grin, M. (2001a). *O desafio multiculturalista no Brasil: o desafio das percepções raciais*. (Tesis doctoral en Ciencia Política). Rio de Janeiro: Iuperj.
- _____. (2001b). Esse ainda obscuro objeto do desejo: políticas de ação afirmativa e ajustes normativos: o seminário de Brasília. *Novos Estudos*, 59, 172-192.
- Guerreiro Ramos, A. (1995 [?]). *Introdução crítica à sociologia brasileira*. Rio de Janeiro: Ed. UFRJ.
- Guerrero, F. (2005). *Población indígena y afroecuatoriana en Ecuador: diagnóstico sociodemográfico a partir del censo de 2001*. Santiago, Chile: Cepal / BID.
- Guimarães, A. (1999). *Racismo e anti-racismo no Brasil*. São Paulo: Ed. 34.
- _____. (2002). *Classes sociais, raça e democracia*. São Paulo: Ed. 34.
- Hakkert, R. (1996). *Fontes de dados demográficos*. Belo Horizonte: ABEP (textos didáticos n.º 3).

- Hall, S. (2006). *Da diáspora: identidades e mediações culturais*. L. Sovik (Org.). Belo Horizonte: Ed. UFMG.
- Hanchard, M. (2001 [1994]). *Orfeu e o poder: o movimento negro no Rio e em São Paulo*. V. Ribeiro (Trad.). Rio de Janeiro: Ed. UERJ.
- Harris, M. (1952). Race relations in Minas Velhas, a community in the mountain region of central Brazil. En C. Wagley (Ed.), *Race and class in rural Brazil*. Paris: Unesco.
- Hasenbalg, C. (1979). *Discriminação e desigualdades raciais no Brasil*. P. Burglin (Trad.). Rio de Janeiro: Graal.
- Hasenbalg, C. y Valle e Silva, N. (1988). *Estrutura social, mobilidade e raça*. São Paulo: Vértice: Editora Revista dos Tribunais / Rio de Janeiro: Iuperj.
- Henriques, R. (2001). *Desigualdade racial no Brasil: evolução das condições de vida na década de 90*. Rio de Janeiro: IPEA (texto para discussão n.º 807).
- Herskovits, M. (1941). *The myth of the Negro past*. New York / London: Harpers & Brothers Publishers.
- . (1943). The Negro in Bahia, Brazil: a problem in method. *American Sociological Review*, VIII, 394-402.
- Hoetink, H. (1971 [1967]). *Caribbean race relations: a study of two variants*. London / Oxford / New York: Oxford University Press (translated from the Dutch by E. Hooykaas).
- . (1973). *Slavery and race relations in the Americas: an inquiry in their nature and nexus*. New York / Evanston / San Francisco / London: Harper Torchbooks.
- Hoffman, R. (1998a). *Distribuição de renda: medidas de desigualdade e pobreza*. São Paulo: Edusp.
- . (1998b). *Estatística para economistas*. São Paulo: Biblioteca Pioneira de Ciências Sociais.
- . (2000). Mensuração da desigualdade e da pobreza no Brasil. En R. Henriques (Org.), *Desigualdade e pobreza no Brasil* (pp. 81-108). Rio de Janeiro: IPEA.
- Hooker, J. (2006). Inclusão indígena e exclusão dos afrodescendentes na América Latina. *Tempo Social: Revista de Sociologia da USP*, 18(2), 89-111.

Referências

- Instituto Amma Psique e Negritude. (s. f.). *Identificação e abordagem do racismo institucional*. Brasília, DF: Articulação Para o Combate ao Racismo Institucional.
- Jannuzzi, P. (2003). *Indicadores sociais no Brasil: conceitos, fontes de dados e aplicações* (2.^a ed.). Campinas: Ed. Alínea.
- José, M. (1988). *Branças e pretas diante da solidão* (pp. 185-214). Anais do VI Encontro Nacional de Estudos Populacionais. Olinda: ABEP.
- Kakwani, N., Neri, M. y Son, H. (2006). *Crescimento pró-pobre: o paradoxo brasileiro (ligações entre crescimento pró-pobre, programas sociais, e mercado de trabalho: a recente experiência brasileira)*. Rio de Janeiro: FGV / Centro de Políticas Sociais / International Poverty Center / United Nations Development Program.
- Kamel, A. (29/11/2005). Não ao Estatuto Racial. *O Globo*, Opinião, p. 7.
- Laeser (Laboratório de Análises Econômicas, Históricas, Sociais e Estatísticas das Relações Raciais). (2011a). *Tempo em curso: publicação eletrônica mensal sobre as desigualdades de cor ou raça no mercado de trabalho metropolitano brasileiro*. Año III, vol. 3, n.º 2, 13 p. (Balance de los ocho años del gobierno Lula sobre las asimetrías de color o raza, Parte 1). Recuperado de www.laeser.ie.ufrj.br.
- . (2011b). *Tempo em curso: publicação eletrônica mensal sobre as desigualdades de cor ou raça no mercado de trabalho metropolitano brasileiro*. Ano III, vol. 3, n.º 3. (Balance de los ocho años del Gobierno Lula sobre las asimetrías de color o raza, Parte 2). Recuperado de: www.laeser.ie.ufrj.br.
- Lago, T. y Lima, L. (2008). Gestação, parto e puerpério. En *Pesquisa Nacional de Demografia e Saúde da Criança e da Mulher* (pp. 143-157). Brasília, DF: Ministério da Saúde.
- Landes, R. (2002 [1947]). *A cidade das mulheres*. M. L. Silva (Trad.). Rio de Janeiro: Ed UFRJ.
- Langoni, G. (1973). *Distribui o de Renda e Desenvolvimento Econ mico no Brasil*. Rio de Janeiro: Expressão e Cultura.
- Laurenti, R., Mello-Jorge, M. y Gotlieb, S. (2004). A mortalidade materna nas capitais brasileiras: algumas características e estimativas de um fator de ajuste. *Revista Brasileira de Epidemiologia*, 7(4), 449-460.

- _____. (2006). *Estudo da mortalidade de mulheres de 10 a 49 anos, com ênfase na mortalidade materna*. Brasília, DF: Ministério da Saúde / Secretaria de Atenção à Saúde / Departamento de Ações Programáticas Estratégicas.
- Leal, M., Gama, S. y Cunha, C. (2004). O uso do índice de Kotelchuck modificado na avaliação da assistência pré-natal e sua relação com as características maternas e do recém-nascido no Município do Rio de Janeiro. *Caderno de Saúde Pública*, 20(sup. 1), 563-572.
- _____. (2005). Desigualdades raciais, sociodemográficas e na assistência pré-natal e ao parto, 1999-2001. *Revista de Saúde Pública*, 39(1), 100-107.
- List, F. (1986 [1855]). *Sistema nacional de economía política*. L. Baraúna (Trad.). São Paulo: Nova Cultural.
- Lopes, F. (2003). *Mulheres negras e não negras com HIV/Aids no estado de São Paulo: um estudo sobre suas vulnerabilidades*. (Tesis de doctorado). FSP/USP.
- Lopes, N. (2004). *Enciclopédia brasileira da diáspora africana*. São Paulo: Selo Negro.
- Maggie, Y. (2001a). Fetiche, feitiço, magia e religião. En Esterci, N., Fry, P. y Goldberg, M. (Orgs.). *Fazendo antropologia no Brasil* (pp. 57-74). Rio de Janeiro: DP&A.
- _____. (2001b). Os novos bacharéis: a experiência do pré-vestibular para negros e carentes. *Novos Estudos*, 59, 172-192.
- Maio, M. y Monteiro, S. (2005). Tempos de racialização: o caso da «saúde da população negra no Brasil». *História, Ciências e Saúde - Manguinhos*, 12(2), 419-446.
- Malta, D., Duarte, E., Almeida, M., Dias, M., Moraes Neto, O., Moura, L., Ferraz, W. y Souza, M. (2007). Lista de causa de mortes evitáveis por intervenções do Sistema Único de Saúde do Brasil. *Epidemiologia. Servicio de Salud. Brasília*, 16(4), 233-244.
- Marinho de Azevedo, C. (1987). *Onde negra, medo branco*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Martins, A. (2000). *Mulheres negras e mortalidade materna no estado do Paraná, de 1993 a 1998*. (Tesis de maestría). Ponta Grossa: Universidad Estadual de Ponta Grossa.

Referencias

- _____. (2004). *Diferenciais raciais nos perfis e indicadores de mortalidade materna para o Brasil*. En Anais do XIV Encontro Nacional de Estudos Populacionais, ABEP, realizado em Caxambú-MG. Disponível em http://www.abep.nepo.unicamp.br/site_eventos_abep/PDF/ABEP2004_424.pdf.
- _____. (2006). Mortalidade materna de mulheres negras no Brasil. *Caderno de Saúde Pública*, 22(11), 2473-2479.
- Martins, R. (2003a). Desigualdades e discriminação de gênero e raça o mercado de trabalho brasileiro no final do século xx. (Informe de investigación). Brasília: OIT.
- _____. (2003b). Desigualdades raciais e políticas de inclusão racial: um sumário da experiência brasileira recente. (Informe de investigación). (s. l.): Cepal.
- Medeiros, C. A. (2004). Ações afirmativas: principais argumentos em disputa. *Irohin*. Año IX, n.º 6, 31-32.
- Melo, E. y Knupp, V. (2008). Mortalidade materna no município do Rio de Janeiro: magnitude e distribuição. *Escola Anna Nery - Revista Enfermagem*, 12(4), 773-779.
- Menegat, M. (2003). *Depois do fim do mundo: a crise da modernidade e a barbárie*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Miquel, C. (1997). O Índice de Desenvolvimento Humano: uma proposta conceitual. *Proposta*, 73, 10-19. Rio de Janeiro: FASE.
- McKinnon, J. y Bennett, C. (2005). *We the people: black in USA*. (s. l.): Census 2000 special report.
- Monteiro, J. M. (1998 [1996]). As «raças» indígenas no pensamento brasileiro do Império. En M. C. Chor y R. V. Santos (Orgs.), *Raça, ciência e sociedade* (pp. 15-22). Rio de Janeiro: Fiocruz / CCBV.
- Monteiro, M., Adesse, L. y Levin, J. (2008). *As mulheres pretas, analfabetas e as residentes na Região Norte têm um risco maior de morrer por complicações de gravidez que termina em aborto*. Anais do XVI Encontro Nacional de Estudos Populacionais. Caxambu: ABEP.
- Morais, F. (1994). *Chatô – o rei do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras.

- Morning, A. (2008). *Ethnic classification in global perspective: a cross-national survey of the 2000 Census round*. Population Research and Policy Review, vol. 27, pp. 239-272.
- Moura, C. y Barreto, J. (orgs.). (2002). *Terceira Conferência Mundial de Combate ao Racismo, Discriminação Racial, Xenofobia e Intolerância Correlata. Declaração de Durban e Plano de Ação*. Brasília: Ministério da Cultura / Fundação Cultural Palmares.
- Musumeci, L. y Ramos, S. (2005). *Elemento suspeito: abordagem policial e discriminação na cidade do Rio de Janeiro* (pp 283-322). Rio de Janeiro: Ed. Civilização Brasileira.
- Negri, F. y Alvarenga, G. (2011). A primarização da pauta de exportações no Brasil: ainda um dilema. En *Radar Social*, 13, 7-14. Brasília: IPEA (Diretoria de Estudos e Políticas Setoriais, de Inovação, Regulação e Infraestrutura).
- Nogueira, O. (1955 [1998]). *Preconceito de Marca. As relações raciais em Itapetininga*. São Paulo: Edusp.
- . (1985). *Tanto branco quanto preto: estudos de relações raciais*. São Paulo: T. A. Queiroz Ed.
- Oliveira Viana, F. (2000 [1920]). Populações meridionais do Brasil. En S. Santiago (Ed.), *Intérpretes do Brasil* (vol. 1, pp. 897-1175). Rio de Janeiro: Nova Aguilar.
- Oliveira, F. (2003). *Saúde da população negra: Brasil ano 2001*. Brasília, DF: Organização Panamericana de Saúde (OPAS).
- Oliveira, J. S. (2003). Brasil mostra sua cara: imagens da população brasileira nos Censos Demográficos (1872-2000). Escola Nacional de Estatística. Texto para Discussão n.º 6.
- Oliveira, J. y Albuquerque, F. (s. f.). *Projeção da população do Brasil. Parte 1. Níveis e padrões da mortalidade no Brasil a luz dos resultados do Censo 2000*. Rio de Janeiro: IBGE. Recuperado de <http://www.ibge.gov.br>.
- Oliveira, L., Porcaro, R. M., y Costa, T. (s. f.). O lugar do negro na força de trabalho. Rio de Janeiro: Centro de Estudos Afro-Asiáticos / Conjunto Universitário Cândido Mendes.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas)-PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). (1993). *Informe sobre desarrollo humano*. Madrid: Cideal.

Referencias

- ONU-PNUD. (1994). *Informe sobre desarrollo humano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . Brasil. (1996). *Informe sobre desarrollo humano en Brasil*. Brasília, DF: PNUD / Rio de Janeiro: IPEA.
- . (1997). *Informe sobre desarrollo humano*. Lisboa: Trinova Editora.
- . (1998). *Principios y recomendaciones para los censos de población y habitación*. Nueva York: Naciones Unidas.
- . Brasil. (1998). *Desenvolvimento humano e condições de vida: indicadores brasileiros*. Brasília: Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA) / Fundação João Pinheiro / Instituto Brasileiro de Geografia Estatística (IBGE). Coleção Desenvolvimento Humano.
- . Brasil. (1998). *Atlas do desenvolvimento humano no Brasil* (CD-ROM adjunto en ONU, Brasil, 1998). Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA) / Fundação João Pinheiro / Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE).
- . (1999). *Informe sobre desarrollo humano*. Lisboa: Trinova Editora.
- . (2000). *Informe sobre desarrollo humano*.
- . Brasil. (2005). *Informe sobre desarrollo humano en Brasil: racismo, pobreza y violencia*. Brasília: PNUD.
- Oreiro, J. y Feijó, C. (2010). Desindustrialização: conceituação, causas, efeitos e o caso brasileiro. En *Revista de Economia Política*, vol. 30, 2(118), 219-232.
- Ortiz, R. (1994 [1985]). *Cultura e identidade nacional*. São Paulo: Brasiliense.
- Osório, R. (2003). O sistema classificatório «cor ou raça» do IBGE. *Texto para Discussão*, 996. Brasília: IPEA.
- Paes e Barros, R. y Mendonça, R. (1995). Os Determinantes da Desigualdade no Brasil. *Texto para Discussão*, 337. Rio de Janeiro: IPEA.
- PAHO (Pan-American Health Organization). (2003). *Reducción de la mortalidad y la morbilidad maternas. Consenso Estratégico Interagencial para América Latina y el Caribe*. Washington, D.C.: PAHO.
- Paim, Paulo. (2000). *Estatuto da Igualdade Racial. Projeto Lei 3.198 de 2000*.
- Paixão, M. (2000). Desenvolvimento Humano e Desigualdades Étnicas no Brasil - um retrato de final de século. *Proposta*, 98, 30-52.
- . (2003a). *Desenvolvimento humano e relações raciais*. Rio de Janeiro: DP&A.

- _____. (2003b). A hipótese do desespero: a questão racial em tempos de frente popular. En *Observatório da Cidadania* 7, Relatório 2003, 57-70.
- _____. (2004). Nas encruzilhadas da democracia: um olhar sobre as desigualdades raciais no Brasil. En E. Gonçalves (Org.), *Desigualdades de gênero no Brasil*, 45-104. Goiânia: Grupo Transas do Corpo.
- _____. (2005a). *Crítica da razão culturalista: relações raciais e a construção das desigualdades sociais no Brasil*. (Tesis doctoral en Sociologia). Rio de Janeiro: Iuperj.
- _____. (2005b). Antropofagia e racismo: uma crítica ao modelo brasileiro de relações raciais. En L. Musumeci y S. Ramos, *Elemento suspeito: abordagem policial e discriminação na cidade do Rio de Janeiro*, 283-322. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- _____. (2005c). *Desigualdades raciais no acesso a terra*. (Texto inédito escrito para o Relatório do Desenvolvimento Humano, Brasil, 2005). Brasília: PNUD.
- _____. (2006). *Estudo comparativo das origenes discursivas contrárias às políticas de promoção da equidade racial*. En 30.º Encontro Anual da Associação Nacional de Centros de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs), Caxambú-MG. Recuperado de: www.anpocs.org.br.
- _____. (2008). A santa aliança: estudo sobre o consenso crítico às políticas de promoção da equidade racial no Brasil. En J. Zoninsein y J. Feres (Orgs.), *Ação afirmativa no ensino superior brasileiro*, 135-174. Belo Horizonte: Ed. UFMG; Rio de Janeiro: Iuperj (Humanitas).
- _____. (2009a). *Realidades da diáspora: sistemas de classificação étnico-racial nas Américas e presença da população afrodescendente segundo a Rodada de Censos de 2000*. En 33.º Encontro Anual da Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais, Caxambu - MG. Recuperado de: www.anpocs.org.br.
- _____. (2009b). La variable color o raza en los censos demográficos brasileños: historia y estimación reciente de las asimetrías. *Notas de Población* 36, 187-224 Santiago de Chile: Celade.
- _____. (2012). Evolução das assimetrias de cor ou raça no mercado de trabalho metropolitano brasileiro durante a era Lula (2003-2010).

Referencias

- En M. Ribeiro (Org.), *As políticas de igualdade racial: reflexões e perspectivas*. São Paulo: Ed. Fundação Perseu Abramo.
- Paixão, M. y Carvano, L. (2008). A variável cor ou raça no interior dos sistemas censales brasileiros. En O. Pinho y L. Sansone (Orgs.), *Raça: novas perspectivas antropológicas*, 25-62. Salvador: Associação Brasileira de Antropologia / EDUFBA.
- . (Orgs.). (2008). *Relatório anual das desigualdades raciais no Brasil; 2007-2008*. Rio de Janeiro: Garamont.
- Paixão, M. y Lopes, F. (2007). Incidência da AIDS nos contingentes populacionais: existem clivagens? *Caderno de Saúde Pública*, 23(3), 497-423 (AIDS tem cor ou raça?). Rio de Janeiro.
- Paixão, M., Carvano, L., Oliveira, J. y Ervatti, L. (2005). Contando vencidos: diferenciais de esperança de vida e de anos de vida perdidos segundo os grupos de raça/cor e sexo no Brasil e grandes regiões. En *Saúde da população negra no Brasil: contribuições para a promoção da equidade*. 49-190. Brasília: Funasa.
- Park, R. (1950 [?]). *Race and culture - essays in the sociology of contemporary man*. New York: The Free Press; London: Macmillan Limited.
- Pena, D., Carvalho, D., Silva, J. y Prado, V. (Abr., 2000). Retrato molecular do Brasil. *Ciência Hoje*, 27(159), 17-25.
- Perpétuo, I. (2000). Raça e acesso às ações prioritárias na agenda da saúde reprodutiva. *Jornal da Rede de Saúde* 22, 24-28.
- Petrucelli, J. L. (1999). *Casamento e cor no Brasil: a reprodução das diferenças*. 29-45. I e II Concurso Nacional de Monografias sobre População e Desenvolvimento.
- . (2002). A declaração de cor / raça no Censo 2000: um estudo comparativo. *Texto para Discussão*, 6. Rio de Janeiro: IBGE.
- . (2007). *A cor denominada: estudos sobre a classificação étnico-racial*. Rio de Janeiro: DP&A. Col. Políticas da Cor.
- Pierson, D. (1965 [1945]). *Teoria e pesquisa em sociologia*. São Paulo: Melhoramentos (biblioteca de educación).
- . (1971 [1942]). *Branco e pretos na Bahia* (vol. 241). São Paulo: Editora Nacional. Col. Brasileira.
- Pinto, R. (1996). *Os problemas subjacentes ao processo de classificação de cor da população no Brasil*. (Mimeo. Trabalho apresentado

- no Encontro de Usuários de Informações Econômicas, Sociais e Territoriais entre 27 e 31 de maio de 1996). Rio de Janeiro.
- Piza, E. y Rosenberg, F. (1998/1999). Cor nos censos brasileiros. *Revista USP*, 40, 122-137.
- Ponce, J. (2006). *Los Afroecuatorianos*. (Más allá de los promedios: afrodescendientes en América Latina). Washington D. C.: World Bank.
- Ramos, A. (1962 [?]). *Introdução à antropologia brasileira: os contatos raciais e culturais* (vol. 3, 3.^a ed.). Rio de Janeiro: Livraria Editora da Casa do Estudante do Brasil.
- Ramos, L. y Reis, J. (1991). Distribuição de renda; aspectos teóricos e o debate. En J. Camargo y F. Giambiagi (Orgs.). *Distribuição de renda no Brasil* (pp. 21-46). Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Rangel, M. (2006). La población afrodescendiente en América Latina y los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Un examen exploratorio en países seleccionados usando información censal. En *Pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina y Caribe: información sociodemográfica para política y programas*. 63-84. (Documento de proyecto). Santiago: Cepal.
- Regueira, A. (2004). *As fontes estatísticas em relações raciais e a natureza da investigação do quesito cor nas pesquisas sobre a população no Brasil: contribuição para o estudo das desigualdades raciais na educação*. (Tesis de maestría en Educación). Rio de Janeiro: UERJ / CEH.
- Reis, F. (1997). Mito e valor da democracia racial. En J. Souza (Org.), *Multiculturalismo e racismo: uma comparação Brasil – Estados Unidos* (pp. 221-232). Brasília: Paralelo 15.
- Ribeiro, D. (1995). *O povo brasileiro: a formação e o sentido do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Ribeiro, M. (Org.). (2012). *As políticas de igualdade racial: reflexões e perspectivas*. São Paulo: Ed. Fundação Perseu Abramo.
- Ripsa (Rede Interagencial de Informação para a Saúde). (2008). *Indicadores básicos para a saúde no Brasil: conceitos e aplicações*. Brasília, DF: Organização Panamericana de Saúde (OPAS), 349 p.
- Rocha, S. (2003). *Pobreza: afinal do que se trata?* Rio de Janeiro: Ed. FGV.
- Rodríguez, R. (2004). *Entramos negros y salimos afrodescendientes: breve evaluación de los resultados de la III Cumbre Mundial*

Referencias

- contra el racismo en América del Sur*. Recuperado de http://www.revistafuturos.info/futuros_5/afro_1.htm.
- . (Org.). (2006). *Manual de los afrodescendientes de las Américas y el Caribe*. Ciudad de Panamá: Secretaría de Estado de Cooperación Internacional (Gobierno de España) / Mundo Afro / Unicef.
- Romero, S. (1977 [1888]). *Estudos sobre a poesia popular no Brasil*. Petrópolis: Vozes.
- Rugai Bastos, E. (1986). *Gilberto Freyre e a formação da sociedade brasileira*. (Tesis doctoral en ciencias sociales). São Paulo: PUC/SP.
- Sánchez, E. y García, P. (2006). *Los Afrocolombianos*. (Más allá de los promedios: afrodescendientes en América Latina). Washington D. C.: World Bank.
- Sansone, L. (1992). Cor, classe e modernidade em duas áreas da Bahia (algumas primeiras impressões). *Estudos Afro-Asiáticos*, 23, 143-173.
- . (1998 [1996]). As relações raciais em *Casa grande y senzala* revisitadas à luz do processo de internacionalização e globalização. En M. C. Maio, Marcos y R. Santos (Orgs.), *Raça, ciência e sociedade*, 207-218. Rio de Janeiro: Fiocruz / CCBB.
- Sant'anna, W. y Paixão, M. (1997). Desenvolvimento Humano e População Afrodescendente no Brasil: uma questão de raça. *Proposta*, 73, 38-41. Rio de Janeiro: FASE.
- Santos, R. (1998 [1996]). Da morfologia às moléculas, de raça à população: trajetórias conceituais da antropologia física no século xx. En M. C. Maio, Marcos y R. Santos (Orgs.), *Raça, ciência e sociedade*, 125-141. Rio de Janeiro: Fiocruz / CCBB.
- Schkolnik, S. y Del Popolo, F. (2006). Los censos y los pueblos indígenas en América Latina: una metodología regional. En *Pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina y el Caribe: información sociodemográfica para políticas y programas*, 249-272. (Documentos de Proyecto). Santiago de Chile: Cepal.
- Schwarcz, L. (1993). *O espetáculo das raças: cientistas, instituições e questão racial no Brasil (1870-1930)*. São Paulo: Companhia das Letras.
- . (1999). Questão racial e etnicidade. En S. Miceli (Org.), *O que ler na ciência social brasileira (1970-1995)*, 267-315 y anexos. São Paulo: Editora Sumaré; Brasília: Capes.

- Schwartzman, S. (1999). Fora de foco: diversidade e identidades étnicas no Brasil. *Novos Estudos*, 55, 83-96.
- Schwarz, R. (1973). As idéias fora do lugar. *Estudos Cebap*, 3, 149-162.
- Secretaría Técnica del Frente Social. (2006). *Los afroecuatorianos en cifras*. Quito, República de Ecuador.
- Skidmore, T. (1976 [1974]). *Preto no branco: raça e nacionalidade do pensamento brasileiro*. R. S. Barbosa (Trad.). Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Soares, V. y Martins, A. (2006). A trajetória e a experiência dos Comitês de Mortalidade Materna do Paraná. *Revista Brasileira de Saúde Materna e Infantil*, 6(4), 453-460. Recife.
- Souza, J. (2000). *A modernização seletiva: uma reinterpretação do dilema brasileiro*. Brasília: Ed. UnB.
- Souza, V. (1995). *Mulher negra e miomas: uma incursão na área da saúde, raça/etnia*. (Dissertação de mestrado). São Paulo: PUC.
- Taylor, C. (1992). La política del reconocimiento. En A. Gutman (Ed.), *El multiculturalismo y «la política del reconocimiento»*, 43-107. México: Fondo de Cultura Económica.
- Telles, E. (2003). *Racismo à brasileira: uma nova perspectiva sociológica*. A. A. Calado, N. Marques y C. Olsen (Trad.). Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Telles, E. y Lim, N. (1998). Does it matter who answers the race question? Racial classification and income inequality in Brazil. *Demography*, 35(4), 465-474.
- Trivelli, C. (2002). *Características de los hogares pobres y no pobres em base al origen étnico de sus miembros: El origen étnico afecta las posibilidades de desarrollo de esos hogares* (Informe final). Lima: Instituto de Asuntos Peruanos.
- Universidad Nacional de Tres de Febrero. (2006). Resultados de la prueba piloto de captación en la Argentina. (Más allá de los promedios: afrodescendientes en América Latina). Washington DC: World Bank.
- Urrea, F. (2006). La población afrodescendiente en Colombia. En *Pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina y el Caribe: información sociodemográfica para políticas y programas*, 219-246. (Documentos de Proyecto). Santiago de Chile: Cepal.

- Valle Silva, N. (1980). O preço da cor: diferenciais raciais na distribuição da renda no Brasil. *Pesquisa e Planejamento Econômico*, 10(1), 21-44. Rio de Janeiro.
- . (1994). Uma nota sobre «raça social» no Brasil. *Estudos Afro-Asiáticos*, 26, 67-80.
- . (1996). Morenidade: modo de usar. *Estudos Afro-Asiáticos*, 30, 79-95.
- Valle e Silva, N. y Hasenbalg, C. (1992). *Relações raciais no Brasil contemporâneo*. Rio de Janeiro: Rio Fundo Ed. Iuperj.
- Viana, O. (2000 [1920]). Populações meridionais do Brasil. En S. Santiago (Org.), *Intérpretes do Brasil* (vol. 1, pp. 897-1175). Rio de Janeiro: Nova Aguilar.
- Comitê Estadual de Prevenção da Mortalidade Materna do Paraná (2003). *Vigiar para Proteger*: Órgão de Divulgação do Comitê Estadual de Prevenção da Mortalidade Materna do Paraná. Vol. 1, ano 1.
- Wagley, C. (Ed.). (1952). *Race and class in rural Brazil*. Paris: Unesco.
- Waizbort, R. (2003). A busca de intelegibilidade na cultura brasileira: fragmentos de um retrato evolutivo. En *História, Ciência e Saúde. Manguinhos*, 10(3), 1105-1113. Rio de Janeiro.
- Weber, M. (1996 [1922]). *Economia y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1999 [1904]). *A ética protestante e o espírito do capitalismo*. M. I. Szmrecsányi y T. Szmrecsányi (Trad.). São Paulo: Biblioteca Pioneira de Ciências Sociais.
- Wood, C. y Carvalho, J. (1994). *A demografia da desigualdade no Brasil*. Rio de Janeiro: IPEA.
- World Bank. (2000). *World Development Report 1999/2000* (entering the 21st century). Washington, D.C.: Oxford University Press, Inc.
- Zago, M. (2000). Anemia Falciforme e Doenças Falciformes. *Manual de doenças mais importantes por razões étnicas na população brasileira*, 6-40. Brasília: UnB / Ministério da Saúde.
- . (2000b). Deficiência de Glicose-6-Fosfato Desidrogenase. *Manual de doenças mais importantes por razões étnicas na população brasileira* (pp. 41-48). Brasília: UnB / Ministério da Saúde.
- Zoninsein, J. y Feres, J. (Eds.). (2008). *Ações afirmativas no ensino superior brasileiro*. Rio de Janeiro, Belo Horizonte: Ed Iuperj / Ed UFMG.
- Zweig, S. (1941). *Brasil: país do futuro*. O. Gallott (Trad.). Rio de Janeiro: Ed. Guanabara.

Índice temático

A

Acciones afirmativas: 18, 31, 34, 51, 187, 298, 299, 324, 329, 375-376.
Antropofagia: 18, 335, 337, 339, 341, 343, 345, 347, 349, 351, 353, 355, 357, 359, 361, 363, 365, 367-369, 371, 373-375, 377, 379, 381-382.
Aspectos fenotípicos: 111.

B

Blanqueamiento: 27, 118, 320, 327, 344, 356-357, 360-361, 364, 368, 379.
Bodas interraciales: 159-160.

C

Calidad diferenciada del tratamiento: 240.
Ciclo gravídico-puerperal: 235-236, 245, 247, 258, 275, 279, 287, 292.
Combatir el racismo: 106.
Comités de mortalidad materna: 234-235, 254, 294.
Comprensión culturalista: 305.
Contingentes demográficos afrodescendientes: 133.
Contradicciones discursivas: 318, 323-325, 327, 332.
Crecimiento de la economía: 187.
Crecimiento pro-afrodescendiente: 17, 187, 226.

Crecimiento pro-pobre: 187, 225.
Criterio cultural: 111.
Cuestionarios censales: 48, 59, 101, 104-105, 108-110, 112, 116, 122, 125.
Cultura asimilacionista: 148.

D

Democracia racial: 15, 26-27, 29, 61, 147, 300, 304-307, 317-319, 321-322, 329, 345, 348, 351, 353, 367.
Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE): 120-121, 127.
Desarrollo Humano segmentado por etnias: 156.
Desigualdades de color o raza: 18, 48, 62, 69, 185-187, 191, 193-194, 205-207, 213, 217, 219, 224-225, 227, 229, 242, 275, 285, 288, 293, 294.
Diáspora africana en el mundo: 23.
Discriminación racial: 14-15, 20, 54, 91, 106, 124, 183, 305, 330-332, 345, 355.
Discurso del multiculturalismo: 105.
Distribuciones de las posiciones ocupacionales: 206.

E
El discurso racial-democrático: 300.
El mito de las tres razas: 347.
Élite eurodescendiente brasileña: 374.

Índice temático

Élite intelectual brasileña: 327.
Encuesta de hogares: 111, 117-118.
Encuesta Nacional de Hogares
Ampliada (ENHA): 124, 135.
Escuela de Chicago: 305, 310, 375-376.
Estados brasileños: 179, 234, 236.
Etnia: 15, 47, 51-54, 100, 108, 111, 114,
120, 127, 134, 143-146, 155-160, 162,
164-167, 169, 171-181, 183-184, 229,
295, 318, 320, 336, 363, 367, 375.
Evolución de las desigualdades de
color o raza: 185.
Evoluciones asimétricas: 193.
Experiencia brasileña: 16, 90, 92, 94, 324.
Experiencias internacionales de
segmentación del IDH: 143.

F

Fundamentación nacionalista: 303, 323.
Fundamentaciones liberales: 299, 323.

G

Gobierno expresidente Lula: 17, 28,
185-191, 193, 195, 197, 199, 206, 224-
227, 315.
Grupos étnico-raciales: 17, 52, 97, 102-
104, 107-108, 118, 121, 125-127, 129,
230-231, 288, 290-291.
Grupos históricamente
discriminados: 35, 48,
90, 100, 138, 295-296.

I

Identidad étnica: 121-122.
Identidad nacional brasileña: 338, 375.
Identidades políticas: 124.

Indicador de escolaridad: 85-87, 153-
154, 168-169, 175.
Indicador de ingreso segmentado:
158-160.
Indicador de longevidad segmentado:
167.
Indicadores de Desarrollo Humano
(IDH): 17, 33, 48, 67, 75, 81, 83, 85-87,
91, 139-146, 149-151, 153, 155-157, 159,
161-162, 168-171, 173, 178-183.
Indicadores de mortalidad materna:
18, 40, 229, 231, 239, 262, 278.
Indicadores de *pretos* y *pardos*: 77,
89, 92.
Indicadores macroeconómicos: 140,
187, 190.
Indicadores sociales oficiales: 143.
Inflexión geneticista: 329.
Informes sobre Desarrollo Humano:
17, 140-143, 145-146, 161.
Ingreso promedio del
trabajo principal: 191.
Ingreso promedio familiar: 158-159,
163, 176.
Iniciativas institucionales: 231.
Injusticias históricas: 378.
Inmigrantes europeos: 326, 357-358.
Instituto Brasileño de Geografía y
Estadística (IBGE): 57-58, 63-66, 93,
135, 139-140, 146, 158, 160, 164, 165, 172,
180, 185, 192, 196-197, 201, 203, 209,
211-212, 214-215, 221, 223, 230, 237-238,
248, 252, 302-303, 310, 345, 354, 371-372.
Instituto Nacional de
Estadísticas (INE): 128.
Intelectuales antropofágicos: 369.

Intercambio cultural: 363.

Investigaciones demográficas: 48, 51,
102, 107, 352.

L

La leyenda de la modernidad
encantada: 305.

La Santa Alianza: 18, 297.

M

Matrices discursivas: 18, 316, 318.

Medición de desigualdades étnicas:
17, 33.

Mercado de trabajo: 17, 27, 185, 187-189,
191, 193, 195, 198, 205, 207, 213, 226, 310-
311, 328, 341, 346, 352, 353, 371, 379.

Mitocondrias: 314.

Modelo de relaciones
raciales en Brasil: 340.

Modelos de relaciones raciales: 92.

Modernistas brasileños: 374.

Mortalidad de color: 262.

Mortalidad materna desagregada:
229-230, 240, 242, 245.

Mortalidad materna por región
geográfica: 259.

Movimiento de afrodescendientes: 123.

Movimiento negro brasileño: 32, 147, 151.

Muertes maternas: 230, 232-234, 237,
239, 243, 245-246, 249-253, 255-256,
258, 260-262, 264-265, 269, 292.

Muertes por aborto inducido: 269.

P

Paisaje racial brasileño: 349.

Países del hemisferio americano: 16,
97, 99, 101, 106, 108-109, 112, 116-117,
122, 125, 131, 134, 136.

Paradigma antropofágico: 340.

Perspectiva asimilacionista: 348, 379.

Peso absoluto de los
afrodescendientes: 133.

Peso relativo de las poblaciones
afrodescendientes: 132.

Población afrodescendiente en Brasil:
149-150, 167.

Políticas de promoción de la equidad
racial: 18, 323, 331-332.

Presencia afrodescendiente: 97, 129,
131, 133.

Proceso de mestizaje: 360, 365.

Proceso de movilidad social: 149, 308,
349-350, 352-353.

Producción de indicadores
demográficos: 97.

Programa Bolsa Familia: 190.

Proyecto de nación democrático: 18, 333.

R

Racismo institucional: 13, 241, 293.

Racismo: 13-15, 18-19, 21, 32, 35, 54, 56,
100, 106, 122-123, 134, 145, 149, 167,
183-184, 241, 287, 293, 296, 303, 305-
307, 313-314, 318, 322, 329, 335-337,
339-340, 348, 350, 354, 356, 377, 379.

Ramas de actividad: 18, 212-213, 216-
219, 225.

Raza: 15-18, 32-34, 38, 47-59, 61-67,
69-95, 98, 100, 104, 108, 111-114,
116-17, 128, 133, 137, 147, 185-187,

Índice temático

189, 191, 193-195, 197-198, 204-207, 217-219, 224-227, 229, 231, 238-245, 247-264, 266-272, 274-280, 282-285, 287-289, 292-295, 309-311, 314, 317-318, 320, 328, 330, 336, 339, 341, 343-344, 347-349, 352, 361, 363, 367-368, 370-371, 374, 379.

Razón de mortalidad materna: 232-233-, 237-238, 240, 246-247, 253, 255, 257-259, 261, 264.

Recolección de datos poblacionales segmentados: 16, 92.

Red Interagencial de Información para la Salud (Ripsa): 239, 245-247.

Ritual antropofágico: 339, 361.

Ronda de censos del año 2000: 97, 105, 108-110, 134, 231, 287, 289.

S

Segmentación de las causas de mortalidad materna: 264.

Senzala: 307, 362-363, 369, 382.

Servicios domésticos: 212-224, 226-227.

Sistema de recolección de eventos vitales: 239.

Sistema Único de Salud (SUS): 230, 269.

Sistemas censales o muestrales: 51.

T

Tasa de desempleo: 186, 194-197.

Tasa de exogamia: 160, 354.

Trabajadores *pretos* y pardos: 191, 193, 204-207, 216-218, 225.

Tradición culturalista: 305, 320, 342, 349, 351, 354, 362.

U

Uso de los sistemas de recolección de datos: 102.

Utopía brasileña: 382.

V

Variable color o raza: 15, 47-49, 57, 59, 61, 93-94, 186, 194.

Variable étnico-racial: 15-16, 47, 90, 92-93, 95, 103-104, 108-110, 112-117, 125-126, 128, 138, 295.

Vínculos ancestrales: 123.

Voluntad política: 184.

*Quinientos años de soledad:
estudios sobre las desigualdades
raciales en Brasil,*



EDITADO POR EL CENTRO EDITORIAL
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE COLOMBIA, FORMA
PARTE DE LA COLECCIÓN GENERAL
BIBLIOTECA ABIERTA, SERIE TRABAJO
SOCIAL. EL TEXTO FUE COMPUESTO
EN CARACTERES MINION Y FRUTIGER.
SE UTILIZÓ PAPEL HOLMEN BOOK DE
59,9 GRAMOS Y, EN LA CARÁTULA,
PAPEL CLASSIC LINEN NATURAL
WHITE DE 216 GRAMOS. EL LIBRO SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BOGOTÁ,
EN LA IMPRENTA S.A. EN EL AÑO 2016.

